

Margaret Atwood

Desordenen moral



«Desorden moral», última novela de Margaret Atwood, puede considerarse una colección de once relatos que constituyen una novela, o bien una novela fragmentada en once relatos. Como un álbum de fotos, en que cada una de las instantáneas que guarda jalonan el curso de una vida y de las vidas de los personajes que la rodean.

«Desorden moral» no es sólo la crónica de la trayectoria de Nell, su protagonista, sino también de la de sus padres, hermanos, marido, hijos, amigos, maestros e incluso animales. Y al igual que ocurriría con un álbum de fotos cuyas instantáneas contempláramos de principio a fin, el tiempo pasa, transcurre por las vidas de los personajes. De los años treinta hasta el presente, cada década del siglo pasado es soberbiamente recreada por el talento de esta autora, capaz de mover a sus criaturas a lo largo del tiempo, haciéndolas vivir, sentir, soñar y sufrir en distintos escenarios, ya sean rurales o urbanos.

Una muestra de la habilidad de esta autora para conseguir que el lector se imbuya en el universo emocional de sus personajes.

Lectulandia

Margaret Atwood

Desorden moral

ePub r1.0

Titivillus 17.09.2019

Título original: *Moral Disorder*
Margaret Atwood, 2006
Traducción: Francisco Rodríguez de Lecea
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

A mi familia

Malas noticias

Llegó la mañana. Por el momento, ha pasado la noche. Es la hora de las malas noticias. Pienso en las malas noticias como en un pajarraco con alas de cuervo y la cara de mi maestra de cuarto curso, moño flojo, dientes amarillentos, ceño y labios apretados, que planea sobre el mundo al amparo de la oscuridad de la noche, contento de ser el mensajero de toda clase de malos augurios, portador de un cesto de huevos podridos y que sabe, a la salida del sol, dónde dejarlos caer exactamente. Encima de mí, por ejemplo.

En el lugar donde estamos, las malas noticias llegan en forma de malas noticias de prensa. Tig las sube por las escaleras. El verdadero nombre de Tig es Gilbert. Es imposible explicar los apodos a quienes hablan lenguas extranjeras, y no lo digo porque haya tenido que hacerlo en muchas ocasiones.

—Acaban de matar al líder del consejo de gobierno provisional —anuncia Tig. No es que sea insensible a las malas noticias, al contrario. Es anguloso, tiene menos grasa corporal que yo, y por consiguiente menos capacidad para absorber, para amortiguar, para convertir las calorías de una mala noticia (claro que tienen calorías, hacen que te suba la presión sanguínea) en sustancia de su propio cuerpo. Yo puedo hacerlo, él no. Quiere traspasar a otro la mala noticia lo antes posible, sacársela de encima como una patata caliente. Las malas noticias le queman.

Aún estoy en la cama, no completamente despierta. Remoloneaba un poco. Disfrutaba de la mañana, hasta ahora.

—Antes del desayuno, jamás —digo, y no añado: «Sabes que tan temprano no lo soporto».

Lo he mencionado en otras ocasiones, pero sólo surte un efecto intermitente. Después de tanto tiempo juntos, ambos tenemos la cabeza atiborrada de esas advertencias menores, esas pistas útiles sobre la otra

persona: lo que le gusta y le disgusta, sus preferencias y sus tabúes. No te pongas detrás de mí cuando estoy leyendo. No uses mis cuchillos de cocina. No desordenes. Cada cual cree que el otro debería respetar esa serie frecuentemente repetida de instrucciones de uso, pero el caso es que se anulan las unas a las otras: si Tig debe respetar mi necesidad de remolonear sin pensar en nada, libre de malas noticias, antes de la primera taza de café, ¿no debería yo respetar su necesidad de escupir catástrofes para librarse cuanto antes de ellas?

—Oh, lo siento —dice, y me dirige una mirada de reproche.

¿Por qué tengo que decepcionarlo de ese modo? ¿No sé acaso que si no puede contarme las malas noticias de inmediato, alguna glándula biliar o alguna úlcera de las malas noticias estallará en su interior y le producirá una peritonitis del alma? Entonces quien lo sentirá será yo.

Tiene razón, debería sentirlo. No me queda nadie más cuyo pensamiento pueda leer.

—Ahora mismo me levanto —digo, con la esperanza de sonar tranquilizadora—. Bajo en un santiamén.

«Ahora» y «en un santiamén» no significan exactamente lo mismo que antes. Todo lleva más tiempo que antes. Pero aún puedo seguir el ritual, quitarme el camión, ponerme el vestido, calzarme, untarme la cara con crema hidratante, tomar las vitaminas. El líder, pienso. El consejo de gobierno provisional. Asesinado por ellos. Dentro de un año no recordaré qué líder, qué consejo de gobierno provisional, qué ellos. Pero esos calificativos se multiplican. Todo es provisional, nadie puede gobernar ya, y hay montones de «ellos». Siempre quieren matar a los líderes. Con las mejores intenciones, o eso aseguran. También los líderes tienen las mejores intenciones. Los líderes están de pie bajo los focos, y los asesinos les apuntan desde la oscuridad: son un blanco fácil.

En cuanto a los demás líderes, los de los países dirigentes, como los llaman, en realidad ya no dirigen nada, sino que se limitan a gesticular; lo adviertes en sus ojos en blanco, como si fuesen ovejas aterrorizadas. Si nadie te hace caso no hay modo de dirigir. La gente aplaude, y a continuación vuelve la espalda. Lo único que quiere es seguir con su vida de siempre. Los líderes repiten: «Necesitamos un liderazgo fuerte», y luego miran de reojo las encuestas sobre sus expectativas de voto. Son las malas noticias, hay demasiadas: no pueden encajarlas.

Sin embargo, ya hubo malas noticias antes, y las superamos. Eso es lo que dice la gente al referirse a cosas que ocurrieron antes de que ellos nacieran, o

cuando todavía se chupaban el pulgar. Me gusta esa frase: «Nosotros las superamos». Maldito lo que significa cuando se refiere a acontecimientos que no has vivido personalmente, es como si te hubieras inscrito en un club *Nosotros* y llevaras como distintivo una tarjeta de plástico *Nosotros*, sujeta con un imperdible. Sin embargo, «Nosotros las superamos» resulta confortante. Evoca una marcha o una procesión, caballos que relinchan, uniformes rotos o embarrados por el asedio o la batalla o la ocupación enemiga o los cuarenta años de travesía del desierto. Evoca a un líder barbado empuñando su estandarte y señalando al frente. El líder recibió la mala noticia nada más despertar. La recibió, la asimiló y supo lo que convenía hacer. ¡Ataque de flanco! ¡A degüello! ¡Nos vamos de Egipto! Esa clase de cosas.

—¿Dónde te has metido? —dice Tig al pie de la escalera—. El café está listo.

—¡Estoy aquí! —respondo a gritos. Utilizamos mucho esa clase de *walkie-talkie* aéreo. Comunicación no nos falta, aún. «Aún» suena aspirado, como la hache de «honor». Es un «aún» silencioso. Nunca lo pronunciamos en voz alta.

Lo que ahora nos define son los tiempos imperfectos: el pretérito imperfecto, «como entonces»; el futuro imperfecto, «aún». Vivimos en el pequeño recuadro existente entre ambos, un espacio en el que sólo muy recientemente hemos empezado a pensar como un «todavía», y que en realidad no es más pequeño que el recuadro correspondiente a cualquier otra persona. Es cierto que hay algunas menudencias que no funcionan —una rodilla por un lado, un ojo por el otro—, pero de momento sólo son eso, menudencias. Todavía somos capaces de disfrutar, a condición de que nos limitemos a hacer una cosa a la vez. Recuerdo cuando gastaba bromas a nuestra hija, hace tiempo, cuando ella era una adolescente. Yo simulaba ser una anciana. Tropezaba con las paredes, dejaba caer los cubiertos, fingía haber perdido la memoria. Entonces las dos reíamos. Ahora ya no es una broma.

Nuestra difunta gata, *Drumlin*, empezó a padecer de senilidad gatuna cuando tenía diecisiete años. *Drumlin*. ¿Por qué le pusimos ese nombre? La otra gata, la que murió antes, se llamaba *Morrena*. Entonces pensábamos que era divertido dar a nuestros gatos nombres de características morfológicas de los glaciares, pero ahora no recuerdo en qué consistía el chiste. Tig decía que *Drumlin* tendría que haberse llamado «Vertedero», pero es debido a que él era el encargado de vaciar la caja de sus deposiciones.

Es improbable que tengamos otro gato. Yo solía pensar —con mucha tranquilidad— que cuando faltara Tig (porque los hombres se mueren antes, ¿no es así?) buscaría un nuevo gato que me hiciera compañía. Pero ahora he descartado esa opción. Seguramente para entonces estaré medio ciega, y el gato podría metérseme entre las piernas, hacer que tropezase y que me rompiera el cuello.

De noche la pobre *Drumlin* solía vagar por la casa soltando unos maullidos de ultratumba. Nada la consolaba: buscaba algo que había perdido, pero no sabía qué. (Era su mente, de hecho, si puede decirse que los gatos tienen mente). Por las mañanas encontrábamos señales de pequeños mordiscos en los tomates o las peras: la gata había olvidado que era carnívora, no recordaba lo que supuestamente debía comer. Ésa es la imagen que tengo de la situación en que yo misma acabaré: errante por la casa en la oscuridad, con mi camisón blanco, aullando por algo que he perdido y no consigo recordar. Es insoportable. Despierto de noche y alargo el brazo para asegurarme de que Tig todavía está ahí, de que todavía respira. Todavía sí, todo está bien.

Voy a la cocina y huele a tostadas y café: no es extraño, porque eso es lo que Tig ha estado preparando. El aroma me envuelve como una manta, y sigue presente mientras muerdo la tostada real y bebo el café. Ahí, sobre la mesa, están las malas noticias.

—La nevera hace ruido —digo. No prestamos suficiente atención a nuestros aparatos. Ninguno de los dos lo hace. Pegada a la nevera hay una foto de nuestra hija, tomada hace varios años; brilla delante de nosotros como la luz de una estrella lejana. Está en alguna parte, ocupada en vivir su propia vida.

—Mira el periódico —dice Tig.

Hay fotos. ¿Son peores las malas noticias con fotos? Creo que sí. Las fotos hacen que veas, lo quieras o no. Hay un automóvil quemado, entre otros, un esqueleto de metal retorcido. Encogida en su interior aparece una sombra carbonizada. En fotografías así siempre hay zapatos vacíos. Es el zapato lo que me impresiona. Qué triste esa inocente tarea diaria que consiste en ponerse los zapatos con la firme convicción de que vas a algún lugar.

Las malas noticias no nos gustan, pero las necesitamos. Necesitamos estar al tanto, por si se cruzan en nuestro camino. Un grupo de gamos paca tranquilamente en la pradera, con la cabeza gacha. De pronto, guau guau, ladridos salvajes en el bosque. Cabezas arriba, orejas alerta. ¡Preparados para correr! O la defensa del buey almizclero: la noticia es «lobos acercándose».

¡Rápido, en círculo! ¡Las hembras y las crías en el centro! ¡Resoplad y patead el suelo! ¡Dirigid los cuernos contra el enemigo!

—No se detendrán —dice Tig.

—Es un caos —digo—. Me pregunto dónde estaban los servicios de seguridad.

Cuando Dios repartió los cerebros, se decía en los viejos tiempos, algunos tipos que podría nombrarte eran los últimos de la fila.

—Si alguien está decidido a matarte, acabará por matarte —apunta Tig. Es de esa clase de fatalistas.

Discrepo, y pasamos un cuarto de hora muy entretenido recordando cada cual sus testimonios muertos. Él menciona al archiduque Fernando y a John Kennedy; yo le ofrezco a la reina Victoria (ocho atentados fallidos) y a Stalin, que consiguió evitar que lo asesinaran por el método de adelantarse a todos. Antes, esto podría haber sido una discusión. Ahora es un pasatiempo, como jugar al *rummy*.

—Somos afortunados —comenta Tig.

Sé lo que quiere decir. Quiere decir que los dos todavía estamos sentados aquí, en la cocina. Ninguno de los dos se ha ido. Aún.

—Sí, lo somos —convengo—. Vigila la tostada, se está quemando.

Ya está. Hemos ido al encuentro de las malas noticias, las hemos afrontado con la cabeza alta y nos encontramos perfectamente. No nos han herido, nuestro cuerpo no chorrea sangre, no estamos abrasados. Conservamos los zapatos puestos. El sol brilla, los pájaros cantan, no hay motivos para no sentirnos bien. La mayor parte de las malas noticias vienen de muy lejos: las explosiones, los vertidos de crudo, los genocidios, las hambrunas, todas esas cosas. Habrá otras noticias, más tarde. Siempre ocurre así. Ya nos preocuparemos por ellas cuando lleguen.

Hace unos años —¿cuántos?— Tig y yo fuimos al sur de Francia, a un lugar llamado Glanum. Ocurrió durante unas vacaciones. Lo que de verdad queríamos era ver el asilo donde Van Gogh pintó los lirios, y lo vimos. Glanum constituía una excursión opcional. Llevaba años sin acordarme, pero ahora me veo a mí misma allí, en Glanum, antes de que la destruyesen en el siglo III, antes de que se convirtiera en unas ruinas que pagas por ver.

En Glanum hay grandes villas, baños públicos, anfiteatros, templos, el tipo de edificios que los romanos construían allí donde iban para sentirse civilizados y como en casa. Glanum es un lugar encantador; un montón de militares de alta graduación van a vivir allí cuando se jubilan. Es multicultural, muy diverso: nos gusta la novedad, el exotismo, aunque no

tanto como cuando lo encontramos en Roma. Aquí somos un tanto provincianos. Sin embargo, contamos con dioses de todas partes, además de los oficiales, desde luego. Por ejemplo, tenemos un pequeño templo dedicado a Cibele, decorado con dos orejas como homenaje a la porción del cuerpo que podrías cortarte para dejar como ofrenda. Los hombres hacen chistes con eso: tienes suerte si sólo dejas aquí las orejas, dicen. Mejor ser un hombre sin orejas que dejar de ser hombre.

Hay algunas viejas casas griegas mezcladas con las romanas, y todavía se conservan unas pocas costumbres helénicas. También hay celtas en la ciudad; algunos visten túnicas y capas como las nuestras y hablan un latín decente. Nuestras relaciones con ellos son bastante amistosas, ahora que han renunciado a su costumbre de cortar cabezas. Tig está más o menos obligado a alternar socialmente, y en cierta ocasión invité a cenar a un dirigente celta. Era un riesgo social, pero sólo hasta cierto punto: nuestro invitado se comportó de modo bastante normal, y se emborrachó sin perder el buen tono. Su cabello era muy curioso —rojizo y rizado—, y llevaba su torques ceremonial de bronce, pero no se mostró más feroz que otros hombres que podría mencionar, y sus modales fueron impecables.

Estoy desayunando en mi habitación de las mañanas, frente al mural de Pomona y los Céfiros. El pintor no era de primera fila, Pomona bizquea un poco y tiene unos pechos enormes; pero no siempre puedes conseguir artistas de primera fila en este lugar. ¿Qué estaría comiendo? Pan, miel, higos secos. Todavía no estamos en la estación de la fruta fresca. No hay café, mala suerte; no creo que lo hayan inventado aún. Tomo un vaso de leche fermentada de yegua, favorece la digestión. Un fiel esclavo me ha traído el desayuno en una bandeja de plata. Hay esclavos muy buenos en este lugar, y trabajan bien: son silenciosos, discretos, eficientes. No quieren que los vendas, naturalmente: es preferible ser un esclavo doméstico que trabajar en la cantera.

Tig llega con un rollo de pergamino. Tig es una abreviatura de Tigris, un apodo que sus soldados le pusieron en otro tiempo. Sólo unos pocos íntimos lo llaman Tig. Frunce el entrecejo.

—¿Malas noticias? —pregunto.

—Los bárbaros nos invaden —responde—. Han cruzado el Rin.

—No antes del desayuno —digo. Sabe que no puedo discutir asuntos serios cuando acabo de levantarme. Pero he sido demasiado brusca: veo su mirada dolida, y me ablando—. Siempre están cruzando el Rin. Pronto se hartarán de hacerlo. Nuestras legiones los derrotarán. Siempre lo han hecho.

—No lo sé —dice Tig—. No tendríamos que haber admitido tantos bárbaros en el ejército. No puedes fiarte de ellos.

Ha pasado muchos años en el ejército, de modo que su preocupación significa algo. Por otra parte, está convencido de que Roma acabará por irse al infierno, y me he dado cuenta de que la mayoría de los jubilados piensan lo mismo: es sencillamente imposible que el mundo funcione sin contar con sus servicios. No es que se sientan inútiles; se sienten inutilizados.

—Siéntate, por favor —digo—. Haré que te traigan un exquisito panecillo con miel e higos.

Tig se sienta. No menciono la leche de yegua, aunque le haría bien. Sabe que sé que no le gusta. Aborrece que le hablen de su salud, que últimamente le está dando problemas. Oh, que las cosas sigan como están, le ruego en silencio.

—¿Te has enterado? —digo—. Junto al viejo pozo votivo celta han encontrado una cabeza cortada y clavada en una estaca. —Algún trabajador de la cantera que habrá escapado a los bosques y al que ya estarán buscando, sabe el cielo por dónde—. ¿Crees que están volviendo al paganismo, los celtas?

—En realidad nos odian —responde Tig—. Y ese arco de triunfo no ayuda. Expone las cosas con muy poco tacto: los celtas derrotados, los romanos con el pie encima de sus cabezas... ¿No has visto cómo nos miran fijamente el cuello? Les encantaría clavar ahí su cuchillo. Pero se han ablandado, se han acostumbrado al lujo. No son como los bárbaros del norte. Los celtas saben que si nos hundimos, se hundirán con nosotros.

Come sólo un bocado del sabroso panecillo. Luego se pone en pie, se pasea de un lado a otro.

—Me voy a las termas —anuncia—. Por noticias.

Rumores y cotilleos, pienso. Portentos, presagios; el vuelo de las aves, las entrañas de las ovejas. Nunca sabes si la noticia es cierta hasta que te asalta. Hasta que la tienes literalmente encima. Hasta que te asomas a la noche y nadie respira. Hasta que aúllas en la oscuridad y vagas por las habitaciones vacías con tu camisón blanco.

—Lo superaremos —digo.

Tig no contesta.

Hace un día hermoso. El aire huele a tomillo, los frutales están en flor. Pero eso no significa nada para los bárbaros; de hecho, prefieren invadir cuando llega el buen tiempo. Eso les deja más horas de luz para sus saqueos y matanzas. Son los mismos bárbaros que, según me han dicho, encierran a sus

prisioneros en grandes jaulas de mimbre y les prenden fuego como ofrenda a sus dioses. Sin embargo, están muy lejos. Aunque consigan cruzar el Rin, aunque eviten ser abatidos a millares, aunque el río no llegue a bajar rojo con su sangre, no llegarán aquí hasta dentro de mucho tiempo. En cualquier caso, no mientras vivamos, tal vez. Glanum no está en peligro, todavía.

El arte de guisar y servir

Durante el verano de mis once años pasé mucho tiempo haciendo calceta. Tejía con determinación, en silencio, encorvada sobre las madejas de lana y la franja progresivamente más ancha de la labor, en una postura que distaba de ser cómoda. Había aprendido a hacer punto a una edad demasiado temprana para dominar el truco de pasar el hilo alrededor del índice —el dedo no era lo bastante largo entonces—, de modo que tenía que adelantar la aguja de la mano derecha, sujetarla con dos dedos de la izquierda y emplear entonces toda la mano derecha para pasar la lana alrededor de la punta de la aguja. He visto a algunas mujeres tejer y charlar al mismo tiempo, sin apenas bajar la vista para vigilar la labor, pero yo era incapaz de hacerlo. Mi estilo de tejer exigía una concentración total, hacía que me dolieran los brazos y me ponía de muy mal humor.

Lo que tejía era una canastilla. Una canastilla es un conjunto de prendas con las que se supone que vestirás al recién nacido cuando lo lledes a casa desde el hospital. Como mínimo necesitas dos mitones, dos botitas, un par de pantalones de bebé, una chaquetita y un gorro, a lo que puedes añadir una mantita de punto de media si tienes suficiente paciencia, y otra prenda llamada empapador. El empapador viene a ser un calzón bombacho, como los que aparecen en los retratos de sir Francis Drake. Los pañales de tela y las braguitas de hule para bebés no evitan del todo las filtraciones, y para eso está el empapador. Pero yo no tenía intención de tejer un empapador. Por entonces nunca había visto las fuentes, los arroyos y ríos de pis que un bebé es capaz de generar.

La manta era una tentación —había una con un dibujo de conejos que siempre había deseado hacer—, pero tenía que poner un límite, porque no disponía de todo el tiempo del mundo. Si me entretenía demasiado, el bebé llegaría antes de que acabase, obligándonos a vestirlo con prendas salidas a

saber de dónde, que no harían juego ni serían producto de mis manos. Empecé por los pantaloncitos y mitones, muy sencillos: casi exclusivamente pasadas de punto liso, con algo de calado. De esa manera lograría concentrarme en la chaqueta, que era más complicada. Dejé el gorro para el final: iba a ser mi *chef-d'oeuvre*. Quería adornarlo con cintas de raso que se anudarían bajo la barbilla —aún no se me habían ocurrido las posibilidades de estrangulación con lazos como éstos—, y con grandes moñas de cintas que colgarían como pequeñas coliflores a los lados de la carita. Los bebés se vestían con canastillas, lo sabía por las fotografías del libro de patrones de *La colmena*, y ahí parecían iguales a las prendas de confección: limpias y dulces, deliciosas como pastas de té decoradas con azúcar glas.

Elegí el blanco. Era el color ortodoxo, aunque algunos patrones de *La colmena* eran de un refinado verde pálido o un práctico amarillo. Sin embargo, el blanco era mejor: cuando supiéramos si el bebé era niño o niña añadiría las cintas, azules o rosas. Imaginaba el aspecto que tendría el conjunto una vez terminado: prístino, resplandeciente, admirable, un tributo a mi propia buena voluntad y a mi cariño. Aún no me había dado cuenta de que podía ser un sustituto de ambas cosas.

Tejía la canastilla porque mi madre estaba esperando. Yo evitaba la palabra «embarazada», utilizada por otras personas: «embarazada» era una palabra basta, abultada, pesada, a poco que lo pensases, mientras que «esperando» sugería un perro con las orejas alzadas, a la escucha alborozada, con alegre expectación, de unos pasos que se aproximan. Mi madre era vieja para una cosa así: es lo que yo había deducido de algunas frases sueltas cuando hablaba con sus amigas de la ciudad, y de las arrugas de preocupación en la frente de esas amigas, de sus labios apretados y los leves meneos de cabeza, y del tono con que decían «Oh, querida», y de la respuesta de mi madre: que se trataba, sencillamente, de tomarse las cosas lo mejor posible. Deduje que algo podía ir mal con el bebé debido a la edad de mi madre; pero ¿mal de qué manera, exactamente? Escuché tanto como pude, pero no conseguí averiguarlo, y no había nadie a quien preguntar. ¿Nacería sin manos, tendría la cabeza pequeña, sería un retrasado? En la escuela, «retrasado» era un insulto. No estaba segura de su significado, pero había niños a los que no podías quedarte mirando en la calle, porque no era culpa de ellos, era sólo que habían nacido así.

Me enteré del estado de mi madre en mayo, cuando mi padre me lo dijo. Me puso muy nerviosa, en parte porque añadió que, hasta que naciera mi nuevo hermano o hermana, ella estaría en peligro. Algo terrible podía ocurrirle —algo que la pondría muy enferma—, y las posibilidades aumentaban si yo no colaboraba todo lo necesario. Mi padre no me explicó en qué consistía ese «algo», pero su seriedad y su tono grave daban a entender que se trataba de un asunto grave.

Mi madre, añadió, no debía fregar el suelo, ni acarrear objetos tales como cubos llenos de agua, ni agacharse muy a menudo, ni levantar cosas de mucho peso. Todos tendríamos que colaborar, dijo mi padre, y hacer trabajos adicionales. A mi hermano le correspondería segar el césped, desde ese momento hasta junio, cuando nos iríamos al norte. (En el norte no había césped. En cualquier caso, mi hermano no iba a ir allí, sino que marcharía a un campamento de verano para hacer cosas con hachas en los bosques). En cuanto a mí, la cosa se limitaba a que ayudara más, en general. Que ayudara más de lo habitual, agregó mi padre en un tono que pretendía ser estimulante. También él ayudaría más, por supuesto, pero no podría estar ahí todo el tiempo. Él tendría que trabajar cuando estuviéramos en lo que otras personas llamaban «el *cottage*», y que para nosotros era «la isla». (Los *cottages* tenían congeladores, grupos electrógenos y esquí acuático, mientras que nosotros no teníamos nada de eso). Era imprescindible que él se fuese lejos; mala suerte, añadió. Pero no estaría fuera mucho tiempo, y no le cabía duda de que me las arreglaría.

Yo no estaba tan segura. Él siempre creyó que yo sabía más cosas de las que sabía, y que era mayor de lo que en realidad era, y más madura y resistente. Lo que él tomaba equivocadamente por calma y eficiencia era, en realidad, miedo; por eso lo miraba en silencio y asentía con la cabeza. El peligro que nos amenazaba era tan vago y vasto... ¿Cómo podía prepararme para afrontarlo? En el fondo, la tarea de tejer constituía una especie de encantamiento, como los vestidos de ortigas que las princesas mudas de los cuentos de hadas tejen para que sus hermanos convertidos en cisnes recuperen su forma humana. Si yo terminaba todas las prendas de la canastilla, aquello sería un conjuro para que el bebé que supuestamente había de llevarlas viniera al mundo, y por tanto saliera del interior de mi madre. Cuando estuviese fuera, donde yo lo viese —cuando tuviera una cara—, podría manejarlo. En el lugar en que se encontraba en ese momento, aquella cosa representaba una amenaza.

De modo que seguí tejiendo con concentración obsesiva. Acabé los mitones antes de que marcháramos al norte; quedaron prácticamente impecables, salvo por un punto equivocado. Ya en la isla, dejé listos los pantalones; la pernera que quedó más corta podría estirarse, me pareció. Sin darme un respiro empecé la chaqueta, que debía tener varias franjas de puntos en relieve. Se trataba de un reto, pero estaba decidida a superarme.

Mientras, mi madre no era de la menor ayuda. Al principio de mi maratón de punto, ella había empezado a tejer las botitas. Sabía hacer punto, lo había hecho antes: el libro de patrones que yo utilizaba había sido suyo. Podía hacer punto de revés, un truco que yo no dominaba bien. Pero a pesar de su habilidad superior, se dejaba ganar por la pereza: no pasó de media botita. La costura yacía olvidada mientras ella descansaba en una tumbona, con los pies sobre un tocón, leyendo novelas de época con abundancia de cabalgadas, envenenamientos y duelos a espada —lo sabía, porque yo misma las había leído—, o sencillamente dormitando, con la cabeza desmayada sobre la almohada, la tez pálida y sudorosa, el cabello húmedo y lacio, y aquel vientre abultado que me mareaba, como me ocurría cuando alguien se hacía un corte en un dedo. Llevaba un blusón viejo que muchos años antes había guardado en el fondo de un baúl; yo recordaba haberlo sacado en una ocasión para disfrazarme por Halloween de señora gorda con un bolso. La hacía parecer pobre.

Me daba miedo verla dormir en pleno día. No era propio de ella. Normalmente era una persona que caminaba a paso ligero y con decisión, o que en invierno patinaba en las pistas a una velocidad impresionante, o nadaba salpicando mucho, o hacía la vajilla en un santiamén: así lo llamaba ella, «hacer» la vajilla. Siempre sabía cómo comportarse en una emergencia, era metódica y alegre, se hacía cargo de todo. Últimamente, sin embargo, parecía haber abdicado.

Cuando no hacía punto, me dedicaba a barrer el suelo a conciencia. También llenaba cubos y cubos de agua con la bomba manual y los cargaba colina arriba de uno en uno, salpicándome las piernas desnudas; lavaba la ropa en la tina de cinc, frotándola con jabón Luz del Sol, y después cargaba con ella para aclararla en el lago y volver a subirla para colgarla en el tendedero. Y escardaba el jardín y entraba la leña, todo con el telón de fondo de la alarmante pasividad de mi madre.

Un día bajó a darse un baño, pero no nadó con su energía de costumbre, sino que se limitó a flotar. Tuve que acompañarla, lo quisiera o no, para vigilar que no se ahogara. Me aterrorizaba que se hundiera de pronto en el

agua parda y fría, con los cabellos flotando como algas marinas y los ojos vueltos hacia arriba para mirarme con expresión solemne. En un caso así, tendría que bucear para rodearle los hombros y arrastrarla hacia la orilla, pero ¿cómo podría hacer algo así? Estaba tan gorda. No obstante, nada parecido había ocurrido aún, y a ella le gustaba meterse en el agua, como en busca de vigor. Cuando sólo asomaba la cabeza, se semejava más a sí misma. En esas ocasiones incluso sonreía, y yo me imaginaba que todo volvía a ser tal como se suponía que debía ser.

Pero después salía del agua, chorreando —tenía unas venas varicosas en la parte posterior de las piernas y yo no podía evitar mirarlas, aunque me avergonzaban—, y caminaba con dolorosa lentitud hacia nuestra cabaña, para preparar el almuerzo. Éste consistía en sardinas, o en tostadas untadas con mantequilla de cacahuete, o en queso, si teníamos, y en tomates y zanahorias del huerto, que yo pelaba y lavaba. Aunque ella no parecía muy ávida de comer todo aquello, de todos modos masticaba despacio y a conciencia. Se esforzaba por conversar conmigo —¿cómo iba mi labor de punto?—, pero yo no sabía qué decirle. No entendía por qué había decidido hacer lo que había hecho, por qué se había transformado en aquella lánguida e hinchada versión de sí misma, cambiando con ello el futuro —mi futuro— en algo sombrío e incierto. Yo creía que lo había hecho a propósito. No se me ocurrió que podía haber caído en una emboscada.

Estábamos a mediados de agosto y el calor era opresivo. Las cigarras cantaban entre los árboles y las reseca agujas de pino crujían bajo los pies. El lago estaba ominosamente inmóvil, como si presagiara tormenta. Mi madre dormitaba. Yo me había sentado en el muelle y, aburrída, me espantaba las moscas. Tenía ganas de llorar, pero no podía permitirme algo así. Estaba sola por completo. ¿Qué haría si aquella cosa peligrosa —fuera lo que fuere— empezaba a ocurrir de pronto? Creía saber de qué se trataba: el bebé asomaría la cabeza demasiado pronto. ¿Y entonces, qué? No me veía capaz de empujarlo dentro otra vez.

Estábamos en una isla, no había nadie a la vista, no teníamos teléfono, y la población más próxima distaba unos doce kilómetros en bote. Tendría que poner en marcha el motor fueraborda de nuestro viejo bote —sabía hacerlo, aunque tirar de la cuerda con fuerza suficiente casi superaba mis posibilidades físicas— y navegar hasta el pueblo, lo cual llevaría una hora entera. Desde allí podría telefonar para pedir ayuda. Pero ¿qué pasaría si el motor no arrancaba

—ya había ocurrido alguna vez— o se averiaba por el camino? Había una caja de herramientas, pero yo sólo sabía hacer las reparaciones elementales. Podía apretar un tornillo y limpiar el conducto de la gasolina, pero si después de eso el motor seguía sin funcionar, me vería obligada a remar o gritar para llamar la atención de algún pescador, si es que había alguno cerca.

También podía echar mano de la canoa: poner una piedra en la popa para lastrarla y palear desde la proa, tal como me habían enseñado; pero nada de eso serviría si soplaba el viento, incluso una brisa ligera: mi peso no era suficiente para mantener el equilibrio en una distancia tan larga: volcaría.

Se me ocurrió un plan como último recurso. Iría en la canoa hasta uno de los islotes próximos a la costa: hasta allí me veía capaz de llegar, de una forma u otra. Luego prendería fuego al islote. Algún guardabosques vería el incendio y enviaría un hidroavión; y yo estaría de pie en el muelle, bien visible, brincando y agitando en el aire una funda de almohada. No podía fallar. El único riesgo era que el fuego se extendiera accidentalmente a tierra firme. En ese caso, yo acabaría en la cárcel por pirómana. Pero de todos modos tenía que hacerlo. Era eso o bien que mi madre... Que mi madre ¿qué?

En ese punto mi mente quedó en blanco. Subí corriendo la colina, pasé de puntillas por delante de mi madre, que dormía dentro de la cabaña, volví a salir con el cuenco lleno de uvas y me dirigí hacia el gran álamo blanco al que siempre acudía cuando mi mente tropezaba con el borde de alguna idea impensable. Me acomodé contra el tronco, me metí un puñado de uvas en la boca y me sumí en la lectura de mi libro favorito.

Era un libro de cocina. Se titulaba *El arte de guisar y servir*. Poco tiempo antes yo había desechado todas las novelas, incluso la *Guía de las setas silvestres*, y me había dedicado a él por entero. Su autora se llamaba Sarah Field Splint, un nombre que me inspiraba confianza. Sarah sonaba un poco anticuado y formal, Field era pastoral y florido, y en cuanto a Splint..., bueno, no habían caprichos ni lloros, histeria o dudas si tenías a tu lado a una mujer llamada Splint. El libro databa de los viejos tiempos, diez años antes de mi nacimiento; lo había editado la compañía Crisco, que fabricaba margarina vegetal. En los primeros años de la Depresión, cuando la mantequilla se había convertido en un artículo de lujo, según me contó mi madre, todas las recetas incluían Crisco. Nosotras siempre teníamos montones de Crisco en la isla, porque la mantequilla se estropeaba con el calor. En cambio, la margarina Crisco era prácticamente indestructible. Mucho tiempo atrás, antes de que quedara en estado, mi madre había usado ese libro para hacer pasteles, y su

letra aparecía aquí y allá entre las recetas: «¡¡Muy bueno!!», se leía. O bien: «Usar mitad de harina blanca y mitad de integral».

Sin embargo, no eran las recetas lo que me fascinaba de ese modo, sino los dos primeros capítulos del libro. El primero se titulaba «La casa sin criadas», y el segundo «La casa con una criada». Ambos eran ventanas abiertas a otro mundo, y yo miraba con avidez a través de ellas. Sabía que eran ventanas, y no puertas, porque me sería imposible entrar por ellas, ¡pero qué vidas encantadoras se desarrollaban al otro lado!

Sarah Field Splint tenía ideas estrictas sobre la forma adecuada de vivir. Fijaba normas, imponía orden. Los platos calientes deben servirse «calientes», y los platos fríos, «fríos». «Tiene que hacerse así, sean cuales sean las circunstancias», decía. Era la clase de consejo que yo necesitaba oír. Trataba con firmeza el tema de la limpieza de los manteles y el brillo de la cubertería de plata. «Es preferible usar sólo mantelitos individuales y conservarlos inmaculadamente limpios, a poner sobre la mesa, aunque sea en una sola comida, un mantel con una sola mancha», ordenaba. Nosotras cubríamos la mesa con un hule, y los cubiertos eran de acero inoxidable. En cuanto a los mantelitos, escapaban a mi experiencia personal, pero pensaba que sería elegante disponer de algunos.

A pesar de su insistencia en lo básico, Sarah Field Splint tenía en cuenta otros valores, más flexibles. Las horas de la comida deben ser disfrutadas, han de tener encanto. En toda mesa debe disponerse un centro: algunas flores, unas frutas bien elegidas. A falta de algo así, es posible obtener un efecto parecido con «unas ramitas de helecho combinadas con alguna hoja de parra u otro vegetal que ponga una nota de color, en un cuenco o en un delicado cestillo de mimbre».

Cuánto deseé una bandeja de desayuno con un par de narcisos en un pequeño florero, tal como mostraba un dibujo, o una mesita de té en torno a la cual reunir «unos pocos amigos escogidos» —¿quiénes podían ser esos amigos?—, o, mejor aún, un desayuno servido en el porche ante un hermoso panorama con «el arroyo serpenteante y la blanca aguja de la iglesia despuntando entre los árboles en la orilla opuesta». «Despuntando»... Me gustaba. Transmitía serenidad.

Todas esas cosas eran posibles en la casa sin criadas. Luego venía el capítulo de la criada. También aquí la señora Splint se mostraba exigente y proporcionaba una información fundada. (No había duda de que era «señora» Splint: estaba casada, aunque sin consecuencias indeseables, al contrario que mi madre). «Es posible transformar a una muchacha desaliñada e inexperta en

una criada de buenos modales y profesional, si empleamos con ella paciencia, afabilidad y buen trato», decía. «Transformar» fue la palabra que me llamó la atención. ¿Quería yo transformar o ser transformada? ¿Deseaba ser un ama de casa afable, o la antes desaliñada criada? No lo sabía.

Había dos fotografías de la criada, una vestida de mañana, con zapatos, medias blancas y delantal de muselina blanca —¿qué era la muselina?—, y la otra con el uniforme para servir el té de la tarde y la cena, con medias negras y cuello y puños de organdí. Su expresión era la misma en las dos fotografías: una media sonrisa amable y una mirada directa y franca pero reservada, como a la espera de instrucciones. Bajo los ojos se insinuaban unos cercos oscuros. No sabría decir si parecía amistosa, incómoda o sencillamente estupefacta. Era ella la que recibiría una reprimenda si había una mancha en el mantel o un cubierto de plata que no brillaba lo suficiente. A pesar de todo, la envidiaba. Ya se había transformado, y no se veía obligada a tomar más decisiones.

Acabé las uvas, cerré el libro y me limpié las manos pringosas en los pantalones cortos. Era hora de volver a tejer. A veces olvidaba lavarme las manos y aparecían manchas parduscas en la lana blanca, pero eso podía corregirse más tarde. La señora Splint siempre usaba jabón Marfil; era bueno saber una cosa así. Primero bajé al jardín y arranqué unas hojas de hiedra y un puñado de flores rojas del bancal de las habichuelas, para el centro de mesa que ahora consideraba obligado preparar. Sin embargo, el encanto de mi centro no podía ocultar la miseria de nuestras servilletas de papel: mi madre insistía en usarlas por lo menos dos veces, para ahorrar, y en ellas escribía a lápiz nuestras iniciales. Ya podía imaginarme lo que opinaría la señora Splint de una costumbre tan basta.

¿Cuánto duró aquello? Me pareció una eternidad, pero probablemente sólo fueron una o dos semanas. A su debido tiempo mi padre volvió; algunas hojas de arce adquirieron un tono anaranjado, y luego unas pocas más; los colimbos se reunieron y por la noche chillaban, antes de que llegase el otoño y migrasen. Poco después regresamos a la ciudad, y volví a la escuela como de costumbre.

Acabé la canastilla, a excepción de la botita de la que se había responsabilizado mi madre —¿tendría el bebé un solo pie, como los flamencos?—, la envolví en papel tisú blanco y la guardé en un cajón. Las proporciones no eran del todo las justas y no estaba muy limpia —las

manchas de uva habían dejado cerco—, pero cuando estaba plegada no se notaba.

Mi hermana nació en octubre, un par de semanas después de que yo cumpliera doce años. Tenía todos los dedos de las manos y los pies. Pasé la cinta rosa por los ojales de la canastilla y cosí las moñas para el gorro, y el bebé vino a casa desde el hospital de la forma habitual. Las amigas de mi madre la visitaron y admiraron mi labor, o por lo menos simularon hacerlo. «¿Tú has hecho esto?», preguntaron. «Casi todo», contesté con modestia. No mencioné el fracaso de mi madre en su pequeña parte del trabajo.

Mi madre dijo que apenas había tenido que levantar un dedo, que yo había hecho prácticamente toda la labor. «Qué niña tan buena y tan trabajadora», dijeron las amigas, pero tuve la impresión de que se burlaban de mí.

Mi hermana estaba muy bien, aunque mi canastilla le quedó pequeña en muy poco tiempo. Pero no dormía. En cuanto la ponías en la cuna, despertaba y rompía a llorar: las sombras de ansiedad que la habían rodeado antes de su nacimiento parecían haber penetrado en su interior, y despertaba seis o siete u ocho o nueve veces cada noche, entre llantos desgarradores. Aquello no desapareció a los pocos meses, como decía que ocurriría el doctor Spock en *El cuidado del bebé y el niño*. Si acaso, empeoró.

Después de haber estado demasiado gorda, mi madre adelgazó demasiado. Se consumía por la falta de sueño, tenía los cabellos lacios, los ojos enrojecidos, los hombros vencidos. Yo hacía mis deberes tendida boca arriba con los pies en la cuna de la niña, meciéndola para que mi madre tuviera un rato de descanso. O volvía de la escuela y cambiaba a la pequeña, la vestía y la sacaba a pasear en el cochecito, o iba y venía con ella en brazos, apretando contra mi hombro con una mano su cuerpecito cálido y oloroso, envuelta en el muletón, y con la otra sosteniendo en alto un libro; o la llevaba a mi habitación y la mecía en brazos y le cantaba. Cantar era especialmente eficaz. «Oh, querida Nellie Gray, lejos te han llevado ya, no he de verte nunca más», cantaba. O bien el *Villancico de Coventry* para coro infantil:

*El rey Herodes, furibundo,
a sus hombres ha ordenado
que los niños inocentes
a su vista sean asesinados.*

La letra era más bien macabra, pero la niña se dormía de inmediato.

Cuando no estaba haciendo esas cosas, tenía que limpiar el cuarto de baño o fregar la vajilla.

Mi hermana cumplió un año, y yo trece; ya iba al instituto. Cumplió dos años, y yo catorce. Mis compañeras —algunas tenían quince años— se entretenían a la salida de clase charlando con chicos. Algunas iban al cine, y allí conocían a chicos de otros institutos; otras hacían lo mismo en las pistas de patinaje. Intercambiaban opiniones acerca de qué chicos eran realmente encantadores y cuáles unos granujas, iban a las hamburgueserías con sus nuevos novios, y comían palomitas y se revolcaban en los asientos traseros de los coches, se probaban vestidos sin tirantes, asistían a bailes en los que, sumergidas en la música lánguida y la luz azul de gimnasios en penumbra, se movían de un lado a otro abrazadas a sus parejas, se besuqueaban en el sofá de sus salas delante del televisor encendido.

Yo escuchaba las descripciones de todo eso a la hora del almuerzo, pero no podía intervenir. Evitaba a los chicos que se me acercaban: siempre tenía prisa por volver a casa a cuidar de la niña, que seguía sin dormir. Mi madre vagaba por la casa como si estuviera enferma o desfallecida. Había ido al médico a consultarle la falta de sueño del bebé, pero no había servido de nada. Todo lo que dijo el doctor fue: «Ha tenido usted uno de éstos».

Yo ya no me sentía cansada, sino en estado de rebeldía. Todas las noches me escapaba de la mesa de la cena en cuanto podía, me encerraba en mi habitación y contestaba a las preguntas de mis padres con gruñidos monosilábicos. Cuando no hacía los deberes o las tareas domésticas o cuidaba del bebé, me tendía en mi cama con la cabeza colgando por el borde y sujetaba un espejo para ver cuál era mi aspecto cabeza abajo.

Una noche estaba de pie detrás de mi madre, probablemente esperando que saliera del baño para entrar a probar alguna cosa, creo que un champú distinto. Ella estaba inclinada sobre el cesto de la ropa, revolviendo las prendas sucias. La niña rompió a llorar.

—¿Puedes ir y ponerla a dormir? —dijo, como tantas otras veces. Por lo general, me tocaba a mí consolarla, cantarle, acunarla.

—¿Por qué tengo que hacerlo? —repliqué—. No es mi hija. Yo no la he tenido, has sido tú.

Nunca le había dicho nada tan brutal. En el mismo momento que las palabras salían de mi boca supe que estaba yendo demasiado lejos, aunque me limitaba a decir la verdad, o una parte de ella.

Mi madre se incorporó y se volvió, todo en el mismo movimiento, y me dio una fuerte bofetada. Nunca lo había hecho, ni eso ni nada remotamente parecido. No abrió la boca. Las dos estábamos sobrecogidas por lo que habíamos hecho, y por lo que había hecho la otra.

Tuvo que dolerme, y me dolió, pero también sentí que aquello me liberaba, como si hubiera roto un encantamiento. Ya no estaba obligada a continuar sirviendo. Como mucho, podría ayudar: me sentía incapaz de cambiar esa característica mía. Sin embargo, otra vida, más secreta, se extendía ante mí, se desenvolvía como una pieza de tela oscura. También yo iría muy pronto a los restaurantes *drive-in*, también yo comería palomitas. En espíritu, ya había salido de casa y corría: iba al cine, a la pista de patinaje, a los bailes lánguidos a media luz y a otros placeres tentadores, indignos y aterradores que ni siquiera lograba imaginar.

El Jinete sin Cabeza

Por Halloween, ese año —el año en que mi hermana tenía dos— me disfracé de Jinete sin Cabeza. Antes, siempre me había limitado a los fantasmas y las señoras gordas, ambos muy fáciles: todo lo que necesitabas era una sábana y polvos de talco, o bien un vestido, un sombrero y almohadones de relleno. Pero aquel año sería el último en que me disfrazara, o por lo menos eso creía. Me estaba haciendo mayor —ya casi había acabado de ser una treceañera—, de modo que sentí la necesidad de algo especial.

Halloween era mi fiesta preferida. ¿Por qué me gustaba tanto? Tal vez porque me daba ocasión de salir de mí misma, o de la versión de mí misma que empezaba a encontrar cada vez más conveniente, pero también más pesado, representar en público.

Saqué la idea del Jinete sin Cabeza de un cuento que leí en la escuela. En la historia, el Jinete sin Cabeza era una leyenda horripilante, pero también un chiste, y ése era el efecto que yo buscaba. Creía que todo el mundo conocería la historia: si aprendía algo en la escuela, daba por sentado que era de conocimiento general. Aún no había descubierto que yo vivía en una especie de burbuja transparente que flotaba sobre el mundo sin demasiado contacto con él, y que la gente que yo conocía se me aparecía bajo un ángulo diferente de aquél bajo el que aparecía ante sí misma; y que a la inversa ocurría otro tanto. En mi caso, me veían más borrosa de como me veía a mí misma.

Tenía claro el aspecto que debía presentar el Jinete sin Cabeza. Se decía que cabalgaba de noche sin nada más que un cuello sobre los hombros, mientras con un brazo sostenía la cabeza, cuyos ojos miraban fijamente, con un brillo fantasmal, al horrorizado espectador. Hice la cabeza con papel maché, utilizando tiras de periódico empapadas en un engrudo que yo misma cocí siguiendo las instrucciones de *El libro de los entretenimientos para un día lluvioso*. En una etapa anterior de mi vida —mucho tiempo atrás, dos años

por lo menos— me había propuesto el melancólico propósito de hacer todas las cosas que aquel libro explicaba: siluetas de animales a base de retorcer el alambre de limpiar las cañerías, barquitos de madera de balsa que se movían cuando vertías aceite caliente en un agujero practicado en el centro, y una máquina de tracción fabricada con un carrete de hilo (sin hilo), dos varillas del mismo tamaño y una cinta de goma; pero de un modo u otro, nunca conseguí encontrar los materiales adecuados en casa. Sin embargo, cocer el engrudo fue sencillo: sólo se necesitaba harina y agua. Luego hacías hervir la mezcla a fuego lento y revolvías hasta que se formaba una paste translúcida. Los grumos no importaban, podías deshacerlos más tarde. La cola se endureció demasiado al secar, y a la mañana siguiente comprendí que debería haber limpiado la cacerola con mucha agua después de usarla. Mi madre siempre dice: «Un buen cocinero prepara sus propios platos». Pero preparar cola no es cocinar, reflexioné.

La cabeza quedó demasiado cuadrada. Intenté redondear la parte superior a fin de que se pareciera más a una cabeza, y después la dejé junto al horno para que secara. El secado llevó más tiempo del que había calculado, y en el proceso la nariz se encogió y la cabeza empezó a oler mucho. Consideré que tendría que haber dedicado más tiempo a la barbilla, pero ya no había modo de remediarlo. Cuando la cabeza estuvo lo bastante seca, al menos por fuera, la pinté de lo que me pareció color carne —un rosa pálido de toalla de baño—, y luego pinté dos ojos muy blancos con pupilas negras. Los ojos quedaron un poco bizcos, pero no pude arreglarlo: temía ensuciarlo todo si corregía las pupilas negras con pintura blanca. Añadí unos semicírculos oscuros debajo de los ojos, unas cejas negras y un pelo con esmalte negro que le daba apariencia de haber sido peinado con brillantina. A continuación pinté una boca roja, con un hilillo de sangre —esmalte brillante— que bajaba por una comisura. Procuré dar forma de cuello cortado a la parte inferior de la cabeza y la pinté de rojo —puesto que había sido seccionada—, con un círculo blanco en el medio que representaba el hueso del cuello.

El cuerpo del Jinete me costó lo suyo. Hice una capa con un pedazo de tela negra que había quedado en el ya obsoleto estante de mis muñecas, la fruncí por el lado del cuello —que iría colocado encima de mi cabeza—, cosí botones en la parte de delante y abrí dos discretos orificios a la altura de mis ojos. Tomé prestados los pantalones y las botas de montar de mi madre, arrinconados desde antes de su matrimonio. Nunca había montado desde el día de su boda, solía decir, ya fuera con satisfacción o pena, probablemente

con ambas; pero por entonces yo no prestaba mucha atención a su tono de voz: tenía que ignorarla para poder lanzarme de lleno a mis propios asuntos.

Las botas de montar me quedaban demasiado grandes, lo que solucioné con unos calcetines de hockey. En cuanto a los pantalones, me los sujeté a la cintura con unos imperdibles. Me agencié unos guantes negros de invierno e improvisé una fusta con un palo y una tira de cuero que encontré en la caja donde se guardaban los chismes para el tiro con arco. Mi padre había sido aficionado al tiro con arco, y después lo fue mi hermano; pero mi padre lo había dejado, y la caja quedó abandonada en el trastero del sótano, ahora que mi hermano tenía que estudiar tanto.

Me probé el disfraz completo delante del espejo, sosteniendo la cabeza en el pliegue del codo. Aunque apenas conseguía verme por los orificios de la capa, la sombra amenazadora que reflejaba el espejo, con dos ojos siniestros que miraban fijamente desde algún punto próximo al codo, me pareció perfecta.

Esa misma noche me deslicé hasta la puerta y me reuní con mi mejor amiga del momento, que se llamaba Annie. Ella se había disfrazado de Ann la Andrajosa, disfraz que incluía una peluca con trenzas de lana roja. Teníamos linternas, pero Annie hubo de llevarme de la mano en los tramos más oscuros, que en aquel suburbio mal iluminado eran muchos. Debería haber hecho más grandes los agujeros para los ojos.

Fuimos de puerta en puerta, gritando «¡Aflojad la pasta! ¡Aflojad la pasta!», y recogiendo cucuruchos de palomitas, manzanas acarameladas y bastones de regaliz, además de los caramelos típicos de Halloween, envueltos en papel encerado anaranjado y negro con dibujos de calabazas y murciélagos, que me gustaban especialmente. Me encantó la sensación de rondar en la oscuridad, invisible, desconocida, potencialmente aterradora y aun así conservando todo el tiempo, debajo del disfraz, mi propia personalidad, inofensiva, amistosa y servicial.

Había luna llena, creo; tuvo que ser así. Soplaban una brisa fría, el suelo estaba alfombrado de hojarasca, en los porches brillaban las calabazas iluminadas, con su olor excitante, todo tal como lo había imaginado, aunque ya entonces sentí que se me escapaba: yo era demasiado mayor, he ahí el problema. Halloween era para niños pequeños. Yo había superado esa edad y lo miraba todo desde mi nube. Al fin había llegado el momento tan esperado y, sin embargo, no conseguía recordar por qué me había tomado tantas molestias.

También me decepcionó la respuesta de los adultos que nos abrían la puerta. Todo el mundo sabía de quién se había disfrazado mi amiga, «¡Annie la Andrajosa!», exclamaban encantados, y reían; pero a mí me decían: «¿Y tú, quién se supone que eres?». La capa amortiguaba mi voz, de modo que muchas veces tenía que repetir: «El Jinete sin Cabeza». «¿El jinete qué?» Y luego: «¿Qué llevas bajo el brazo?» «La cabeza del Jinete sin Cabeza». «Oh, sí, ya veo». Entonces alababan la cabeza, de esa manera exagerada con que los adultos alaban una cosa cuando en realidad piensan que está mal hecha y es ridícula. No se me había ocurrido que, si quería que mi disfraz fuera identificado de inmediato, tendría que haber optado por algo más sencillo.

Sin embargo, hubo alguien que sí quedó adecuadamente impresionado. Fue mi hermanita pequeña, que cuando crucé la sala en dirección a la puerta aún no se había acostado. Miró aquel cuerpo negro descabezado, las grandes botas y la cabeza sin cuerpo, con el cabello brillante y el temible ceño, y se puso a gritar. Gritó y gritó, y ni siquiera se tranquilizó cuando levanté la capa para mostrarle que en realidad era yo quien estaba debajo. Si acaso, lloró todavía más.

—¿Te acuerdas de la cabeza? —pregunto a mi hermana. Vamos en su baqueteado automóvil a visitar a nuestra madre, que ya es muy vieja y está ciega, postrada en la cama.

Mi hermana no pregunta «¿Qué cabeza?». Sabe de qué cabeza se trata.

—Parecía un macarra —dice—, con toda esa brillantina en el pelo. —Y añade—: Muy listo, Fred. —Cuando conduce, lo que hace con mucha habilidad, habla en voz alta a los demás conductores, que no son tan buenos como ella, llamándolos Fred, incluidas las mujeres.

—¿A cuántos macarras has conocido tú para saber qué aspecto tienen?

—Ya sabes a qué me refiero.

—Un macarra muerto, entonces —digo.

—No muerto del todo. Sus ojos te seguían a todas partes, como los de esas imágenes de Jesús en tres dimensiones.

—Imposible. Bizqueaban.

—Pues aun así lo hacían. Me daban miedo.

—Pero después jugabas con ella —señalo—. Cuando fuiste mayor. La hacías hablar.

—Aun así me daba miedo —insiste—. De acuerdo, Fred, coge toda la calle para ti.

—Tal vez te traumaticé cuando eras niña —digo.

—Alguien lo hizo —contesté, y suelta una carcajada.

Durante un tiempo después de aquel Halloween la cabeza vivió en el trastero, que no sólo contenía dos grandes baúles de viaje repletos de cosas de la vida anterior de mi madre —mantelitos que había bordado para su ajuar, guantes largos de cabritilla que nunca usó—, sino también varias maletas vacías, más la caja metálica del equipo de moscas artificiales para cebo, los chismes para el tiro con arco y diversos objetos de toda clase que yo solía revolver y llevarme. La cabeza estaba en uno de los estantes superiores, el de los patines viejos y las botas de piel de mi padres. Pie, pie, pie, pie, cabeza, pie, pie, pie. Si no te esperabas esa disposición y se te ocurría mirar hacia arriba, el efecto podía resultar desconcertante.

Por esa época teníamos un segundo teléfono en casa, de modo que yo podía hablar con mis novios, o dedicarme a lo que llamábamos charlar, sin exasperar demasiado a mi padre, quien era de la opinión de que las conversaciones telefónicas tenían que ser cortas y transmitir información. La puerta del trastero estaba al lado del teléfono. Me gustaba tener la puerta cerrada mientras hablaba, de lo contrario veía la cabeza mirándome fijamente desde la oscuridad, con el hilillo de sangre en la comisura de la boca. Con su cabello negro y reluciente y su barbilla mínima, parecía la cabeza de un camarero de historieta que hubiera tenido una pelea. Al mismo tiempo, parecía malignamente atenta, como si escuchara con atención cada una de mis palabras y se dedicara a especulaciones desagradables sobre mis motivos.

Después de aquel período de retiro en el trastero, la cabeza emigró al armario de la ropa de mi hermana. Por entonces yo tenía quince años y ella cuatro. Era todavía una niña nerviosa; si cabe, más nerviosa que nunca. No dormía por la noche: se despertaba cinco o seis o siete o nueve o diez u once veces, según mi madre. Aunque mi habitación era contigua a la de ella, nunca oí sus gritos plañideros ni su llanto asustado. Yo dormía profundamente, como si me hubieran drogado.

Sin embargo, las madres oyen el llanto de sus hijos aunque estén dormidas, no pueden evitarlo. Se han hecho estudios sobre el tema. Mi madre no era una excepción: oía la vocecita que la llamaba en medio de la oscuridad del sueño, despertaba a medias y corría a la habitación de mi hermana, la tranquilizaba con gestos mecánicos, la hacía beber un poco de agua, la arropaba de nuevo, volvía a su cama y caía dormida, sólo para despertar de nuevo una y otra vez. Había adelgazado mucho en los últimos cuatro años,

tenía la piel pálida, el cabello quebradizo y grisáceo y los ojos más grandes, tanto que no parecían normales.

Lo cierto es que se había contagiado una enfermedad de la tiroides del hámster que le compró a mi hermana con la vana esperanza de que el ruido que hacía por la noche al correr en su rueda tuviese un efecto relajante. Esa enfermedad era la culpable de la figura escuálida y los ojos enormes y fijos de mi madre: cuando le fue diagnosticada, se curó con facilidad. Pero ese detalle casi siempre se omitía en los posteriores relatos que, tanto mi madre como yo, hicimos de la historia. La leyenda de la niña hechizada, que no seguía las pautas adecuadas para los demás y absorbía las energías de su madre de manera despiadada y con nocturnidad, resultaba muchísimo más interesante que una enfermedad de la tiroides transmitida por un hámster.

En cierta manera mi hermana terna el aspecto de una niña hechizada. Era delgada, con trenzas rubias, grandes ojos azules y una manera algo conejil de morderse el labio inferior, como si pretendiera impedir que le temblase. Su actitud ante la vida era la de someterla a prueba. La comida nueva la ponía nerviosa, y lo mismo la gente desconocida y las nuevas experiencias: se quedaba quieta al borde de todas esas cosas, extendía un dedo, tocaba con aprensión, y luego, las más de las veces, retrocedía. Aprendió pronto la palabra «no». En las fiestas infantiles se resistía a participar en los juegos de los demás; los pasteles de cumpleaños la hacían vomitar. Su mayor aprensión tenía que ver con las puertas y lo que pudiese ocurrir al otro lado de ellas.

Por eso fue probablemente una mala idea que mi padre simulara ser un oso, un juego que había tenido gran éxito con sus dos hijos mayores. A mi hermana también la fascinó el juego, pero su interés fue muy diferente. No entendió que se suponía que el juego del oso era divertido, una excusa para reír, chillar y correr de un lado a otro. En cambio, se empeñó en espiar al oso sin ser vista. Así, hizo dos agujeros al nivel de sus ojos en las cortinas de mi madre, que bajaban del techo hasta el suelo, y se escondió detrás para mirar por las aberturas, en un estado de terror extático, a la espera de que mi padre regresase a casa. ¿Sería un oso o un padre? Y aunque pareciera un padre, ¿se convertiría en oso sin avisar? No había modo de saberlo.

Mi madre no se rió cuando descubrió los agujeros en las cortinas. Eran cortinas forradas; ella misma las había plisado y había hecho el dobladillo, no porque le gustara coser sino porque así resultaban mucho más baratas. Pero no se podía hacer nada. Con una niña así, el castigo estaba fuera de lugar: de todas formas la pobrecilla vivía en un estado de sufrimiento continuo, por una razón u otra. Sus reacciones siempre resultaban desmedidas en relación con la

causa. ¿Qué se podía hacer? ¿Qué se podía hacer, en particular, para que no despertase por la noche? Sin duda no era normal. Se descartó llevarla al médico, porque no serviría de nada. «Crecerá y dejará de hacerlo», se limitaría a decir; pero no diría cuándo.

Debido a su sensibilidad, o tal vez por lo agotada que estaba mi madre, a mi hermana se le permitieron cosas que a mí nunca me habían consentido, o por lo menos yo así lo creía. Se pasaba la mayor parte de las comidas debajo de la mesa, en lugar de sentarse en su silla, y mientras estaba allí abajo, ataba los cordones de los zapatos de unas personas con los de otras.

—¿Te acuerdas del asunto de los cordones de los zapatos? —le pregunto—. Nunca supimos exactamente por qué lo hacías.

—Odiaba sentarme a la mesa a comer —responde—. Lo encontraba de lo más aburrido. Yo no tenía, en realidad, un hermano y una hermana, sino que era una especie de hija única, pero con dos madres y dos padres. Dos y dos, y luego yo.

—Pero ¿por qué los cordones de los zapatos?

—Yo qué sé. Puede que fuera una broma.

—No eras muy aficionada a las bromas, a esa edad.

—Quería que vosotras dos me quisierais. Quería ser divertida.

—¡Eres divertida! ¡Y te queremos!

—Lo sé, pero estoy hablando de entonces. No me prestabais mucha atención. Siempre hablabais de cosas de gente mayor.

—Eso no es justo —protesto—. Yo pasaba bastante tiempo contigo.

—Tenías que hacerlo —dice—. Te obligaban.

—Pensaban que me portaba bien contigo. Solían decirlo: «Siempre eres tan buena con ella».

—¡Espabila, Fred, imbécil! ¿Lo has visto? Nadie pone el intermitente para girar. Sí, bueno, lo decían porque les sacabas las castañas del fuego.

—Yo te hice aquellos jardines de musgo —digo, a la defensiva.

Había sido algo especialmente pensado para ella: lo preparé en una caja con arena, con musgo de los árboles y arbustos, vallas hechas con bastoncitos y castillos de arena adornados con guijarros. Los senderos estaban alfombrados con pétalos de flores. Ella lo contempló, maravillada, con el rostro resplandeciente, y permaneció muy callada, como si escuchase. El jardín de verdad también le hacía el mismo efecto. Entonces era de su misma

estatura. Se quedaba de pie entre los iris y las amapolas, inmóvil, como hechizada.

—Jardines de musgo —le digo—. Y jardines adornados con conchitas; te encantaban. Ésos también los hice yo.

—Pero no en la mesa del comedor —replica—. ¡Venga, que ya está verde, arranca! Y después de comer solías encerrarte en tu habitación y me dejabas fuera.

—Tenía que estudiar. No podía jugar contigo todo el tiempo.

—Lo que no querías era que revolviese tu ropa. Y tampoco pasabas todo el tiempo estudiando. Leías novelas de Perry Mason y probabas el pintalabios. Y después te fuiste, cuando yo tenía ocho años. Me abandonaste.

—Nueve —preciso—. Y no te abandoné. ¡Yo tenía veintiún años! Me fui de casa y conseguí un trabajo. Es lo que hace la gente.

—¡No se puede girar a la izquierda ahí, Fred, imbécil! Ojalá tuviera una cámara para grabarlo. El caso es —concluye— que yo no sabía dónde te habías metido.

Mi hermana tenía una amiga que se le parecía mucho; otra niña callada, tímida, rara, de ojos grandes, y aunque era morena, y mi hermana en cambio era rubia, ambas poseían la misma fragilidad de porcelana. Se llamaba Leonie. Las dos se empeñaban en llevar faldas de volantes en lugar de tejanos, y eligieron *Las doce princesas bailarinas* como su cuento favorito. Les encantaba que yo improvisara para ellas disfraces con prendas que sacaba del armario ropero: les recogía el pelo en grandes moños, les pintaba los labios y dejaba que se pusieran mis pendientes. Entonces desfilaban solemnes con mis zapatos de tacón alto, arrastrando la falda demasiado larga, mientras apretaban los labios pintados de rojo.

—¿Te acuerdas del vestido de terciopelo? —pregunta mi hermana.

Estamos otra vez en su coche, de nuevo para visitar a mamá. Preferimos hacerlo juntas. La casa semiderruida con las paredes desconchadas, la maraña de maleza en que se había convertido el jardín, nuestra madre marchita... Lo afrontamos mejor las dos juntas. Ambas llevamos bizcochos de pasas en bolsas de papel y café de máquina en dudosos envases de plástico: hemos comprado la merienda porque necesitamos que nos alaben.

—Nunca debería haber permitido que tuviésemos aquello —digo—. Tendría que haberlo guardado.

El vestido de terciopelo era un traje de noche blanco, negro y plata, que databa de los años treinta. ¿Por qué nos lo había dado? ¿Por qué había malbaratado aquel tesoro, como si abdicase de su vida anterior, su vida de mujer joven que se había divertido y había tenido aventuras? Las dos admiramos por turno aquel vestido; las dos lo destrozamos sin remedio en el curso de nuestra admiración.

—No deberíamos haber hecho aquello —añado—. Lo echamos a perder.

—No. No deberíamos haberlo hecho. Fuimos egoístas. Tira la basura que hay en el asiento de atrás; siempre dejo ahí las bolsas para disuadir a los ladrones.

—Yo no diría que fuimos egoístas —señalo.

—De todos modos, ¿quién va a querer robar esta bañera desportillada? Acaparadoras, entonces. Acabaremos como esas viejas que cuando alguien entra en su casa la encuentra llena de paquetes de periódicos atrasados, potes de encurtidos y latas de comida para el gato.

—Yo no. No me interesan las latas de comida para el gato.

—La vejez es un pozo —dice mi hermana—. Guardé un trozo de aquel vestido.

—¿De veras?

—Y de aquella falda tuya con el estampado de rosas rojas. Y también un pedazo de tu vestido azul de brocado. ¡Me parecía tan glamuroso! Todo lo que tú hacías me parecía glamuroso. ¡Fred, imbécil! ¿Has visto cómo se me ha cruzado?

—¿Qué ha sido de aquel tul rosado?

—Creo que mamá lo usaba como funda de muebles.

—No se perdía gran cosa —digo—. Parecía una tarta.

—Yo lo encontraba maravilloso, quería tener uno igual cuando fuera mayor; pero en la época en que fui a la universidad ya nadie iba a bailes formales.

Mi hermana y Leonie jugaban juntas a juegos plácidos en los que la vida era agradable, las personas amables y refinadas, y el tiempo transcurría en una rutina predecible. Adoraban las miniaturas: delicados jarrones de cristal con flores enanas, tazas y cucharillas de juguete, cajitas... Cualquier cosa diminuta y delicada. Servían el té a conejitos de peluche y vestían muñecas. Un día encontraron la cabeza del Jinete en el trastero, la sacaron del estante de las botas y, por raro que parezca, la adoptaron.

Y allí estaba, con los ojos bizcos y el hilo de sangre en la boca, ocupando su lugar entre el conejito blanco de las orejas flexibles y la muñeca Toda

Chispas, que había llevado una vida mucho más arriesgada y escandalosa que yo. Aquella cabeza parecía fuera de lugar, pero cómoda: las niñas se afanaban por hacerla sentir como en su casa. Le anudaban una servilleta alrededor del cuello cortado y le servían tazas llenas de agua que simulaba ser té y pastas imaginarias, como si tuviera un cuerpo. Mejor aún, contestaba cuando le hablaban: decía «Muchas gracias» y «¿Puedo tomar otra pasta, por favor?», y respondía al conejito blanco y a Toda Chispas cuando le preguntaban si se lo estaba pasando bien. A veces se las arreglaba para hacer gestos de asentimiento. Cuando la reunión le resultaba demasiado fatigosa, la acostaban en la cama de las muñecas, cubierta hasta la minúscula barbilla con una manta de ganchillo.

En una ocasión la encontré recostada en la almohada de mi hermana, con el cuello envuelto en uno de los mejores paños de cocina de mi madre. A su alrededor habían dispuesto, en platitos de juguete, galletas mezcladas con bayas arrancadas del seto espinoso; semejaban ofrendas destinadas a aplacar a un ídolo. Llevaba un collar tejido con hojas de zanahoria y margaritas que mi hermana y Leonie habían cogido del jardín. Las flores estaban marchitas y la guirnalda ladeada; el efecto era asombrosamente depravado, como si un libertino emperador romano hubiera irrumpido en la casa y se hubiese cortado el cuello en el dormitorio de la doncella en busca de la hazaña sexual definitiva.

—¿Por qué os gusta tanto? —pregunté. Todavía sentía cierto interés por la cabeza: después de todo, era mi criatura, aun cuando yo fuese tan joven (o así me lo parecía) en el momento de crearla. La examiné con una mirada crítica: resultaba verdaderamente poco convincente. La nariz y la barbilla eran demasiado pequeñas, el cráneo demasiado cuadrado, el cabello demasiado negro. Habría podido hacer algo mejor.

Me miraron con desconfianza.

—No nos gusta —dijo mi hermana.

—La estamos cuidando —dijo Leonie.

—Está enferma —añadió mi hermana—. Somos sus enfermeras.

—Procuramos que se sienta mejor —añadió Leonie.

—¿Tiene nombre? —pregunté.

Las dos niñas se miraron.

—Se llama Bob —repuso Leonie.

Aquello me pareció gracioso. Intenté no reírme: mi hermana se ofendía si me reía de cualquier cosa que tuviese relación con ella.

—¿Bob Cabeza? —dije—. ¿Ése es su nombre?

—No tienes por qué burlarte de él —dijo mi hermana en tono dolido.

—¿Por qué?

—Porque no es culpa suya —aclaró.

—¿Qué no es culpa suya?

—Que no tenga..., que no tenga...

—¿Que no tenga cuerpo? —la ayudé.

—Sí, eso —dijo mi hermana con voz temblorosa—. ¡No es culpa suya!
¡Lo único que pasa es que él es así!

Las lágrimas corrían ya por sus mejillas. Leonie me dirigió una mirada de indignación; cogió la cabeza y la abrazó.

—No deberías ser tan mala —dijo.

—Lo sé —admití—. Tienes razón. No debería ser tan mala.

Pero tuve que irme a mi habitación y cerrar la puerta, porque no podía aguantar la risa.

Otras veces eran ellas quienes me pedían que hiciese maldades. Me acosaban sin cesar porque querían que participase en un juego llamado «Monstruo». Se suponía que el monstruo era yo, y que merodeaba por las cercanías de la casa y el patio, con las piernas y los brazos tiesos como los de un zombi, llamándolas con voz sepulcral: «¿Dónde estáis? ¿Dónde estáis?». Ellas, entretanto, se tomaban de la mano, huían de mí y se escondían detrás de los arbustos o los muebles, temblando de miedo. Cuando yo volvía a casa procedente de la escuela, estaban esperándome; me miraban con sus ojos lánguidos y me rogaban: «¡Haz de monstruo! ¡Haz de monstruo!». Su apetito por mi monstruosidad era inagotable; mientras las dos se mantuvieran juntas y cogidas de la mano, podían resistir, podían escapar, podían desafiarme.

A veces, cuando yo volvía a casa, mi hermana quería estar sola. Cuando digo «sola» quiero decir sin Leonie, porque mi madre, por supuesto, siempre estaba con ella. No por mucho tiempo, sin embargo: apenas yo abría la puerta al llegar, mi madre salía disparada como un cohete hacia la tienda de comestibles u otro destino parecido, y yo quedaba, sin remedio, al cuidado de mi hermana. Lo que en realidad quería ella era el cielo abierto, caminar y hacer ejercicio, quedarse a solas con sus pensamientos. Quería estar libre de nosotros —de todos nosotros—, aunque sólo fuera por una hora. Pero yo aún no lo sabía.

—De acuerdo —le decía a mi hermana—. Tengo que hacer los deberes. Tú puedes jugar ahí. ¿Por qué no preparas un té para las muñecas?

Pero en cuanto me había instalado con mis libros, mi hermana empezaba:

—¡Haz de monstruo! ¡Haz de monstruo!

—No creo que sea una buena idea. Leonie no está. Llorarás.

—No, no lloraré.

—Sí que lo harás, siempre lloras.

—Esta vez no lloraré. ¡Por favor! ¡Por favor!

—De acuerdo —cedía yo, a pesar de que sabía perfectamente cómo terminaría aquello—. Contaré hasta diez. Luego iré a atraparte.

La última frase la pronunciaba con mi cavernosa voz de monstruo. Cuando acababa la cuenta, mi hermana ya se había escondido en el armario del recibidor, entre los abrigos, los paraguas y la aspiradora, y gritaba con voz apagada:

—¡El juego se ha acabado! ¡El juego se ha acabado!

—Muy bien —decía yo con tono razonable, aunque aún un tanto misterioso—. El juego se ha acabado. Puedes salir.

—¡No! ¡Deja de ser un monstruo!

—No soy un monstruo. Soy tu hermana. Si sales no correrás peligro.

—¡Para! ¡Para! ¡Para el juego!

—¿Parar el qué? Nadie está jugando.

—¡Para! ¡Para!

Yo no podía hacerlo. ¿Era una hermana que pretendía ser un monstruo, o un monstruo que pretendía ser una hermana? Demasiado difícil de averiguar. Los niños pequeños tienen problemas con los límites poco definidos, y mi hermana tenía más problemas que la mayoría. Yo conocía muy bien, incluso cuando hablaba con mi voz tramposa, los resultados: sollozos, histeria y después, muchas horas más tarde, pesadillas. En mitad de la noche, del dormitorio de mi hermana brotarían gritos de terror; mi madre sería arrancada del sueño, se levantaría de mal humor y cruzaría la sala para dar el calor y el consuelo requeridos, mientras yo seguiría durmiendo a pierna suelta, como un leño sumergido en un barril de cerveza, lejos de las consecuencias de mis crímenes.

—¿Qué le has hecho? —diría mi madre cuando volviera de su excursión de compras. Mi hermana seguiría encerrada en el armario del vestíbulo, llorando, negándose a salir. Yo estaría sentada a la mesa del comedor, plácidamente enfrascada en mis deberes.

—Nada. Jugábamos al Monstruo. Ella lo pidió.

—Sabes lo impresionable que es.

Yo me encogería de hombros y sonreiría. Nadie podía culparme por ser servicial.

¿Por qué me comportaba de ese modo? No lo sé. Mi excusa —incluso, hasta cierto punto, ante mí misma— era que sencillamente había accedido a una petición urgente de mi hermana pequeña. Le había seguido la corriente, la había mimado. Lo que me interesa ahora es por qué pedía aquello mi hermana, una y otra vez. ¿Creía que por fin sería capaz de enfrentarse a mi yo monstruoso, de desafiarme en mi propio terreno? ¿Creía que acabaría por transformarme en lo que ella suponía que era?

—¿Por qué te gustaba jugar al Monstruo? —le pregunto.

—No lo sé. ¡Eres un cretino, Fred! El semáforo todavía estaba rojo. ¿Quieres almorzar antes de ver a mamá, o después?

—Si comemos antes nos deprimiremos. Sin embargo, estoy hambrienta.

—Yo también. Vamos al Satay on the Road —propone.

—También podemos parar en el Small Talk. La sopa es buena.

—Ya tomo montones de sopa en casa. Necesito esa salsa de cacahuete. ¿Debería teñirme de pelirrojo? Me están saliendo muchas canas.

—Te sientan bien —digo—. Te dan un aire distinguido.

—Pero ¿qué tal de pelirroja?

—¿Por qué no? Si te apetece... A mí no me va, pero tú sí puedes.

—Es raro, porque las dos tenemos el pelo rubio oscuro, según la gama de colores.

—Lo sé. También puedes teñirte de verde lima. A mí me da aspecto de anémica. Insistías e insistías en el juego del Monstruo y después, en cuanto empezábamos a jugar, te encerrabas en el armario del vestíbulo.

—Lo recuerdo. Recuerdo la sensación de estar totalmente aterrorizada. La lana caliente, el olor de la aspiradora, el terror.

—Pero siempre querías volver a hacerlo. ¿Creías que aquello acabaría alguna vez de manera distinta?

—Es como decir «Por la mañana me levantaré temprano y me pondré a trabajar». Pero luego llega el momento y sencillamente no puedes.

—Mamá solía pensar que era culpa suya —apunto.

—¿El qué? —pregunta—. ¿Que me escondiera en el armario de los abrigos?

—Oh..., eso y todo lo demás. El cuadro completo. ¿Recuerdas cuando pasaste por aquel período de sinceridad total?

—¿Es que se ha acabado?

—Bueno, no. A mí, por mi parte, nunca me interesó la sinceridad total. Prefería mentir.

—Oh, nunca has mentido gran cosa.

Paso por alto el comentario.

—De todos modos, cuando te entró de verdad la manía de la sinceridad ya llevabas un par de años en el instituto. Ibas a hablarles a mamá y a papá de las drogas, las faltas a clase y las chicas de tu edad que tenían relaciones sexuales, porque pensabas que mamá y papá rehuían la vida real y estaban demasiado reprimidos.

—Bueno, es cierto que la rehuían, y también que eran unos reprimidos —dice—. Les dije cuatro cosas sobre el asunto. Les dije que tomaba LSD.

—¿Y cómo reaccionaron?

—Papá simuló no haber oído. Mamá me preguntó: «¿Y cómo fue?».

—No sabía que habías tomado LSD.

—Sólo una vez —responde—. No fue gran cosa. Como un viaje muy largo en coche. Estuve todo el rato preguntándome cuándo iba a acabar.

—A mí me pasó lo mismo —digo.

Cuando mi hermana tenía dieciséis años y yo veintiocho, mis padres me llamaron a casa. Era la primera vez que ocurría: fue una especie de SOS. Estaban cada vez más desesperados: mi hermana había añadido la ira a su repertorio de emociones. Seguía llorando mucho, pero ahora no sólo de desesperación, sino de rabia. O se sumía en unos estados de furia espesos y silenciosos que descendían como una niebla densa y oscura sobre quienes la rodeaban. Fui testigo de ello en las comidas familiares de las Navidades, algo que con el tiempo intenté evitar hasta donde me era posible.

Mis padres seguían creyendo que yo era especialmente buena con mi hermana; mejor que mi hermano, que no se tomaba en serio sus estallidos emocionales. Ellos mismos tampoco se mostraban demasiado buenos con ella, me confesó mi madre. Querían que fuese feliz —era tan brillante, tenía un potencial tan grande—, pero era tan inmadura... No sabían qué hacer con exactitud.

—Tal vez fuéramos muy mayores para tener otro hijo —dijo mi madre—. No entendemos de estas cosas. Cuando yo tenía su edad, si te sentías desgraciada te lo guardabas para ti.

—Es una adolescente —señalé—. Todas son así. Es cosa de las hormonas.

—Tú no eras así de adolescente —rebatí mi madre, con optimismo.

—Yo era más... furtiva —repuse. No iba a decirle que no tenía la menor idea de cómo era yo entonces porque se pasó en coma la mayor parte del tiempo. Hice montones de cosas de las que ella no sabía nada, pero no tenía intención de revelarlas—. Ella habla directamente, sin rodeos.

—Sí, desde luego —dijo mi madre.

Mis padres querían que yo volviese a casa porque tenían la oportunidad de viajar a Europa —alguna clase de viaje en grupo que no salía muy caro—, donde nunca habían estado. Querían ver castillos. Querían ver Escocia y la torre Eiffel. Se sentían excitados como niños, pero temían dejar a mi hermana abandonada a sí misma: se tomaba las cosas demasiado a pecho y estaba pasando una mala racha. («Tiene que ver con un chico», dijo mi madre con un ligero desprecio. Cuando ella era joven, antes se habría dejado freír en aceite que admitir una mala racha debido a un chico. Entonces la moda consistía en tener un montón de enamorados y tratarlos a todos con sonriente desdén).

Sólo iban a estar fuera dos semanas, dijo mi padre. Un poco más, apuntó mi madre con una mezcla de culpabilidad y ansiedad. Dieciocho días. Veinte, contando el viaje.

No encontré la manera de negarme. Se estaban haciendo viejos, o lo que yo consideraba viejos. Se acercaban a los sesenta. Tal vez nunca se les presentara otra ocasión de ver un castillo. De modo que acepté.

Era verano, el verano de Toronto, cálido y húmedo. Mis padres nunca se habían molestado en tener aire acondicionado o ventiladores —la incomodidad física significaba muy poco para ellos—, de modo que la casa se iba calentando a medida que avanzaba el día, y no refrescaba hasta la medianoche. En aquella época mi hermana ocupaba mi antiguo dormitorio, mientras que yo me había instalado en el suyo.

Los días seguían una pauta extraña, o una ausencia de pauta. Nos levantábamos cuando nos apetecía y nos acostábamos a horas irregulares. Tomábamos nuestras comidas en uno u otro lugar de la casa y dejábamos los platos sucios apilados en el fregadero varios días. A veces bajábamos a tomar el almuerzo al sótano, porque se estaba más fresco. Leíamos historias de detectives y comprábamos revistas femeninas, que hojeábamos en busca de soluciones para nosotras mismas, pero sólo en teoría. Me sentía demasiado cansada para hacer otra cosa; o si no cansada, soñolienta. A mediodía me quedaba adormilada en el sofá, o me sumía en un sueño profundo y despertaba atontada a la hora de la cena, atontada. Por lo común nunca duermo siestas.

Durante cierto tiempo hicimos incursiones en un jardín al rojo vivo para regarlo según las meticulosas instrucciones de nuestros padres — instrucciones que no seguíamos—, o para escardar los hierbajos más visibles, los tallos de belladona, las bardanas, los cardos; o recortar las puntas del exuberante seto espinoso que amenazaba con invadir la acera. El flox estaba en flor, y las dalias, y las cinias: el colorido era vertiginoso. Hicimos el esfuerzo de cortar el césped con la vieja segadora que llevaba allí desde siempre. Desde demasiado tiempo: las cuchillas se bloquearon, atascadas en los tallos crecidos de hierba y trébol.

—Tal vez sería hora de que entraran en el siglo veinte y compraran una segadora a motor —dije.

—Creo que deberíamos segar todo el jardín —propuso mi hermana—. Dejarlo bien liso.

—Demasiado trabajo. Recortemos los bordes.

—Bah, ¿para qué molestarnos? Mucho esfuerzo. Estoy sedienta.

—De acuerdo, yo también.

Y volvimos dentro.

En momentos inesperados oí varias alusiones a un chico llamado Dave, que tocaba la batería y resultaba inalcanzable. La historia siempre era la misma: mi hermana amaba a Dave, y Dave no la amaba a ella. Tal vez la hubiese amado en alguna ocasión, o hubiese empezado a hacerlo, pero después algo había ocurrido. Ella no sabía qué. Su vida estaba arruinada. Posiblemente nunca conseguiría ser feliz de nuevo. Nadie la amaba.

—Me parece un pelmazo —dije.

—¡No es un pelmazo! ¡Antes era maravilloso!

—Lo digo sólo por lo que me cuentas. No te he oído mencionar ninguna faceta maravillosa. De todos modos, si no está interesado, es que no está interesado.

—¡Siempre tan jodidamente lógica!

Mi hermana había empezado a decir palabrotas a una edad mucho más temprana que yo, y las utilizaba con generosidad.

—No lo soy —repliqué—. Lo que ocurre es que no sé qué se supone que debo decir.

—Tú te quedaste con todo. Tú acaparaste todas las facetas buenas —me acusó—. A mí no me quedó nada.

Aquello iba más allá de mi comprensión.

—¿Qué quieres decir? —pregunté con cautela—. ¿Qué es exactamente lo que acaparé?

Mi hermana se secaba las lágrimas que empezaban a brotarle. Tuvo que pensar un poco, recoger algo que flotaba en aquel profundo lago de tristeza.

—Bailar —repuso—. Acaparaste la habilidad para bailar.

—Es imposible acaparar la habilidad para bailar —dije—. Bailar es algo que puedes hacer siempre que te apetezca.

—No, no puedo.

—Sí puedes, de verdad. Yo no voy a impedírtelo.

—Tal vez no debería haber venido a este planeta —dijo, ceñuda—. Tal vez nunca debí nacer.

Me sentí como si me arrastrara entre zarzas en una noche tan oscura que no conseguía ver ni mis propias manos. «Hasta el límite de mi entendimiento» había sido, hasta ese momento, sólo una frase hecha, pero de pronto describía una realidad concreta. Vi mi propio entendimiento desenrollarse como una madeja de hilo, extenderse en toda su longitud sin conseguir aferrarse a nada, quebrarse una y otra vez como si estuviera gastado, en el intento de que el extremo llegase... ¿adonde? ¿Cuántos días tenían que pasar todavía — conmigo como responsable— antes de que los verdaderos padres regresaran, tomaran el mando y yo pudiera escaparme a mi propia vida?

Tal vez no volvieran nunca. Tal vez tuviera que quedarme allí para siempre. Tal vez las dos tuviéramos que quedarnos allí para siempre, atrapadas en aquellas edades, sin hacernos mayores jamás, mientras el jardín se convertía en una selva y el seto espinoso alcanzaba la altura de un árbol y cegaba la luz que entraba por las ventanas.

Al borde del pánico, propuse a mi hermana una excursión. Una aventura. Iríamos a la ciudad de Kitchener en el autobús de línea. Sólo se tardaba una hora. Kitchener tenía algunas casas antiguas preciosas; haríamos fotografías con mi cámara. Por entonces era aficionada a fotografiar obras arquitectónicas, edificios de Ontario del siglo XIX. Me interesaba el tema, dije sin mentir demasiado. Sorprendentemente, mi hermana accedió. Yo había temido que se negara: demasiado complicado, demasiado esfuerzo, ¿para qué molestarse?

Fuimos el día siguiente, provistas de naranjas y galletas digestivas, llegamos sin incidentes a la terminal de autobuses y el viaje en el mullido asiento transcurrió en una calma relativa. Luego paseamos por Kitchener, mirando aquí y allá. Tomé fotografías de las casas. Compramos bocadillos. Nos acercamos al parque y contemplamos los cisnes.

Mientras estábamos allí, una anciana nos preguntó:

—¿Sois gemelas?

—Sí —respondió mi hermana—. ¡Lo somos! —Se echó a reír y añadió—: No, no lo somos. Sólo somos hermanas.

—Bueno, pues parecéis gemelas —dijo la anciana.

Teníamos la misma estatura, la misma nariz, llevábamos ropas parecidas. Era comprensible que la anciana nos hubiese confundido por gemelas, sobre todo si era corta de vista. La idea me alarmó: hasta entonces nos había visto a las dos en función de lo que nos diferenciaba. De repente me daba cuenta de que nos parecíamos más de lo que imaginaba. Yo tenía más capas, capas de gasa: eso era todo.

El humor de mi hermana cambió. Empezó a mostrarse casi eufórica.

—Mira los cisnes —dijo—. Son tan..., son tan...

—Císnicos —dije. Casi me sentía flotar. El sol de la tarde doraba el agua del estanque donde nadaban los cisnes; una suave neblina difuminaba el perfil de las cosas. Difuminada, pensé, así era como me sentía. Quizá nuestros padres tuvieran razón: quizá yo fuese la única que poseía la llave mágica capaz de abrir la puerta y liberar a mi hermana de la mazmorra en que parecía vivir.

—Venir aquí ha sido una idea magnífica —dijo. Estaba radiante.

Al día siguiente, sin embargo, se sintió más infeliz que nunca. Y después, aún empeoró. Fuera cual fuere la magia que yo tenía —o que todos pensaban que tenía—, perdió su efecto. Los buenos momentos escasearon cada vez más, los malos se hicieron peores, y durante años no pararon de empeorar. Nadie supo decir por qué.

Mi hermana está sentada al pie de la escalera de mi casa, mordiéndose las uñas y llorando. No es la primera vez que ocurre, ha pasado muchas veces.

—Me voy —dice—. Tengo que acabar con esto de una vez. Es inútil que venga aquí. Es demasiado esfuerzo.

Quiere decir: «Es demasiado esfuerzo retroceder en el tiempo».

—Te has divertido —digo—, ¿no es así? Hay muchas cosas que te gustan.

—Eso era hace un rato —dice—. No es bastante. Estoy cansada de jugar a este juego. Éste es un mal sitio para mí.

No se refiere a mi casa, se refiere a su cuerpo. Se refiere al planeta Tierra. Puedo ver lo mismo que está viendo ella: el borde de un acantilado, un puente del que ha caído una tabla, el fin. Eso es lo que ella quiere: el Fin. Como el fin de una historia.

—¡No es inútil, no tienes que acabar con nada! —exclamo—. Mañana te sentirás mejor.

Pero es como gritar en un desierto a alguien que está en el extremo opuesto. No puede oírme. Ya ha dado media vuelta, con la cabeza gacha, los hombros vencidos, lista para la escapada final.

Se perderá. La perderé. No está en mi mano detenerla.

—Hacer eso sería terrible —digo.

—No hay otra solución —responde—. No te preocupes. Eres fuerte. Lo superarás.

Doblamos una esquina y después otra, pasamos por delante de un sauce, luego de una morera, y enfilamos el sendero de entrada de la casa de nuestra madre.

—Mira a Fred —dice mi hermana—. Aparcado en medio del camino. Si condujera una máquina quitanieves, lo aplastaría contra el seto.

—Es lo que se merece —digo.

Bajamos del coche. Cada vez me cuesta más. Algo les pasa a mis rodillas. Me apoyo en el coche y estiro las piernas al tiempo que echo un vistazo al jardín abandonado.

—Tengo que podar ese tejo —digo—, y ocuparme de los ciruelos; las plantas trepadoras los están ahogando.

—¿Por qué molestarse? Mamá no puede verlos.

—Pero yo sí puedo —replico—, y otras personas también. Ella se sentía orgullosa de su jardín.

—Te preocupas demasiado de los demás. ¿De verdad fui una niña horrible?

—En absoluto —respondo—. Eras muy inteligente. Tenías unos ojos azules enormes y trenzas rubias.

—Según dicen, siempre estaba lloriqueando.

—No lloriqueabas —digo—. Tenías unos nervios muy sensibles, una reacción amplificada ante la realidad.

—En otras palabras, siempre estaba lloriqueando.

—Querías que el mundo fuese mejor de lo que era —señalo.

—No; eras tú quien quería eso. Yo sólo quería que el mundo fuese mejor de lo que era para mí.

Simulo no haberla oído.

—Eras muy afectiva —digo—. Apreciabas las cosas. Las apreciabas más que las demás personas. A veces te provocaban una especie de éxtasis.

—Pero ahora me encuentro perfectamente —dice—. Demos gracias a Dios por los medicamentos.

—Sí. Ahora estás perfectamente.

Todos los días toma una píldora para corregir un desequilibrio químico de nacimiento. Era eso, todo el tiempo. Era eso lo que hacía que lo pasara tan mal. No fue mi monstruosidad.

Así lo creo, la mayor parte del tiempo.

Hemos llegado a la puerta. Me asombra la persistencia de los objetos materiales. Es la misma puerta que cruzaba para entrar y salir, año tras año, vestida con mi ropa de diario o con diferentes modelos y disfraces, sin pensar ni por un instante que un día estaría plantada delante de ella con mi hermanita de cabello gris. Pero todas las puertas que utilizamos regularmente son puertas a la vida futura.

—He perdido el rastro de aquella cabeza —digo—. La cabeza del Jinete sin Cabeza. ¿Recuerdas cuando estaba en el trastero? ¿Recuerdas todas aquellas botas y los chismes del tiro con arco?

—Vagamente —contesta mi hermana.

—Tendremos que hacernos cargo de todo eso, ¿sabes? Cuando sea el momento. Lo tiraremos todo.

—Es algo que no me planteo —dice.

—¿Dónde habrá ido a parar? La cabeza. ¿Te deshiciste tú de ella?

—Oh, todavía debe de estar ahí dentro, en algún rincón.

Mi última duquesa

—«Es mi última duquesa pintada en la pared» —dijo miss Bessie. Nadie la habría llamado «miss Bessie» en su presencia, pero ése era el nombre que empleábamos entre nosotros. Era más respetuoso que los nombres que dábamos a otros profesores: el Gorila, la Almeja, el Hipopótamo—. Ahora, atentos. ¿Qué nos dice de inmediato la palabra «última»?

Las ventanas de nuestra flamante aula eran lo bastante altas para que no pudiéramos ver nada excepto el cielo. Ese día de un azul pastel, cálido, soñoliento. Yo no lo miraba, pero ahí estaba, en el rabillo del ojo, inmenso e informe y tranquilizador, dando vueltas y vueltas como el mar. Por una ventana abierta habían entrado algunas moscas. Zumbaban de un lado a otro, se estrellaban contra los cristales al intentar escapar. Las oía pero no podía verlas, y no iba a arriesgarme a volver la cabeza. Se suponía que estaba pensando sobre la palabra «última».

«Última, última, última...». Quizás indicase que estaba «perdida»^[1]. La última duquesa. «Duquesa» sonaba como un frufrú insinuante, un susurro: el roce del tafetán en el suelo. En un día como aquél no resultaba fácil resistirse a dormir, a sumirse en ensueños. Era primera hora de la tarde de un día de mayo, fuera los árboles estaban en flor, el polen revoloteaba en el aire. En el aula hacía demasiado calor; estaba llena de vibraciones, las que producían el que fuera de reciente construcción: la madera clara y los listones metálicos de sus pupitres curvos, de diseño moderno, el verde de la pizarra, el ligero zumbido de las luces fluorescentes, que parecían seguir ronroneando incluso cuando estaban apagadas.

A pesar de tanta novedad, sin embargo, en la estancia se percibía un olor viejo, antiguo, de fermentación: se alzaba como un vapor invisible, oleoso,

salado, que emanaba de los veinticinco cuerpos adolescentes que transpiraban en el húmedo aire primaveral.

La «última» duquesa. Tenía que haber habido más de una, entonces. Todo un pelotón de duquesas, puestas en fila como las coristas en un escenario. No: era «última», como en «último año». La duquesa estaba situada en el pretérito, perdida, dejada atrás.

Miss Bessie casi nunca esperaba a que alguien levantase la mano: corría el riesgo de que la espera fuese muy larga, porque damos mucha prisa en contestar era, a nuestro modo de ver, ridículo. No queríamos parecer tontos si dábamos una respuesta equivocada, o bien —lo que también habría supuesto una tontería— una respuesta acertada. Miss Bessie era muy consciente de eso, de modo que, nueve veces de cada diez, contestaba ella misma sus propias preguntas.

—La «última» duquesa nos dice —explicó— que esa duquesa ha dejado de ser la esposa del duque. Sugiere también la posibilidad de que haya una duquesa «siguiente». El primer verso de un poema es muy importante, alumnos. Da el tono de la composición. Sigamos.

Miss Bessie estaba sentada sobre su mesa, como de costumbre. Tenía unas buenas piernas, no sólo para una mujer de su edad sino para cualquier mujer de cualquier edad, y llevaba unos zapatos bonitos: no la clase de zapatos que llevábamos nosotros —zapatillas deportivas, mocasines, zapatos planos de ante o con tacones de aguja para ir al baile—, pero se veía que tenía buen gusto y los cuidaba. Nunca una mancha o una mota de polvo oscureció el suave brillo del calzado de miss Bessie.

Cada par de zapatos hacía juego con el conjunto al que acompañaba, y también en ese terreno aquélla era una mujer excepcional. Las profesoras del instituto vestían traje sastre para dar las clases. Se trataba de una especie de uniforme —falda recta, fruncida o plisada; chaqueta a juego sobre una blusa blanca o crema, a menudo con un lazo flojo al cuello y un broche prendido en la solapa izquierda—, pero la elegancia de los trajes de miss Bessie resultaba inalcanzable para las demás. Sus blusas no eran de nailon barato, sino que poseían brillo y solidez; y sus broches llevaban engarzadas piedras semipreciosas que parecían auténticas: el mejor era de ámbar y oro, y tenía forma de abeja. Su cabello no era gris sino plateado, y había sido cepillado por una mano sabia; los pómulos eran prominentes, la mandíbula firme, los ojos penetrantes, y la nariz, discretamente empolvada, «aquilina», una palabra que la propia miss Bessie nos enseñó.

Compadecíamos a las demás profesoras —esclavas sin redención posible, desaliñadas, cansadas y a menudo distraídas, amarradas a una tarea desagradecida, es decir, a enseñarnos a nosotros—, pero no compadecíamos a miss Bessie.

No era sólo su aspecto deliberadamente profesional lo que respetaban los alumnos de su clase, sino el que contase con un M. A., una maestría en Artes. Esas dos letras representaban una cualificación, tenían un significado importante, como M. D., doctor en Medicina. De modo que los chicos la respetaban, pero también respetaban la rienda corta con que los ataba. «Richard, ¿tienes algo divertido que contarnos? Si es así, sé tan amable de decirlo en voz alta, de modo que todos lo oigamos». «David, esa observación está por debajo de tu nivel. Eres capaz de hacerlo mejor. Un hombre puede llegar más allá de lo que está al alcance de su mano». «Robert, ¿era eso un pobre intento de parecer ingenioso?». Al referirnos a esa clase de observaciones, empleábamos la palabra «sarcástica»; pero miss Bessie nunca era sarcástica con los errores sin mala intención; en tales casos, se mostraba paciente.

—Veamos, pues. «Es mi última duquesa pintada en la pared» —dijo miss Bessie—. «Cual si estuviera viva es su apariencia». «Cual si» estuviera viva. Chicos, ¿qué nos dice ese «cual si»?

En esta ocasión esperó. Yo nunca sabía —ninguno de nosotros lo sabía— cuándo iba a prolongar una de sus esperas. Siempre me sobresaltaban. Era el momento del suspense, el peligro latente, la amenaza de que te señalase, te llamara por tu nombre, te obligara a hablar. En esas ocasiones se me llenaba la boca de palabras, demasiadas, un puré gelatinoso de sílabas que tenía que moldear en un discurso coherente mientras la mirada irónica de miss Bessie me dirigía un mensaje: «Puedes hacerlo mejor». Durante esos períodos de espera, yo prefería bajar los ojos —de modo que su mirada no se encontrara con la mía— y afanarme en tomar notas en mi cuaderno.

«Él la liquidó», escribí. «Liquidar» no era una expresión que hubiese empleado, en ninguna circunstancia, en clase, al menos en voz alta, porque se trataba de un vulgarismo, y miss Bessie desaprobaba el habla grosera y vulgar. La había sacado de las historias de detectives que tenía la costumbre de leer como modo de evadirme de las tareas para casa, o por lo menos de aplazarlas. Por desgracia, en casa había montones de novelas de detectives, además de novelas históricas y libros sobre la Primera Guerra Mundial y los monasterios del Tíbet —un país donde las mujeres podían tener dos maridos al mismo tiempo—, y sobre la guerra naval en la época napoleónica, y sobre

la forma y la función de las trompas de Falopio. Si no estaba de humor para todo un libro, podía recurrir a los estantes donde se amontonaban viejos ejemplares de *Life* y *Time* y *Chatelaine* y *Good Housekeeping* —mis padres se resistían a arrojar a la basura lo que fuera—, y curiosear los anuncios (¿qué eran accesorios de ducha?) y los artículos de modas y sobre problemas personales («La rebeldía adolescente: cinco antídotos». «Halitosis: tu enemigo silencioso». «¿Puede salvarse un matrimonio como éste?»). A lo largo de los años aprendí muchas cosas a base de evitar lo que se suponía que estaba aprendiendo.

«La liquidó», escribí. El duque había liquidado a la duquesa. A las putillas baratas las liquidan, y lo mismo les ocurría a las fulanas del submundo del hampa. «Liquidar» sugería un método contundente, como aporrear a alguien en la cabeza con una cachiporra, pero era improbable que ése fuese el método utilizado por el duque con la duquesa. Y seguramente tampoco la habría enterrado en el sótano y cubierto el cadáver con grava y cemento fresco, ni la habría descuartizado y tirado los pedazos al lago o al fondo de un pozo, o abandonado en un rincón del parque, como los maridos de algunas de las novelas más sórdidas con que me había tropezado. Pensé que lo más probable era que la hubiese envenenado: los escritores de novelas históricas sabían muy bien que los duques de esa época eran expertos envenenadores. Tenían anillos con piedras huecas que, cuando nadie miraba, abrían apretando un resorte para verter el veneno, en forma de polvo, en las copas de vino de la gente. El arsénico era su sustancia favorita. La salud de la pobre duquesa habría empeorado poco a poco; se llamaría al doctor, un médico siniestro a sueldo del duque. Y el doctor habría preparado una poción letal, definitiva, para acabar con ella. Luego, una conmovedora escena de agonía, a cuyo término el duque se encontraría libre para merodear en busca de otra hermosa muchacha a la que convertir en duquesa y, con el tiempo, liquidar.

Pensándolo mejor, decidí que en realidad el duque no había movido un dedo en esa cuestión; era demasiado orgulloso para tomarse la molestia de envenenar personalmente a la duquesa. «Di órdenes», decía más adelante en el poema (estuve fisgando la continuación). El trabajo sucio lo habría llevado a cabo algún sicario llamado posiblemente Asesino Primero —como en los dramas de Shakespeare—, mientras el duque se encontraba en otra parte, departiendo con otras personas, dirigiéndoles falsos cumplidos y enseñándoles sus carísimas obras de arte. Me había formado una imagen de su aspecto: moreno, de modales suaves e insultantemente cortés, vestido casi siempre de terciopelo. Había actores de cine así, como James Mason. Siempre

hablaban con acento inglés de clase alta. El duque tendría un acento así, a pesar de ser italiano.

—¿Y bien? —dijo miss Bessie—. El punto en cuestión es ese «cual si». No disponemos de todo el día. ¿Marilyn?

—A lo mejor es que ella se ha muerto —dijo Marilyn.

—Muy bien, Marilyn. Es una posibilidad. El lector atento..., he dicho atento, Bill, y eso se refiere a ti, a menos que tengas algo más importante a lo que prestar atención..., el lector atento, pues, se lo preguntará sin duda, y quizá se pregunte también cómo murió la duquesa, si en efecto ha muerto.

Al oír el nombre de Bill me ruboricé, porque Bill era mi novio; ser el objeto de un sarcasmo de miss Bessie era humillante para él, y en consecuencia también para mí, por extensión. Desde luego, distaba de ser un lector atento, pero él lo lamentaba, o por lo menos se daba cuenta de su incapacidad, no sé muy bien cuál de las dos cosas. Podía imaginarlo ahora, dos filas detrás de mí, colorado de vergüenza y rabia mientras sus amigos se reían de él. Pero a miss Bessie eso no le importaba. Cuando tropezaba contigo en medio de una lección, te atropellaba sin contemplaciones si creía que estabas perdido en las musarañas.

—Pero también solemos decir de un retrato, «parece como si estuviera vivo» —continuó—. Ésa sería la otra posibilidad. Tal vez la observación del duque es sólo un comentario sobre la verosimilitud (la sensación de vida) del retrato. Todo el poema está escrito desde el punto de vista del duque, y en consecuencia nada de lo que dice debe ser tomado como una verdad objetiva. Más tarde volveremos sobre esa cuestión del punto de vista.

«Verosimilitud —escribí en mi cuaderno—. Sensación de vida. La duquesa está casi viva. Punto de vista».

Miss Bessie era la mejor profesora de lengua del instituto y, posiblemente, una de las mejores de la ciudad: nuestros padres decían que tenerla era una suerte para nosotros. Nos conducía con habilidad a través del programa de estudios como si pastoreara un rebaño, apartándonos de rodeos fastidiosos y de precipicios peligrosos, espoleándonos cuando nos perdíamos por lugares inadecuados y obligándonos a detenernos en los sitios en que podíamos asimilar material importante. Describía nuestro aprendizaje como una especie de carrera de obstáculos: todavía era preciso cubrir un largo tramo antes de los exámenes, nos decía, y debíamos recorrerlo con rapidez. El terreno era abrupto, con vallas, pendientes empinadas y otras dificultades. Los días pasaban deprisa, y todavía nos quedaba *Tess d'Urberville*, amenazante —pensábamos— como un duro repecho embarrado. Era cierto que cuando

hubiéramos ascendido hasta allí miss Bessie —que lo había visitado antes en numerosas ocasiones— nos mostraría el paisaje; pero hasta ese momento habría muchos jadeos y resbalones. Ya nos habíamos peleado con Thomas Hardy, en la forma de *El alcalde de Casterbridge*, el año anterior: iba a ser un trabajo duro. Por lo tanto, para poder reservar fuerzas durante el fin de semana y hacer luego una buena carrera con *Tess*, teníamos que despachar a la duquesa cuanto antes.

*Es mi última duquesa pintada en la pared,
cual si estuviera viva es su apariencia. Ahora
esa pintura me parece admirable; un día
las manos de Fra Pandolfo trabajaron con celo,
y ahí está. ¿Desea usted sentarse y contemplarla?*

—Ahora, chicos, fijaos en ese «Desea usted». ¿A quién suponéis que está hablando el duque?

Verso a verso, miss Bessie nos condujo a lo largo del poema. Se trataba de un poema importante, que en el examen final, según ella, tendría un valor de quince puntos como mínimo. Lengua era una asignatura obligatoria: no podíamos salir del instituto sin aprobarla. Pero miss Bessie no estaba interesada en simples aprobados. Debía mantener muy alta la reputación del instituto, y también la suya propia. Sus estudiantes sacaban buenas notas porque estaban bien preparados. «Tenéis que estar bien preparados», nos decía con frecuencia. «Por supuesto, debéis contestar todas las preguntas, pero además de eso tenéis que leer dos veces cada pregunta y asegurarnos de que respondéis lo que se os pide. Debéis conservar la cabeza fría y no dejar que el pánico os domine. Tenéis que planificar y estructurar». Para cada texto que estudiábamos, hacía un muestreo de las preguntas formuladas los años anteriores y nos sugería las respuestas aceptables.

Los exámenes serían evaluados por un equipo selecto de profesores y luego, un día de agosto, las notas finales se publicarían en el periódico, brutalmente, sin avisar, y todo el mundo las vería: nuestros amigos, nuestros enemigos, nuestras familias. Temíamos ese momento. Era como si alguien recorriese de golpe la cortina del baño cuando estabas duchándote.

Las calificaciones publicadas en el periódico determinarían si seguíamos. «Seguir» significaba ir a la universidad. El nuestro no era un instituto para ricos; éstos iban a instituciones privadas. Para ellos no importaba demasiado

qué calificaciones habían obtenido en el instituto, porque de un modo u otro les harían hueco en algún sitio. Tampoco tenía mucha importancia para los pobres: carecíamos de la libertad de que nos consideraran demasiado estúpidos para seguir. Los descolgados, como los llamábamos, habían abandonado a la primera ocasión, pero no sin habernos torturado antes con los apelativos de «cerebrito», «empollona», «creída» y «cobista», y de haberse burlado sin descanso de quienes hacían deberes en casa. Nos dejaban con una opinión ambigua acerca de nosotros mismos. «Te crees muy lista», se mofaban, y en efecto creíamos ser listos, más listos que ellos en cualquier caso; pero no nos sentíamos del todo cómodos con nuestra listeza. Era como tener una tercera mano: una ventaja para abrir las puertas, pero aun así algo monstruoso.

Sin embargo, tendríamos que vivir con nuestra deformidad. Tendríamos que utilizar nuestro ingenio, subir peldaño a peldaño la escalera dispuesta para nosotros, llegar a algo. Se esperaba que los chicos se convirtieran en médicos, abogados, dentistas, contables, ingenieros. En cuanto a nosotras las chicas, no estábamos seguras de qué camino tomar. Si no «seguíamos» acabaríamos casándonos, o convertidas en solteras; pero con unas buenas calificaciones quizá consiguiéramos aplazar por un tiempo esa temible encrucijada del camino.

Los exámenes tenían lugar en el gimnasio, en un período que abarcaba tres semanas de junio. Serían, afirmó miss Bessie, un punto de inflexión en nuestras vidas, pero si estábamos bien preparados no debíamos temer aquel trance, que constituía una prueba de nuestra inteligencia pero también de nuestro carácter. Para triunfar necesitaríamos valor y unos nervios sólidos; si disponíamos de esas cualidades el resto consistiría, sencillamente, en escribir los datos y comentarios correctos en el orden debido.

A pesar de todo, nos asustábamos los unos a los otros con rumores sobre un desastre latente. En el gimnasio no había aire acondicionado y se aproximaba una ola de calor —como solía ocurrir en junio—, de modo que íbamos a asarnos, a freímos, a entrar en ebullición. Se sabía de chicas que se habían desmayado en mitad del examen; de otras a las que les había venido repentinamente la regla y se habían encontrado sentadas sobre un charco de sangre que —en los relatos más repugnantes— goteaba desde el asiento al suelo, *plop, plop, plop*. Una perspectiva aterradora. Algunos chicos, víctimas de ataques de nervios, habían empezado a chillar y sudar; otros se habían quedado en blanco, todo lo memorizado había desaparecido de su cerebro, y al terminar el examen sólo fueron capaces de escribir sus nombres, una y otra

vez. Un chico había dibujado un triángulo isósceles perfecto en cada página; meticulosamente, se comentaba. «Meticulosamente» era un toque de refinamiento: la meticulosidad, lo sabíamos, constituía algo situado a apenas un paso de la pura y simple locura.

Al salir de la escuela volvía a casa cruzando el campo de fútbol, un lugar que había sido para mí temible y prohibido, y también significativo de una manera que no sabría definir, pero que acabó por convertirse en una franja irrelevante de hierba embarrada. Una pareja de chicos más jóvenes fumaba detrás de la caseta de los vestuarios, donde se rumoreaba que habían tenido lugar sórdidas orgías en las que participaba una chica llamada Loretta, una de las descolgadas. Yo llevaba mi cartera de cuero negro llena de apuntes y libros apretada con los brazos contra el pecho. Todas las chicas lo hacíamos. Impedía que nos miraran los pechos, que o bien eran demasiado pequeños y despreciables, o bien demasiado grandes y ridículos, o bien de la medida justa, sólo que... ¿cuál era la medida justa? Los pechos de cualquier tipo eran algo vergonzoso que podía provocar gritos de rechifla («¡Vaya par de tetas!») por parte de los adolescentes de pelo grasiento que holgazaneaban en grupo, a pie o en automóvil. O bien cantaban a coro:

*Oh, qué gusto, oh, qué gusto,
desarrollar el busto.
Así podréis, así podréis,
vestir por fin jerséis*

Mientras lo hacían movían hacia atrás y hacia delante los brazos doblados, como personajes de dibujos animados. Aunque lo cierto es que esas rechiflas no eran muy frecuentes, el miedo a que ocurrieran nunca nos abandonaba. Responder a gritos habría representado un descaro, se suponía que era más digno ignorarlos, aunque lo cierto es que nadie lo consideraba digno, sino degradante. El simple hecho de tener pecho constituía un motivo de degradación. Pero no tenerlo habría sido aún peor.

—Bien erguidas, hombros atrás, no os encojáis —solía ladrar nuestra profesora de Educación Física durante los entrenamientos de voleibol, siglos atrás, en el mismo gimnasio donde pronto tendríamos que rendir los

exámenes. Pero ¿qué sabía ella? Era totalmente plana, y además muy vieja. Debía de tener cuarenta años por lo menos.

Una cosa eran los pechos, que estaban delante y podías controlarlos de una u otra manera, y otra distinta el culo, situado detrás, fuera de la vista y, por consiguiente, un territorio sin ley. Aparte de usar faldas anchas, poco podía hacerse.

¡Eh, culona, meneea ese pandero!

Caminando a mi lado a través del campo de fútbol iba Bill, que no era la clase de chico que merodearía en grupo gritando cosas sobre el pecho de las chicas; o al menos yo no lo creía capaz. Era más serio, tenía cosas mejores que hacer, quería ir a alguna parte. Subir por los peldaños. En su condición de novio oficial mío, me acompañaba parte del camino a casa todos los días, excepto los viernes, cuando empezaba su trabajo de fin de semana en una tienda de comestibles que quedaba en la dirección contraria. Los viernes después de la escuela y los sábados hasta las tres: ahorraba dinero para la universidad, porque sus padres no podían costear los gastos, o no querían. Ninguno de los dos había ido a ninguna universidad, y se las habían arreglado perfectamente sin ella. Así era como pensaban, según Bill, pero no parecía decirlo como un reproche.

Hacía varios meses que Bill había reemplazado a mi último novio, que a su vez había reemplazado a uno anterior. El proceso de sustitución era delicado: exigía diplomacia, capacidad de matizar y voluntad para resistirse a contestar las llamadas; pero llegados a cierto punto, había que hacerlo. Ese punto llegaba tras pasar por las anteriores y permisibles etapas: la primera cita, el primer intento de cogerse las manos, el brazo sobre los hombros en el cine, los bailes lentos y pegajosos, los manoseos en coches aparcados, los avances y retrocesos de las manos, la batalla de las cremalleras y los botones. Después se llegaba a un punto muerto: ninguna de las dos partes sabía qué se suponía que venía después. Ir más allá era impensable; volver atrás, imposible. Ese período se caracterizaba por la apatía, las riñas y reconciliaciones, por la incapacidad de decidir qué película queríamos ver y, en mi caso, por la lectura de novelas que acababan mal y me hacían llorar. Era entonces cuando se hacía necesario reemplazar el novio usado por uno nuevo.

No me daban ninguna pena especial los chicos individualmente considerados, pero odiaba que la relación se acabara. No quería que ninguna etapa de mi vida desapareciese para siempre, terminar lo que fuese de forma

definitiva. Prefería empezar los libros a acabarlos —era excitante ignorar qué sorpresas aguardaban en las páginas que aún no había leído—, pero, de un modo perverso, no podía resistirme a fisgar el capítulo final.

Como novio, Bill no estaba siguiendo —no podía seguir— el ciclo habitual. Detrás quedaban citas los sábados por la noche; delante, el hosco escenario del gimnasio con todo lo que podía implicar: desmayos, delirios, pánico, fracaso, desgracia. Dado que aún quedaba tanto terreno por recorrer hasta junio, ya no disponíamos de tiempo para las interminables veladas en el coche aparcado, con los policías iluminándonos con sus linternas y preguntando si todo marchaba bien, ni para las riñas, los morros, las llamadas monosilábicas y los perdones a regañadientes. En lugar de todo ello, estudiábamos juntos.

O, para ser precisa, yo ayudaba a Bill a estudiar. Le ayudaba con Literatura Inglesa. Hasta el momento, él se las había apañado para deslizarse a través de ella, pero ahora estaba asustado. Él quería que todo fuese blanco o negro, como en el álgebra, una asignatura en la que se encontraba a gusto. ¿Cómo era posible que una misma palabra tuviese dos o tres sentidos? ¿Cómo hacía miss Bessie para extraer tanta cantidad de jugo de un solo poema? ¿Por qué la gente no decía las cosas de una forma sencilla?

Ayudar a Bill no resultaba fácil. Le ponía furioso que el poema fuera complicado; discutía con él, le pedía que fuese de otra manera; luego se ponía furioso con el poeta por haberlo escrito de ese modo; y finalmente, se ponía furioso conmigo. Al cabo de un rato decía que lo lamentaba, que no había querido decir eso: yo era lista de verdad, por lo menos en ese aspecto; era buena con las palabras, no como él, y me admiraba por serlo. Sólo necesitaba que volviera a explicárselo, un poco más despacio. Después nos cogíamos del hombro y daríamos un paseo, aunque no un paseo muy largo, porque no podíamos desperdiciar el tiempo.

Ese día, Bill y yo no teníamos prisa por volver a casa. Dimos una vuelta, vagabundeamos, nos paramos a comprar unos helados en el *drugstore*. Conviene descansar de los libros de vez en cuando, dijo Bill. Los helados venían envueltos y tenían un regusto al cartón del envase; el barquillo estaba pastoso. Llegamos hasta el tanatorio y nos sentamos en el murete de enfrente. El sol esparcía una luz dorada; de los árboles colgaban unas borlas verde claro; el cabello de Bill, rubio oscuro y cortado muy corto, poseía un brillo aterciopelado. Tuve que contenerme para no acariciarle la cabeza como si

fuera un perrito de peluche, porque no le habría gustado. No le gustaba que le diesen palmaditas.

—No voy a aprobar —dijo—. Me tumbarán.

—No, nada de eso —repuse.

—No logro entenderlo.

—¿Entender el qué?

—Lo que pasa.

—¿Lo que pasa dónde? —pregunté, aunque sabía a qué se refería.

—En el condenado poema de la duquesa.

«Condenado» era la peor palabrota que había pronunciado Bill en mi presencia. Utilizar otras palabras —la que empieza por jota, por ejemplo— habría significado que pensaba que yo era la clase de chica a la que se puede decir esas cosas. Una cualquiera.

Suspiré.

—De acuerdo, te lo explicaré otra vez. El poema es de Robert Browning. Fue uno de los poetas más importantes del siglo diecinueve. Es un monólogo dramático. Eso significa que sólo habla una persona, como en un monólogo de una obra teatral. Los versos son pentámetros yámbicos, agrupados en estrofas.

—Esa parte la entiendo —dijo Bill. La forma no le suponía ninguna dificultad, porque implicaba contar. Un soneto, una sextina, la rima a-b-a-b de una balada..., identificarlos no le causaba problemas.

Me acabé el helado y metí la punta del cucurucho entre el murete de piedra y el arriate del tanatorio, en el que habían plantado una flamante hilera de tulipanes rojos. Me sentía cansada, no estaba de humor para una charla pedagógica, pero Bill me escuchaba con atención, inclinado hacia delante.

—De modo que quien habla es el duque de Ferrara —continué—, y el poema refleja su punto de vista. Eso es importante, porque siempre preguntan sobre el punto de vista. Sabemos que se trata de Ferrara porque justo debajo del título del poema está escrito «Ferrara». Ferrara era un famoso centro artístico de Italia, de modo que es lógico que el duque posea una colección de pintura. La época es el Renacimiento. Había montones de asesinatos entonces. ¿De acuerdo hasta aquí?

—Sí, pero...

—Muy bien, así que el duque está hablando con un enviado del conde. Sabemos que es el conde porque lo dice hacia el final. Está intentando conseguir que la hija del conde se convierta en su siguiente duquesa. No se dice qué conde. Están en el piso de arriba..., el duque y el enviado. Eso lo

sabemos porque al final del poema bajan las escaleras, donde dice: «No; bajaremos juntos, señor».

—¿Por qué pone eso? —preguntó Bill.

—¿El qué?

—¿A quién le importa que estén en el piso de arriba o el de abajo? —Bill empezaba a exasperarse.

—Tienen que estar en el piso de arriba, porque abajo hay más gente (mira, lo dice aquí), y el duque quiere tener una conversación privada. Sea como sea, el retrato de la duquesa está en el piso de arriba. Es lo que el duque ha llevado a ver al enviado. El duque descorre una cortina. Detrás está el retrato de la última duquesa, ¿lo entiendes? El retrato tiene verosimilitud.

—¿Qué?

—Verosimilitud. Quiere decir que se parece al original de carne y hueso. Pon esa palabra en tu respuesta, apuesto a que te suben la nota un punto por lo menos.

—Caray. —Bill suspiró e hizo un penoso intento por sonreír—. Seguro. Si tú lo dices. De acuerdo. Pónmelo por escrito.

—Muy bien. De modo que están mirando el retrato de la duquesa. Entonces, básicamente el duque le habla de ella al enviado, y de los problemas que tenían, y de por qué la liquidó.

—O la encerró en un convento —apuntó Bill, optimista.

Miss Bessie lo había propuesto como una alternativa, argumentando que el propio Browning lo había hecho. Los chicos de la clase preferían la versión edulcorada, lo cual resultaba bastante extraño. Admitían que quisieras deshacerte de tu mujer por aburrida, fea, regañona o insatisfactoria por cualquier razón; podían entender que desearas una mujer mejor; pero matar a la primera esposa les parecía excesivo. Eran buenos chicos, tenían intención de ser médicos y profesionales liberales. Sólo perversos como el duque habrían llevado las cosas al extremo.

—En el convento le habrían cortado el pelo —añadió Bill—. Pero aun así ella habría sido más feliz. Ese tipo era malísimo.

—Yo no me lo trago —dije—. Seguro que la mató. «Todas las sonrisas cesaron de pronto...». Es tajante, prácticamente definitivo. Pero en el examen tienes que decir que existen las dos posibilidades. De una u otra forma, se deshizo de ella. El porqué es el tema del poema. Lo que dice el duque es que sonreía demasiado.

—Eso es lo que no entiendo. Es un motivo estúpido. Y hay otra cosa que no entiendo. Si él es tan astuto —miss Bessie se había detenido bastante en la

astucia del duque, aunque ella no lo había expresado así, sino que lo había llamado cultivado y sofisticado—, ¿por qué hace la tontería de contárselo todo al enviado? En cuanto éste se largue, correrá a decirle al conde: «Anule este matrimonio, ¡ese tipo es un loco peligroso!».

Me levanté del murete, me estiré la falda por delante y por detrás, y recogí mis libros.

—El sábado volveremos sobre el poema —dije—. Te dejaré mis apuntes para que los copies.

—No aprobaré —dijo Bill.

Yo vivía en el sótano de mi casa. Me había trasladado allí para estudiar con vistas a los exámenes. El sótano era más fresco que el resto de la casa, y estaba lejos de cualquier persona. En esos días no tenía ganas de hablar con nadie, o por lo menos con mis padres. Ellos no entendían lo espantoso de la prueba que se alzaba delante de mí, e incluso pensaban que me sobraba tiempo para segar el césped.

Entré con sigilo por la puerta trasera, bajé de puntillas las escaleras que conducían al sótano sin que mi madre lo advirtiera, abrí la nevera y saqué el bote de Noxzema que había puesto a enfriar. Tenía la teoría de que si me untaba la cara con crema mentolada estimularía el flujo sanguíneo al cerebro y ello incrementaría mi capacidad de estudio.

Cuando mi cara estuvo fría y blanca, empecé a pasearme por la habitación. Necesitaba poner en orden mis ideas, pero la duquesa se me escapaba. Tal vez no la hubieran envenenado, después de todo. Tal vez la apuñalaran, o bien la estrangulasen: no con una media de nailon, como era habitual en las novelas de detectives, sino con un cordel de seda. O tal vez la hubiesen agarrotado. Ese método también implicaba estrangulación, y aunque no sabía en qué consistía exactamente, me gustaba cómo sonaba. Pobre muchacha, pensé. «Agarrotada», y todo porque sonreía demasiado.

Sin embargo —el poema lo decía—, la suya no era una sonrisa corriente, sino «profunda y apasionada», y también «formal». Podía entender —ahora que me detenía a pensarlo— que una esposa que se paseara dirigiendo a izquierda y derecha sonrisas formales resultara irritante. En la escuela había chicas que sonreían a todo el mundo de la misma manera formal, sin humor. En el anuario de la escuela solían decir de ellas: «Tremenda personalidad», o bien «Nuestra Miss Sonrisa», pero yo las encontraba desagradables. Su mirada resbalaba sobre tu persona, sonrisa incluida, y por lo general iba a

detenerse en algún chico. En cualquier caso, sólo hacían lo que las revistas femeninas pregonaban que había que hacer. «¡Una sonrisa no cuesta nada! ¡Una sonrisa: el mejor maquillaje! ¡Consigue una sonrisa atractiva!». Chicas demasiado ansiosas por gustar. Demasiado fáciles. Eso era; ése era el defecto que le veía el duque: demasiado fácil. Ése tenía que haber sido su punto de vista. Cuanto más pensaba en la duquesa y en lo irritante que debía de resultar —irritante y demasiado obsequiosa, y por supuesto aburrida, con la misma sonrisa un día y otro día—, más simpatía sentía por el duque.

Sin embargo, reivindicar las quejas del duque no valía la pena: a efectos del examen final, él tenía que ser el villano. Miss Bessie nos había dicho que debíamos esperar preguntas tales como «Compare y contraponga los caracteres del duque y la duquesa». Para eso, añadió, debíamos preparar una lista de características personales opuestas, formando parejas. Empecé a redactar mi lista:

Duque: despiadado, orgulloso, hipócrita, falsamente amable, egocéntrico, presume de rico, codicioso, coleccionista de arte psicopático.

Duquesa: inocente, pudorosa, lisonjera, formal, enfermizamente amable, humilde, estúpida sin experiencia, objeto de arte.

Una lista así ayudaría a Bill. Podría comprenderla, sobre todo si yo dibujaba flechas que fueran de cada una de las características del duque a las correspondientes de la duquesa. Mis propios sentimientos confusos me los guardaría para mí.

La pregunta de Bill sobre el enviado seguía flotando, y me preocupaba. En efecto, ¿por qué metía la pata el duque de una manera tan torpe delante de un perfecto extraño, si estaba intentando convencerlo de que firmara el contrato de esponsales? «Quiero casarme con la hija del conde, y esto es lo que hice con la última duquesa a la que conseguí echarle la zarpa encima. Ahí la tiene, como si estuviera viva». Un guiño y un codazo al enviado, ¿lo has captado? «Oh, ya lo creo —dice el enviado—. ¡Ésta sí que es buena!».

El duque no era idiota. Debía de tener sus razones.

¿Y si resultaba que el contrato ya estaba firmado y sellado? En ese caso —si la boda era cosa hecha—, todo el poema estaba meridianamente claro. El duque odiaba explicar las cosas, porque eso estaba por debajo de su rango, de modo que utilizaba al enviado como medio para hacer llegar un mensaje a la duquesa siguiente, y ese mensaje era: «Así es como me gusta que se comporten mis duquesas. Y si no lo hacen, telón». Telón, literalmente, porque si la siguiente duquesa se pasaba de la raya, también acabaría como un retrato,

con su propia cortina delante. ¿Quién sabe cuántos retratos más escondía el duque detrás de las cortinas, allá en el primer piso?

Él se limitaba a mostrarse considerado al contar todo eso al enviado: quería dejar muy claro qué le gustaba y qué no, mientras aún estaban a tiempo —«sólo hasta aquí de sonrisas, y sólo a mí»— para evitar casos desagradables más adelante. «Sólo esto o aquello me repugna en vos...», decía. «Repugna»: una expresión bastante fuerte. Le repugnaba la última duquesa, y no quería que le ocurriese otro tanto con su sucesora.

Ésa no era la versión oficial del poema. La versión oficial era que el enviado, horrorizado por lo que le había contado el duque, intentaba bajar a toda prisa las escaleras para huir de aquel lunático retorcido. Cuando el duque decía: «No; bajaremos juntos los dos, señor», estaba reteniendo al enviado para que no se largase a la carrera. Pero yo no lo creo. Lo que probablemente ocurrió, a mi entender, es que el enviado cedió el paso al duque para que éste bajara delante —probablemente le hizo una pequeña y remilgada reverencia—, y el duque le indicó con toda cortesía que se colocara a su lado. «Bajaremos juntos los dos, señor»; se estaba haciendo el simpático. Casi seguro que le pasó el brazo por el hombro.

Si yo tenía razón, los tres estaban compinchados: el duque, el enviado y el conde. El matrimonio era un cambalache: el conde pagaba la dote y daba un beso de despedida a su hija a cambio del prestigio social ganado, porque los duques se cotizan más que los condes. Cuando la hija del conde llegara al palacio del duque —su *palazzo*, como nos había dicho miss Bessie que debíamos llamarlo—, sólo contaría consigo misma. No podría esperar ayuda de su padre ni de ninguna otra persona. Pensé en ella, sentada delante del espejo, ensayando su sonrisa. ¿Demasiado cálida? ¿Demasiado fría? ¿Una curva excesiva en las comisuras? ¿No lo suficiente? A la vista de lo que le había insinuado el enviado, podía estar segura de que su vida dependía de que la sonrisa le saliera a la perfección.

El sábado por la noche me dirigí a casa de Bill vestida con mi uniforme de clase: vaqueros, camiseta sin mangas y encima una camisa de hombre holgada, sin abrochar. Fui en bicicleta porque los padres de Bill habían salido en su coche, o eso me contó él por teléfono, de modo que no podía recogerme.

La familia de Bill vivía en una pequeña casa cuadrada de dos plantas, de ladrillo amarillo. Era idéntica a las hileras e hileras de casas que habían

construido en aquella zona después de la guerra. El dormitorio principal estaba encima del garaje; había un vestíbulo poco espacioso, y luego un pasillo con varias puertas que conducía a la sala, el comedor y una cocina diminuta. En la parte trasera había una habitación mal ventilada y estrecha, con una butaca abatible y un sofá cama que se montaba para los invitados, y un televisor. Allí era donde estudiábamos Billy y yo cuando íbamos a su casa. En la mía, lo hacíamos en la mesa del comedor cuando estaban mis padres en casa, y en el sótano cuando no.

Llamé al timbre y Bill abrió de inmediato (debía de estar esperándome). Entré en el vestíbulo y me quité las zapatillas. En casa de Billy había una regla: el calzado se dejaba junto a la puerta. Su madre trabajaba en el hospital —no de enfermera—, pero aun así mantenía la casa impoluta. Olía a productos de limpieza: lejía y cera al limón para muebles, con un tenue trasfondo de naftalina. Era como si toda la casa estuviese envuelta en algodones para preservarla de cualquier cambio, porque cambio significa suciedad. Bill y yo nunca íbamos a la sala. Yo la miraba desde fuera. Tenía una moqueta de pared a pared y estaba repleta de mesitas barnizadas cubiertas de figuritas de porcelana, ceniceros de cristal y, a veces, bandejitas con bombones. Las butacas estaban protegidas con fundas para evitar que perdiesen el color. En mi casa no existía ningún espacio como aquél, acordonado, secreto, sagrado.

Tampoco yo merecía la aprobación de la madre de Bill. Aprendí algo sobre esa clase de desaprobación —la de las madres hacia cualquier muchacha que ronda alrededor de sus hijos— en las páginas de *Chatelaine* y *Good Housekeeping* («Tu suegra: ¿la mejor amiga o la peor enemiga?»), de modo que no me sorprendió la frialdad de su sonrisa. Por otra parte, siempre que me encontraba con ella se acercaba para darme las gracias por ayudar a Bill a estudiar lo que ella llamaba «su literatura inglesa». Era una vergüenza que lo obligaran a estudiarla, no le sería de ninguna utilidad en la vida y además lo deprimía; ¿por qué no dejaban que se centrara en sus asignaturas fuertes? No obstante, puesto que tenía que estudiarla, era una suerte contar con una amiga —nunca decía «novia»— tan lista que lo ayudase a trabajar de firme.

Empezamos bastante bien, repasando las preguntas posibles y las respuestas, de forma puntual; pero luego Bill dijo que de vez en cuando se necesita un respiro, y fue en busca de un poco de ginger-ale para los dos. Al

cabo de un rato estábamos revolcándonos en el sofá cama. Sin embargo, no llevamos las cosas al extremo; sólo una chica fácil habría condescendido, y además éramos conscientes de que sus padres podían presentarse en cualquier momento, como habían hecho otras veces. Ese día no lo hicieron, pero de todas formas al final nos sentamos, nos arreglamos el pelo, nos abrochamos los botones y volvimos al estudio.

Bill no lograba concentrarse. Se aferró a la lista de características opuestas, pues se trataba de algo a lo que él le encontraba sentido. Pero luego dijo que aquel tipo era una vergüenza por lo que le había hecho a la duquesa. Seguramente ella jamás se lo imaginó, y encima aquel cabroncete presumido tenía la jeta de pavonearse y colgar el retrato del muro como si se tratase de una *pin-up*, por no mencionar que lo más probable, además, era que ella fuese muy guapa. Qué lástima.

Le dije que todo aquello sobraba: los profesores que corregirían el examen no se interesarían en sus opiniones personales. Lo que querían era un análisis objetivo del poema, sobre datos objetivos. El poema estaría impreso en la hoja del examen: no se esperaba que Bill lo memorizase. Todo lo que tenía que hacer era leer la pregunta dos veces y contestar los puntos comúnmente aceptados —todo lo que habíamos repasado con miss Bessie—, y después buscar los pasajes del poema en que se basaban esos puntos, y copiarlos señalándolos entre comillas.

Bill dijo que sí, que ya lo sabía, pero le parecía un modo estúpido de perder tiempo y energía. ¿De qué se trataba en última instancia, qué se suponía que había que probar? Respondí que probaría que era un lector atento, y eso era cuanto les importaba saber.

No debería haber dicho «lector atento». Bill se acordó de su encontronazo más reciente con miss Bessie y los sarcásticos comentarios de ésta. Se puso colorado.

Dijo que nada de aquello tenía sentido, porque ser un lector atento no le haría conseguir un trabajo. Repliqué que sí, porque de ese modo pasaría el examen y podría continuar. En cualquier caso, añadí, no era yo quien había inventado las reglas, de manera que no tenía por qué enfadarse conmigo.

Bill dijo que no estaba enfadado conmigo, sino con el maldito duque, por haber matado a la duquesa. Tendrían que haberle encerrado, o mejor aún, colgado. De modo que, ¿por qué lo defendía yo?

Habíamos tenido esa clase de peleas estúpidas otras veces. Venían de no se sabía dónde y no llegaban a ninguna parte; mientras duraban, cada uno acusaba al otro de decir cosas que no había dicho.

—No lo defendía —contesté.

—Sí, lo has hecho. Ella era una chica buena, normal, que tenía por marido a un cabrón psicópata, y tú parece creer que fue la culpable de todo.

Yo no había dicho eso, pero en parte era cierto. ¿Por qué me puso furiosa que Bill adivinara mis sentimientos?

—Era una bobalicona —dije—. Debería haber sido capaz de entender que a él no le gustaba que sonriera de ese modo almibarado a cualquier Tom, Dick o Harry, y «a la puesta del sol», por el amor de Dios.

—Sólo intentaba ser amable.

—Sólo estaba haciendo la papanatas.

—No era una papanatas. ¿Cómo iba a saber lo que él quería? ¡No podía leerle el pensamiento!

—Eso es lo que estoy diciendo —repuse en tono cansado—. Era tonta.

—¡No, no lo era! ¡Él era un hipócrita! Nunca habló del asunto de las sonrisas, nunca le dijo a ella una sola palabra. Lo pone en el poema. Todo eso de que eligió no rebajarse jamás...

—Ella era corta.

—Por lo menos no era una intelectual y una presumida —masculló en tono ofensivo.

Repliqué que el duque habría preferido una intelectual y una presumida a una bobalicona —una bobalicona «repugnante»—, porque era una persona cultivada y sofisticada, que apreciaba las obras de arte. Y de todos modos yo no estaba presumiendo, sólo intentaba ayudarlo a pasar el examen.

—Te crees muy lista —dijo Bill—. Gracias, pero no. No necesito ninguna condenada ayuda, y mucho menos la tuya.

—No hay problema, camarada —dije—, si eso es lo que quieres. Buena suerte.

Recogí mis libros del suelo y me dirigí al vestíbulo tan deprisa como pude, y allí me puse las zapatillas. Bill no intentó detenerme. Se quedó en la habitación. Por los sonidos que me llegaban de allí supe que había encendido el televisor.

Volví a casa en bicicleta, de noche. Era más tarde de lo que había calculado. Mis padres estaban acostados y las luces apagadas. Me había olvidado de llevar mi llave. Trepé al contenedor de la basura colocado junto a la puerta trasera y me colé por el hueco de la fresquera, una hazaña que ya había hecho muchas veces. Luego, caminando de puntillas, bajé a mi

habitación del sótano y allí rompí a llorar. Por muchos parches temporales que intentáramos poner, la era oficial de Bill había tocado a su fin. *Bye-bye love*, como en las canciones. De pronto estaba sola. Era muy triste. ¿Por qué tenían que desintegrarse las cosas de ese modo? ¿Por qué el anhelo y el deseo, la amistad y la simpatía, tenían que saltar en pedazos? ¿Por qué tenían que desaparecer de una forma tan definitiva?

Conseguí llorar más aún repitiéndome las palabras clave: amor, sola, triste, terminado. Lo hice a propósito. Cuando por fin acabé de llorar, me puse el pijama, me cepillé los dientes y me unté la cara con la Noxzema helada. Luego me metí en la cama con *Tess d'Urbervilles*. Miss Bessie hablaría de él el lunes. Para todos sería un galope furioso, y me dije que quería tomar la salida en cabeza. En realidad, sabía que no conseguiría dormir: necesitaba distraerme para dejar de pensar en mi pelea con Bill, porque si no empezaría a repetirla una y otra vez, cambiando las palabras que habíamos pronunciado por otras que me darían cada vez más la razón, e intentaría desentrañar el significado de esas palabras, y lloraría a moco tendido.

No tuve que leer mucho para darme cuenta de que Tess estaba metida en problemas serios, mucho peores que los míos. Lo más importante de su vida ocurría en la primera parte del libro. Se aprovechaban de ella en el bosque, una noche en que, estúpidamente, aceptaba que un cabrón la acompañase a casa. A partir de ahí todo iba cuesta abajo, a una cosa horrible sucedía otra: nabos, bebés muertos, infidelidad del hombre al que amaba y, para terminar (fisgué los últimos capítulos), una muerte trágica. Desde luego, Tess era otra de esas maltratadas sin suerte, como la última duquesa y como Ofelia (antes habíamos estudiado *Hamlet*). Todas esas chicas eran parecidas. Confiadas en exceso, cuando se encontraban de pronto en manos del hombre equivocado no se enfrentaban a la situación, se hundían sin remedio. Sonreían demasiado. Estaban demasiado ávidas de caer bien. Después las liquidaban, de una manera u otra. Nadie les echaba una mano.

¿Por qué teníamos que estudiar a esas chicas desventuradas, aburridas, bobaliconas? ¿Quién elegía los libros y poemas que figuraban en el programa de estudios? ¿Qué utilidad podían tener en nuestras vidas futuras? ¿Qué era exactamente lo que se suponía que debíamos aprender de ellas? Tal vez Bill estuviera en lo cierto. Tal vez todo aquello no fuese más que una gran pérdida de tiempo.

Arriba, mis padres dormían plácidamente; no sabían nada de amores malditos, de palabras airadas, de rupturas fatídicas. Ignoraban el lado oscuro de la vida, las muchachas engañadas en los bosques, las que caían al río y

cantaban mientras se ahogaban, las despachadas por haber sido amables en exceso. En toda la ciudad, todo el mundo dormía sumergido en el vasto mar azul de la inconsciencia. Todo el mundo, excepto yo.

Yo, y miss Bessie. También ella debía de estar despierta hasta altas horas. No podía imaginarla haciendo algo tan relajado y descuidado como dormir. Esos ojos suyos —de pronto caí en la cuenta de que no eran sarcásticos sino alegres, los de una niña grande, con pliegues en el rabillo como si estuviera reprimiendo una broma o un raro fragmento de sabiduría—, seguramente jamás se cerraban. Quizás ella fuese la responsable de elegir los libros cuya lectura se nos exigía; ella y un grupo de personas que se le parecían, todas de cierta edad, todas impecablemente vestidas, todas con piedras auténticas en los broches prendidos a las solapas, todas con títulos. Se juntaban, tenían reuniones secretas, conferenciaban y elaboraban la lista de libros. Sabían algo que nosotros necesitábamos saber, pero se trataba de una cuestión complicada, que no se parecía a una pauta organizada sino más bien a las pistas de una novela de detectives cuando empiezas a relacionarlas entre sí. Esas mujeres —esas profesoras— no disponían de un método directo para transmitirnos ese mensaje, al menos de un modo que resultase claro para nosotros en lugar de tan enmarañado y oblicuo. Se trataba de algo que estaba oculto en el interior de las historias.

Miré mi reloj: las tres de la mañana. Me sentía tan cansada que veía doble, pero al mismo tiempo permanecía totalmente despierta. Debería estar rumiando contra Bill —¿acaso no era un asunto que exigía más lágrimas?—, y, en cambio, en un punto brillante de mi mente lo que aparecía era la imagen de miss Bessie. Estaba de pie, y el sol hacía relucir su broche, el de ámbar y oro en forma de abeja. Llevaba una blusa blanca con cuello de encaje y sus brillantes e impecables zapatos. Se la veía distante pero al mismo tiempo muy nítida, como una fotografía. Esbozaba una sonrisa levemente irónica y apartaba una cortina: detrás aparecía la boca de un túnel oscuro. Yo tenía que entrar allí, lo quisiera o no: ese túnel era el camino para seguir los estudios, y continuaba más allá de la salida; pero miss Bessie no podía pasar de la entrada, y lo que yo debía aprender estaba dentro del túnel.

Pronto comenzaría el último curso. Me alejaría del mundo de miss Bessie y ella se alejaría del mío. Las dos estaríamos en el pasado, en un pasado acabado y cumplido: yo desde su punto de vista, ella desde el mío. Sentada en mi actual pupitre habría otra estudiante, más joven, que sería incitada, guiada y conducida a través de los textos prescritos, como lo había sido yo. «El

primer verso de un poema es muy importante, alumnos —diría miss Bessie—. Da el tono de la composición. Sigamos».

Mientras, yo estaría en el interior de aquel túnel oscuro. Seguiría adelante. Descubriría cosas. Sólo dependería de mí misma.

El otro lugar

Durante mucho tiempo estuve vagando sin rumbo. Me pareció mucho tiempo. Sin embargo, no me sentía sin rumbo, al menos en el sentido de despreocupación. Me guiaba la necesidad, el destino, como a los personajes de las novelas más melodramáticas que había leído en el instituto, que avanzaban en medio de la tormenta en busca de un refugio entre los brezales. Como ellos, yo tenía que seguir andando. No podía evitarlo.

Me veía a mí misma arrastrando los pies por un camino polvoriento, pedregoso o helado, llevando al hombro un hatillo sujeto a un bastón, como los vagabundos de los tebeos. Pero era mucho más extraño, más parecido a un viajero misterioso que avanzaba a grandes e inexorables zancadas, acogido en cada nueva ciudad como un portento para, una vez cumplida su misión, desvanecerse sin dejar rastro.

En realidad, yo no tenía misión alguna, y tampoco arrastraba los pies ni caminaba a grandes zancadas. Iba en tren, o bien —un goce en aquella época — en avión.

Celebraba cada nuevo traslado, desempaquetaba mis escasas pertenencias con presteza e incluso con alegría, y salía a explorar el barrio, el distrito o la ciudad, a conocer sus rincones. Sin embargo, muy pronto empezaba a imaginar en qué me convertiría si me quedaba en ese lugar para siempre. Aquí, en una intelectual de pelo lacio, pálida, mórbida y sin sentido del humor; allí, en una matrona autosatisfecha, encerrada en su casa-jaula sin reconocerla como tal hasta que fuera demasiado tarde.

¿Demasiado tarde para qué? Para salir, para viajar. Pero al mismo tiempo deseaba seguridad. Lo mismo me ocurría con los hombres. Cada uno era una posibilidad que muy pronto se convertía en imposibilidad. En cuanto había dos cepillos de dientes —no, en cuanto empezaba a anticipar la imagen de dos cepillos de dientes juntos en el estante del baño, en una compañía forzada,

rutinaria, de cerdas reblandecidas y deformadas—, tenía que irme. Metía mis libros en cajas de cartón y los enviaba por autobús, algunos se perdían por el camino; mis ropas y la toalla —yo tenía una toalla— iban a parar a mi pequeño baúl. Mientras guardaba mis cosas, canturreaba. Y siempre que empezaba a guardar mis cosas sentía como si estuviera abandonando mi hogar: mi canturreo alternaba con ataques de nostalgia lacrimosa por el lugar en que estaba haciendo el equipaje, del que nunca me habría marchado.

En cuanto a mi hogar real, aquel en que había crecido, apenas pensaba en él, al menos en detalle. Tenía la vaga conciencia de que yo constituía una preocupación continua para mis padres, y se lo reprochaba. Estaba portándome bien. Me estaba soportando a mí misma. De vez en cuando, una ventana interior se abría y por ella veía a mis padres, muy lejanos y muy pequeños, agitándose en sus actividades cotidianas como en una película acelerada: fregando la vajilla en medio de un torbellino de manos y cubiertos enjabonados, lanzándose a frenéticos asaltos de jardinería, viajando hacia su casa de verano en un coche que zumbaba como propulsado a reacción; y luego fregando allí la vajilla y dedicados con frenesí a la jardinería, en el viaje de vuelta, en la cama, levantándose al amanecer, una y otra vez. Estaban inmersos en asuntos terrenales, no actuaban a la luz de principios más altos. Me sentía superior a ellos. Luego sentía añoranza. Luego me sentía como una huérfana, una niña abandonada, descalza en la noche gélida, atisbando desde el exterior cálidas escenas familiares mientras hurtaba una o dos patatas de la fresquera. Me torturaba a mí misma con esas escenas penosas y después me apresuraba a cerrar de nuevo la ventana.

No era una huérfana, me repetía; ni de lejos. Pero necesitaba serlo un poco, para poder comer cosas inadecuadas, permanecer levantada toda la noche, llevar ropas que me sentaran mal y andar en compañías desaconsejables, sin atender los comentarios que esas actitudes hacían resonar en mi cabeza: «¿Por qué vives en esta pocilga? ¿Qué manera es ésta de desperdiciar tu tiempo? ¿Por qué sales con ese melenudo? ¿Por qué eres incapaz de terminar nada? ¡Duerme más horas! ¡Vas a arruinarte la salud! ¡No te vistas de negro!».

Mis padres nunca habrían dicho cosas así en voz alta —eran más astutos—, pero yo creía en la transmisión telepática. Rayos telepáticos eran emitidos desde los cráneos de mis padres directamente al mío, semejantes a ondas hertzianas. Cuanto más me alejara de casa, más débiles serían las radiaciones que ellos emitían en silencio hacia mí. De modo que era preciso poner la máxima distancia entre mis padres y yo.

Frente a mis ansias de frivolidad se alzaba un deseo opuesto y más vergonzoso. Nunca había superado el Grado Dos de lector, el que incluía un padre que iba al trabajo todos los días conduciendo su propio coche, una madre que se ponía el delantal y se dedicaba a cocinar, dos hijos —chico y chica— y un perro y un gato, todos viviendo en una casa blanca provista de cortinas blancas de encaje en las ventanas. Aunque ninguna de las casas en que había vivido tenía cortinas de ese tipo, me parecían de rigor. No eran un objetivo en sí, no eran algo que yo tuviese que desear, sino que, sencillamente, esas cortinas se materializarían en mi vida porque estaban destinadas a mí. Mi futuro no estaría completo —mejor dicho, no sería normal— a menos que incluyese unas cortinas así, y todo lo que las acompañaba. Esa imagen permanecía guardada en un rincón de mi armario ropero, como una prenda de vestir para una emergencia: no era nada que yo deseara utilizar por el momento, pero si las cosas empeoraban, siempre me quedaba la alternativa de sacarla, plancharla para quitarle las arrugas y ponérmela.

No podía perpetuar mi existencia vagabunda. Alguna vez tendría que acabar al lado de alguien, en algún lugar. ¿O no?

Pero ¿y si perdía mi oportunidad, mi propio futuro? Era algo que podía ocurrir con aterradora facilidad. Una vacilación o un adiós de más y habría arruinado mis opciones; me quedaría plantada, sola como el queso en la canción infantil del granjero que tomó esposa. «Hi-ho, larí-laró, solo el queso se quedó», cantaban los niños, y todo el mundo batía palmas y se reía del queso.

Hasta yo me había reído en mis juegos del queso solitario. Ahora me avergonzaba de mí misma. ¿Por qué el estar solo, en y por sí mismo, debía ser objeto de burlas? Sin embargo, el caso es que lo era. No se confiaba en quienes estaban solos, en los solitarios. Eran personas extrañas y complicadas, a menudo psicópatas, capaces de esconder unos cuantos cadáveres descuartizados en la nevera. No amaban a nadie y nadie las amaba.

En mis momentos de mayor rebeldía me preguntaba por qué debía preocuparme el quedar excluida del Arca de Noé de las parejas, un zoo glorificado, con cerrojos de seguridad y en el que se sirve pienso a horas fijas. No me dejaría tentar, guardaría las distancias, seguiría solitaria y hostil como un lobo, merodeando por las lindes del bosque. Sería una criatura nocturna, enfundada en una gabardina con el cuello alzado, caminando entre los círculos de luz de las farolas con tacones que emitirían un sonido hueco y

resonante, proyectando delante de mí una larga sombra, perdida en graves pensamientos sobre temas importantes.

Sin embargo, me perseguía un poema que había leído a mis veinte años, escrito por un poeta muy conocido, mucho más viejo que yo misma. Ese poeta afirmaba que todas las mujeres intelectuales tienen granos en el culo. Era una generalización absurda, lo sabía, pero me preocupaba. Las cortinas de encaje que estaba destinada a tener y el culo granujiento al que se me condenaba, no encajaban bien. Pero ni una cosa ni la otra habían aparecido, por el momento.

Entretanto, tenía que ganarme la vida. Eran tiempos en que podías conseguir un trabajo, dedicarte a él durante cierto tiempo, dejarlo y después conseguir otra cosa en otro lugar. Había escasez de empleos, por lo menos en la clase de trabajo que yo buscaba, uno sin un nombre concreto. Me consideraba a mí misma un cerebro itinerante, el equivalente de un cómico de la lengua de la época isabelina, o bien de un trovador, que empuñaba su título universitario como si fuera un laúd barato. También me alcanzaba la mala fama concomitante a dicha posición. En las fiestas —fiestas de facultad cuando mi trabajo tenía lugar en una universidad, o fiestas de empresa cuando desarrollaba mis habilidades en otros sectores— percibía las miradas que me dirigían las esposas de facultad o de empresa, como si yo tuviera piojos. Quizá pensaban que albergaba malas intenciones respecto a sus maridos, por más que no tenían que preocuparse en absoluto al respecto.

Los maridos constituían un capítulo aparte. Cualquier mujer sin una alianza en el anular, por muy recatadamente que vistiese, era presa potencial para un breve interludio entre sus importantes ocupaciones. ¿Por qué nunca los vi venir? Pero no, no me apartaba con la rapidez necesaria, y luego empezaban los forcejeos, tal vez en la cocina que yo estaba limpiando voluntariosamente, o en el dormitorio donde se amontonaban los abrigos; y por fin llegaban las ofensas y los sentimientos lastimados, por ambas partes al parecer. Los maridos se enfurecían porque yo me había percatado de sus intentos de toqueteos furtivos, las esposas porque pensaban que yo les daba alas. En cuanto a mí, me sentía menos ofendida que asombrada. ¿Cómo podía ocurrírseles a esos vejetes rechonchos o rancios que poseían algún tipo de atractivo? (Esa clase de asombro es propio de la juventud. Más tarde lo superé).

Semejantes actitudes y tropiezos fueron la norma en los primeros años de mi vagabundeo. Pero con el tiempo las cosas cambiaron. Cuando empecé, se daba por sentado que todas las mujeres tenían que casarse, y muchas de mis amigas ya lo habían hecho. Pero hacia el final de ese período —sólo habían pasado ocho años, así que no era tanto, al fin y al cabo—, un maremoto lo barrió todo y el panorama cambió por completo. Las minifaldas y los pantalones acampanados habían hecho una breve aparición, para ser reemplazados de inmediato por las sandalias y las camisetas desteñidas. Habían crecido barbas, brotado comunas como hongos, y por todas partes circulaban muchachas delgadas y sin sujetador, con el cabello largo y lacio. Sentir celos era tan vergonzoso como equivocarse en el uso del tenedor, el matrimonio era un mal chiste, y los casados veían desmoronarse sus otrora sólidas uniones como un plafón de yeso defectuoso. Se suponía que tenías que dejarte ir, acumular experiencias, ser una estrella errante.

¿No era eso lo que había estado haciendo yo, años antes del advenimiento masivo del vello facial y las tenacillas para apurar los porros sin quemarte los labios? Lo cierto era que me sentía demasiado vieja, quizá demasiado solemne, para aquella multitud adicta a los collares de cuentas y los canutos. Carecían de gravedad. Querían vivir el momento, pero como las ranas, no como los lobos. Se contentaban con sentarse al sol y parpadear. Yo, en cambio, había crecido en la edad del esfuerzo. La relajación me aburría. Creía en la necesidad de abrirse paso en el mundo, dondequiera que uno se encontrase. Creía en la necesidad de dirigirse a alguna parte; en mi caso, tal como solían ser las cosas, a alguna otra parte.

Durante ese período viví en casas de huéspedes, en apartamentos compartidos o realquilada. Carecía de un menaje propio: me habría estorbado. En los mercadillos de cada nueva localidad compraba los chismes que necesitaba, y los vendía al marcharme. No tenía vajilla. Aquí y allá me permitía un capricho: una vulgar taza de colorines, una curiosidad de poco precio. Compré una mano de madera tallada que salía de una especie de cáliz en el que se leía «Souvenir de la Isla de Pitcairn». Decoré mi cuarto con un ostentoso frasco de perfume de los años treinta al que le faltaba el tapón.

Los objetos que elegía estaban destinados a contener algo, pero yo no los llenaba. Quedaban vacíos. Se convertían en pequeños santuarios simbólicos de la sed. Sabía que no eran más que un engorro sin valor alguno, pero de todos modos los metía en el baúl cuando hacía de nuevo mi equipaje.

Un año conseguí un trabajo consistente en enseñar gramática a alumnos que acababan de entrar en la universidad, lo que me permitió alquilar un

apartamento de verdad, todo para mí. Fue en Vancouver; el apartamento era un ático construido por una familia con la intención de alquilarlo. Tenía escalera independiente de la casa, muy empinada y sencilla, con peldaños forrados de goma y sin barandilla ni ventanas; se parecía más a un túnel ascendente que a una escalera. En el apartamento había algunos muebles, trastos viejos que la familia ya no utilizaba. Entre ellos, una cama cubierta con una colcha resbaladiza de raso verde brillante, del tipo que se consideraba glamuroso dos décadas atrás; también un tocador de un estilo que parecía años treinta, y un espejo enorme con marco dorado. Todos los muebles estaban en el dormitorio, que venía a ser como un decorado para una película de época, o como la cubierta de una novela policíaca de kiosco. Las colchas de raso eran un ingrediente de esas cubiertas. En ellas aparecía el cadáver de una mujer rodeado por el raso artísticamente fruncido, como un gran pastel de carne en un envoltorio de lujo. En el espejo de marco dorado se reflejaba un hombre, vuelto de espaldas y captado sólo parcialmente, marchándose tras haber cometido el crimen.

El apartamento tenía también una salita comedor y otra habitación en la que coloqué un pupitre del Ejército de Salvación, una silla y la máquina de escribir. En la salita puse una mesita prestada que servía para comer cuando tenía invitados. En esos casos utilizaba platos y cubiertos, también prestados.

Tenía un cuadro que había comprado al amigo de un amigo, que necesitaba veinticinco dólares. Era una pintura abstracta que mostraba algunos goterones y raspones de tono rojizo. Cuando había bebido un par de copas, conseguía ver algo en el cuadro, pero sin esa especie de estímulo me parecía una simple mancha de humedad en el empapelado, un residuo del vómito de algún invitado. Colgaba encima de una chimenea inservible.

En ese apartamento, libre al fin de las miradas de compañeras de piso y lejos de los rayos telepáticos emitidos por mis padres, recorrí toda la gama de mis versiones más extremas: dentro y fuera, sí y no, quedarme y marchar, alto y bajo, sola y acompañada, euforia y desesperación. Un día volaba entre nubes, ebria de posibilidades nebulosas; al siguiente hundía la cabeza en la arena para no contemplar las sórdidas perspectivas del aquí y ahora. Recorría desnuda las habitaciones; me quedaba leyendo hasta muy tarde y después dormía hasta el mediodía, y despertaba enredada en la brillante colcha verde de raso, sin saber muy bien dónde me encontraba. Hablaba conmigo misma; cantaba a voz en cuello canciones tan desafiantes como estúpidas aprendidas mucho tiempo atrás en los patios de recreo de la escuela. «Hi-ho, larí-laró, solo el queso se quedó. Fui a otro lugar, a otro lugar, anoche fui a otro lugar...

En el fondo del mar, en el fondo del mar hay un agujero... Nadie me importa, nadie me importa, ¡y a nadie importo yo!». O bien, privada del habla, del canto e incluso del movimiento, me encontraba a mí misma tendida boca abajo sobre la moqueta del recibidor, desde donde oía las risas burlonas que emitía el televisor en el piso de abajo. ¿Qué pasaría si moría de inanición allí mismo, sobre la moqueta, debido a la simple incapacidad para arrastrarme hasta la nevera y procurarme algo de comida? Entonces los tipos risueños que armaban tanto jaleo en el televisor lo lamentarían.

Al atardecer, cuando no estaba temblorosa de júbilo o postrada en el suelo, solía dar largos paseos sumida en mis pensamientos. Empezaba a caminar muy decidida, como si tuviese un objetivo determinado. Era consciente de que los propietarios del apartamento me observaban desde la ventana de la planta baja: el marido con su pelo cortado a cepillo y su segadora de césped, y la esposa con su delantal y sus rulos. Aunque me vestía con incansable monotonía, en tonos marrones, grises y negros, ellos se sentían inquietos por el alquiler, mientras no les probara que contaba con un salario. Les excitaba creer que yo era depravada en algún sentido, o así me lo parecía. En esa época tuve un amante o dos —amantes temporales, nada serio—, y en alguna ocasión seguramente oyeron los pasos de dos personas en la escalera.

En mis paseos al atardecer, no obstante, iba sola. Me empeñé en ello. Tan pronto como salía del campo visual de mis caseros, acortaba el paso y empezaba a dar vueltas al azar, intentando evitar pisar las enormes babosas negras y grises que en cuanto oscurecía salían a reptar por las aceras. Esas babosas comían de todo y nada las comía a ellas. Son las ventajas de tener un aspecto poco atractivo.

Sin embargo, no me encontraba privada de recursos sociales. No me quitaba la ropa en público y me ponía a cantar, sino que mi comportamiento era más convencional. Sonreía, asentía, entablaba conversación, etcétera. Podía hacer una buena imitación de una joven competente. Contaba con bastantes amigos y conocidos, tanto varones como mujeres, de la clase que era posible ir acumulando en una vida de tanto trasiego. Venían a comer, se sentaban a mi mesita para jugar a las cartas, bebían botellas de un vino de la zona que teñía de rojo el paño de cocina cuando limpiaba los vasos. Yo sabía cocinar lasaña, un plato que cuesta poco y cunde mucho. También preparaba algo llamado «crujiente de nueces», que se hacía con varios cereales secos mezclados con cacahuets y salsa de Worcester, todo puesto a dorar en el horno. Se trataba de un entremés, no de un postre. Aún no me atrevía a hornear tartas, de modo que de postre servía helados que compraba en la

tienda de la esquina, con tanta gelatina que cuando se derretían no se convertían en una crema líquida, sino en una sustancia apelmazada y pegajosa que mantenía su forma y tenía tal consistencia que taponaba el desagüe del fregadero.

Uno de los conocidos que venía a sentarse a mi mesa para jugar a las cartas era un hombre llamado Owen. No sabía mucho de él. Hacía sonar sin previo aviso la campanilla de la entrada —en la entrada del apartamento había una campanilla—, y yo bajaba la empinada escalera y le abría. Le daba de comer un poco de lasaña, si había sobrado, o bien crujiente de nueces. Luego él seguía sentado largo rato, sin decir nada, mientras los dos contemplábamos por la ventana cómo el cielo de verano, al ponerse el sol, variaba del melocotón al rosado, luego al violeta y finalmente al rojo intenso y oscuro de una cerilla a punto de apagarse.

Owen no era un amante, ni siquiera potencial: nada de eso. Estaba en la ciudad por una temporada, igual que yo, y si lo recibía era movida por un bienintencionado deseo de ayudarlo (preocupada, supongo, por su estado mental). Estaba solo, mucho más solo de lo que yo había estado nunca. Su desolación me resultaba imposible de calibrar: sentarse a mi mesa a la hora del crepúsculo era para él lo que más se aproximaba a estar en compañía.

¿Por qué seguía dejándose caer por mi apartamento? Su presencia constituía un enigma. Con toda seguridad no me estaba cortejando. Tampoco buscaba amistad. No pedía nada de mí, pero tampoco parecía ofrecerme nada. De haber tenido yo una imaginación más morbosa —o si mi morbosa imaginación hubiera sido de la clase que se aferra a detalles del mundo real—, seguramente habría sentido miedo. Podría haberlo considerado un asesino en potencia. Pero nunca se me ocurrió semejante cosa.

A pesar de la completa inanidad de aquellos atardeceres, costaba que Owen se marchara. Seguía allí sentado, sin apenas moverse, inerte como un bulto de ropa, aunque coronado por una cabeza innegablemente viva, puesto que sus ojos se movían. Era como si algún accidente terrible lo hubiese dejado paralítico, aunque sin cicatrices exteriores. Su mutismo resultaba más agotador que cualquier conversación.

No quería decirle «Estoy cansada, me voy a la cama», porque me parecía descortés. Dirigirle insinuaciones más sutiles era tiempo perdido, y no era una persona a la que se pudiera tratar con ruda franqueza. No podía decirle «Vete a tu casa» como si fuera un perro; habría sido una crueldad. (¿Dónde estaba

su casa, por otra parte? ¿Tenía algo a lo que poder dar ese nombre?). Por fin, cuando se había agotado un determinado tiempo marcado en su interior, se ponía en pie, me agradecía torpemente la lasaña y bajaba la escalera a trompicones.

Finalmente, una tarde me contó que sus tres hermanos mayores habían intentado matarlo cuando todos eran niños. Diciéndole que se trataba de un juego, lo habían encerrado en un congelador fuera de uso y se habían largado. Por suerte, su madre reparó en su ausencia, lo buscó y logró rescatarlo justo a tiempo: ya estaba dando boqueadas y la cara se le había puesto azulada. Lo más probable era que sus hermanos no hubiesen tenido intención de matarlo, dijo. No podían saber lo que estaban haciendo en realidad.

Owen relató el episodio con voz monótona, mirando el decreciente resplandor rojizo de la puesta de sol. Mi sorpresa fue tan absoluta que no se me ocurrió nada que decir. No era extraño que estuviese como estaba, pensé: ¿qué efecto podía tener algo así en la vida de una persona? Encontrarte a una edad tan temprana en un mundo que te demuestra tal hostilidad debe de ejercer un efecto escalofriante. Más que escalofriante: aplastante. ¿Estaría Owen al borde del suicidio? No dijo nada al respecto, pero los suicidas no suelen comentar sus intenciones, por lo que yo había oído.

Me pareció que debía contestarle de una manera enfática, hacer una declaración firme, tenderle una mano auxiliadora. La frase «Qué terrible», expresada en voz baja, no me pareció, ni de lejos, suficiente. Peor aún: me entraron unas ganas vergonzosas de soltar la carcajada, porque la cosa era tan grotesca como suelen serlo las tragedias que no llegan a concretarse. Sin duda me faltó empatía, o un poco de amabilidad, sencillamente.

Owen también pareció advertirlo, porque después de aquella tarde no volvió. O quizá ya hubiera hecho lo que deseaba hacer: liberarse de su angustia, pasármela como un paquete, en la errónea creencia de que yo sabría qué hacer con ella.

Esa imagen —la de un niño ahogado, o a punto de serlo, por otros convencidos de que sólo se trataba de un juego— se mezcló con la de las furtivas babosas nocturnas, y con mis canciones y paseos solitarios, y la claustrofóbica escalera separada, la fea pintura abstracta, el espejo de marco dorado y la colcha de raso verde brillante, hasta convertirse en algo inseparable de todo lo demás. El conjunto distaba de ser alegre. Era un recuerdo más parecido a un banco de niebla que a un prado soleado.

No obstante, creo que aquel período fue una época feliz en mi vida.

Feliz no es la palabra justa. Importante.

Todo eso sucedió hace mucho tiempo. Desde donde me encuentro ahora, lo veo en retrospectiva, con indulgencia. ¿De qué otra manera podría verlo? Por mucho que intentemos viajar al pasado, es imposible. Cuando lo hacemos, es sólo como turistas.

Me marché de aquella ciudad y fui a otra, y luego a otra más. Aún tenía un montón de posibles destinos delante de mí. Pero a fin de cuentas las cosas se combinaron de una forma distinta. Conocí a Tig, y después vinieron los gatos y los perros y los niños, y el hornear pasteles, e incluso las cortinas blancas de encaje, aunque también éstas se desvanecieron a su vez: se ensuciaban con demasiada facilidad y era pesado descolgarlas y volver a colgarlas.

No llegué a convertirme en ninguna de las cosas que había temido. No se me puso el culo granujiento con que me había amenazado a mí misma, ni me convertí en una huérfana abandonada y vagabunda. Llevo décadas viviendo en la misma casa.

Sin embargo, mi yo soñador se niega a que lo consuelen. Continúa vagando sin rumbo, sin techo bajo el que guarecerse, solitario. No se deja convencer por ninguna evidencia de mi vida consciente. Lo sé porque sigo teniendo el mismo sueño, una y otra vez.

Estoy en otro lugar; nunca he vivido en él y sólo lo he visto en sueños, y aun así me resulta muy familiar. Los detalles varían —ese espacio contiene muchas habitaciones distintas, la mayor parte de ellas amuebladas y algunas con el suelo de cemento desnudo—, pero siempre incluye la escalera empinada y estrecha de aquel apartamento lejano. En algún rincón de ese lugar, sé, mientras abro una puerta tras otra y recorro pasillos y más pasillos, que encontraré el espejo de marco dorado y también la colcha de raso verde, que ha adquirido vida propia y es capaz de metamorfosearse en almohadones, sofás, sillones y en una ocasión incluso en una hamaca.

En ese lugar siempre es la hora del crepúsculo, siempre un frío y húmedo atardecer de verano. Allí es donde tengo que vivir, pienso en mi sueño. Me veré obligada a depender únicamente de mí misma, siempre. He echado a perder la vida que supuestamente me correspondía. Me he expulsado a mí misma de ella. No amo a nadie. Encerrado en una de las habitaciones en la que aún no he entrado hay un niño pequeño. No llora ni se queja, sino que permanece en silencio, pero siento su presencia.

Después despierto, evoco mis pasos en el sueño e intento sacudirme la sensación de tristeza que me ha dejado. Oh, sí, el otro lugar, me digo. Otra

vez lo mismo. En esta ocasión había mucho espacio. No era tan malo.

Sé que la colcha verde no es una colcha en realidad sino algún aspecto de mí misma, una antigua inseguridad, o un miedo. Sé que el niño que no he visto en el sueño no es mi antiguo conocido que estuvo a punto de morir asesinado, sino un mero fragmento psíquico, un jirón de mi arcaico y infantil. Ser consciente de todo ello a la luz del día está muy bien. Sin embargo, ¿por qué entonces sigo teniendo el mismo sueño? Tal vez sirviese para un propósito determinado que, comoquiera que sea, a estas alturas ya tendría que haber alcanzado.

Me levanto, le pregunto a Tig qué tal ha dormido y desayunamos juntos café y tostadas. Luego me dedico a hacer las muchas cosas terrenales y prácticas que han de hacerse.

El sueño me atemoriza. Arrastra consigo un espanto nebuloso. ¿Y si ese otro lugar no reside en el pasado? ¿Y si está esperándome en el futuro, al final de todo?

Monopoly

Nell y Tig se largaron al campo. O, como dijo Nell más tarde, Tig se largó al campo y después de un tiempo Nell se le unió. No era una conclusión inevitable. Las cosas podrían haber sido distintas. Nell tenía sus dudas acerca de la cuestión. Había previsto las dificultades. Había sopesado otras opciones. Ésa es la historia que contaba, y con el paso del tiempo y el endurecimiento progresivo de las posiciones llegó a creérsela.

Lo cierto es que no había previsto ninguna dificultad. Había actuado como una sonámbula. Estaba enamorada, lo que representaba un estado de ánimo capaz de borrar de la mente cualquier facultad adivinatoria y hasta el simple sentido común que habría tenido en otras condiciones. Largarse al campo con Tig había sido como saltar de un aeroplano esperando que el paracaídas se abriese. Y debió de dar resultado, porque Nell no acabó aplastada contra el suelo, y en cualquier caso ahí están los dos, ahí siguen todavía, después de tantos años. Cuando ha pasado suficiente tiempo, puedes mirar atrás y reírte de las cosas, decía ella.

Ésa es la otra historia que contaba, su segunda historia; la alternaba con la primera, como en los antiguos programas dobles en el cine.

Más aún, no es exacto que Tig se largara de repente. Lo hizo poco a poco. Fue un movimiento a cámara lenta, semejante al de un chino que practicara a solas el taichi. Como aconsejaría un ladrón de bancos, diría Nell, lo mejor que puedes hacer cuando tienes que largarte es no correr. Caminar, pasear, sencillamente, con una mezcla de calma y resolución. Entonces nadie se da cuenta de que te estás largando. Como elemento adicional, no hay que llevar maletas pesadas, ni sacos repletos de dinero, ni paquetes con trozos de cuerpo. Déjalo todo a tu espalda, salvo lo que llevas en los bolsillos. Cuanto más ligero, mejor.

Tig alquiló una granja, o lo que solía ser una granja. El alquiler no era elevado; en realidad el propietario no era un granjero sino un hombre de negocios —nunca quedó claro qué clase de negocios— que, antes de trasladarse a vivir a México, había decidido convertir la propiedad en una segunda residencia de fines de semana para él y su jovencísima cuasiesposa, o lo que fuese. Sólo quería a alguien en la casa para que los adolescentes de la zona no entraran y lo estropeasen todo, como había ocurrido con varios infortunados propietarios que solían ausentarse de la vecindad. No quería llegar un sábado con un agente inmobiliario encargado de tasar la propiedad y encontrarse con un «Jódete» escrito con mostaza de bote en las ventanas, las paredes manchadas de mierda, colillas de porros esparcidas por el suelo y un agujero humeante en el entarimado de pino. Por eso la había alquilado a Tig.

El hombre de negocios ya había vendido la mayor parte del terreno. Sólo quedaban diez hectáreas: campos y algo de bosque. Los campos llevaban tiempo sin que nadie los arase y por todas partes crecían matas de biznaga, cardos, bardanas y algunos arbolitos: espinos, ciruelos y manzanos silvestres.

En la parte de atrás había un cobertizo y un granero muy grande con vigas enormes, tablones desvencijados y techo de uralita. La casa estaba sobre una colina, dominando el estanque que había hecho construir el hombre de negocios. Al otro lado de la carretera corría una hilera de gigantescas torres de alta tensión que se extendía de un horizonte a otro. Puedes pensar que te estropean el paisaje o incorporarlas a él, le dijo Nell a Tig, todo depende de lo que opines sobre el surrealismo.

La casa era de ladrillo rojo, planta baja y primer piso, y tenía el tejado a dos aguas típico de las construcciones de finales del siglo XIX en aquella parte de la provincia, según se informaba en *El tejado ancestral*, un libro que Nell compró y consultó con frecuencia durante su primer invierno con Tig, cuando aún pensaba que la vida en una granja representaba una especie superior de autenticidad. Originalmente había habido una sala de recibir a la izquierda de la puerta principal, cocina y despensa a la derecha, y una segunda sala detrás, abierta a la cocina, pero el hombre de negocios había tirado algunos tabiques para que entrara la luz, según comentó. Instaló una mesa de cocina de obra, pintó de blanco todas las paredes y empezó a rascar el agrietado esmalte verde de los antepechos de las ventanas y las molduras, pero sólo consiguió terminar una ventana.

En una posterior manifestación de su vocación por el interiorismo, cortó un tramo de la viga maestra del granero, lo que provocó que las paredes se

combaran hacia afuera —tarde o temprano toda la construcción se derrumbaría—, e hizo con él la repisa de la angosta chimenea, que de todas formas no tiraba bien.

Una escalera central conducía a la planta superior. Los peldaños eran de madera y estaban pintados de azul pizarra. Arriba debió de haber cuatro pequeños dormitorios en los días de las jofainas, las tinas de baño y las letrinas en el exterior de la casa, pero uno de ellos había sido transformado en cuarto de baño.

De los tres dormitorios restantes, uno lo ocupaba Tig, y lo único que había en él era un colchón en el suelo. El segundo, una especie de despacho o estudio, estaba *reservado* a Nell, que necesitaba un escritorio para desplegar las pruebas de imprenta en que estaba trabajando. El escritorio era una vieja puerta dispuesta sobre dos armaritos con cajones, de modo que había espacio más que suficiente: encontraron la puerta en el cobertizo y le quitaron el picaporte; en cuanto a los armaritos, procedían de una subasta particular, de modo que el escritorio prácticamente no había costado nada. Eso estaba bien, porque Nell no ganaba demasiado, y la mayor parte de los ingresos de Tig — esporádicos en el mejor de los casos— se dedicaban a otros fines.

Además del escritorio, también había en aquel despacho o estudio una estrecha cama individual que semejaba un canapé, o quizás una camilla. Estaba hundida en el centro y cubierta con una vieja funda de terciopelo marrón que olía a polvo y humedad. Nell tenía la intención de librarse de ella lo antes posible, o al menos cambiarle la funda. ¿Cuándo sería «lo antes posible»? Cuando él y Tig por fin se trasladaran a la granja; pero cada vez que pensaba en ello, cambiaba el «cuando» por un «si».

En el tercer dormitorio había dos literas dobles: eran para los niños y los amigos que los visitaban. Los niños eran de Tig, y el motivo por el que se había largado sin llevarse nada consigo; también a quienes iba a parar la mayor parte de su dinero.

De lo que se había largado Tig era de su matrimonio. Tenía que escapar de él antes de que acabara derribándolo, le chupase toda la sangre y le arrancara las vísceras, una tras otra. Todas esas metáforas —que a Nell le sugerían el ataque de un calamar gigante, o de unos vampiros, o la limpieza del pescado— pertenecían a Tig. Tenía una forma oblicua de hablar de su matrimonio, lo que de todos modos casi nunca hacía. Jamás decía «mi esposa» ni utilizaba el nombre de su mujer en ese contexto, porque no era su mujer como tal lo que lo había llevado a ese extremo, no era Oona por sí misma la autora de la paliza, la succión de la sangre y la evisceración: habían

sido los dos juntos, «el matrimonio», que Nell se representaba como una gran excrecencia espinosa, un cruce entre una maleza invasora de color verde oscuro y un cáncer en forma de nube de tormenta, tan adherente como el cemento fresco y con un buen número de tentáculos, al modo de las sanguijuelas.

Nell se sentía intimidada por aquel matrimonio, y pequeña e infantil en comparación con él. Había en éste cierto esplendor descomunal y fosforescente, como el de una ballena varada en la playa. Hacía que ella, en conjunto, pareciese pálida, banal, insípida. Nell no tenía nada que ofrecer a la altura de aquel melodrama histriónico, tenebroso y sanguinario.

Los hijos de Tig llegaban a la granja los fines de semana, con o sin amigos, y dormían en las literas. Ambos eran varones, dos chicos rubios y de aspecto angelical, de trece y once años de edad. Tig les tomaba fotografías, que revelaba en el cuarto oscuro que había improvisado con unas cortinas en un rincón del sótano de suelo de tierra, y se las enseñaba a Nell: los chicos en octubre, jugando en el granero, saltando sobre los montones de heno mohoso de la época en que el lugar era efectivamente una granja; los chicos a principios de diciembre junto al estanque semicongelado, a punto de lanzar sendas piedras contra la superficie de hielo; los chicos en enero, con ropa de invierno, haciendo bolas de nieve y sonriendo a la cámara. Nell pensaba que se los veía bastante felices.

En ocasiones Oona iba a la granja con Tig y los niños. Cenaba con ellos los sábados y se los llevaba a la inspeccionar el granero, los miraba patinar sobre el hielo y dormía en la polvorienta cama del cuarto de trabajo de Nell. Se suponía que todo eso se hacía para que los niños se sintieran seguros, según Tig: ellos necesitaban saber que podían contar con sus padres y que éstos los querían mucho, a pesar del carácter, espinoso y propio de una sanguijuela, del matrimonio. Nell estaba ausente esos días, y también tenía prohibido ir allí los fines de semana, aun cuando Oona no subiese en su coche. Según Tig, la presencia de Nell no sería positiva para los chicos, ni para la propia Nell a largo plazo, porque los chicos podrían sacar la conclusión de que había sido ella quien había destruido el matrimonio de sus padres.

No lo había destruido, por supuesto, decía Tig: la destrucción había empezado mucho antes de que Nell apareciese en escena. Todos los amigos de Tig y Oona lo sabían, lo habían sabido durante años, y admiraban la forma

en que éstos habían dispuesto las cosas para que pareciera que la vida transcurría con toda normalidad, afirmaba Tig. También contaba que una noche, después de una discusión, había arrojado contra la pared todos los objetos de cristal y porcelana, dejando un montón de platos y vasos rotos para que Oona los encontrara por la mañana. A Nell le impresionó aquel gesto. Ella, por su parte, nunca había sido víctima de esos ataques repentinos de ira. Arrojar los platos contra la pared era un gesto abierto, sano, muy preferible a los silencios y las caras de vinagre, las expresiones de malhumor y los mohines cargados de resentimiento con que ella habría reaccionado en una situación parecida.

Tig y Oona, sin embargo, se habían cuidado muy bien de pelear delante de los niños, dijo él. Habían alcanzado un acuerdo civilizado de cara al exterior, o al menos bastante civilizado; en público se llamaban recíprocamente «cariño», y quedaban los domingos para preparar barbacoas, de lo que la propia Nell había sido testigo. Los chicos necesitaban un tiempo para acostumbrarse a que Tig viviese solo en el campo y Oona viviese sola en la ciudad, antes de que Nell pudiera hacer su aparición desde las sombras en que había estado aguardando.

De modo que durante la primera parte de aquel invierno Nell se ocultó como un criminal perseguido. Cuando se ausentaba no dejaba ni una huella de su presencia en la casa, como prendas de vestir en el pequeño armario que había en lo alto de la escalera, o el cepillo de dientes en el incómodo estante del cuarto de baño, o libros, notas o pruebas de imprenta en el improvisado escritorio. ¿Se dedicaría Tig, cuando ella se marchaba, a recorrer la casa frotando los picaportes de las puertas para borrar las huellas digitales? Nell lo consideraba posible.

Los miércoles y jueves tenía un trabajo temporal en la universidad, unas clases de sustitución de un amigo que disfrutaba de un año sabático. Dictaba un curso sobre novela victoriana a alumnos de segundo: las hermanas Brontë, seguidas por Dickens, Eliot y Thackeray, y después los deprimentes realistas, George Gissing y Thomas Hardy, con un final decadente integrado por *El retrato de Donan Gray*, de Oscar Wilde, y *Otra vuelta de tuerca*, de Henry James. Era la primera vez que daba ese curso, de modo que tenía que trabajar de firme para mantener la distancia respecto a los estudiantes. En teoría, sus lunes, miércoles y viernes estaban reservados al trabajo editorial *freelance*, que en los años anteriores había sido su principal, aunque intermitente, fuente de ingresos. La lectura de novelas y la corrección de textos eran, ambas, tareas que podía llevar a cabo en la granja. Los días en que no tenía clases

iba en el autobús de línea hasta Stiles, la ciudad más próxima a la granja, y allí esperaba en la terminal, en un duro banco de madera adosado a la pared, respirando los humos del gasóleo y los cigarrillos que impregnaban el aire gélido. Comía patatas fritas, bebía café amargo y leía sobre amor y dinero y locura y muebles y gobernantas y adulterios y cortinajes y paisajes y muertes, hasta que llegaba Tig a recogerla en su herrumbroso Chevy azul.

O bien, los lunes por la mañana, subía con Tig en el coche desde la ciudad después de que él llevara de regreso a los chicos a tiempo para que llegaran a la clase de las nueve. Nell y Tig podían estar en la granja a la hora del almuerzo, pero a ella esos viajes le quitaban el apetito. Se sentía ligeramente mareada, como le sucedía antes de dar un examen. Era la expectación, la sensación de estar siendo investigada y juzgada, el miedo al fracaso. Pero ¿en qué podía fracasar?

En el coche se estaba caliente y olía a las manzanas que los chicos solían comer de regreso a la ciudad. Tig y Nell se tomaban de la mano en los tramos más solitarios y menos helados de la carretera. En lugar de hablar, escuchaban la radio. A cierta distancia de la ciudad se oían sobre todo canciones *country and western*. A Nell le gustaban las canciones de amor; a Tig, las tristes.

Se llegaba a la granja por una pista de grava de varios kilómetros que arrancaba de la carretera principal. En invierno la granja parecía un cuadro — el techo nevado, carámbanos colgando de los aleros, colinas blancas y árboles oscuros alzándose al fondo—, pero no uno que Nell elegiría como motivo para una tarjeta de Navidad. Al igual que ocurría con las puestas de sol, era hermoso en la vida real pero demasiado efectista para el arte.

Al pie de la larga cuesta llena de curvas y cubierta de nieve, las ruedas empezaban a patinar y el coche, fuera de control, a dar bandazos. Tig podía ascender la colina en varias etapas, pero sabía cuándo tenía que detenerse: era importante no acabar dentro del estanque decorativo. Si no conseguían adherencia ni siquiera con la ayuda del saco de arena y la pala que Tig guardaba en el maletero, dejaban el coche al pie de la colina y subían andando sobre la nieve que se amontonaba a los lados de la pista, despidiendo vapor por la boca y con la nariz goteando. No era el prelude más adecuado al momento romántico que supuestamente vendría a continuación, una vez dejaran atrás el cobertizo y entraran por la puerta posterior, se sacudieran la nieve y se quitaran las botas, los gruesos anoraks, los mitones y las bufandas.

El resto de sus prendas salía volando en el gélido dormitorio de Tig —los aislamientos no eran una característica relevante en el tipo de casa de *El techo ancestral*, según había leído Nell—, y se acurrucaban temblorosos bajo el

edredón de Tig, entre las sábanas raídas de Tig, acoplados en una especie de abrazo desesperado que a Nell le recordaba las descripciones de ahogados en sus novelas victorianas. Era mucha la gente que se ahogaba en ellas, especialmente si habían practicado el sexo fuera del matrimonio.

A aquello seguía un entreacto de cálida y lánguida amnesia, y, casi de inmediato —para Nell— una sensación de incredulidad: ¿qué estaba haciendo allí, en semejante situación? Y ¿cuál era la situación, exactamente? Se consideraba a sí misma una persona clara y directa, amiga de poner las cosas encima de la mesa, de modo que ¿por qué se había dejado enredar en algo tan turbio y —visto objetivamente, desde el punto de vista, digamos, del redactor de sucesos de un periódico sensacionalista, en el caso de que se encontrara a Nell y Tig asfixiados en su coche durante una tormenta de nieve, envenenados por el monóxido de carbono— tan cutre? «Marido infiel muere por emanaciones de gas junto a amiguita editora cerca de nido de amor rural». Por más que aún no había ocurrido nada parecido, ni era probable que ocurriese —ninguno de los dos era tan estúpido como para dejar encendido el motor en un coche empantanado—, sólo de pensarlo resultaba humillante.

A Nell nunca la había enredado nadie, porque si había algo en lo que nadie la superaba, ese algo era la autocrítica, y además era una persona adulta —ella fue quien eligió aquel sitio, ella la que actuó—, pero de todas formas la dura verdad era que, hasta cieno punto, todo aquel lío había sido culpa de Oona. Oona había sido el factor crucial. Oona había puesto en marcha su relación. Oona la había alentado. Oona se había esfumado en los instantes cruciales, igual que la nodriza salaz de un drama de Shakespeare. ¿Por qué? Porque Nell secundaba los propósitos de Oona, aunque en su momento la propia Nell no hubiese caído en la cuenta de cuáles eran esos propósitos.

La primera pareja no estaba formada por Nell y Tig, sino por Oona y Nell. Al principio sus relaciones fueron cordiales. Oona podía ser muy simpática cuando quería: conseguía que te sintieras su mejor amiga, la única persona del mundo a quien confiarse de verdad.

Nell se lo había creído porque la imagen que tenía de sí misma incluía desde tiempo atrás esa clase de confianza. Entonces era más joven, más que en el presente, y también más joven que Oona.

Nell había sido la editora de Oona en aquellos días. Era ya una *freelance* que iba y venía como una pelota de ping-pong entre editoriales con prisas, necesitadas de un empujón adicional. Se había hecho un hueco mediano en

ese ramo: tenía fama de hacer maravillas con material en bruto (es decir, que aún no estaba en condiciones de ser publicado), de entregar el trabajo en los plazos previstos, de no cargar la factura en exceso, y de atender a medianoche llamadas de autores borrachos mostrándose en todo momento simpática, prudente y aceptablemente comprensiva. Solía editar novelas. Había aceptado un libro de Oona debido a un pacto con un colega editor, un antiguo amante, de hecho; él le ofreció un caramelo a cambio de que antes ella cargara con la rueda de molino que parecía ser aquel manuscrito.

Y es que lo que había escrito Oona era lo que siempre buscan las editoriales: potencialmente, al menos, significaba dinero. En el tiempo que le dejaba libre su trabajo como directora administrativa de unos modestos almacenes, Oona había escrito un manual de autoayuda para supermujeres titulado *Magamujer*, que explicaba cómo compatibilizar carrera y familia, y además encontrar tiempo para el cuidado del cuerpo y para reconvertir el cuarto trastero. Era un tema que justo en aquel momento se había puesto de moda, y la editorial tenía prisa: hay que cabalgar sobre la cresta de esa clase de olas antes de que desaparezcan. Contaban con Nell, dijo el colega, para dejar el manuscrito en condiciones en un plazo extrarrápido.

Nell había pasado muchas horas con Oona, reorganizando capítulos, reescribiendo párrafos y sugiriendo nuevos detalles, añadidos y supresiones. Le sorprendió descubrir que, a pesar de su apariencia externa —enérgica, metódica, sonriente y eficaz—, la mente de Oona era como un cajón de sastre. Un auténtico caos.

Al finalizar el proceso de edición, el resultado fue un manuscrito enteramente distinto y, desde luego, mejor, y Oona afirmó sentirse agradecida. Expresó esa gratitud en la página de agradecimientos, y otra vez, manuscrita con su pluma estilográfica, en la portadilla del ejemplar que regaló a Nell. «Para la imprescindible Nell, la reina de la edición, el poder entre bambalinas. Con cariño, Oona». Nell se había sentido complacida, porque admiraba a Oona y la veía como una mujer mayor que había sabido triunfar en la vida, al contrario que ella.

El libro resultó un éxito, o lo que entonces se consideraba un éxito. Oona fue entrevistada no sólo en la prensa y la radio, sino también en la televisión, en los programas matinales de entrevistas a mujeres, frecuentes en aquella época. Se hizo moderada y, como pronto se vería, temporalmente famosa. En el contexto de la vida de Oona —las reuniones para trabajar en el manuscrito, y después la publicación del libro y su promoción—, Nell había entrevistado vagamente a Tig, como una sombra en el trasfondo. Nell no sabía nada de él

entonces, como tampoco de los horrores subterráneos del matrimonio: estaba muy lejos del círculo de amigos enterados del arreglo civilizado entre ambos cónyuges.

En público, Oona sólo tenía elogios para Tig. Él la había apoyado a lo largo de toda su carrera, decía. Ayudaba en la compra de comestibles, se ocupaba bastante de la cocina, se quedaba con los niños cuando Oona tenía que salir, todo ello al margen de su empleo en la emisora de radio en que trabajaba como productor de programas y entrevistas. A diferencia de los monstruos celosos que aparecían en los titulares de prensa por haber golpeado hasta la muerte a sus esposas con barras de hierro o por ahogarlas en la bañera, él estaba enteramente a favor de que su mujer tuviese una vida propia.

Los dos habían aparecido, en brillantes colorines, en las fotografías que ilustraban el artículo de una revista. Simulaban estar preparando la comida juntos; es posible que ni siquiera lo simulasen. Oona estaba majestuosa, enfundada en una especie de caftán suelto, con un collar de ámbar sin labrar al cuello, mientras que Tig se veía enorme y rudo en su atuendo informal, en mangas de camisa. Se trataba de una revista femenina, de modo que incluía también fotos de la cocina. Entre los dos aparecía una fuente con un pavo rodeado de zanahorias, patatas y apio artísticamente dispuestos. Formaban una pareja impresionante, había pensado Nell con envidia: en esa época representaban la clase de estabilidad que echaba de menos en su propia vida. Recientemente había descubierto que era una persona más convencional de lo que creía.

Después Oona quiso escribir otro libro, la continuación del primero. De hecho, lo que quería era que lo escribiese Nell: ella usaría un magnetófono para dictar sus ideas, y Nell se encargaría de la necesaria transmutación de esos pensamientos en letra impresa. El libro se llamaría *La caja de los trucos de Magamujer*, un buen título, concedió Nell, aunque sonaba un poco a aventuras fantásticas para niños. El problema consistía en que Oona no parecía estar muy segura de lo que quería meter en esa caja. Unos días el libro se parecía a unas memorias, otros a una especie de hágalo-usted-mismo — cómo eliminar los cercos de las huellas de vaso en los muebles, qué hacer con las manchas de las alfombras—, y había también algunos en que tomaba la forma de un manifiesto. Por supuesto, podía ser las tres cosas, dijo Nell — había formas de conseguirlo—, pero Oona tendría que tomar algunas decisiones preliminares sobre sus objetivos e intenciones. En esto Oona había vacilado. ¿No podía encargarse Nell de eso? Porque Oona estaba tan ocupada...

Mientras se desarrollaban estas..., ¿qué eran, escaramuzas, súplicas, negociaciones?, digamos gestiones, Oona hizo algunas confidencias a Nell. (Ésta se consideró particularmente favorecida, partícipe de algo muy privado —Oona tenía una forma de modular la voz que sugería el secreto—, pero muy pronto descubrió que ése no era el caso: los secretos de Oona eran secretos públicos, y su recitado, un ritual que se repetía a menudo). Su matrimonio con Tig, confesó Oona, ya no era un matrimonio de verdad. Si seguían juntos se debía a los niños: Tig era maravilloso en ese sentido. Tenían un acuerdo amistoso respecto a lo que la mujer de Bath —la de Chaucer— llamaba «otras compañías». Oona apenas había aludido al tema: alguien menos hábil tal vez hubiese insistido, presumido un poco, pero Oona era demasiado sofisticada para eso.

«Sofisticada» era la palabra que surgía de inmediato cuando Nell pensaba en Oona. Ésta tenía muebles buenos, una combinación de piezas victorianas, con un aura de patrimonio heredado y de minimalismo moderno; también tenía pinturas auténticas, con marcos, así como algunos grabados firmados y numerados. Nell no aspiraba a aquel nivel: su apartamento de un solo dormitorio tenía una mesa y dos sillas —una de las cuales era en realidad un taburete barato—, un desvencijado sofá tapizado en pana, cuatro cajas repletas de libros, una cama individual con muelles que chirriaban —todo gracias al Ejército de Salvación y varios mercadillos de segunda mano—, y un par de pósters fijados a la pared con chinchetas. Ahorraba dinero, pero no estaba segura de para qué. Había llegado a pintar la mesa de naranja y añadido un par de almohadones al sofá, pero no veía razón para ir más allá, porque el piso era sólo un campamento provisional, como muchos otros pisos y habitaciones en los que había acampado con anterioridad. Aún no se sentía preparada para instalarse de forma definitiva, decía a sus amigos.

Era un modo de expresarlo. Otro modo sería que no había encontrado a nadie con quien instalarse. Había habido varios hombres en su vida, pero nada convincentes. Habían sido como su mesa: adquiridos con prisas y pulidos un poco, pero provisionales. Sin embargo, el tiempo para esa manera de actuar se agotaba. Estaba cansada de vivir de alquiler.

Después de la conversación sobre las habitaciones separadas y el acuerdo amistoso, Nell volvió a su apartamento de un solo dormitorio, se sentó a su mesa anaranjada con el Chaucer de la escuela y buscó la referencia a la mujer de Bath, sólo por curiosidad. La mujer de Bath no era exactamente una adúltera, como lo era Oona desde un punto de vista técnico: las «otras compañías» eran los hombres que había frecuentado antes del matrimonio, no

durante el mismo. Pero eso eran sutilezas. De cualquier manera, ya nadie utilizaba la palabra «adulterio»; no era una palabra elegante, y pronunciarla constituía una metedura de pata social. Había sido desterrada en algún momento, hacia el año 1968; ahora, tres años después, aún existían matrimonios duraderos que se rompían sin razón aparente, hombres de edad mediana con profesiones respetables que seguían fumando porros los fines de semana, llevaban al cuello abalorios de madera y se acostaban con muchachitas a las que doblaban en edad, y amas de casa, en otro tiempo satisfechas, que se subían a un barco para empezar una nueva vida, o, en casos extremos, se volvían lesbianas al caer la noche. Antes no había lesbianas, o nadie las veía, pero de pronto habían empezado a brotar por todas partes. Algunas no eran realmente lesbianas, sino que se limitaban a ajustarles las cuentas a sus maridos por los abalorios de madera y las muchachitas.

Las propias muchachitas, al igual que las esposas con planes de fuga, hacían gala de su mentalidad abierta en su forma de vestir. Llevaban monos de trabajo y gafas grandes y redondas, o bien faldas de campesinas largas hasta los tobillos y sandalias de suela gruesa; melenas lacias de libro ilustrado, o grandes coliflores étnicas rizadas, o el cabello cortísimo; se pintaban los párpados de negro y los labios de rosa pálido, o bien no utilizaban ninguna clase de maquillaje. «El amor es el amor», decían con un tonillo risueño pero doctrinario que Nell encontraba presuntuoso. «El amor es el amor». Sonaba muy sencillo, pero en la práctica ¿qué significaba?

A Nell le gustaba conocer las reglas, fuera cual fuere el juego: era una fanática de las reglas. Cuando era niña, separaba la comida de su plato en montones: aquí la carne, ahí el puré de patatas, los guisantes alineados en un área especial reservada a tal efecto, siguiendo una planificación exclusivamente suya. No se podía comer de un montón hasta haber agotado el que se había empezado antes: esa era la regla. Ni siquiera hacía trampas en los solitarios, a los que había dedicado mucho tiempo a lo largo de los años.

En lo relativo a las interacciones sociales, sólo había aprendido las viejas reglas, las únicas válidas hasta el instante de la explosión —al parecer había sido una explosión instantánea—, cuando todos los juegos cambiaron de pronto, las anteriores estructuras se derrumbaron y todo el mundo empezó a declarar que la misma noción de regla era obsoleta. Según las reglas anteriores, no se debía robar el marido a otras mujeres, sólo por poner un ejemplo. Pero ahora al parecer el concepto «robar maridos» ya no existía; sólo existían diferentes personas que atendían a sus propios asuntos y llevaban adelante opciones de vida alternativas.

Nell había vivido aquella convulsión sintiéndose asustada, desorientada y perdida. Pero confesar algo así le habría atraído el desprecio general. Sentía que sería la única en reaccionar de esa manera, de modo que no abría la boca y se marchaba temprano de las veladas literarias para no tener que forcejear con tipos barbudos en los pasillos ni soportar a individuos borrachos de ambos sexos, en jardines iluminados con farolillos japoneses, que le echaban en cara, con voz pastosa pero irritada, que se pusiera tan tensa y a la defensiva.

Sus asuntos —otra palabra obsoleta—, sus «relaciones» hasta entonces habían tenido al menos un argumento, planteamiento, nudo y desenlace, todo ello marcado por escenas de distintos tipos: en bares, en restaurantes, en cafeterías, e incluso —casos extremos— en aceras. A pesar del inevitable dolor y las lágrimas vertidas —casi siempre por ella misma—, en aquellas escenas había habido algo, si no divertido, satisfactorio: con frecuencia a Nell le parecía oír un rumor de aplausos al finalizar, como si sus sentimientos fuesen personajes que actuaran conforme a un guión escrito.

Entonces había entradas y salidas, no sólo el vagabundeo dentro y fuera de las habitaciones, los murmullos, cabeceos y encogimientos de hombros que habían sustituido a la vida social. Las emociones que se expresaban con palabras reconocibles —celos, desesperación, amor, traición, odio, culpa— habían quedado bajo sospecha, convertidas en una colección de antigüedades. Entre los jóvenes, y quienes los imitaban, contar con un vocabulario de cierta amplitud había pasado a representar una desventaja.

Oona y Tig eran mayores que Nell. No habían arrumbado del todo las viejas reglas, todavía las utilizaban en la conversación. Poco después del episodio de la mujer de Bath, Oona invitó a Nell a cenar; se trataba de una de esas barbacoas festivas que al parecer habían dado fama a la pareja. Nell acudió de buena fe, esperando que hubiera sillas en torno a una mesa adecuada, en vez de los boles de arroz integral y el aterrizadondepuedas que estaban de moda en reuniones más variopintas o bohemias. Había visto la mesa, la había utilizado incluso, cuando trabajaba con Oona en su manuscrito. Hasta en el peor de los casos habría sitio donde sentarse; y en el mejor no habría gente en el suelo con las piernas cruzadas, monologando sobre sus viajes con el ácido. Había otra pareja en la cena, un profesor de historia y su mujer, milagrosamente juntos todavía. El profesor había intervenido en uno de los programas de Tig y era una autoridad en la guerra de los Siete Años.

Los dos chicos habían cenado antes, pero se presentaron para el postre especial, un *soufflé* Grand Marnier con salsa de chocolate.

La atmósfera era alegre, aunque un tanto sobrecargada. Oona y Tig volvían el rostro, radiante y lleno de interés, hacia Nell cada vez que intervenía en la conversación, lo que no ocurría con mucha frecuencia; quien llevaba el mayor peso era el profesor de historia. Con todo, cuando a Nell se le ocurría alguna observación, no se veía obligada a sopesar sus palabras para elegir solamente las cortas.

Después de la cena, la pareja de historiadores se marchó, y Nell ayudó a Oona a llevar los platos a la cocina —una de las viejas reglas— y después jugó una partida de Monopoly con los dos chicos. Eran amables y educados, y la trataron como si también fuese una niña, aunque mayor que ellos. Nell agitó los dados, los lanzó y tuvo suerte, porque no sólo se hizo con la compañía del agua y la de la electricidad, los cuatro ferrocarriles y algunos bloques de viviendas en calles rojas y en las azul pálido y púrpura de los suburbios, sino también con la Plaza del Parque y la Avenida, donde construyó varios hoteles. Aunque sorprendida por su propia codicia —sólo era un juego, debería haber dejado que ganaran los chicos—, subió los alquileres y acabó por hundir a los niños en la bancarrota y ganar el juego.

Para su asombro, los niños no protestaron y propusieron jugar otra partida, pero Oona declaró que era demasiado tarde. Entonces tomaron un helado, y dos de los tres gatos de la familia se subieron al regazo de Nell y ronronearon. Nell se sintió encantada, bienvenida, aceptada y, de alguna forma, protegida, mientras Tig y Oona resplandecían ante ella y los niños como las amables hadas madrinas de algún cuento de huérfanos rescatados.

La invitación a cenar había sido hecha con el objeto de que Tig examinara a Nell a placer. Ésa fue la conclusión a la que ella llegó más tarde. Se había tratado de una entrevista, en cierta forma. Oona la había seleccionado como candidata al empleo de segunda esposa, o si no de segunda esposa, de segunda algo. Algo secundario. Controlable. Una especie de concubina. Serviría como «otra compañía» de Tig y así Oona podría dedicarse plenamente a la vida propia que estaba tan decidida a llevar.

¿Qué ocurrió después? Nell no estaba muy segura. La habían enredado, evidentemente, barrido de un plumazo, posiblemente secuestrado. Al menos eso era lo que sentía en ocasiones. Un secuestro coherente con la huida de Tig al campo, por más que nadie lo hubiera expresado de ese modo.

A finales de enero, Nell compró unas madejas de lana de varios colores, rojo, azul y púrpura. Hacía mucho tiempo que no tejía, desde que era niña,

pero sintió la necesidad de volver a hacerlo. Su idea era tejer una colcha para el camastro de su así llamado estudio, la cama en que dormía Oona cuando visitaba la granja los fines de semana. Tejería unas largas tiras con cuadrados de color púrpura, rojo y azul, que después cosería alternadamente. Tendría que planificarlo bien para que los cuadrados formaran el atrevido tablero de escaques que había imaginado. Cuando terminara la colcha la colocaría sobre la cama, y allí se quedaría.

Tal vez lo hiciese, pero, por otra parte, tal vez no. Tal vez regresara a su mesa anaranjada y su sofá desvencijado, llevándose consigo la labor de punto. Aún no lo había decidido.

Cuando Tig no estaba —cuando salía a hacer una u otra excursión—, ella leía, corregía manuscritos o calificaba ejercicios de alumnos. La Noción del *Gentleman* en *Grandes esperanzas*. Las Gobernantas en *Jane Eyre*, *La feria de las vanidades* y *Otra vuelta de tuerca*: Adictas al Trabajo, Cazadoras de Fortunas, Históricas. Conformismo y Rebelión en *El molino del Floss*. Pero su estudio estaba orientado al norte: hacía frío y la luz se iba temprano, de modo que hacía largas pausas en su trabajo para prepararse tazas de té y sentarse junto a la soleada ventana de lo que en tiempos había sido la sala principal, y allí tejía su colcha roja, azul y púrpura y escuchaba el lento goteo del agua que se escurría de los carámbanos del alero, dejando que su mirada se perdiera en las líneas redondeadas y de un blanco cegador de la nieve amontonada en los campos, en la hilera de cedros que se alzaba más allá, y en las sombras azules. En esos momentos olvidaba que tenía que tomar una decisión. Se sentía perezosa y relajada, como flotando en un baño caliente. Pero enseguida se obligaba a espabilar, regresaba al estado de alerta e intentaba reflexionar sobre su situación.

¿Qué era exactamente lo que Tig le ofrecía? Según aseguraba, deseaba permanencia, pero ¿en qué forma? Seguía casado, al fin y al cabo. Habría una trama, habría emociones y acontecimientos, eso era predecible. Habría amor —la palabra había sido mencionada—, pero ¿qué clase de amor? Y en términos de vida cotidiana, ¿qué significaba todo ello? «Creo que podría resultar bien, para los dos», era el modo en que Tig lo había expresado. «Quiero compartir mi vida contigo». Pero la vida que él afirmaba querer compartir, ¿incluía, por ejemplo, a Oona?

Nell sentía la presencia de Oona en cuanto cruzaba la puerta de su estudio. Más exactamente, la olía: Oona prefería los perfumes intensos, con una tendencia al extremo más exótico de la gama de aromas. Durante la temporada en que ejerció de editora, Nell había encontrado bastante

agradables esas fragancias, pero ahora no podía sentarse a trabajar si antes no abría la ventana para que entrase aire fresco, a pesar de las temperaturas bajo cero. Tenía la sensación de que Oona estaba a su espalda, sonriendo de una manera ambigua y emitiendo ondas de un olor soporífero, como un campo de amapolas.

Oona, sin embargo, iba cada vez menos a la granja, según Tig. En cuanto al proyecto del nuevo libro, el que Nell iba a editar, o más bien a escribir sin firma, no volvió a hablarse de él.

A finales de febrero Tig anunció que había llegado el momento de que Nell estuviera en la granja al mismo tiempo que los chicos. Nell no estaba segura de encontrarse preparada para ello. Se había acostumbrado a ser invisible: cambiar ese arreglo podía romper el equilibrio. Pero Tig dijo que había hablado de ella a los chicos, de modo que ahora le tocaba a Nell cumplir su parte. En cualquier caso, Oona y él lo habían hablado y estaban de acuerdo en que así debían ser las cosas en adelante: era hora de que los chicos viesan a Nell en su propio terreno.

—¿Por qué lo has hablado con ella? —preguntó Nell en un tono que procuraba ser lo más neutro posible.

Tig pareció desconcertado.

—Naturalmente que lo he hablado con ella —repuso—. Hablamos sobre todo lo relacionado con los chicos. Ella es su madre.

—¿Qué dijo exactamente? —quiso saber Nell—. Sobre mí.

—Está totalmente de acuerdo. Totalmente a favor tuyo. Cree que ejercerás un efecto positivo en los chicos.

—Pero sobre mí, ¿qué dijo? —insistió Nell. Quiso añadir que la granja no era su propio terreno. De hecho, no tenía un terreno propio, no estaba instalada, ni se le había pasado por la cabeza. Deseaba prolongar el noviazgo.

—¿Qué quieres decir?

—¿Quién piensan ellos que soy? ¿Qué se supone que soy?

—Se supone que eres una mujer maravillosa y que vives aquí conmigo —contestó Tig.

La rodeó con los brazos y la besó en el cuello, pero Nell se dio cuenta de que estaba molesto. Ella estaba creando dificultades donde no las había. Se estaba pasando de la raya. Pero ¿dónde estaba la raya? Nell no conseguía verla.

El último sábado de febrero, Nell cogió el autobús de línea a Stiles. Caía la tarde. Tig y Oona habían decidido que Nell no debía pasar el fin de semana entero, al menos la primera vez, porque eso podía suponer una tensión excesiva para los niños. Nell esperó en la terminal a que Tig pasara a recogerla, tejiendo su colcha. Sólo le quedaban dos hileras de retales; el efecto de los colores alternados era tal como lo había imaginado.

Tig se retrasaba, pero eso no era nada nuevo. Solía hacerlo cuando iba a recogerla. Tenía otras cosas que hacer en Stiles. Poner gasolina al coche, pasar por la ferretería, comprar comestibles. Una vez ella lo hubo comprendido, esperar no le importaba, o le importaba menos.

Se dirigieron a la granja en el Chevy herrumbroso. Los chicos estaban deslizándose por el estanque helado. No llevaban patines, pero sí *sticks* de hockey con los que golpeaban los guijarros. Agitaron los brazos para saludarlos cuando el coche enfiló la cuesta, colina arriba.

En esta ocasión no hubo abrazo, la ropa no salió volando, no se metieron con prisas debajo del edredón de Tig. En su lugar, cuando hubieron cruzado la puerta se produjo una pausa desmañada.

—Serán felices quedándose ahí fuera un rato más —dijo Tig.

—Tal vez podríamos prepararles un poco de cacao —propuso Nell. Es lo que se hace con los chicos: se les prepara cacao—. Y palomitas de maíz —añadió. Era la clase de comida que le daban a ella cuando era niña, en las tardes frías de invierno: comida reconfortante, sabrosa, dulce y caliente.

—Buena idea —dijo Tig. Sonrió, complacido por el esfuerzo que ella estaba haciendo.

Por suerte había algo de cacao, y también maíz. Nell se ocupó de mezclar el cacao en polvo con el azúcar. Vertió la leche en una cacerola, luego encendió el hornillo y empezó a remover los granos de maíz en una sartén de hierro. Señorita de guardería, pensó. Monitora de campamento. Profesora de escuela dominical en una excursión. Ésas eran sus opciones, sus disfraces: todos ellos redichos, con regusto a blusas de algodón azul con escudos bordados en las mangas. ¿Cómo saludaría a los chicos? «Hola, ¿os acordáis de mí?, soy la amiguita de vuestro papá». Pero «amiguita» era una palabra tan proscrita como «adulterio». La una no podía ir sin la otra.

Los chicos cruzaban el cobertizo; los oía reír, sacudirse la nieve de las botas. Luego entraron en la sala. La observaron con cautela, con algo que podía ser desconfianza o aprensión: de forma muy parecida —supuso Nell— a como los miraba ella. Luego le estrecharon la mano, uno tras otro. A pesar de lo espinoso y rastrero del matrimonio que había constituido su hábitat

hasta el momento, habían sido lo que solía calificarse de «bien criados». Eran más altos de lo que ella recordaba, y mayores. Por supuesto, tenían que serlo. Habían pasado meses —un montón de meses— desde la última vez que los había visto.

Los tres se sentaron a la mesa de la cocina, bebieron el cacao, comieron las palomitas de maíz y jugaron al Monopoly, mientras Tig preparaba espaguetis para la cena. El juego no tuvo la espontaneidad de la primera vez; las jugadas eran más cautelosas, más precavidas; los chicos atesoraban su dinero como si contaran con él para una futura emergencia. No hubo la misma impulsiva adquisición de propiedades, el mismo arrojo al asumir riesgos. Posiblemente se acordaban de la primera partida con Nell, cuando sus padres aún vivían bajo el mismo techo y pretendían que todo marchaba a la perfección. Tig seguía pretendiéndolo: se mostraba artificialmente alegre, vibraba de ansiedad. Deseaba tanto que todo fuera sobre ruedas...

Nell jugó de la forma más chapucera que pudo y realizó muchos préstamos, pero a pesar de sus esfuerzos acabó ganando la partida. No se decidía a hacer trampas. (En los meses siguientes, ella y los chicos, y en ocasiones Tig, jugaron muchas partidas. Nell propuso jugar a Corazones o hacer solitarios en grupo, pero los chicos pedían el Monopoly. Ella los compadecía: querían ganar, aunque sólo fuera una vez, pero tenían mala suerte y no había forma de que lo lograran).

Mientras comían los espaguetis, telefoneó Oona. Después de cambiar algunas frases con Tig y de conversar con cada uno de sus hijos, pidió hablar con Nell. Ésta cogió el auricular de mala gana. Era un teléfono de pared, en medio de la cocina. Tig y los chicos estaban cenando: no podían dejar de oírla.

La voz de Oona tenía el tono confidencial pero autoritario que Nell recordaba.

—Asegúrate de que hagan los deberes, ¿lo harás? —dijo—. Tig los deja jugar demasiado. Se están retrasando en la escuela.

De modo que eso es lo que se supone que soy, pensó Nell: la gobernanta.

A finales de marzo, cuando la nieve ya había desaparecido casi por completo excepto en las umbrías, y empezaban a brotar los capullos, Nell acabó su colcha y la colocó sobre la cama de su estudio. Le gustaba cómo había quedado. Llamó a Tig para que fuese a admirarla.

—¿Significa eso que vas a quedarte? —preguntó él, ciñéndola por detrás con sus largos brazos. Ella no dijo nada pero sonrió. De modo que él no era tan obtuso, después de todo.

En abril, los chicos subieron a uno de sus gatos, porque una granja necesita un gato: habían visto algunos ratones, o tal vez ratas, en el granero. El gato era un gato de ciudad. Como no estaba acostumbrado a viajar, gruñó y vomitó en el coche, y cuando llegaron a la granja, saltó fuera antes de que nadie atinase a cogerle, corrió hacia unos arbustos y desapareció durante días. Cuando regresó, estaba más delgado y tenía varios desgarrones. Se refugió debajo de la cama de Nell y no hubo forma de sacarlo de allí. Sin embargo, pronto se hizo evidente que por la noche salía y se revolcaba en la colcha que ella había tejido, a la que transfirió la mayor parte de sus desgarrones. Nell los zurció, pero jamás consiguió eliminar del todo los pequeños enganchones e irregularidades.

Desorden moral

Nunca ha habido una primavera tan maravillosa, pensó Nell. Las ranas — ¿o eran sapos?— saltaban en el estanque, los sauces y las mimbreras —¿cuál era la diferencia?— se poblaron de capullos y poco después las matas de espino, los ciruelos silvestres y los olvidados manzanos florecieron, y una fila desigual de narcisos plantados por la mujer de un remoto granjero se abrió paso entre las cizañas y los hierbajos que crecían junto a la pista de grava. Los pájaros cantaban. El barro se secaba.

Al atardecer, Nell y Tig se sentaban fuera de su granja de alquiler en dos sillas plegables que habían encontrado en el cobertizo de la parte trasera, se tomaban de la mano, salvo cuando ahuyentaban a algún ocasional mosquito, y observaban a un búho rayado hembra enseñar a sus dos crías a cazar. Practicaban con los doce patitos que Tig había comprado e instalado en el estanque. Había construido un refugio para ellos sobre un tablón flotante, una especie de casita sin paredes. Debajo de aquel techo podían ponerse a salvo, pero no parecían lo bastante listos para eso.

El búho pasaba en silencioso vuelo rasante sobre la superficie del estanque en que chapoteaban, ignorantes, los patitos, y cada noche atrapaba uno y se lo llevaba al hueco del árbol seco en que tenía su nido; allí lo descuartizaba y lo repartía entre sus dos crías. Así hasta que los doce patitos desaparecieron.

—Fíjate —dijo Tig—. Qué elegancia.

A primeros de mayo, el hombre de negocios propietario de la granja anunció que iba a venderla. Les dio un mes de plazo para marcharse. Como no había ningún contrato escrito, no les quedó más remedio que hacerlo.

Ambos estuvieron de acuerdo, sin embargo, en que no podían volver a la ciudad. Allí todo era demasiado hermoso.

Condujeron media hora hacia el norte, donde los precios eran más bajos, y exploraron las carreteras secundarias en busca de letreros de «En venta». Cerca de Garren encontraron algo dentro de sus posibilidades: una casa, un granero y cincuenta hectáreas. Llevaba más de un año en venta. Libre de inquilinos, dijo el propietario, que les enseñó personalmente el lugar. Él vivía en otra granja y había usado el granero para almacenar heno, pero había decidido poner en venta las dos propiedades y quería dinero contante. «Me gustaría ver un poco de mundo antes de que me toque ponerme el pijama de madera», dijo.

En la granja también había un estanque, unos cuantos manzanos de troncos retorcidos alrededor de la casa y un cobertizo con un tractor. Todo incluido en el precio, aclaró el propietario. La casa era de tabla de chilla pintada de blanco, había sido construida a mediados de la década de 1830, y tenía un añadido en la parte trasera: una cocina de verano con suelo de cemento. La bodega estaba sin acabar; las vigas eran troncos que todavía conservaban algo de corteza. Los escalones que bajaban hasta ella eran empinados y peligrosos. El suelo rezumaba humedad y despedía un olor extraño. No era exactamente a podredumbre, ni a ratón muerto o aguas fecales.

—Aquí hay mucho trabajo por hacer —dijo Nell.

El granjero lo admitió de buen humor, y rebajó cinco mil dólares del precio. Luego estaba el tema de la hipoteca, señaló Tig: resultaría problemático que algún banco les concediera un préstamo, porque ninguno de los dos tenía un trabajo fijo a tiempo completo. El mismo propietario se ofreció a facilitarles la hipoteca.

—Al parecer tiene muchas ganas de librarse de este lugar —comentó Nell. Estaban en medio de la cocina, cuyo suelo se inclinaba visiblemente hacia la pared maestra. Antes o después habría que levantar el suelo desde abajo y colocar una nueva viga.

El empapelado de la pared —el último de numerosas capas, como se apreciaba por los desgarrones— era de un verde desteñido con un estampado de topos rosados y flores ocres. El suelo era de linóleo, con un dibujo de rombos marrones y anaranjados que Nell reconoció como típico de los años cincuenta.

—Son cincuenta hectáreas —dijo Tig.

—La casa es muy oscura —señaló Nell—. No resulta demasiado alegre.

—Limpiaremos las ventanas —propuso Tig. Nadie había habitado aquel lugar en años. Los alféizares estaban cubiertos por una capa de polvo y moscas muertas—. Pintaremos las paredes de blanco —añadió.

Había estado fuera con el granjero, paseando por el campo. Había visto un aguilucho pálido en la linde trasera; lo consideró una señal.

Nell no dijo que no se trataba de las ventanas, ni del papel de la pared. Pero la pintura ayudaría.

Entre los dos, con los ahorros de Nell y los ingresos por un documental para la televisión que Tig había producido recientemente, reunieron la paga y señal. El fin de semana siguiente cerraron el trato, y trasladaron allí la cama. Luego se sentaron en el suelo de linóleo y comieron sardinas directamente de la lata, con rebanadas de pan integral y tacos de queso, y bebieron vino tinto. Había sólo una bombilla, que emitía una luz fantasmal sobre sus cabezas, colgando de un alambre, de modo que la apagaron y encendieron una vela. Era como un picnic bajo techo.

—Es todo nuestro —dijo Tig.

—Nunca había sido propietaria —dijo Nell.

—Yo tampoco —dijo Tig.

—Me da un poco de miedo —dijo Nell.

—Mañana saldremos a pasear y veremos el aguilucho.

Nell besó a Tig. No fue una gran idea, debido a las sardinas, pero los dos las habían comido.

—Vamos a la cama —propuso Tig.

—Antes tengo que lavarme los dientes —repuso Nell.

Se tendieron en el colchón de Tig —el colchón de los dos—, abrazados. Habían llevado arriba la vela, que parpadeaba a la cálida brisa que entraba por la ventana del dormitorio. Nell pensó en unas cortinas blancas de encaje —siempre había soñado con ellas, desde que era niña—, y el modo en que ondearían con una brisa así cuando las pusieran.

—No deberías haber explicado que soy tu mujer —dijo Nell al cabo de un rato—. Al abogado.

—Ahora hay muchas mujeres casadas que conservan su nombre de soltera —dijo Tig.

—Pero no es verdad. Tu mujer es Oona. Sigues casado con ella.

—En realidad, no.

—De todos modos, dijiste «esposa» en lugar de «mujer». Fue una metedura de pata. ¿Te fijaste de qué forma me miraba el abogado?

—¿De qué forma?

—De ésa, exactamente.

—¿Cómo quieres que te llame? —dijo Tig. Parecía dolido.

Nell no contestó. Estaba estropeándolo todo, y no quería hacerlo. Se sentía en una posición falsa, y odiaba esa sensación. Pero no había otras palabras que sugerir, ninguna referida a ella misma que fuese al mismo tiempo verdadera y aceptable.

En los días siguientes trasladaron a la granja el resto de sus posesiones: las literas para los dos hijos de Tig, en las que dormían cuando venían de visita; la cama individual para la habitación de invitados; el escritorio de Nell; unas pocas sillas; algunas cajas llenas de libros y unos cuantos libros sueltos. También la mesa anaranjada de Nell. El resto de su mobiliario lo dejó en la ciudad. Comprarían muebles nuevos más adelante —la casa estaba prácticamente vacía—, pero por el momento no tenían dinero para hacerlo.

Los dos chicos subieron el fin de semana siguiente y durmieron en las literas, en su nueva habitación, y salieron con Tig a dar un largo paseo por la propiedad. Vieron el aguilucho pálido, en realidad dos aguiluchos. Deben de ser pareja, dijo Tig; estaban cazando ratones. A los chicos les encantó el tractor del granero. No necesitas permiso para conducir un tractor si no sales a la carretera. Tig dijo que cuando él —o alguien— pusiese a punto el tractor, los chicos podrían conducirlo por la propiedad.

Nell no salió a pasear con ellos. Se quedó en la casa y horneó unos bizcochos. Había una antigua cocina eléctrica que funcionaba perfectamente, a excepción de un quemador. Conseguirían también una estufa de leña. Ése era el plan.

Cuando Tig y los chicos regresaron, todos comieron los bizcochos con miel y bebieron té con leche caliente. Se sentaron en torno a la mesa anaranjada, con los codos apoyados en ella, igual que si fueran una familia.

Soy la única persona aquí sin relación con nadie, pensó Nell. Se sentía marginada. Ya no bajaba muy a menudo a la ciudad, y cuando lo hacía era por cuestiones de trabajo —se reunía con editores y con los autores cuyos libros estaba corrigiendo—, de modo que apenas veía a sus amigos. Además de todo eso, sus padres no le hablaban, aunque antes tampoco lo hacían. Desde el

punto de vista conversacional, la habían colocado en una zona de penumbra, un lugar parecido a la sala de espera de una estación de autobuses: aire gélido, silencios, tópicos relativos a la salud o el tiempo. Sus padres no habían asimilado el que se fuera a vivir con un hombre que todavía estaba casado. En su vida anterior jamás había sido tan descarada. Había tenido algunos miramientos con las apariencias. Había sido más cautelosa. Pero tras enviar a todo el mundo, y de manera flagrante, tarjetas con su nueva dirección, ya no había lugar para la cautela.

Nell volcó sus energías en el huerto. Empezó por levantar una alambrada para mantener a raya las marmotas; Tig la ayudó. Hundieron el tejido treinta centímetros en el suelo, para que las marmotas no excavaran el terreno y pasaran por debajo. Luego Nell acarreó grandes cantidades de estiércol de vaca fermentado del montón que encontró en el granero. Había suficiente para varios años. Junto a la puerta principal había un rosal muy espinoso e intrincado; lo podó. También podó algunos manzanos. Había despertado en ella un nuevo interés por los instrumentos punzantes: tijeras de podar y escardadores, picos y palas, serruchos y horcas. Hachas, no; no se sentía capaz de manejar un hacha.

Por esa época se dedicó a leer informaciones sobre los pioneros locales, la gente que había llegado a la región a principios del siglo XIX y había desbrozado la tierra, talado árboles, quemado troncos y ramas, y convertido las enormes raíces en estacas para vallados que aún podían verse aquí y allá, pudriéndose poco a poco. Muchas de aquellas personas nunca habían cogido un hacha antes de llegar allí. Algunos se habían cortado una pierna por accidente; otros partían la leña subidos encima de un cubo para evitar lastimarse.

La tierra del huerto era fértil y de buena calidad, aunque había muchas piedras. También fragmentos de vajilla rota o de frascos de medicamentos, de cristal blanco, azul y marrón. El brazo de una muñeca. Una cuchara de plata mohosa. Huesos de animales. Un pedazo de mármol. Capas de vidas ya extinguidas. Para alguien, alguna vez, esa granja había sido nueva. Allí tenía que haber habido peleas, celos, fracasos y desesperación. Y muertes, por supuesto. Muertes de varias clases.

Mientras Nell trabajaba en el huerto, Tig salía a pasear por los alrededores. Conducía arriba y abajo por las carreteras secundarias, explorándolas. Fue a Garrett, curioseó por la tienda de herramientas y abrió una cuenta en el banco. La tienda de comestibles del centro de la ciudad —no confundir con el pequeño supermercado nuevo de las afueras— tenía en el mostrador de los huevos el siguiente cartel: «Fruta de gallinas, sin hueso». A su regreso de esas excursiones, le contaba a Nell sus descubrimientos y le llevaba regalos: un desplantador, un ovillo de cordel, un rollo de aislante plástico.

En un cruce de carreteras cercano había una combinación de surtidor de gasolina, cafetería y pequeño supermercado; Tig empezó a tomar allí su café con los granjeros más veteranos de la zona. Lo consideraban un excéntrico, dijo. No lo habían catalogado con el desprecio que dedicaban a la mayoría de las personas que procedían de la ciudad. Conducía un coche herrumbroso, no llevaba corbata y sabía lo que era un freno de trinquete, todo lo cual estaba muy bien. Pero no era un granjero. Aun así, dejaban que se sentase con ellos a la mesa, y allí se enteraba de detalles del oficio de granjero y de cotilleos sobre vecinos. Incluso empezaron a tomarle un poco el pelo, un progreso del que informó a Nell con cierto regocijo.

Nell no se unió a esas sesiones; nadie la había invitado. Se sobreentendía que a aquellas reuniones de granjeros sólo asistían hombres. No constaba en ninguna parte, pero de hecho era así.

—Les he preguntado qué clase de animales deberíamos tener —contó Tig un día, al regresar de la tienda del cruce de carreteras.

—¿Y? —preguntó Nell.

—Han respondido: «Ninguno».

—Parece una buena idea —dijo Nell.

—Luego un tipo dijo: «Si quiere tener ganado, tendrá ganado muerto».

—Probablemente esté en lo cierto —dijo Nell.

Después de varios días, Tig dijo que si iban a vivir en una granja, no deberían dejar la tierra improductiva, y eso significaba tener algunos animales. Sería también un valor añadido para que los chicos aprendieran de dónde viene en realidad lo que comemos. Podían empezar con gallinas; las gallinas eran fáciles de criar, decían los granjeros.

Tig y los chicos construyeron un gallinero un tanto chapucero para proteger las gallinas de los predadores. También vallaron una zona para que

corretearan a salvo. Tig, Nell o cualquier otra persona que estuviese con ellos podrían comer huevos, dijo Tig, y después podrían comerse a las propias gallinas, cuando fueran demasiado viejas para poner huevos.

Nell se preguntó quién iba a matar a las gallinas viejas cuando llegara el momento. Ella no pensaba encargarse.

Las gallinas llegaron en sacos de arpillera. Se adaptaron de inmediato a su nuevo entorno, o parecieron hacerlo: no contaban con una gama muy amplia de expresiones faciales. El granjero que se las vendió incluyó, además, un gallo.

—Ha dicho que así las gallinas estarían más contentas —explicó Tig.

El gallo cantaba todas las mañanas: era un sonido ancestral, bíblico. El resto del tiempo acechaba a las gallinas mientras picoteaban en la basura, saltaba sobre ellas por detrás y se sacudía arriba y abajo montado encima. Si Nell o los chicos se acercaban demasiado a las gallinas cuando entraban en el corral a recoger los huevos, el gallo se abalanzaba contra sus piernas desnudas y los arañaba con sus espolones. Se acostumbraron a llevar los *sticks* para ahuyentarlo.

Con los huevos, Nell preparaba un bizcocho que después guardaba en el congelador que acabaron por comprar para conservar todo lo que iba a producir el huerto cuando estuviese a pleno rendimiento.

Luego Tig consiguió varios patos —esta vez no se trataba de patitos— que dejó en el estanque librados a sus propios recursos, y también dos ocas, que supuestamente iban a poner huevos y tener crías; pero una de las ocas se dañó una pata, de modo que hubo que llevarla carretera arriba hasta la casa de la señora Roblin.

Tig y los chicos se habían hecho amigos de los Roblin, aunque Nell sospechaba que éstos —Roblin padre, que tenía una central lechera, y también Roblin hijo, que se dedicaba a múltiples actividades— se reían de ellos a sus espaldas. Los Roblin llevaban muchos años en su granja y sabían qué hacer en todas las emergencias que podían presentarse. El cementerio cercano albergaba a muchos miembros de su familia.

La señora Roblin era una anciana —así la consideraba Nell— de figura cuadrada y cara redonda, con unos brazos cortos pero sorprendentemente fuertes, y dedos rojos, nudosos y hábiles que, sospechaba Nell, no sabían lo que era un guante de goma. Los chicos decían que metía las manos allí donde era necesario, y Nell entendió que se referían en concreto al estiércol. La señora Roblin era claramente capaz de cualquier clase de manipulación que implicara barro, mierda, sangre y tripas: los chicos le habían visto meter la

mano en el vientre de una vaca y sacarle una ternerita con las patas por delante, lo cual les infundió un respeto reverencial. Mientras lo contaban, los chicos dirigían a Nell miradas si no críticas, cuando menos descalificadoras: no era concebible que Nell se encontrase alguna vez con los brazos metidos hasta los codos en la vagina de una vaca, decían esas miradas.

Nell había esperado que la señora Roblin colocara bien la pata de la oca y la entablillara, pero no fue eso lo que ocurrió. La oca regresó preparada para entrar en el horno, que era, dijo Tig, la forma como se solucionaban esos asuntos en la región. La oca restante, o tal vez fuese un ganso, estuvo unos días dando vueltas de un lado a otro con cara triste, le pareció a Nell, y luego se marchó volando.

Para entonces tenían además dos pavos reales, que Tig había regalado a Nell tras comprarlos en una granja de pavos reales que había en una carretera.

—¡Pavos reales! —exclamó Nell. Tig sólo intentaba complacerla. Siempre lo intentaba. ¿Cómo podía ella dejar de apreciar su entusiasmo, su espontaneidad?—. ¿Qué pasará cuando llegue el invierno? ¿No se morirán?

—Los pavos reales proceden del norte del Himalaya —repuso Tig—. Sabrán cuidar de sí mismos. El frío les irá muy bien.

Los pavos reales siempre estaban juntos. El macho se exhibía, desplegando su enorme cola y agitándola, y la hembra lo admiraba. Volaban con bastante facilidad y se posaban en una u otra rama. A veces volaban hasta el corral de las gallinas. El gallo no se arriesgaba a pelear con el pavo real macho, que era mucho mayor que él. De noche, la pareja de pavos se posaba en la viga maestra del granero, un lugar donde debían de creerse fuera de peligro. Chillaban como cerdos desollados, por lo general justo antes del amanecer. Nell se preguntaba dónde anidarían. ¿Cuántos bebés pavos reales producirían?

En el huerto, Nell plantó todo lo que se le ocurrió: tomates, guisantes, espinacas, zanahorias, nabos, remolachas, calabazas de invierno y de verano, pepinos, calabacines, cebollas, patatas. Quería generosidad, abundancia, un desbordamiento de fecundidad, como en las pinturas renacentistas de las diosas de los frutos —Démeter, Pomona— en ropajes sueltos, con un pecho al aire y comestibles relucientes derramándose de sus cestos. Preparó un plantío de hierbas con cebollinos, perejil, romero, orégano y tomillo, y tres plantas de ruibarbo, y dos groselleros, uno blanco y otro rojo, y algunas matas de saúco para elaborar vino de saúco en primavera, y fresas. Plantó también habichuelas y preparó unos trípodes por los que podrían trepar las plantas al crecer.

Los granjeros locales no aprobaron ese método para las habichuelas. En sus habituales incursiones de supervisión del huerto —siempre había una excusa, un perro extraviado, el préstamo de una llave inglesa o un martillo, pero en realidad iban a ver lo que estaban preparando Tig y Nell—, dirigieron miradas duras a los trípodes clavados en el suelo. No preguntaron qué era. Cuando brotaron las plantas y empezaron a enroscarse en los palos, dejaron de mirar.

—Me han dicho que sus vacas se fueron de juerga otra vez —decían.

Miraban a Nell medio de lado: no conseguían clasificarla. ¿Estaba casada con Tig, o qué? Las medias sonrisas que le dirigían sugerían que pensaban que no. Puede que fuera una partidaria del amor libre, una especie de hippy. Eso explicaría por qué se rompía la crisma trabajando en el huerto. Las mujeres de los auténticos granjeros no tenían huertos. Una vez a la semana cargaban sus camionetas con comestibles comprados en el supermercado de Garrett, treinta y cinco kilómetros al este.

—Me han dicho que les llevó tres días devolver las vacas al redil. Quizá deberían llevarlas a Anderson's.

Nell sabía qué era Anderson's. Era el matadero: Anderson's Custom Slaughtering.

—Oh, no creo —decía Nell—. Todavía no.

Tenían vacas porque Tig había decidido criar sus propios bistecs: todos los granjeros del café lo hacían. «Crías cuatro vacas, vendes tres, metes la cuarta en el congelador y te sirves», era su opinión. De modo que Tig compró a crédito cuatro ejemplares cruzados Charolais-Hereford a uno de esos serviciales granjeros, que no les contó ninguna mentira, aunque para Nell y Tig habría sido preferible que formularan algunas preguntas oportunas. No sabían que una vaca fuera capaz de saltar, y de saltar tan alto.

Tuvieron que reforzar las vallas y hacerlas más altas, y aun así, en ocasiones las vacas conseguían escapar y corrían a reunirse con un rebaño grande que pastaba por las proximidades. Tig tenía que recurrir a los dos chicos para obligarlas a volver: echarles unas cuantas cuerdas al cuello y forcejear hasta subirlas a la caja del camión que pedían prestado para la ocasión. Era peligroso, porque las vacas se mostraban caprichosas y nunca querían volver a casa.

—Quizá sepan que nos las vamos a comer —comentó Nell.

—Las vacas quieren ir donde hay más vacas —dijo Tig—. Son como los compradores.

Las vacas se llamaban *Susan*, *Velma*, *Megan* y *Ruby*, nombres puestos por los chicos. Les habían advertido que no lo hicieran —humanizar a las vacas—, pero de todos modos lo hicieron.

Oona siempre telefoneaba los fines de semana. Al principio no sólo hablaba con Tig y los chicos, sino también con Nell —deseaba contar con su apoyo y darle las instrucciones oportunas—, pero al cabo de un tiempo dejó de hacerlo. De vez en cuando, Nell recibía breves mensajes de ella, mediante notas metidas en sobres cerrados que le entregaban los chicos. Por lo general se referían a calcetines perdidos.

Una gallina se escapó del corral y la encontraron entre las plantas de ruibarbo con el pescuezo rebanado. «Una comadreja —dictaminó la señora Roblin tras examinar la herida—. Beben la sangre». Le preguntó a Nell si quería llevarse la gallina a casa y cocinarla, porque aún estaba fresca, además de desangrada. Nell no lo hizo —la víctima de una comadreja asesina seguramente quedaba marcada—, de modo que la señora Roblin se llevó la gallina, diciendo que ya se le ocurriría qué hacer con ella.

Otra gallina se instaló detrás de un montón de piezas de maquinaria en el cobertizo del tractor, y allí empezó a atesorar huevos, suyos y de otras gallinas que descuidaban sus obligaciones de empollar. Para cuando Nell la descubrió, estaba apoltronada sobre veinticinco huevos. ¿Qué podía hacer? Eran huevos demasiado antiguos —demasiado desarrollados, demasiado llenos de embriones— para comerlos.

Los chicos pasarían el resto del verano en la granja, dijo Tig; se trataba de un arreglo de última hora, porque Oona marchaba de vacaciones. Su destino era una playa en el Caribe, y no iba sola.

—¿Te importa? —preguntó Tig, y Nell contestó claro que no, aunque habría sido un detalle informar de ello con mayor antelación. Él dijo que no había habido tiempo para ninguna antelación.

Nell colocó una lista sujeta por un imán en la puerta de la nevera. Era una lista de trabajos: barrer, recoger la mesa, fregar los cacharros. Harían turnos. Ella, por su parte, continuaría encargándose de lavar la ropa en la temperamental lavadora de segunda mano que habían encontrado; y seguiría poniendo la ropa a tender. También horneaba el pan y los pasteles, y preparaba helados con los huevos sobrantes y la crema de leche que

compraban a los Roblin. También había que considerar las grosellas: no podía convertir en mermelada todas aquellas grosellas. Había puesto a secar algunas al sol, pero se olvidó de ellas y llovió. A pesar de las distintas listas que hacía, no lograba estar pendiente de todo.

Ese año hubo numerosas subastas: los granjeros morían o vendían su propiedad, y entonces todo lo que había en la casa y el granero se ponía en venta. Nell se sentía como un ave carroñera, pero nunca faltaba. De ese modo consiguió un par de colchas —sólo necesitaban algún remiendo— y un arcón de madera al que le faltaban las bisagras; sería fácil colocarlas cuando se pusiera a ello. Quería cosas que crearan ambiente en la granja, un ambiente más o menos de antaño.

Tig compró una empacadora, muy barata porque se trataba de un modelo anticuado. Producía balas de heno pequeñas y oblongas, en lugar de los enormes paquetes cuadrados que estaban de moda. Del heno se encargarían los chicos y él, dijo. Podrían alimentar a las vacas en invierno y vender el excedente a un dólar la bala. Desde luego, pagaría a los chicos, lo que se acostumbrase pagar a peones sin experiencia. Tig y Nell perderían dinero o, en el mejor de los casos, cubrirían gastos, dijo él, pero sería una experiencia formidable para los chicos, que así podrían llevar a cabo un trabajo real y sentirse útiles. ¿Qué pensaba Nell del asunto?

—Me parece estupendo —contestó. Se había convertido en su respuesta estándar en todo lo relativo a los entusiasmos de Tig.

Mientras Nell y Tig acudían a las subastas de granjas, los chicos pasaban el tiempo en el granero. Allí se dedicaban a montones de actividades. Bebían alcohol, probaban sustancias psicodélicas, fumaban de forma regular cigarrillos y porros. Estos últimos procedían de los campos más apartados de las granjas locales, en los que algunos granjeros jóvenes se dedicaban al cultivo lucrativo aunque ilegal de lo que ellos llamaban «tabaco chungo». En el granero también elaboraban planes. Consideraron la posibilidad de escapar con el coche y viajar hasta Montreal, o por lo menos hasta Garrett, para ver películas de terror. Esos planes nunca pasaron de la teoría, y como los chicos no gritaban ni rompían cosas, como Nell había oído que ocurría en otros casos, ni ésta ni Tig se enteraron de nada. Lo supieron mucho más tarde, cuando los chicos ya habían crecido y superado su etapa de veinteañeros y el resentimiento hacia Tig por haberse marchado de casa, y empezaron a compartir sus recuerdos con ellos.

Los chicos tampoco iban demasiado bien en los estudios, Oona lo hacía constar en sus notas informativas, en las que sugería que el responsable de esas insuficiencias era Tig. Pero Tig —que había conseguido hacer funcionar el tractor y dejaba que los chicos lo condujeran alrededor del huerto y por los campos que se extendían detrás— dijo que estaban aprendiendo muchas otras cosas, cosas que les serían útiles en la vida.

Ahora los chicos eran más altos; más altos que Nell, y uno de ellos casi tanto como Tig. Estaban curtidos y tenían bíceps; consumían grandes cantidades de comida, y cuando Tig no los ponía a trabajar en alguna otra cosa, pasaban el tiempo debajo del tractor, desenroscando piezas y volviendo a enroscarlas. Iban manchados de grasa y aceite, y en ocasiones de sangre de las heridas que se hacían con las herramientas y que parecían hacerlos felices. Nell ponía a lavar un montón de toallas.

Cuando el tiempo era adecuado —caluroso y soleado— y el heno estaba cortado y dispuesto en filas, Tig y los chicos trabajaban en el empacado, equipados con gruesos guantes y cintas en la frente para que el sudor no se les metiera en los ojos. Arrastraban la empacadora por los campos con el tractor, y la máquina escupía balas de heno, pellas de barro seco y trozos de hilo. Era un proceso sofocante, polvoriento y ruidoso. La paja se metía entre sus ropas, y algunas briznas también en la nariz. La peor parte consistía en transportar las balas hasta el granero. Nell echaba una mano en ocasiones, provista de una cinta y un sombrero de ala ancha. Al atardecer, todos estaban tan cansados que apenas podían comer. Se acostaban antes del anochecer.

A finales de agosto, Tig recibió una carta mecanografiada de Oona, en la que los acusaba de explotar a los chicos como mano de obra infantil para lucrarse con su trabajo.

Se suponía que Tig y Oona iban a redactar un acuerdo de separación para conseguir luego el divorcio, pero Oona cambió de abogados. Creía que, puesto que Tig y Nell eran propietarios de una granja, su marido debía pasarle un porcentaje de sus ingresos. Quería más dinero. Pero él no lo tenía.

Nell sentía que le estaba creciendo un caparazón duro, y que por esa razón no compadecía a Tig tanto como debería. El punto de vista de éste era que no podía entrar en un conflicto abierto con Oona. No podía, por ejemplo, iniciar los trámites del divorcio. Temían que actuar de modo que Oona creyera que ella conservaba el control de las operaciones. Si Tig hacía algo inesperado —

el primer movimiento—, Oona lo utilizaría contra él en el tema de los niños. Después de todo, vivían oficialmente con ella; no con él.

—Pasan más tiempo con nosotros —dijo Nell—. Si cuentas las horas que pasan despiertos. Y de todos modos lo utilizará contra ti. Ya lo está haciendo.

—No se encuentra bien —dijo Tig—. Tiene algún problema de salud.

Y añadió que no debían hacer nada que molestara a Oona sin motivo. De todas formas yo la molesto continuamente sin motivo, pensó Nell. No puedo evitarlo.

La conversación implicaba más cosas, pero éstas no se expresaron en voz alta.

Tengo casi treinta y cuatro años, pensó Nell. ¿Cuándo acabarán todos estos embrollos?

Pero Tig no tenía prisa.

Las ciruelas silvestres del seto maduraron y cayeron. Eran azules, ovaladas, fragantes. Nell las metió en un gran cesto y las llevó a la casa en medio de una nube de pequeñas moscas de la fruta, e hizo con ellas compota y una mermelada espesa y púrpura. Tig chupó sus dedos teñidos de púrpura y le besó los labios purpúreos; hicieron el amor despacio en los anocheceres cálidos y brumosos. Plenitud, pensó Nell, ésa es la palabra. ¿Por qué iba a querer cambiar nada, nunca?

En septiembre, Nell recogió las manzanas menos agusanadas y estropeadas de los árboles, y preparó compota con ellas. Debajo de los árboles, el suelo estaba alfombrado de manzanas caídas que fermentaban: las mariposas libaban de ellas y luego revoloteaban de un lado a otro, aturdidas; lo mismo les ocurría a las avispas. Una mañana, al despertar, Tig y Nell encontraron una manada de cerdos borrachos tendidos bajo los manzanos entre gruñidos y resoplidos de satisfacción. Era evidente que se habían corrido una juerga.

Tig los echó de allí, y luego los siguió para saber a quién pertenecían. Habían llegado procedentes de la granja de cerdos situada en lo alto de la colina que se alzaba detrás: lo hacían todos los años, dijo el dueño de la granja. Escapaban de la pocilga, como si lo planearan durante meses, y se abrían paso por debajo de la valla. Siempre elegían el momento justo. Su opinión era que aquella orgía les animaba a encarar su destino. El que los manzanos no fuesen suyos carecía de importancia para él.

Nell sabía que no tenía sentido protestar. Una frontera sólo es una frontera si eres capaz de defenderla. En las proximidades, las puertas y ventanas de algunas casas vacías habían sido forzadas. Se producían robos, actos de vandalismo. Nunca se sentía segura cuando Tig no estaba.

La vaca *Susan* se fue un día en una camioneta y volvió descuartizada y congelada. Era como un truco de magia: una mujer serrada por la mitad en el escenario y a la vista del público, para reaparecer de nuevo entera, caminando por el pasillo central; salvo que la transformación de *Susan* fue distinta. Nell prefirió no pensar en lo que le había sucedido durante su período de invisibilidad.

—¿Es a *Susan* a quien nos estamos comiendo? —preguntaron los chicos, mientras hacían desaparecer a grandes bocados el asado de los platos.

—No deberíais haber puesto nombres a las vacas —dijo Nell.

Los chicos sonrieron. Habían descubierto las posibilidades de disfrutar de la conmoción y el horror, al menos en la mesa a la hora de la comida.

Nell tenía un exceso de verduras, no sabía qué hacer con ellas. Podía poner algunas en conserva, secar y congelar otras, y aun utilizar algunas — como el excedente de calabacines— para alimentar a las gallinas. Preparó una docena de botes de pepinillos en vinagre y otra docena de remolacha. Guardó las patatas, las zanahorias y las cebollas en la bodega, donde compartieron alojamiento con la cerveza casera que Tig preparaba y el recipiente de barro en que habían puesto a fermentar el excedente de col para hacer *sauerkraut*. Poner el *sauerkraut* en la bodega fue un error —toda la casa se llenó de un fuerte olor a pies sudados—, pero Nell se consoló pensando que era un alimento rico en vitamina C que resultaría muy útil si se quedaban bloqueados durante el invierno y los amenazaba el escorbuto.

En la segunda semana de octubre, Tig y Nell decapitaron su primera gallina. Tig empleó para ello el hacha, y palideció un poco. La gallina se puso a corretear por el corral, mientras de su pescuezo manaba sangre como de una fuente. Las vacas se pusieron nerviosas y mugieron. Las demás gallinas cacarearon. Los pavos reales chillaron.

Nell tuvo que consultar a la señora Roblin sobre qué hacer a continuación. Siguiendo sus instrucciones, escaldó la gallina y la desplumó. Luego extrajo las vísceras. Nunca había olido nada tan nauseabundo. Dentro había varios huevos, de distintos tamaños y en diversas etapas de desarrollo.

Se acabó, pensó. No volveré a hacerlo. Por lo que a mí respecta, esas gallinas se morirán de viejas.

Tig guisó la gallina con zanahorias y cebollas del huerto. Los chicos se la comieron con fruición. Hubiesen deseado estar presentes para ver corretear a la gallina decapitada. Tig se había recuperado de su momento de palidez y disfrutaba contándoles los detalles.

A finales de octubre, tres ovejas se unieron a las vacas en el establo. La idea de Tig era que produjesen corderos, para posteriormente venderlos o consumirlos. Las ovejas se metieron en el estanque por alguna razón y se engancharon las patas en un alambre de espino que había debajo del agua. Para sacarlas de allí Tig tuvo que cortar el alambre con unos alicates. El vellón se había empapado, de modo que pesaban mucho. Se agitaron y patalearon, y Tig resbaló y se hundió en el estanque, y a consecuencia de ello pilló un resfriado. Nell le hizo friegas en el pecho con Vicks VapoRub y le preparó infusión de limón con whisky.

En noviembre, las botellas de cerveza casera de Tig empezaron a estallar en la bodega. Se oía una explosión, y el suelo aparecía cubierto de cerveza y cristales rotos, como en los accidentes de tráfico las noches de sábado. Nell nunca sabía cuándo alguna botella estaba a punto de estallar, así que aventurarse en la bodega para coger una zanahoria o una patata era como pasearse por un campo minado. Sin embargo, la cerveza de las botellas aún intactas era magnífica, dijo Tig, aunque demasiado efervescente. Tuvo que darse prisa en bebérselas para que no se desperdiciaran.

Llegó el invierno. La pista se hizo resbaladiza; hubo que dejar el coche al pie de la colina, donde acabó enterrado debido a las grandes nevadas que se sucedieron con regularidad. Luego hubo una tormenta; los cables del teléfono se desprendieron y la electricidad se fue. Por fortuna, para entonces ya estaba instalada la estufa de leña. Nell y Tig se acurrucaban frente a ella, envueltos en mantas, y encendían un batallón de velas para mantener a raya la oscuridad.

Otros días —los días sin temporal, sin vientos fuertes ni lluvias gélidas—, los campos eran de un blanco puro, deslumbrador, y la atmósfera resultaba estimulante. A Tig le gustaba dar de comer a los animales en esos días; era una actividad que le relajaba. Por la mañana, cuando deshacía una bala nueva

de heno, se apiñaban a su alrededor y su aliento oloroso formaba nubecillas de vaho en el aire frío, mientras se empujaban ligeramente unos a otros. Aquella escena invernal recordaba el rincón de un pesebre navideño. Nell miraba desde la ventana el sosegado grupo, y le parecía haber regresado a un tiempo más simple. Pero entonces sonaba el teléfono y dudaba antes de contestar: podía ser Oona.

En febrero, cuando la nieve revoloteaba sobre los campos helados, las ovejas parieron. Una tuvo tres crías y rechazó a la más pequeña: Tig la encontró balando temblorosa en un rincón del establo. Con ayuda de Nell la llevó a la casa, donde la envolvieron en una toalla, la pusieron en el cesto de la ropa y se preguntaron qué hacer a continuación. Uno de los otros dos corderos tuvo la desgracia de meter la cabeza entre dos barrotes; no pudo sacarla y murió congelado. De modo que en teoría la tercera cría, la pequeña, podía haberla reemplazado; pero la madre siguió sin querer saber nada de la infeliz criatura.

—Quizá rechaza su olor —aventuró Nell—. Ha estado con nosotros.

La señora Roblin les dijo que colocaran el corderito envuelto en la manta dentro del horno, con la puerta abierta y calor bajo, y le dieran aguardiente gota a gota, de modo que eso hicieron. La señora Roblin se acercó en persona para asegurarse de que lo hacían bien. Trató a Nell y Tig como si fueran niños ligeramente retrasados, con unos cuantos ladrillos de menos, como solían decir los granjeros locales. El cordero balaba muy débilmente y pataleaba un poco; la señora Roblin le miró los ojos y después la boca, y dijo que seguramente saldría adelante. A Nell le habría gustado saber cómo podía estar segura, pero le pareció estúpido preguntar.

El cordero estaba cada día más fuerte. Nell lo acunaba en sus brazos mientras lo alimentaba; se avergonzaba de verse a sí misma acunarlo y cantarle canciones.

—¿Cómo se llama? —quisieron saber los chicos.

—No tiene nombre —respondió Nell. No pensaba caer otra vez en la trampa de los nombres.

Muy pronto el animal consiguió tenerse sobre sus patas y beber leche de un biberón. Tig improvisó un pequeño establo en la cocina, con un lecho de paja que renovaba todos los días; pero cuando se volvió más juguetón y empezó a querer correr y brincar, decidieron que no estaba bien tenerlo enjaulado y lo dejaron suelto por la casa. Sobre el linóleo resbaladizo —el nuevo linóleo resbaladizo que habían instalado, con un dibujo en forma de espiga—, se abría de patas y tenía dificultades para conservar el equilibrio.

Pero pronto dominó ese arte, y correteaba por la casa meneando la cola larga y lanuda.

Sin embargo, fue imposible enseñarle a hacer sus necesidades. Meaba donde y cuando le parecía, y dejaba el linóleo sembrado de bolas de un marrón lustroso. Nell le hizo un pañal con una bolsa de la basura de plástico verde, en la que practicó unos agujeros para que pasara las patas posteriores y la cola, pero el resultado fue peor que inútil.

A finales de marzo encontraron la hembra de pavo real muerta en el suelo del granero, debajo de su percha de la viga. Una comadreja habrá subido hasta allí durante la noche, dijo la señora Roblin, las comadrejas hacen esas cosas. El pavo real daba vueltas con su cuerpo encogido y parecía confuso. ¿Qué será de él ahora?, pensó Nell. Se ha quedado solo.

En abril, el cordero había crecido demasiado para continuar en la casa. Se estaba haciendo fuerte y turbulento en exceso. Lo llevaron al corral con las vacas y las ovejas, pero no hizo amigos allí. Se mantenía apartado, excepto cuando Tig iba al corral a dar de comer a los animales. Entonces, si Tig se volvía de espaldas, el cordero arrancaba a correr y lo embestía por detrás.

Con Nell era diferente. Cuando aparecía, el cordero se acercaba y frotaba su hocico contra ella; luego se interponía entre Nell y Tig.

Tig tuvo que recurrir a un garrote para defenderse cada vez que entraba en el corral. Cuando el cordero se abalanzaba a la carrera contra él, le daba un golpe en la testuz. El animal sacudía la cabeza y reculaba, pero enseguida volvía a intentarlo.

—Cree que es una competición —observó Nell.

—Está enamorado de ti —dijo Tig.

—Me alegro de que alguien lo esté —comentó Nell.

—¿Qué se supone que quieres decir con eso? —preguntó Tig, molesto.

Nell no sabía qué había querido decir. No había pretendido decirlo, había acudido espontáneamente a su boca. Notó que le temblaban los labios. Esto es ridículo, pensó.

Después del asesinato de su esposa, el pavo real empezó a comportarse de una manera extraña. Se exhibía delante de las gallinas en el corral, desplegando la cola y sacudiendo el plumaje. Como las gallinas no mostraban

el menor interés en él, se abalanzaba sobre ellas y las picoteaba. Tenía un pico poderoso y pegaba duro. Mató varias gallinas.

Tig encerró las gallinas e intentó coger al pavo real, pero éste volaba fuera de su alcance y lanzaba chillidos agudos. Más tarde se puso a perseguir a los patos, pero éstos tuvieron el buen tino de refugiarse en el estanque, donde no podía alcanzarlos. Entonces vio su propio reflejo en una de las ventanas de la casa, delante de la cual había un montículo de tierra donde el pavo podía posarse. Se exhibía para sí mismo, desplegando y sacudiendo las plumas de la cola y emitiendo chillidos amenazadores. Luego empezó a atacar la ventana.

—Se ha vuelto loco —dijo Tig.

—Está de duelo —dijo Nell.

—Debe de ser la estación del apareamiento —aventuró Tig.

El pavo real tomó la costumbre de merodear alrededor de la casa y atisbar por las ventanas de la planta baja, como un mirón demente. Sabía que su enemigo estaba allí dentro. En su pequeña cabeza desquiciada el odio había reemplazado al amor. Planeaba un asesinato.

—Tendremos que buscarle otra compañera —dijo Nell. Pero antes de que fueran a buscarla, un día desapareció.

El cordero se hacía cada vez más grande y atrevido. Ya no esperaba a que Tig le volviera la espalda, ahora cargaba contra él desde cualquier ángulo. Su cráneo parecía hecho de cemento; golpearlo con el garrote sólo servía para estimularlo.

—No podemos dejar que esto siga así —dijo Tig—. Hará daño a alguien.

—Cree que es un ser humano —señaló Nell—, un hombre. Se limita a proteger su territorio.

—Más a mi favor —dijo Tig.

Un granjero de la región, según contaban los habituales del café, había estado bebiendo una noche e intentó cruzar un prado en el que pastaba un macho cabrío. El muy cabrón lo embistió y lo tiró al suelo. Cada vez que el tipo intentaba levantarse, el animal volvía a derribarlo. Al amanecer, aquel pobre desdichado estaba casi muerto. El cordero pronto sería un carnero de buen tamaño y tendría una fuerza parecida.

—¿Qué podemos hacer entonces? —preguntó Nell.

Los dos conocían la respuesta. Pero Tig no estaba dispuesto a cortarle la cabeza con el hacha y descuartizarlo después, o lo que fuera que hubiese de hacer; no era un carnicero. Su límite eran las gallinas.

—Tendremos que llevarlo a Anderson's —dijo.

Consiguieron capturar al cordero. Nell lo atrajo hasta donde Tig esperaba escondido con una cuerda, porque el cordero confiaba en ella y no la veía como un rival. Luego lo derribaron, le ataron las patas y cargaron con él para sacarlo del corral. Las demás ovejas y las vacas miraban por encima de la valla, mugiendo y balando. Todas sabían que algo estaba sucediendo.

Tig y Nell metieron al cordero en el maletero del Chevy. Se retorció, luchaba y balaba de un modo que inspiraba compasión. Subieron al coche y arrancaron. Nell se sentía como si estuvieran secuestrando al cordero, arrancándolo de su hogar y su familia, llevándoselo para pedir un rescate, sólo que no iba a haber ningún rescate. Estaba condenado, por el único crimen de ser él mismo. Sus balidos ahogados no cesaron a lo largo de todo el camino hasta el Anderson's Custom Slaughtering.

—¿Y ahora qué? —dijo Nell. Se sentía agotada. Traicionar es un trabajo duro, pensó.

—Lo sacamos del coche —contestó Tig— y lo llevamos al edificio.

—¿Hemos de esperar? —preguntó Nell. Mientras ocurre, quería decir. Mientras lo hacen. De la manera que esperas cuando un niño visita por primera vez al dentista.

¿Esperar dónde? No había sala de espera.

Anderson's era una construcción alargada y baja que alguna vez había sido blanca. Las puertas dobles estaban abiertas; del interior salía una luz pálida. En el patio había hileras de barriles amontonados y cajones, un coche cerrado —un coche de caballos— y piezas de maquinaria herrumbrosas. Una especie de polea. Los barriles y los cajones también parecían herrumbrosos, pero no podían estarlo porque eran de madera.

No había nadie a la vista. Tal vez tenían que tocar el claxon para que advirtiesen su presencia, pensó Nell. De ese modo no se verían obligados a entrar.

Tig estaba en la parte trasera del coche, intentando abrir el maletero.

—Se ha encallado, o algo así —dijo—. No se abre.

Dentro del maletero, el cordero balaba.

—Iré a ver —dijo Nell—. Ha de haber alguien. Las puertas están abiertas. Tendrán una palanca.

O alguna otra cosa, pensó. Deben de tener toda clase de cosas. Cachiporras, herramientas cortantes, cuchillos para rebanar pescuezos.

Entró en el edificio. Del techo colgaba una hilera de bombillas desnudas. Junto a la puerta había dos barriles más, destapados. Echó una ojeada al

interior: estaban llenos de cabezas de vaca en lo que supuso que era salmuera. Desprendía un olor dulce, denso, a coágulo, un olor menstrual. Sobre el suelo de cemento habían esparcido serrín. Por lo menos el tiempo está fresco, pensó ella. Por lo menos no hay un enjambre de moscas.

Más allá había una especie de corral, con rediles o cubículos separados por vallas altas.

—¿Hola? ¿Hay alguien? —llamó. Como si hubiera ido a pedir prestada una taza de azúcar.

De uno de los rediles salió un hombre alto y corpulento. De cintura para arriba no llevaba más que una camiseta. Tenía los gruesos brazos desnudos y, como en un tebeo antiguo sobre torturas medievales, era calvo. Llevaba un delantal, o tal vez sólo fuese un trapo gris atado a la cintura. El trapo tenía unas manchas marrones que podían ser de sangre. En una mano blandía un instrumento de alguna clase. Nell procuró no mirar.

—¿Puedo ayudarla? —dijo.

—Nuestro cordero se ha quedado atrapado en el maletero. Del coche. El cierre se ha encallado. Pensamos que tal vez usted tendría una palanca o algo parecido. —Su voz sonaba aguda y frívola.

—No será nada —dijo el hombre, y avanzó hacia ella a grandes zancadas.

En el camino de regreso a la granja, Nell rompió a llorar, y ya no pudo parar. Lloró y lloró, sin contenerse, con hipos y sollozos.

Tig se arrimó al arcén, paró el coche y la tomó entre sus brazos.

—Yo también me siento triste —dijo—. El pobre chiquitín... Pero ¿qué otra cosa podíamos hacer?

—No es por el cordero —dijo Nell, hipando, al tiempo que se secaba la nariz.

—¿Qué es, entonces? ¿Qué pasa?

—Es todo —dijo Nell—. Tú no viste lo que había allí dentro. ¡Todo se ha echado a perder!

—No, no es así —dijo Tig, estrechándola un poco más—. Todo va bien. Te quiero. Todo se arreglará.

—No va bien, no se arreglará —dijo Nell. Y empezó a llorar otra vez.

—Dime qué ocurre.

—¡No puedo!

—Dímelo.

—Tú no quieres que tengamos hijos —dijo Nell.

El cordero regresó dentro de una caja oblonga de cartón, como la de un vestido. Limpiamente ordenados sobre papel encerado estaban las chuletas tiernas y rosadas, las dos patas traseras, las manos y el cuello para un caldo. Había también dos higadillos y un corazón delicado.

Tig hizo las chuletas a la brasa, con romero del huerto de Nell. A pesar de su pena —porque seguía sintiendo pena—, ella tuvo que admitir que estaban deliciosas.

Soy una caníbal, pensó con una extraña indiferencia.

Tal vez allí en la granja llegara a curtirse. Tal vez consiguiera asimilar algo de aquella oscuridad que quizá no fuera oscuridad sino únicamente conocimiento. Se convertiría en una de esas mujeres que se presentaban para darles consejos. Reclamarían su presencia cuando hubiese una emergencia. Se arremangaría y, prescindiendo de sentimentalismos, haría cualquier tarea que hubiera que hacer, se mancharía de sangre y aspiraría toda clase de malos olores. Acabaría siendo una adepta del hacha.

Caballo blanco

En su segundo año en la granja, Nell y Tig adquirieron un caballo blanco. No lo compraron, ni siquiera lo buscaban. Pero de repente, apareció.

En aquellos días recogían animales como si fueran erizos. Las criaturas se enganchaban a ellos. Además de ovejas, vacas, gallinas y patos, recogieron un perro al que llamaron *Guau*. Era de raza, posiblemente incluso tuviera pedigrí: llevaba un collar caro, pero sin indicación de las señas del propietario. Vagabundeaba a un lado de la carretera, abandonado allí por alguien que lo había maltratado hasta tal punto que si alguien le dirigía una palabra dura se revolcaba sobre el lomo y se meaba. No valía la pena intentar adiestrarlo, dijo Tig: se asustaba con demasiada facilidad.

A veces *Guau* dormía en la cocina, y en mitad de la noche se ponía a ladrar sin razón alguna. Otras veces se iba de excursión y desaparecía durante días. Regresaba cubierto de heridas: púas de puercoespín en el morro, arañazos en las patas, dentelladas debidas a peleas con —posiblemente— mapaches. En una ocasión, varios perdigones disparados por algún cazador de pájaros furtivo. Era un perro cobarde, pero para nada discreto.

También criaron cierto número de gatos, retoños de la única gata que habían llevado a la granja desde la ciudad y que, supuestamente, había sido esterilizada. Desde luego se trataba de un error, porque la gata se puso a parir en un hueco debajo de una esquina de la casa. Los gatitos eran bastante salvajes. Corrían por todas partes y si Nell se acercaba a ellos se metían en su refugio. Desde ahí la miraban, bufando e intentando parecer feroces. Cuando crecieron se trasladaron al corral, donde cazaban ratones y secreteaban entre ellos. De vez en cuando una molleja —de ardilla, sospechaba Nell—, o bien una cola u otra parte mordisqueada del cuerpo de algún animalito aparecía como una ofrenda en el umbral de la puerta trasera, donde inevitablemente Nell la pisaba, en particular si iba descalza, como era su costumbre en verano.

Los gatos guardaban un vestigio de memoria de la civilización y sus rituales, al parecer. Sabían que se suponía que debían pagar un alquiler, pero confundían los detalles.

Se comían lo que había en el plato del perro, que estaba fuera, junto a la puerta trasera. *Guau* no les ladraba ni los perseguía: eran demasiado aterradores para él. A veces se echaban a dormir en el lomo de las vacas. Había sospechas de que hacían incursiones en el nidal de las gallinas —se encontraron cáscaras rotas de huevo—, pero nada pudo probarse.

El caballo blanco —la yegua blanca, en realidad— tenía un nombre, al contrario que los gatos. Se llamaba *Gladys*. Se había instalado en la granja porque Tig y Nell no supieron decir que no a una amiga de ella, Billie, amante de los caballos desde su niñez pero que hacía años que vivía en la ciudad. Billie había visto al caballo blanco (o yegua) en un campo embarrado, sin jinete, meneando la cabeza gacha en actitud de desconsuelo. Estaba en malas condiciones. Tenía las riendas enredadas, el pelaje blanco sucio de barro, y nadie cuidaba de sus cascos desde hacía tanto tiempo que las herraduras tenían las puntas vueltas hacia arriba como babuchas turcas. Si seguía más tiempo en aquel pantano, dijo Billie, se le formarían uñeros, y cuando un caballo llega a esa situación, muy pronto se queda cojo, y eso representa el final. Billie se sintió tan indignada por aquella negligencia que compró el animal a un granjero borracho y, creía ella, loco por conseguir cien dólares, que era bastante más de lo que valía la pobre *Gladys* en aquel estado de decrepitud.

Pero Billie no tenía donde dejarla.

En cambio, Nell y Tig sí tenían. Disponían de mucho espacio, ¡hectáreas y más hectáreas! ¿Podía haber algo más perfecto para *Gladys* (que había vivido ya sus mejores años, estaba demasiado gruesa y tenía en mal estado el hocico, porque resollaba y tosía) que quedarse a vivir en la granja? Por supuesto, sólo hasta que le encontraran alguna otra ubicación.

¿Cómo iba Nell a negarse? Podría haber dicho que tenía ya bastantes problemas para añadir un caballo a su larga lista. Podía haber dicho que no regentaba un asilo para cuadrúpedos marginales. Pero no quería parecer egoísta y cruel. Además, Billie era una mujer firme y decidida que sabía resultar convincente.

—No sé nada de caballos —había objetado Nell débilmente. No añadió que le daban miedo. Eran grandes, tenían tendencia a dar saltos, y hacían girar los ojos con demasiada frecuencia. Pensaba que eran inestables y propensos a la cólera.

—Oh, es fácil, yo te enseñaré —dijo Billie—. Se trata de pillarle el truco. ¡Te encantará *Gladys*! ¡Tiene un carácter tan dulce! ¡Es un terrón de azúcar!

Cuando oyó hablar de *Gladys*, Tig expuso sus reservas. Dijo que los caballos requieren muchos cuidados, y también mucha comida. Pero habían ido adoptando una legión de animales —unos escogidos y comprados por él mismo, otros que llegaron a la granja extraviados, o nacieron en ella, o fueron abandonados allí—, y Nell nunca había objetado nada. De pronto ella se descubrió defendiendo el advenimiento de *Gladys* como si se tratara de una decisión personal basada en una cuestión de principios, aunque lo cierto era que no podía dejar de lamentar su debilidad y falta de carácter.

Gladys llegó en un camión alquilado, de donde la bajaron con bastante facilidad.

—Vamos, bomboncito —dijo Billie—. ¡Ya está! ¿No es magnífica?

Gladys se volvió, obediente, y dejó que la admiraran. Tenía el cuerpo rechoncho y las patas demasiado cortas para su volumen. Era una mezcla de árabe y poni galés, dijo Billie, lo que explicaba su extraña forma y el que comiese tanto. Los ponis galeses son así. Billie la había acompañado en el camión y le había comprado una brida nueva.

Se esperaba que Nell costeara la brida, y también el alquiler del camión: al parecer, *Gladys* ya era suya. Seguramente no había sido ése el acuerdo original, pero Billie estaba convencida de que sí. Parecía creer que le hacía un favor a Nell, que le ofrecía un regalo valiosísimo. En la factura no incluía los cien dólares originales, ni el tiempo que había empleado. Se había tomado una semana Ubre en el trabajo para dejar bien instalada a *Gladys* con Nell. Insistió en mencionarlo.

Gladys miró a Nell a través de su largo y sucio flequillo. Tenía una mirada cansada e inexpresiva pero calculadora, de timador de feria: estudiaba a Nell, la evaluaba, estimaba sus posibilidades de embaucarla. Por fin, agachó la cabeza y arrancó con los dientes una mata de hierba.

—Nada de eso, niña traviesa —dijo Billie, y tiró de la brida para apartarle la cabeza—. No puedes dejar que se salga con la suya en nada —previno a Nell.

Llevó a *Gladys* hasta el extremo del cobertizo del tractor, donde había un espacio vallado destinado originalmente a cabras —Nell se había opuesto a la idea de las cabras—, y la ató a uno de los postes.

—Por el momento la pondremos aquí —dijo.

Billie estaba dispuesta a quedarse en la granja hasta que hubieran instalado a *Gladys*, de modo que Nell colocó el recientemente adquirido sofá

cama en la antigua sala trasera. El verano anterior, Nell y Tig habían intentado incubar algunos huevos allí, haciéndolos girar de vez en cuando y rociándolos con agua como se indicaba en las instrucciones del folleto que venía con la incubadora, pero algo salió mal y los pollitos nacieron con los ojos desorbitados y el estómago hinchado, atravesados por venas azules e incompletos, de modo que hubo que sacrificarlos de un palazo y enterrarlos detrás de la casa. *Guau* los desenterró, varias veces, y luego hicieron de las suyas los gatos, con resultados poco agradables. Nell empezó a encontrar patitas en lugares inesperados, como si los polluelos fuesen extrañas semillas que germinaban en la tierra sucia del corral.

Nell colocó después en la sala trasera unas tomateras para que creciesen a la luz de la incubadora, pero previendo la semana que Billie pasaría en la casa las trasladó al piso de arriba.

Era mucho lo que había que hacer por *Gladys*. Se necesitaba equipo. Billie contribuyó con algunas cosas de su antiguo caballo —un cepillo, una almohaza, una ñeeta para cascos—, pero hubo que comprar la silla de montar. Era de segunda mano, y aun así —pensó Nell— horrorosamente cara.

—Tiene que ser la inglesa, no la típica del Oeste —les había advertido Billie—. De esa forma aprenderás de verdad a montar.

Lo que quería decir, por lo que se vio más tarde, era que con la silla inglesa había que presionar con las rodillas, o agarrarse de otra manera, para no caer. Nell habría preferido la silla del Oeste —no tenía interés en salir proyectada desde lo alto de un caballo—, pero por lo menos con *Gladys* el suelo no quedaba a demasiada distancia, dada la escasa longitud de sus patas.

Había que aplicar un jabón especial a la silla de montar, y las piezas de metal del estribo también necesitaban limpieza. También haría falta una manta de caballo, una fusta y toallas viejas para frotar el cuerpo de *Gladys*. Después de cada sesión de ejercicio había que friccionarla como a un boxeador, dijo Billie, porque los caballos son criaturas delicadas, y el número de enfermedades o dolencias que pueden contraer es inimaginable.

Después de ese trabajo preparatorio, *Gladys* debía ser estregada con la almohaza, centímetro a centímetro. Nell se encargó de ello —porque tenía que aprender a hacerlo, ¿no?—, supervisada por Billie. *Gladys* empezó a despedir nubes de polvo y largos y blancos pelos viejos, que se desprendían sin esfuerzo de la crin y la cola y flotaban alrededor de Nell. *Gladys* lo soportó todo con paciencia, y tal vez incluso disfrutó con ello. Billie dijo que sin duda disfrutaba, y parecía tener línea directa con la mente de la yegua. Invirtió cieno tiempo en explicar con paciencia la forma de pensar de *Gladys*,

a fin de que Nell no hiciera nada que pudiese espantarla. Las gallinas eran un peligro potencial; y también la ropa tendida. Nell había colocado una cuerda entre dos manzanos situados frente a la casa, de modo que aquélla era zona prohibida.

—Odian las cosas que ondean —explicó Billie—. Ven una imagen diferente con cada ojo, así que no les gustan las sorpresas. La vida llega hasta ellos desde todas partes, y eso les produce desasosiego, como imaginarás.

Llamaron a un herrador —por suerte, Billie conocía a uno—, y *Gladys* vio que limaban sus cascos y le ponían herraduras nuevas y relucientes. Parecía más alegre e interesada por cuanto ocurría a su alrededor. Erguía las orejas al oír la voz de Nell, quien siempre le llevaba una zanahoria o un terrón de azúcar, según le había aconsejado Billie:

—Ha de encariñarse contigo. Sóplale en la nariz.

Más tarde Nell tuvo que aprender a quitar las piedrecillas de los cascos de *Gladys*. Había que hacerlo dos veces al día por lo menos, explicó Billie, y también antes y después de montar en ella, porque nunca se sabe cuándo puede encajarse una piedrecilla. Nell tenía miedo de recibir una coz, pero a *Gladys* no parecía importarle que le hicieran cosquillas en los pies.

—Sabe que es por su propio bien —dijo Billie, palmeando el anca de *Gladys*—. ¿No es verdad, mimosona?

Gladys se hallaba a dieta, a pesar de las zanahorias. El estar más delgada, afirmaba Billie, ayudaría en los problemas del resuello. Sería necesario hacerla correr todos los días: necesitaba el ejercicio y también la excitación. Los caballos se aburren con facilidad, añadió.

Por fin llegó el momento de sacar a *Gladys* a pasear. Le colocaron la silla y le ajustaron las correas. *Gladys* amusgó las orejas y lanzó una ojeada de costado. Billie se encaramó a la silla, hincó los talones en los flancos y *Gladys* salió al trote corto por el camino hacia los campos que se extendían detrás de la casa. Formaban una pareja graciosa: Billie *la Alta* encima de *Gladys la Gorda*, que movía rápidamente las rechonchas patitas como las palas de una batidora.

Regresaron al cabo de un rato. *Gladys* resollaba.

—La han montado demasiadas personas —dijo Billie—. Tiene la boca dura. Apuesto a que la usaban para pasear niños.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Nell.

—Tiene una colección completa de trucos. Malos hábitos. Intentará echar mano de ellos contigo, de modo que ten cuidado.

—¿Trucos?

—Sólo tienes que mantenerte en la silla —dijo Billie, ceñuda, mientras desmontaba—. En cuanto sepa que eres tú quien está al mando, se acabarán las tonterías. Eres una chica traviesa —añadió dirigiéndose a *Gladys*, que tosió.

Nell descubrió en qué consistían los trucos la primera vez que intentó montar a *Gladys*. Billie caminaba a su lado, dándole instrucciones a gritos.

—¡No dejes que se acerque a la valla, intentará hacerte chocar contra ella! ¡Manténla lejos de los árboles! ¡No permitas que se pare, arréala! ¡Levántale la cabeza, que no se ponga a comer! ¡No prestes atención a esa tos, lo hace a propósito!

Aunque *Gladys* no iba muy deprisa, Nell se sentía tensa y luchaba contra el impulso de echarse hacia delante para agarrarse de la crin. Imaginaba a *Gladys* alzándose sobre las patas traseras, o bien sobre las delanteras, como en las películas, con el mismo resultado en ambos Nell cayendo de cabeza entre los matorrales. Pero no ocurrió nada de eso. Cuando acabaron de dar la vuelta *Gladys* se detuvo, resollando y jadeando, y Nell la arreó para que siguiera andando. Entonces —después de que la yegua volviera la cabeza para dirigirle una mirada incrédula pero resignada—, repitieron aquella extraña ronda de carrusel, hasta volver al punto de partida.

—¡Muy bien! —exclamó Billie—. ¡Buena chica! —El elogio era para *Gladys*—. ¿Lo ves? Sólo tienes que ser estricta —dijo a Nell.

Al concluir la semana Billie se marchó, de mal humor por el hecho de que *Gladys* no le hubiese agradecido lo bastante el que la hubiera rescatado: la yegua le había mordido el trasero mientras estaba atándola a un poste. Una vez Billie hubo desaparecido por el horizonte, *Gladys* y Nell llegaron a un acuerdo satisfactorio. Ciertamente cada vez que ésta se acercaba con los arreos aquella empezaba a resollar, pero una vez que notaba la silla sobre el lomo, recordaba que recibiría una zanahoria al final de la dura prueba, se conformaba, y allá se iban las dos, hacia los campos de la parte de atrás: siempre la misma vuelta. Evitaban cruzar la pista de grava —a ninguna de las dos le gustaban los camiones—, así como acercarse a la fachada principal de la casa, por la ropa tendida. Tampoco cabalgaban por campo abierto, debido a los agujeros que excavaban las marmotas. Durante esos paseos, Nell pasaba la mayor parte del tiempo intentando que *Gladys* se comportara correctamente, y el resto dejándole hacer lo que quisiera, porque sentía curiosidad por ver sus reacciones.

A veces *Gladys* se paraba en seco mientras iba al trote corto, para ver si Nell se caía. Otras se quedaba quieta, y movía de un lado a otro la cola y

bufaba como si estuviese agotada. A veces quería dar vueltas lentamente, en círculo. Otras quería mordisquear las hierbas y los tréboles del camino, algo que Nell no le consentía. A veces quería asomarse a la valla del corral para observar a las ovejas y las vacas, y también a los gatos, que habían intentado echarse a dormir sobre su ancho y confortable lomo.

La una por la otra, Nell y *Gladys* pasaban el tiempo de sus paseos de forma bastante agradable. Era una conspiración, una doble superchería: Nell simulaba ser una persona que montaba a caballo, y *Gladys* un caballo al que montaban.

En ocasiones no se molestaban en ir al trote o al trote corto, sino que avanzaban al paso, perezosamente, sin ningún propósito. Entonces Nell le hablaba, lo que resultaba preferible a hablar con *Guau*, que era idiota, o con las gallinas o los gatos. *Gladys* tenía que escucharla: no podía escapar.

—¿Qué piensas, *Gladys*? —decía Nell—. ¿Tendré un niño?

La yegua seguía su camino, resoplando, y volvía una oreja en dirección a la voz.

—Tig no está seguro. Dice que aún no está preparado. ¿Y si me ocupo yo? ¿Se pondrá furioso? ¿Lo estropearé todo? ¿Qué piensas tú?

Gladys tosía.

Nell habría preferido mantener esa conversación con su madre, pero su madre no estaba a su alcance. En cualquier caso, probablemente no habría dicho mucho más que *Gladys*. También habría tosido, en señal de desaprobación. Después de todo, Nell y Tig no estaban casados. ¿Cómo iban a estarlo si Tig no conseguía apañárselas para divorciarse?

Pero si su madre se hubiera enterado de la existencia de *Gladys* tal vez hubiese ido a la granja. En épocas remotas había sido muy aficionada a los caballos. Tenía dos de su propiedad. ¿Era posible que agitando a *Gladys* como un señuelo consiguiera hacer desaparecer las reservas de su madre respecto a Tig, respecto a la propia Nell y a su irregular manera de vivir juntos? ¿No se sentiría tentada? ¿No le apetecería un breve paseo al trote corto por los campos que se extendían detrás de la casa, con las patitas de poni de *Gladys* zumbando como las palas de una batidora? ¿No le gustaría saber que ahora Nell amaba —al fin, por improbable que resultara— una de las actividades que ella misma había amado en otro tiempo?

Quizá. Pero Nell no tenía manera de averiguarlo. Su madre y ella no se hablaban, aunque tampoco habían dejado de hablarse. El silencio que había ocupado el lugar de la charla se había convertido en una forma peculiar de

charla. En ese silencio, el lenguaje quedaba como suspendido. Contenía muchas preguntas y ninguna respuesta concreta.

A medida que la primavera daba paso al verano, Tig y Nell recibían cada vez más visitas, sobre todo los fines de semana. Se trataba de visitantes procedentes de la ciudad, que pasaban casualmente por ahí, de excursión, y se acercaban a saludar. Tig los invitaba a almorzar —le encantaba improvisar comidas para mucha gente, lo que suponía grandes ollas de sopa, enormes tacos de queso y pan horneado por Nell—, y después los excursionistas iban a dar una vuelta por el campo de atrás. No se les permitía montar a *Gladys*, porque los extraños la espantaban, aducía Nell, aunque la verdadera causa era que se había vuelto posesiva y quería que la yegua fuese para ella sola. Después Tig decía que por qué no se quedaban también a cenar, y luego se había hecho demasiado oscuro o demasiado tarde o estaban demasiado bebidos para conducir de vuelta a la ciudad, y acababan en el sofá cama de la sala trasera, o bien —si eran muchos— dispersos aquí y allá, unos en colchones de espuma y otros en los sofás.

Por la mañana las visitas se sentaban a desayunar —salían a relucir grandes cantidades de tortitas de trigo germinado, la especialidad de Tig—, y comentaban lo relajante que era el campo mientras Nell y Tig fregaban los platos. Después rondaban por ahí, preguntando si podían ayudar en algo —Nell recordaba la época en que había hecho lo mismo—, y ella los enviaba al gallinero con un cesto acolchado con servilletas a recoger los huevos, tarea que encontraban excitante. O los ponía a escardar el huerto, y los oía comentar cuán terapéutico resultaba ensuciarse los dedos con tierra; luego respiraban tan hondo como si acabaran de descubrir el aire, y se sentaban de nuevo a almorzar. Tras su marcha, Nell lavaba sábanas y toallas y las colgaba de la cuerda que ondeaba al sol entre los manzanos.

Por lo general, los visitantes acudían en pareja, pero la hermana pequeña de Nell, Lizzie, solía presentarse sola. La frecuencia de sus visitas estaba relacionada con los problemas que había en su vida: si tenía montones de problemas, los visitaba, y si los problemas eran pocos, no lo hacía.

Los problemas se referían a hombres, de los que ya había pasado cierto número por su vida. Los hombres se portaban mal. Nell escuchaba el relato de su desconsideración, su terquedad y sus traiciones, complementado con descripciones de los defectos, debilidades y errores de la propia Lizzie. Colaboraba en la tarea de descifrar las observaciones hechas al descuido por

aquellos hombres, en las que, por lo general, acababan por encontrar un trasfondo mezquino y agresivo. Entonces Nell se poma de parte de su hermana y decía que los hombres no merecían los disgustos que daban. En ese punto Lizzie cambiaba de opinión y los defendía. Aquellos hombres eran excepcionales: inteligentes, rebosantes de talento y guapos. De hecho, eran perfectos, salvo por un detalle: no la amaban lo suficiente. En ocasiones Nell se preguntaba cuánto sería «lo suficiente».

Cuando Lizzie nació, Nell ya contaba once años. Había sido nerviosa de bebé, nerviosa de niña y nerviosa de adolescente, pero ahora tenía veintitrés años. Nell esperaba que su ansiedad empezara a desvanecerse pronto.

Había sido la ansiedad lo que había provocado que Lizzie se dedicara a los hombres, ahondase por debajo de sus sucias y callosas capas externas en busca del núcleo más prístino, del corazón bondadoso y amable que creía que se ocultaba en algún rincón de su interior, tan oculto como las trufas o los pozos de petróleo. Los hombres no parecían disfrutar de ese sondeo de su yo profundo, al menos a largo plazo. Sin embargo, ninguno fue capaz de impedir que lo hiciese. El proceso continuaba hasta que en el horizonte aparecía un nuevo hombre y el anterior era archivado.

Lizzie y Nell tenían la misma nariz y las dos se mordían las uñas. Aparte de eso, había diferencias entre ellas. Nell representaba la edad que tenía, pero Lizzie podía ser confundida con una adolescente de catorce años. Era delgada, de aspecto frágil, con grandes ojos del color azul verdoso de las hortensias. La hortensia era su flor favorita; tenía una lista de flores favoritas. Le gustaban las de pétalos pequeños.

Pensaba que Nell y Tig deberían plantar hortensias. Y tenía más sugerencias que hacer en cuanto a plantas.

A Lizzie le gustaba la granja. Algunos de sus aspectos la sedujeron: los manzanos en flor, la hilera de ciruelos silvestres que bordeaba el seto, las golondrinas que se bañaban en el estanque. Un día radiante, ambas hermanas estaban sentadas al aire libre, junto a la puerta trasera, preparando helado. El recipiente interior de la heladera giraba movido por la electricidad; habían empalmado un cable para tomar la corriente de dentro de la casa y rellenado el recipiente exterior con hielo y sal gruesa. Varios gatos lo observaban desde cierta distancia; sabían que en el proceso intervenía la crema de leche. *Guau* se había acercado a investigar, pero lo asustó el chirrido de la máquina y se alejó gimoteando.

En cuanto a *Gladys*, miraba de reojo desde el otro lado de la valla del corral. Vivía en éste desde hacía un tiempo, porque Nell había decidido que le vendría bien la compañía de ovejas y vacas. Después de un corto período en el que aterrizó a las ovejas persiguiéndolas enseñando los dientes y con la cola erizada, acabó por acostumbrarse a ellas y considerarlas una manada de caballos enanos y lanudos, y entonces se puso a mangonearlas. Ellas a su vez la aceptaron como un cordero gigante sin pelo, y la seguían a todas partes. Se enfrentó a las vacas y sus torpes intentos de monopolizar el pienso, robándosele a escondidas y mordiéndolas; Nell incluso fue testigo de una coz. Estas actividades, y la oportunidad que le daban de expresarse, mejoraron de forma notable su horizonte mental. Ahora era de carácter bastante alegre, como una esclava del hogar que ha enviudado recientemente y empieza a descubrir los placeres de la peluquería, la manicura y el bingo. Su dieta era cosa del pasado, porque Nell se había mostrado demasiado débil.

—¿Es esto normal? —dijo Nell, refiriéndose al helado, los gatos, el perro y *Gladys* mirando por encima de la valla, aquella escena bucólica. Lo que había querido decir era «doméstico».

—Este aire es fantástico —dijo Lizzie, respirando hondo—. Tendrías que quedarte aquí para siempre. Ni siquiera deberías molestarte en bajar a la ciudad. ¿Cuándo vas a librarte de ese chisme viejo y oxidado?

—Es una segadora de césped. Ellos estarían encantados —repuso Nell—. Así me perderían de vista para siempre.

—Acabarán por hacerlo —dijo Lizzie—. De todos modos, viven en la Edad Media. ¿Eso es una rastra?

—*Gladys* les gustaría —dijo Nell, optimista.

—*Gladys* no tiene nada que ver —replicó Lizzie.

Nell reflexionó un momento.

—No es para ella —dijo—. Me parece que ésa es una rastra de disco. Aquella otra es una de dientes.

—*Guau* no les gustará —dijo Lizzie—. Es demasiado cobarde para ellos. Lo que necesitas es un coche viejo y oxidado.

—Tenemos uno, y lo usamos —repuso Nell—. Es un deficiente mental. Pero entiendo el punto de vista de ellos. Ahora todo es diferente. Ellos no están acostumbrados a esto.

—Ése es su problema —dijo Lizzie, que a pesar de su fragilidad, podía ser dura cuando se trataba de otra gente, en particular de quienes lastimaban a Nell.

Lizzie y Nell a menudo dejaban las frases a medias en sus conversaciones, porque sabían que la otra las completaría. «Ellos» eran sus padres, en cuyos libros —obsoletos y timoratos, según Lizzie— sólo las mujeres fáciles, las perdidas, hacían cosas tales como convivir con hombres casados.

Lizzie era el mensajero. Consideraba que era misión suya dar a sus padres seguridades de que Nell no estaba muriéndose de alguna enfermedad grave, e informar a Nell de que aún no había llegado el momento de presentar a Tig a sus padres, cosa que Lizzie aprobaba con reservas. Antes sus padres tendrían que entrar en el siglo xx. La propia Lizzie sería el juez que determinaría si dicho acontecimiento había tenido lugar.

Cómo le divierte juzgar, pensó Nell. A ella ya la han juzgado demasiadas veces. Seguro que discute con ellos acerca de mí. De mí y de mi mal comportamiento. Ahora soy yo la hija problemática, para variar.

—¿Cómo está Claude? —preguntó.

Claude era el hombre con el que Lizzie estaba saliendo. Se había ido muchas veces de viaje, y había dado respuestas evasivas sobre cuándo regresaría. En ese momento estaba fuera, y ya hacía una semana que debería haber vuelto.

—Algo anda mal en mi sistema digestivo —respondió Lizzie. Lo que significaba «estoy muy angustiada por Claude»—. Me temo que es ese síndrome del colon irritable. Tendré que consultar al médico.

—Sólo se trata de que él madure —dijo Nell.

—Podría estar muerto o algo —dijo Lizzie—. No es propio de él.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Tig, doblando la esquina de la casa—. ¿Ya está listo ese helado?

—De ti —respondió Nell.

Lizzie volvió el siguiente fin de semana.

—¿Cómo va tu colon irritable? —le preguntó Nell.

—El médico no encontró nada. Me recomendó un psiquiatra. Cree que lo que tengo igual es psicológico.

A Nell no le pareció una idea del todo mala. Seguramente el psiquiatra podría hacer algo con la ansiedad, las crisis y los problemas con los hombres. Ayudar a Lizzie le concedía cierta perspectiva.

—¿Piensas ir? —preguntó—. Al psiquiatra, me refiero.

—Ya he ido —contestó Lizzie.

Lizzie volvió pocas semanas más tarde. No habló mucho, y se la veía preocupada. Costaba despertarla por las mañanas. La mayor parte del tiempo se sentía cansada.

—El psiquiatra me ha recetado una píldora —dijo—. Se supone que ayuda en casos de ansiedad.

—¿Y ha funcionado? —preguntó Nell.

—No estoy segura.

Llevaba un tiempo sin visitar a sus padres, añadió. No pensaba en ellos. Parecía haber dejado de preocuparse por lo que sus padres pensarán de Nell y su estilo de vida inmoral, un tema que hasta entonces había sido del máximo interés para ella.

Claude se había marchado, tal vez para siempre. Lizzie expresó su indignación, pero con una curiosa indiferencia. No había un nuevo hombre a la vista. Y no daba muestras de que le importara. Parecía haber renunciado a los planes que tenía —apenas unas semanas atrás— de volver a la universidad en otoño. Antes la idea la animaba y le infundía esperanzas. Iba a ser un nuevo capítulo de su vida.

Nell se sintió preocupada, pero decidió esperar y ver.

El siguiente fin de semana, Lizzie volvió de nuevo. Caminaba con esfuerzo, tambaleándose un poco. Su cara carecía de expresión. Dijo sentirse débil. También se había despedido de su trabajo temporal en una tienda de ropa deportiva.

—Algo anda verdaderamente mal con Lizzie —dijo Nell a Tig.

Se preguntaba si alguna influencia maligna de la sala trasera (la misma que había causado aquel desastre con los pollitos de la incubadora) estaría afectando a su hermana. Los granjeros de los alrededores habían dejado caer, como al desgaire, que la casa de la granja estaba embrujada. Todas las personas con sentido sabían que por eso había pasado tanto tiempo a la venta antes de que Tig y Nell la compraran.

Nell no se había creído ese fenómeno del embrujo, y jamás había tenido prueba alguna de su existencia. Pero *Guau*, el perro, nunca había querido entrar en aquella estancia, y en ocasiones ladraba en esa dirección. En sí mismo, aquello no probaba nada, porque *Guau* tenía toda clase de fobias. La señora Roblin, la vecina de más arriba siguiendo la carretera, contaba que unos niños habían robado una lápida de mármol del cementerio y la usaban para preparar dulce de caramelo en la casa, lo cual había sido una mala idea: por esa vía podían haber atraído al fantasma. A la señora Roblin se la consideraba una autoridad en la materia: siempre tenía cuidado de no reunir a

trece personas en una comida, y se aseguraba que olía sangre en las escaleras cuando iba a producirse una muerte violenta, como un choque de automóviles, la caída de un rayo, un tractor que volcaba y aplastaba a su conductor.

La señora Roblin había dicho a Nell que dejara comida encima de la mesa por las noches, para que el fantasma supiese que era bienvenido. (Nell, a pesar de sentirse ridícula, había llegado a hacerlo el invierno anterior, durante una tempestad, cuando la casa estaba a oscuras y los presagios flotaban en el ambiente. Una rebanada de jamón y un poco de puré de patatas fue lo que consideró más apropiado para alimentar a un espíritu. Pero *Guau* se coló allí de alguna manera y se comió la ofrenda, además de volcar el vaso de leche que Nell había puesto junto al plato, de modo que el tentempié no sirvió de gran cosa).

¿Era posible que aquel fantasma se hubiese introducido en el cuerpo de Lizzie? Qué idea ridícula. De todos modos, en verano la casa no parecía en absoluto embrujada.

—Deben de ser las pastillas —dijo Tig.

Ninguno de los dos sabía mucho de pastillas. Nell decidió telefonear al psiquiatra, que se llamaba Hobbs. Dejó un mensaje a la secretaria. Al cabo de unos días, el doctor Hobbs le telefoneó.

La conversación fue muy inquietante.

El doctor Hobbs dijo que Lizzie era esquizofrénica, y que como consecuencia de ello había tenido que recetarle una droga antipsicótica. Eso controlaría los síntomas de la enfermedad, que eran numerosos. Él mismo podía atenderla una vez a la semana, aunque tendrían que fijar la cita con antelación, porque era un hombre muy ocupado y habría de hacer un sobreesfuerzo para tratarla. Lizzie podía conducir hasta la ciudad para esas sesiones, en las que abordarían su incapacidad para adaptarse a la vida real. Lizzie, añadió el doctor Hobbs, era incapaz de conservar un trabajo, de ir a la universidad o de funcionar de forma independiente. Tendría que vivir con Nell y Tig.

¿Por qué no con sus padres?, preguntó Nell cuando hubo recuperado la respiración.

—Ella prefiere vivir con usted —explicó el doctor Hobbs.

Nell no sabía nada sobre la esquizofrenia. Lizzie nunca le había parecido loca, tan sólo muy abatida y deprimida en ocasiones; pero quizás era porque Nell estaba acostumbrada a ella. Recordó que ambas tenían varios tíos un

tanto excéntricos, de modo que podía tratarse de algo genético. Pero todo el mundo tenía tíos excéntricos, o por lo menos muchas personas.

—¿Cómo sabe que Lizzie es esquizofrénica? —preguntó. Necesitaba sentarse (sentía un vacío en el estómago), pero el teléfono era de pared y el cable demasiado corto.

El doctor Hobbs dejó escapar una risita condescendiente que venía a significar: «Yo soy el profesional».

—Es por la confusión verbal.

—¿Qué confusión verbal? —quiso saber Nell.

—Nada de lo que dice tiene sentido —repuso el doctor.

Nell nunca se había dado cuenta de tal cosa.

—¿Está seguro? —preguntó.

—¿Seguro respecto a qué? —dijo Hobbs.

—Respecto a que ella sea... lo que afirma usted que es.

El doctor volvió a reír.

—Si no fuera esquizofrénica, las drogas que está tomando la matarían —dijo, y acto seguido le advirtió que no debía mencionarle nada del diagnóstico. Se trataba de una cuestión delicada y era preciso manejarla con cautela.

Al cabo de una semana Nell volvió a llamarlo. Le costó comunicar con él —dejó varios mensajes—, pero insistió, porque el estado de Lizzie era cada vez más alarmante.

—¿Qué pasa con esa forma de andar que tiene? —preguntó. Había empezado a notar que a Lizzie le temblaban las manos.

El doctor Hobbs dijo que la rigidez, el tambaleo y los temblores eran síntomas de su enfermedad: todos los esquizofrénicos tenían síntomas parecidos. Lizzie se hallaba en la edad en que la enfermedad solía empezar a manifestarse. Una persona podía parecer perfectamente normal y de pronto, poco antes o poco después de cumplidos los veinte años, la esquizofrenia afloraba, como una planta maligna.

—¿Cuánto tiempo puede durar? —preguntó Nell.

—El resto de su vida —contestó el doctor Hobbs.

Nell sintió un escalofrío. Aunque su hermana había pasado malas temporadas en el pasado, ella nunca sospechó nada parecido.

Esperó a que Lizzie se acostara y discutió la situación con Tig. ¿Cómo se sentía él al tener que cargar con una pariente enferma?

—Lo afrontaremos —dijo Tig—. Puede que consiga librarse de eso, a fin de cuentas.

Nell se sintió tan agradecida que casi se echó a llorar.

Hubo muchas cosas que Nell necesitó saber en el curso de los meses siguientes. ¿Podía confiarse en que Lizzie condujera un coche —el viejo Chevy de Tig— de ida y vuelta a la ciudad, con esa rigidez en el cuerpo y las manos temblándole de ese modo? El doctor Hobbs —cuyo tono se iba haciendo progresivamente más hostil, como si pensara que Nell estaba importunándolo— dijo que no había problema, que Lizzie era perfectamente capaz de conducir.

También dijo que aún no le había revelado la verdad sobre su enfermedad porque Lizzie no estaba preparada para esa noticia. Alucinaba acerca de un hombre llamado Claude, dijo; estaba convencida de que había muerto. Cuando había acudido a él, tenía además una fuerte tendencia al suicidio. Pero podía garantizar a Nell que Lizzie no se suicidaría, al menos en fecha próxima.

—¿Por qué? —preguntó Nell. Había pensado que el «yo me mato» era una mera figura retórica para su hermana, como lo era para ella misma. Ahora resultaba que estaba equivocada; sin embargo, se sentía extrañamente tranquila. Empezaba a acostumbrarse a los fragmentos de pesadilla que seguían saliendo de la boca del doctor Hobbs.

Pero el doctor Hobbs parecía estar confundido respecto a quién era Nell: en ocasiones hablaba como si Tig y ella fuesen los padres de Lizzie. Nell le había explicado claramente la relación que las unía, pero cada vez que hablaba con él tenía que recordárselo.

Mientras tanto, los padres reales de Lizzie —es decir los padres de Nell— se encontraban en estado de shock. Pero volvían a hablar con Nell, o por lo menos su madre lo hacía. «No sé qué hacer», le dijo. Se trataba de un ruego que significaba: «¡No nos la envíes aquí!». Era como si Lizzie hubiese cometido algún acto vergonzoso e impronunciable, algo a medio camino entre una metedura de pata social y un crimen.

A continuación la madre de Nell preguntaba en tono plañidero: «¿Dónde va a estar mejor que contigo?». Como si Nell poseyera unas facultades de comprensión especiales.

—Estoy segura de que el doctor sabe lo que le conviene —decía Nell. Todavía creía que cualquier persona con un título en medicina debía saber de qué estaba hablando. Necesitaba creerlo y se esforzaba en conseguirlo—. Deberías venir a la granja a conocer mi caballo —añadió—. A ti te gustan los caballos. Se llama *Gladys*. Podrías volver a montar.

Pero su madre estaba demasiado angustiada por la situación de Lizzie.

La propia Nell no montaba mucho a *Gladys*, porque estaba embarazada. No quería perder el bebé por una caída del caballo, como ocurre en las novelas. Sin embargo, aún no le había dado la noticia a Tig.

¿Qué pasaría si el niño nacía y Lizzie seguía igual? ¿Sería capaz Nell de asumirlo?

Para entonces ya había llegado septiembre. Nell intentó que su hermana la ayudase con las conservas, pero no hubo manera: estaba demasiado cansada. Nell colocó un bol con grosellas rojas delante de ella y le pidió que separara las pepitas —no era una tarea tan pesada—, pero Lizzie parecía incapaz de hacerlo. Estaba sentada a la mesa con la mirada perdida y su penoso montoncito de grosellas a un lado.

—No le gusto —dijo—. Al doctor.

—¿Por qué no ibas a gustarle? —dijo Nell.

—Porque no mejoro —respondió Lizzie.

Tig había estado investigando por su cuenta.

—Ese tipo dice cosas sin sentido —comentó—. Esas pastillas te matan si no eres esquizofrénico... ¿Cómo es posible? Se le amontonarían los cadáveres.

—Pero ¿por qué nos dice esas cosas? —preguntó Nell.

—Porque es un farsante —respondió Tig.

—Creo que necesitamos una segunda opinión —decidió Nell.

El nuevo médico que encontraron era un experto en medicamentos antipsicóticos.

—No deberían haberle recetado esto a su hermana —dijo a Nell. La rigidez, los temblores, la debilidad, todo eso no eran síntomas de la enfermedad. Estaban producidos por el mismo medicamento, y cuando éste desapareciese del sistema de Lizzie, los síntomas también desaparecerían.

Además, nunca tendrían que haber permitido que Lizzie condujese bajo los efectos de una medicación tan fuerte, dijo el nuevo médico. Su vida había estado en serio peligro durante cada minuto que había permanecido al volante.

—Si alguna vez me encuentro a ese cabrón en la calle, lo mato —dijo Nell a Tig—. Si tuviera una pistola...

—Por suerte no sabes qué aspecto tiene —dijo Tig.

—Apuesto a que pensó que éramos unos paletos —dijo Nell—. Por vivir en una granja. Apuesto a que pensó que podía contarnos cualquier historia y

que nos la tragaríamos. —De hecho, era lo que había ocurrido: se lo habían creído—. Debe de haber pensado que éramos más tontos que un cubo. Me pregunto si él mismo se creería lo que decía, porque en tal caso, ¡es un lunático!

—¿Paletos? —dijo Tig—. ¿Qué tiene eso de malo? ¡Porque lo somos nos hemos metido en todo este lío de la granja!

Entonces los dos se echaron a reír y se abrazaron muy fuerte, y Nell le contó lo del niño que esperaba, y todo fue maravilloso.

Nell sintió un inmenso alivio ante el curso que tomaron los acontecimientos —ya no tendría que cuidar de su tambaleante y temblorosa hermana durante el resto de su vida—, pero también sintió una punzada de miedo. Lizzie no volvió a ser la misma: su interludio de zombi la había cambiado. Se había convertido en una persona distinta, desconocida. Además, Nell era muy consciente de que Lizzie consideraría una traición la forma en que había actuado. Y tendría razón: la había traicionado. Si la supuesta esquizofrénica hubiera sido Nell, Lizzie no la habría dejado ni dos segundos con el doctor Hobbs y sus pastillas tóxicas.

—¿Por qué no me contaste lo que ese tipo pensaba? —le espetó Lizzie en cuanto hubo desaparecido el efecto de los tranquilizantes. Estaba furiosa—. ¡Podrías haberme preguntado! ¡Te habría dicho que no soy una esquizofrénica!

Era inútil que Nell le recordara que, cuando alguien se convence de que a una persona le falta un tornillo, ya no puede creer en la palabra de ésta, sobre todo en lo referente a su salud mental. De modo que no lo mencionó.

—Él me dijo que padecías confusión verbal —adujo con voz débil.

—¿Te dijo que yo padecía qué?

—Que lo que decías no tenía sentido.

—¡Joder con el tío! ¡Le hablaba igual que te hablo a ti! De cada frase suprimimos la mitad, ya sabes. Era sólo que tenía problemas para seguirme. Era incapaz de saltar de la A a la C, ¡necesitaba la B! Tendría que haberle deletreado cada palabra. ¡No es más que un simple y vulgar estúpido!

—Tiene que estar con un ataque de nervios, o algo parecido —dijo Nell—. Por ser tan... tan poco profesional. —Añadió, con malicia, que Tig opinaba que el doctor Hobbs había estado realizando experimentos secretos con drogas para la CIA, una idea que en aquella época parecía extravagantemente divertida.

—Bueno, pues me ha jodido la vida —bufó Lizzie, ceñuda—. Me he perdido una buena porción. ¡Vaya imbécil!

—No tanto —dijo Nell, contemporizadora. Se refería a la porción de vida.

—Para ti es muy fácil decirlo —repuso Lizzie—. Tú no estabas allí.

Se decidió que Lizzie seguiría en la granja hasta que se les ocurriese algún plan. Por una parte, no tenía dinero, y ya era demasiado tarde para volver ese año a la universidad, como se había propuesto antes de la catástrofe que Hobbs había ocasionado.

Iba a ver al nuevo médico una vez a la semana. Hablaba sobre sus circunstancias familiares. Daba largos paseos por los alrededores de la granja y cavaba grandes agujeros en el huerto. Se mostraba parca con Tig y Nell, pero hizo amistad con *Gladys*. No montaba en ella, pero corría a su lado en el corral. Las vacas se apartaban para dejarlas pasar y las ovejas las seguían. Una energía feroz había reemplazado a la debilidad que había sentido en verano.

Nell, que había engordado visiblemente, las observaba desde la ventana, con un poco de envidia: le habría gustado galopar un rato. Luego volvía a amasar el pan, sumergiéndose en aquellas curvas mórbidas, aquel calor sedante, aquel ritmo apaciguador. Pensaba que ya estaban todos fuera de peligro, en particular Lizzie.

Una fría noche de octubre, Lizzie acopló la manga del aspirador al tubo de escape del coche, hizo pasar el otro extremo por la ventanilla y puso en marcha el motor.

Tig oyó el ruido y salió a ver qué pasaba. Cuando llegó, Lizzie ya había apagado el motor y estaba sentada y quieta. Él dijo que eso era una buena señal. Fue a despertar a Nell para contárselo. ¿Cómo iba a seguir durmiendo en un momento así?

Después de ahogar un grito debido a la impresión, Nell bajó las escaleras en camisón, con un viejo jersey de Tig por encima. Sentía un frío insoportable y los dientes le castañeteaban.

Lizzie y Tig estaban sentados a la mesa de la cocina, tomando una taza de chocolate caliente.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó Nell cuando se sintió capaz de hablar. Temblaba de miedo, y de otra cosa que mucho más tarde descubrió que era rabia.

—No tengo ganas de discutirlo —repuso Lizzie.

—No, lo que quiero decir es, ¿por qué me has hecho eso a mí?

—Lo soportarás —dijo Lizzie—. Tú puedes soportarlo todo.

No fue esa misma noche cuando *Gladys* se escapó, pero Nell lo recuerda como si lo hubiese sido. No consigue separar los dos acontecimientos. Recuerda los ladridos de *Guau*, aunque resulta inverosímil que el chucho fuera capaz de hacer algo tan oportuno. También recuerda la luna llena —una luna fría, blanca, otoñal—, un detalle atmosférico que muy bien pudo inventarse más tarde. Pero la luna llena encajaba en la escena, porque en esos días los animales están más activos.

Fueron las vacas las que dieron inicio a la tragedia, en una de sus periódicas ordalías. Echaron abajo la valla una vez más y se fueron en busca del rebaño más próximo. *Gladys*, por su parte, se dirigió hacia la carretera de grava que corría tres kilómetros más allá. Tal vez se hubiera cansado de su pequeño reino, tal vez estuviese harta de gobernar a las ovejas. Además, Nell ya no le prestaba atención. Así pues, quería una aventura.

Murió atropellada por un coche. El conductor había estado bebiendo e iba muy deprisa. Debió de suponer una conmoción llegar a lo alto de la colina y ver un caballo blanco erguido haciéndole frente, a la luz de la luna. Él mismo salió prácticamente ileso del golpe, pero su coche quedó destrozado.

Nell se sintió muy mal por *Gladys*, culpable y triste. Pero rechazó esos pensamientos, susceptibles de generar elementos químicos estresantes que circularían por la sangre y podrían afectar a su bebé. En un intento de mantenerse alegre se dedicó a escuchar un montón de cuartetos para cuerda de Mozart.

El otoño siguiente plantó narcisos en un arriate frente a la casa, en memoria de *Gladys*. Los narcisos crecieron bien, se extendieron y cada año florecieron.

Todavía están ahí. Nell lo sabe, porque se acercó a la granja hace unos años, sólo para verla otra vez. ¿Cuándo fue eso exactamente? Poco después de que Lizzie se casara y aprendiese a cocinar y olvidara sus pesares. En cualquier caso, era primavera y los narcisos seguían allí, a centenares.

La granja ya no parecía destartada, sino serena y acogedora, y también un poco suburbana. Ya no había ropa tendida entre los manzanos. Las máquinas viejas y oxidadas habían desaparecido. Los lados de la casa estaban recién pintados en un tono azul que se había puesto de moda. Dos macetones

con arbustos —rododendros, pensó Nell— flanqueaban la casa. Quienquiera que viviese allí prefería que las cosas estuvieran más ordenadas.

Las entidades

Lillie era una agente de la propiedad inmobiliaria, aunque su aspecto era muy distinto del habitual en esa profesión. No había nada estridente, elegante ni enérgico en su presencia, y era veinte años mayor que la más vieja de las agentes inmobiliarias que conocía. Su coche —un sedán Ford blanco, siempre impecablemente limpio— no era un modelo reciente. Conducía con cautela, atisbando por encima del volante como un soldado desde la torreta de un tanque.

Estaba engordando y los pies empezaban a dolerle; jadeaba un poco al subir y bajar las escaleras. A pesar de esas limitaciones, subía y bajaba las escaleras de todas las casas que enseñaba.

—Uf —decía, apartándose a un lado al llegar al sótano—. No miréis eso, es la colada de los actuales inquilinos. Y la caldera..., podéis poner una nueva. También tendréis que cambiar el tendido eléctrico; rebajaremos el precio un par de miles. Por lo menos no hay humedad.

Luego subía las escaleras hasta el ático, hacía una pausa para resoplar y examinaba las grietas del yeso.

—Poned una claraboya, o mejor echad abajo las paredes, así tendréis mucho más espacio. No miréis ahí, es basura. Y el empapelado..., bah, no es más que empapelado, ya me entendéis.

Decía:

—Qué manera de vivir tiene la gente, ¡como cerdos! No son personas simpáticas. Pero vosotros lo pondréis todo nuevo... ¡Será una casa diferente, no la reconoceréis!

Ella así lo creía: con un poco de esfuerzo y mucha fe, una pocilga podía transformarse en algo maravilloso, o por lo menos habitable. En cualquier caso, mucho mejor de lo que era antes.

Se había especializado en las pequeñas casas de las calles menos frecuentadas de los barrios antiguos: viejas viviendas victorianas alineadas, o cajas de ladrillo oscuras y estrechas, semiadosadas, propiedad de familias portuguesas que habían añadido barandillas de hierro forjado en el porche; y anteriormente de rusos o húngaros, y antes aún a saber de quién. Esos barrios eran estaciones de paso; allí iba a vivir gente que acababa de desembarcar en el país, antes de que consiguieran ahorrar un poco de dinero para mudarse a otro sitio. Así había sido en tiempos. Ahora, las parejas jóvenes buscaban apartamentos como aquéllos, baratos. Al mundillo artístico le chiflaba esa clase de casas.

Eran personas —ella pronunciaba *presonas*— que necesitaban que alguien las llevara de la mano y las ayudase a comprar a un precio decente, porque carecían de sentido práctico, no sabían nada de calderas de calefacción y los vendedores se aprovechaban. Lillie conseguía una rebaja del precio, aunque con ello su comisión se redujera, porque ¿qué es el dinero? Cuando estaba firmado el contrato, ofrecía a los jóvenes artistas un regalo para celebrarlo: un bol repleto de galletas hechas por ella misma —compactas, de color beige, europeas—, y después, cuando los artísticos jovencuelos ponían manos a la obra, seguía pendiente de la transformación de la casa. Tenían tanta energía, tantas ideas propias; era un placer verlos rasgar el viejo empapelado y hacer desaparecer el moho, los olores y las manchas del pasado, y luego crear un espacio distinto —un estudio, siempre se necesitaba algo así; solían instalarlo en el garaje, cuando había—, y pintar las paredes, no con los colores que ella misma habría elegido, sino con unos un poco chillones a veces, pero a Lillie le gustaban las sorpresas. Bien, las buenas sorpresas. «Nunca se sabe», decía. Qué gozada.

No es que ella misma hubiese elegido una casa así. Eran demasiado estrechas, demasiado oscuras, demasiado viejas. Su casa, que estaba situada mucho más al norte, era moderna, tenía un sendero de entrada, unas ventanas grandes que dejaban entrar la luz a raudales y una colección de figuritas de porcelana en colores pastel.

Lillie había llegado al negocio inmobiliario tarde en la vida. Mucho antes había sido una muchacha que se había casado con un buen hombre y había tenido un hijo; pero todo eso había sido en otra época y al otro lado del océano. Después llegaron los nazis, a ella la encerraron en un campo, a su marido en otro, y el niño se perdió y nunca más lo encontraron. Pero Lillie

había sobrevivido, a diferencia de otros muchos, y, milagrosamente, al acabar la guerra había vuelto a encontrar a su marido, también él superviviente, qué bendición. Después de aquello tuvieron dos hijos más y luego emigraron a Canadá, a Toronto, donde una persona no se veía obligada a recordar ciertas cosas. Vaya nombre para una ciudad, Toronto... Sonaba a italiano, aunque no se trataba en absoluto de una palabra italiana, y aunque los inviernos eran muy duros, podías acostumbrarte al clima, y Lillie lo hizo.

Los niños crecieron, eran buenísimos, no se podía pedir más, la mimaban, y luego su marido murió. Lillie no quería hablar de él, pero guardaba sus trajes en el armario; no se decidía a desprenderse de ellos. Para ella, la muerte distaba de ser un concepto absoluto. Había personas más muertas que otras, y a fin de cuentas era cuestión de opiniones quién estaba muerto y quién vivo, de modo que más valía no discutir sobre el asunto. Por la misma razón, no hablaba del campo en que había estado prisionera, ni del hijo perdido. ¿Para qué hablar? ¿Qué diferencia había? ¿Quién querría escucharla? A pesar de todo, había sido más afortunada que la mayoría. Muy afortunada, de hecho.

Daba ánimos a sus jóvenes parejas, escuchaba sus problemas, les indicaba a quién podían acudir para reparar un desagüe embozado o una viga podrida o un mueble con carcoma, y les advertía acerca de los peligros de las instalaciones eléctricas defectuosas. Se interesaba por sus hijos, si los tenían, y por sus divorcios, si los tenían también. Se mantenía en contacto. Cuando llegaba para ellos el momento de vender y comprar alguna otra cosa —un peldaño más arriba en la escala social, tal vez un estudio más amplio—, siempre consultaban a Lillie.

Sin embargo, no asistía a las fiestas de inauguración de las casas. No soportaba las fiestas, la entristecían. Enviaba un bol repleto de galletas con una nota amable en una tarjeta floreada. Ellos se merecían esa casa, escribía. Eran buenas personas. Disfrutarían allí. Se sentía feliz por ellos. Les deseaba lo mejor.

Cuando Nell y Tig empezaron a planear mudarse del campo a la ciudad, un amigo les recomendó a Lillie. Cada nueva pareja de jóvenes heredaba a Lillie de la pareja anterior.

—No intentaré venderos nada que no podáis permitirlo. —Era su carta de presentación—. Podéis decirle exactamente lo que queréis. Ella captará la idea.

La primera vez que la vio, Nell se encontró comiendo de la mano de Lillie. Se debía a su rostro agradable y a su aire tranquilizador. A pesar de lo mucho que les gustaba la granja, dijo Nell generalizando un poco, realmente necesitaban un cambio, era el momento, habían pasado allí demasiado tiempo, las cosas ya no eran igual, las familias de siempre, la gente a la que conocían, se habían marchado. En ese punto, Lillie hizo un gesto de asentimiento. No sólo eso, añadió Nell, además había habido muchos robos; en una casa de la carretera, casi enfrente de la granja —un maestro de escuela jubilado—, dos hombres con una camioneta se lo habían llevado todo. No podías sentirte segura.

—No son buenas *presonas* —dijo Lillie.

—Vigilan tu casa —dijo Nell—. Saben cuándo no vas a estar en ella.

De todos modos, Nell y Tig tenían un niño casi en edad escolar y no era cuestión de que se pasara dos horas en un autobús todos los días, y además la granja era demasiado oscura, los vecinos decían que estaba embrujada, no es que Nell personalmente hubiese visto nada, pero producía una sensación extraña, por no mencionar que el invierno era muy frío, la casa tenía ciento cincuenta años, no contaba con los aislamientos adecuados y la nieve se amontonaba en la entrada.

—No hay necesidad de pasar por eso —dijo Lillie, quien tenía un hombre que le limpiaba la entrada con una pala. El acceso siempre estaba libre. Si vivías en la ciudad, podías pagar para que alguien paleara la nieve.

Y Tig no estaba tan bien como debería, dijo Nell. Se debía al aislamiento inadecuado, tosía, era demasiado para ella, no podía con todo.

—Las vacas se escapan —añadió—. Quieren irse con otras vacas. Y si Tig no está, sólo quedo yo.

Lillie asintió, lo comprendía: no podía esperarse que una madre joven y atareada como Nell tuviera que lidiar con vacas que se escapaban.

—No tiene por qué preocuparse —dijo—, encontraremos algo perfecto.

Nell se sintió mejor de inmediato. Lillie se iba a ocupar de todo.

Justo en ese momento el mercado inmobiliario estaba en alza, pero Lillie hizo todo lo que pudo, y Nell y Tig acabaron en una casa adosada muy aceptable, cerca de una galería de arte, en el límite con el barrio chino. Se trataba de una casa reformada, de modo que estaba muy bien, mejor que muy bien dadas las circunstancias, es decir las circunstancias financieras: podían permitírsela. En realidad era muy bonita, excepto por el hecho de que entraban cucarachas de las casas vecinas. Nell puso peladuras de pepino y bórax a lo largo de los zócalos: no valía la pena fumigar, porque aparte de la

toxicidad, las cucarachas se limitaban a retirarse hasta que pasaba el efecto del veneno.

Cuando llevaban un par de años en aquella casa, Lillie decidió que era hora de que Nell y Tig se mudaran otra vez.

—Necesitáis más espacio —les dijo, y tenía razón.

Vendió su casa por un buen precio y les consiguió otra más al norte. La moqueta raída de color naranja, residuo de los años setenta, no era más que una moqueta, les dijo cuando les enseñó la casa. Tampoco debían fijarse en las estanterías metálicas que había por todas partes, podían quitarse, y la instalación eléctrica se cambiaría. Había tres chimeneas, una chimenea siempre está muy bien, y las paredes eran sólidas, muchas personas matarían por disponer de tanto espacio en sus casas, y parte de la carpintería era original, esos detalles cuentan mucho.

A Nell y a Tig les gustó: ahora tenían un jardín trasero y un sótano bien acabado —bueno, casi acabado, y además la alfombrilla medio podrida pegada con cola al suelo de cemento podía eliminarse—, y ventanas a los cuatro vientos: en la casa adosada sólo contaban con ventanas en la fachada y en la parte de atrás. El día en que firmaron el contrato, Lillie les regaló un gran bol azul y anaranjado repleto de galletas que ella misma había horneado.

Cuando Nell se dio cuenta de que tenía un problema —un problema poco común, a su entender—, decidió que sólo podía consultar a Lillie. Era un problema relacionado con las casas, pero también con la naturaleza humana. No era algo que pudiese discutir con Tig, que estaba demasiado nervioso, y una parte de la naturaleza humana en cuestión tenía que ver con él. Lillie debía de haber visto un montón de bodegas y de áticos y de naturalezas humanas a lo largo de su vida profesional. Sin duda sabía que las casas tenían poder, y que las personas podían verse afectadas por ellas, que podían aflorar sentimientos inesperados. Seguramente nada de lo que Nell le contase le produciría conmoción o disgusto alguno: ya lo había visto todo, sin duda. O algo parecido. O peor.

Nell la invitó a tomar el té. En cuestión de comidas y bebidas, el té era prácticamente lo único que Lillie estaba dispuesta a compartir: nunca iría a cenar. Nell sirvió algunas de las compactas galletas de Lillie —prácticamente nunca se echaban a perder—, para demostrarle que las apreciaba; lo cual era cierto, aunque no exactamente como galletas.

Tomaron el té en la recientemente adquirida cocina de Nell.

—Qué vistas —comentó Lillie, mirando hacia el jardín trasero.

Nell asintió. Para las dos eran unas vistas al futuro: en ese momento no había nada en el jardín, excepto algo de hierba raquítica, un tejadillo de chapa de cinc ondulada y algunos agujeros en el suelo. Los moradores anteriores — los de las estanterías metálicas y la moqueta raída— habían tenido un perro. Pero Nell tenía grandes planes —narcisos, de hecho—, cuando pudiera dedicarse de pleno a ellos. Uno de sus amigos aficionados a la New Age, adepto al *feng shui* y los gurús, había recorrido el jardín, y también la casa, para asesorar sobre la orientación y las entidades psíquicas, y había dictaminado que el lugar era benéfico, en especial el jardín, de modo que Nell no tenía dudas de que lograría hacer florecer cosas en aquel lugar.

—He pensado que tal vez plante narcisos —dijo Nell.

—Los narcisos están bien —dijo Lillie.

—Para empezar —puntualizó Nell.

Lillie mojó su galleta en el té. Ajá, pensó Nell, eso es lo que se supone que hay que hacer con ellas.

—¿Así pues? —dijo Lillie, dirigiendo a Nell una mirada oblicua y enarcando las cejas. Lo cual significaba: no me has pedido que venga aquí sólo para admirar el jardín.

—Oona quiere una casa —dijo Nell.

—Muchas personas quieren una casa —dijo Lillie con placidez.

—Pero se trata de Oona.

—¿Así pues? —repitió Lillie. Sabía quién era Oona: la primera esposa de Tig. Primeras esposas y segundas esposas, una vieja historia.

—Quiere que yo le compre una casa para que viva ella.

Lillie detuvo a mitad de camino la mano en que se llevaba la taza de té a la boca. Eso era algo nuevo.

—¿Ella ha dicho eso?

—No de un modo explícito —respondió Nell—. Ni a mí. Pero lo sé.

Lillie cogió otra galleta, la mojó en el té y se arrellanó para escuchar.

El hecho era que Oona estaba desmoronándose, continuó Nell. Cuando se conocieron, Oona era una auténtica potencia. No sólo era atractiva —de un modo voluptuoso, pensó Nell con desaprobación—, sino que tenía una voluntad firme y opiniones tajantes, y la determinación de conseguir lo que se proponía. O al menos así la veía la gente. Es cierto que había sufrido depresiones, pero entonces se metía en la cama, de modo que nadie percibía esa faceta suya. Sólo veían el rostro brillante, firme y algo burlón que exhibía hacia fuera. Se hablaba de su eficiencia, de su manera de afrontar los retos y

de conseguir que las cosas se hicieran. Trabajaba como administradora. La contrataban pequeñas empresas —pequeñas revistas, pequeñas compañías teatrales en apuros—, y ella lo reorganizaba todo y volvía a sacarlas a flote.

Cuando Tig se marchó, el amplio círculo de amistades de la pareja se mostró sorprendido. Todo parecía tan en orden. Era sabido que existía un pacto entre ambos, y que Oona en particular había salido con otros hombres, pero en sí misma la situación parecía estable. El rencor —por ambas partes, añadió Nell en un intento por ser justa, porque las cosas siempre tienen dos caras, ¿no?— había quedado enterrado; pero como tantas otras cosas enterradas, se resistía a permanecer para siempre bajo tierra.

Después de la ruptura, Oona difundió un mensaje de satisfacción. Era ella quien le había pedido a Tig que se marchara: le pareció lo mejor. Los niños estaban bien; pasaban los fines de semana y las vacaciones con Tig, en el campo. Ella, por su parte, necesitaba más libertad, más espacio y más tiempo para dedicarse a sí misma. Más perspectivas. Ésa fue la palabra que empleó Oona el primer año.

La adición de Nell como elemento fijo en la vida de Tig fue bien acogida por Oona, ¿por qué no, puesto que en parte había sido obra suya? Fue ella quien los presentó y quien facilitó su..., ¿cómo llamarlo?, su asunto. «Tig y su harén —solía decir—. Desde luego, Nell es muy joven». El tono utilizado implicaba: «Joven y tonta». Se suponía que la implicación de Nell sería temporal: Nell dejaría a Tig porque éste era demasiado viejo, o bien Tig dejaría a Nell por demasiado insulsa. Si a los dos les apetecía enterrarse en un chamizo alquilado en el fin del mundo, entre un granero a punto de desmoronarse y unos sembrados —en ese punto Oona sonreía y se encogía de hombros—, bueno, pues les deseaba suerte. La mayoría de las personas, incluida ella misma, se volverían locas allí. Mientras durase, los niños disfrutarían del campo a intervalos, y Oona disfrutaría de perspectivas más amplias, aquellas que siempre había deseado.

Las perspectivas solían aparecer en el último minuto. Se presentaba algo, la oportunidad de una escapada con el acompañante de turno, y entonces Oona telefoneaba a Nell y le daba instrucciones: cuándo recoger a los niños, cuándo llevarlos de vuelta, qué darles de comer. El tono era cordial, incluso ligeramente divertido. ¿Qué podía decir Nell, de pie en la cochambrosa cocina de la granja, más que sí y sí?

—Sí, señora, lo que usted mande —decía Nell a sus amigos—. Me trata como si fuese su sirvienta.

Era el punto de vista de Nell, pero no lograba que Tig lo compartiera. Siempre que se trataba de los niños, la mirada de Tig se perdía en el infinito y él se convertía en una especie de robot. De modo que el mejor método, aseguraba Nell, era morderse la lengua y no decir nada.

No había practicado ese método con demasiado rigor, pero lo había intentado.

—Qué buen padre —dijo Lillie—. Desea lo mejor para sus hijos.

—Lo sé —repuso Nell.

—Un hijo siempre es lo primero —dijo Lillie.

—Lo sé —repitió Nell. Lo sabía sobre todo porque ahora ella misma tenía uno. Pero aquello había ocurrido varios años atrás.

De modo que así fueron las cosas, dijo Nell, durante el primer año más o menos. Luego Nell y Tig dejaron la granja alquilada y compraron otra granja, menos decrepita aunque no mucho menos, porque no tenían dinero para más.

Oona, sin embargo, dio por supuesto que había mucho más dinero del que había en realidad, le dijo Nell a Lillie, así que le pidió a Tig un aumento de la asignación para los niños. Pero si él le hubiera dado más dinero, explicó Nell, no habrían podido pagar los plazos de la hipoteca. Tal como funcionaban las cosas, Nell se hacía cargo de la mitad de los gastos corrientes. De más de la mitad, de hecho. No es que le reprochara nada a Tig, pero dos más dos no suman cinco.

A Oona le daba igual la aritmética. Empezó a decir a sus amistades de la ciudad que Nell era una persona horrible, y que había convertido a Tig en una persona igualmente horrible. Nell se enteró de esos calificativos, como era la intención de Oona: la gente nunca tiene escrúpulos en repetir esa clase de cosas.

Oona cambió de abogado —por entonces, Tig y Oona estaban metidos en los trámites del divorcio—, y como el nuevo no le consiguió un bocado mayor de los ingresos de Tig, volvió a cambiar de abogado.

—Él no tenía más dinero —dijo Nell—. ¿Qué iba a hacer? No se le pueden pedir peras al olmo.

—Pero vosotros sí teníais dinero —puntualizó Lillie.

—En realidad, no —repuso Nell—. Ella le escribió varias cartas nada amables. En esa época actuaba como si él fuera el culpable de abandonarla como a una huerfanita victoriana. Pero Tig nunca quiso decir nada malo sobre ella, debido a los chicos.

—Era la madre —señaló Lillie—, y cuando se trata de una madre y sus hijos, ya se sabe.

—Así es, en síntesis —dijo Nell. Y como Lillie parecía no entender la palabra, añadió—: Exactamente.

Sin embargo, la nueva granja no era ningún palacio, como a su debido tiempo informaron los chicos a Oona (para empezar, había ratas, y en primavera el suelo de tierra del sótano rezumaba agua, y en invierno el viento se filtraba a través de las paredes), de modo que poco a poco Oona se calmó en cierta medida. Se fue de vacaciones con distintos acompañantes y a diferentes lugares semitropicales. Tig esperaba que alguno de aquellos acompañantes acabase convertido en acompañante permanente, pero tal cosa nunca ocurrió.

Al cabo de un tiempo Tig y Nell se mudaron a la ciudad: a la casa adosada del barrio chino, la de las cucarachas, lo que no suponía ningún gran aliciente para Oona. Para entonces los chicos habían crecido y ya no vivían con ella. Tig podía establecer sus propios acuerdos con sus hijos, Oona ya no ejercía de intermediaria. Así pues, esa fuente de fricción quedó eliminada. Nell se sintió más ligera y menos preterida.

Pero entonces ocurrieron dos cosas. Oona se vio obligada a dejar su amplio y cómodo apartamento y habitar una serie de insatisfactorios pisos alquilados, precisamente cuando se había despedido de su último trabajo; y Tig y Nell se mudaron a una nueva casa, la misma en que Nell y Lillie estaban sentadas precisamente en ese momento, paladeando su té.

—No lo soporta —agregó Nell—. Cree que estamos viviendo en un palacio. Sólo ocurrió que tuvimos suerte, compramos y vendimos en el momento oportuno, pero ella está convencida de que nadamos en oro. Se sube por las paredes.

—Es comprensible —dijo Lillie—. Son cosas que ocurren. Pero es una mujer adulta. Unos tienen suerte, otros no.

—Sí —dijo Nell—. Pero es que no está bien.

La enfermedad de Oona se había mantenido latente durante años. Había engordado mucho, y a medida que sus carnes aumentaban perdía sustancia. Había perdido el ánimo, la seguridad con que antes se imponía a los demás la había abandonado: se había convertido en una persona dubitativa, insegura. Todo le daba miedo. No se atrevía a salir a la calle ni a entrar en túneles de ninguna clase, como los del metro.

Había visitado un médico tras otro, pero ninguno logró averiguar qué le ocurría exactamente. Podía ser esto, podía ser lo otro. En ocasiones perdía el

conocimiento —la última vez se había derrumbado en plena calle—, y después tenían que trasladarla al hospital, donde le recetaban un nuevo medicamento que no arreglaba nada. Últimamente vivía en un sitio con unos vecinos ruidosos que gritaban y celebraban fiestas por la noche, y por la mañana había jeringuillas tiradas por el césped. Para Oona se trataba de una situación difícil, penosa y atemorizadora. El hecho de que Oona pudiese sentirse realmente atemorizada era un concepto nuevo para Nell.

Tig decía que si tuviese dinero le compraría una casa a Oona, para que se beneficiasen los chicos. Lo decía mirando hacia otra parte, no directamente a Nell. Los chicos, afirmaba, estaban muy preocupados. A su vez, Tig estaba preocupado por los chicos, y eso hacía que Nell se preocupara por Tig.

—Son buenos chicos —dijo Lillie, que los había conocido—. Tienen unos modales encantadores. Quieren ayudar a su madre.

—Lo sé —reconoció Nell—. Tanto Oona como los chicos piensan que ella estaría mejor en su actual casa si no hubiera otros inquilinos. Su vida sería más tranquila. Pero no puede permitírselo.

—¿Y Tig? ¿Qué piensa?

—Tig no quiere discutir.

Lillie le dirigió una mirada perspicaz.

—¿Qué puedes hacer tú? —dijo.

Nell sabía qué era lo que podía hacer. Disponía de unos ahorros inesperados, producto de una pequeña herencia. No era gran cosa, pero lo suficiente. Había colocado el dinero en el banco, una inversión segura. Estaba allí, acusador, y nunca había sido mencionado.

Lillie la ayudó a buscar una casa. El mercado inmobiliario estaba al rojo vivo, dijo, y las propiedades circulaban a tal velocidad que el espectador se sentía mareado por el vértigo, de modo que no era fácil. Habría sido mucho mejor que a Oona se le hubiera antojado la casa en un momento propicio para los compradores, pero así es la vida. Y no sólo eso, sino que Oona tenía una lista de exigencias: nada de barrios pobres, le aterraba sentirse pobre. Que no fuese demasiado oscura, ni con muchas escaleras. Que estuviese cerca de una parada de autobús, y de un supermercado al que pudiera ir andando. Y que tuviese jardín.

Lillie empezó a mostrarle casas a Oona, siempre en compañía de al menos uno de los chicos; pero, como informó luego a Nell, era inútil.

—Quiere un castillo —dijo—. Los chicos le dicen que esas casas son demasiado grandes. Los pobres sufren, quieren ver feliz a su madre, son buenos hijos. Pero ella quiere algo grande. Más grande que el tuyo.

—No me lo puedo permitir —dijo Nell.

Lillie se encogió de hombros.

—Se lo he dicho. Pero no me cree.

Después fue Nell quien salió a buscar casa con Lillie, en el coche blanco de esta última. Lillie conducía inclinada hacia delante, como si esquiara. En un par de calles muy estrechas tuvieron problemas: Lillie fue a dar contra un arbusto ornamental. Nell se preguntó si veía bien. Pero a pesar de todo, encontraron algo que más o menos cumplía con los requisitos: una casa semiadosada de dos plantas con un pequeño jardín trasero y una galería con un rincón de desayunos acristalado, y tres pequeños dormitorios en el piso de arriba.

Los vendedores, dos hombres jóvenes, observaron, sentados en el sofá, a las potenciales compradoras subir por las escaleras. Habían dispuesto algunas macetas con plantas frente a la ventana principal —un geranio, un par de begonias algo marchitas—; era la única concesión que hicieron. Ni siquiera habían pasado el aspirador. Estando el mercado como estaba, ¿para qué molestarse?

—Uf —dijo Lillie en el sótano—. Toda esta basura irá fuera. Por lo menos no hay humedad. Con una persona alta tendríamos un problema, pero ¿quién es alto? Para hacer la colada, no está tan mal. Arriba se puede derribar un tabique, poner una claraboya. Para una persona hay mucho espacio, puede conseguirse algo atractivo, ¿sabes lo que quiero decir?

Ambas corrieron a la agencia y dieron la paga y señal justo a tiempo. Medio día más y alguien se les habría adelantado, dijo Lillie. Oona les pagaría un alquiler: era el arreglo que ella deseaba, dijeron los chicos. No quería que Nell la mantuviera. El alquiler no alcanzaría a cubrir todos los gastos, pero Oona no tenía por qué saberlo.

Hacía un tiempo que Nell y Oona no se hablaban. Los chicos les hacían de mensajeros.

Había sido duro para ellos, Nell lo sabía. Le daban lástima. Incluso Oona le daba lástima, aunque para ello tenía que esforzarse un poco. Decidió que ella misma no era una persona generosa. Algunos de sus amigos más raros — los que creían en las bolas de cristal y esa clase de cosas— le habían dicho que Oona estaba pagando alguna mala acción de una vida anterior. El destino le había impuesto la tarea de que fuese amable con Oona. Era una manera de

expresarlo, pensó Nell. La otra manera era que ella misma se había convertido en un felpudo que se coloca para que todo el mundo lo pise.

Nell cerró el trato sin mencionárselo a Tig. Cuando se lo contó, después, él le dijo dos cosas: «Estás loca» y «Gracias».

—Eres una buena persona —le dijo Lillie. Y envió dos boles con galletas compactas y dos notas en su papel floreado: una para Nell y otra para Oona.

La tranquilidad duró poco. Nell se sentía virtuosa y Oona más segura, y había dejado de quejarse de lo horribles que eran Nell y Tig. Éste se sentía menos preocupado, y los chicos más libres. Nell dijo a sus amigos que había tomado la decisión correcta. Le divertía lo incrédulos que se mostraban: después de todo lo que Oona había dicho de Nell —que los amigos sabían que Nell sabía, porque ellos mismos se lo habían contado—, ¿Nell le compraba una casa? ¿Qué clase de santa creía ser?

Había que hacer algunos arreglos: una casa siempre necesita reparaciones, como señaló Lillie. El porche de la entrada, por ejemplo, el aire acondicionado, la pintura —los chicos ayudaron mucho en ese apartado—. También el techo: resulta imposible disponer de una cubierta adecuada si no te preocupas por tenerla. Pero Oona tenía un gusto excelente —siempre lo había tenido—, y era una de las cualidades que no había perdido. Cuando acabó de colocar los muebles, nadie habría reconocido la casa.

—Lo ha dejado todo como si fuera nuevo —informó Lillie a Nell; porque, como todos, Oona se había encariñado con Lillie y la había invitado a tomar el té.

Aquel estado de equilibrio, sin embargo, no duró. La salud de Oona había mejorado al principio, pero luego decayó de nuevo. Las piernas le temblaban; le resultaba difícil subir y bajar las escaleras; ya no se sentía capaz de caminar hasta el super de la esquina. Los grandes contenedores de plantas que había colocado en el exterior de la galería se encharcaban. Oía ruidos por la noche —debían de ser mapaches, pero, como decía Lillie, con los ruidos nunca se sabe—, y estaba asustada. Los chicos instalaron un sistema de alarma. En una ocasión se disparó por error, y Oona se asustó todavía más, de modo que lo quitaron.

Era posible que los miedos se debieran a la medicación, dijeron los chicos. Tomaba una nueva clase de pastillas, o dos, o tres. Ella no quería tomarlas, porque hacían que se sintiese peor, pensaba. Además, estaba convencida de que acabaría sus días abandonada en la calle: se le agotarían

los ahorros, se encontraría sin blanca y Nell —que en efecto ahora era su casera— acabaría por echarla.

—Nunca haré una cosa así —dijo Nell. Pero Oona pensaba que sí lo haría.

Por debajo de los miedos de Oona se traslucía su deseo de que Nell rebajara o suprimiese el alquiler que pagaba. Uno de los chicos llegó a sugerirlo. Pero Nell estaba con la lengua fuera, desde el punto de vista económico, y, además, se sintió presionada en exceso. Ya he cedido demasiado, pensó. Un empujoncito más y explotaré.

Los chicos querían que Oona se mudara a un apartamento más pequeño y barato, con ascensor. Oona no conseguía decidirse; no podía subir escaleras, pero por otra parte los ascensores eran claustrofóbicos, como túneles. Estaba muy nerviosa, decían los chicos. Se quejaba de insomnio. Por fin, después de recurrir a varias agencias inmobiliarias y de descartar muchas posibilidades insatisfactorias, encontraron algo adecuado. Era un apartamento con un solo dormitorio, pequeño pero práctico; sería más seguro, nada que Oona no pudiera manejar. Oona dio su conformidad a regañadientes. No quería mudarse, pero tampoco quería quedarse donde estaba.

Nell llamó a Lillie para vender la casa.

—Con muebles siempre es más fácil —dijo Lillie—. Una *presona* puede verle las posibilidades. Y los muebles son bonitos.

Quería una casa de exposición, y Oona finalmente accedió. Lino de los chicos se quedaría allí para ayudar; el otro se la llevaría a pasar el día fuera, de modo que no tuviera que soportar a la muchedumbre de posibles compradores. Lillie trataría con ellos.

En cuanto a Nell y Tig, se fueron a Europa: a Venecia. Nunca habían estado allí y siempre habían querido ir. Con el dinero que quedaría disponible tras la venta de la casa —la casa de Oona, como la llamaba todo el mundo—, podían permitírselo.

Ya era hora de hacer un viaje así, pensó Nell. Los dos necesitaban alejarse del lento y gris remolino que giraba alrededor de Oona.

Lillie enfiló el camino de entrada con su coche blanco, aparcó y se apeó con dificultades. Subió los escalones de la entrada, uno por uno: los pies le dolían cada vez más. Llamó al timbre. Oona tenía que estar esperándola, para

que lo comprobara todo y preparase la casa para la exposición, pero nadie acudió a abrir.

Mientras Lillie seguía en el porche preguntándose qué hacer, se presentaron los chicos. También llamaron al timbre. Luego uno de ellos —el mayor— trepó por la tapia, se dejó caer en el interior, sobre los contenedores de plantas, y miró por las cristalerías de la galería. Oona estaba tendida en el suelo.

El chico rompió el cristal de una patada y se hizo un corte en una vena de la pierna. Oona estaba muerta. El doctor dijo más tarde que llevaba así varias horas. Había sufrido un ataque al corazón. En la mesa de la cocina seguía, intacta, una taza de té. El chico, sujetándose la pierna y dejando un reguero de sangre, fue cojeando hasta la puerta principal y la abrió. Llamaron una ambulancia; el hijo mayor se tendió en el suelo con la pierna levantada, y el más joven intentó restañar la sangre con servilletas. Lillie se sentó en el sofá de la sala, blanca como un papel y temblando.

—Nunca he visto nada tan horrible —repetía una y otra vez.

Nell, que se enteró de esto más tarde, lo consideró el primer indicio de que algo andaba mal en la mente de Lillie, porque aquello no podía ser lo más horrible que había visto en su vida. Ni de lejos.

Desde luego, renunciaron a la exposición de la casa. No se podía vender una casa con tanta sangre en el suelo. Pero al cabo de unas semanas, cuando ya habían retirado los muebles, Lillie volvió a intentarlo. Sin demasiados ánimos, advirtió Nell de inmediato. Le faltaba su antiguo entusiasmo, aquella convicción de que lo mejor siempre podía surgir de lo peor. Y no sólo eso: la casa misma la atemorizaba.

—Es una casa oscura —dijo a Nell—. Nadie quiere vivir en un lugar tan oscuro.

Y sugirió podar los arbustos.

Nell y Tig fueron a ver la casa. No era oscura. Por el contrario, la encontraron luminosa en exceso. Tanta luz significaría calor en verano. Pese a todo, cortaron algunas ramas.

—El sótano... está inundado —informó Lillie por teléfono. Parecía muy alterada.

Tig acudió allí de inmediato.

—El sótano está perfectamente seco —dijo luego a Nell.

Nell invitó a Lillie a tomar el té. Los narcisos estaban en flor. Lillie los miraba desde la ventana.

—¿Cómo llamas a esas flores? —preguntó.

—Lillie —dijo Nell—. No tienes por qué vender la casa. Lo hará otra persona.

—Quiero hacerlo, por ti —repuso Lillie—. Has tenido tantos problemas...

—Consideras que la casa es oscura —comentó Nell.

—Nunca he visto nada más horrible —dijo Lillie—. Horrible. Tanta sangre...

—No era sangre de Oona —puntualizó Nell.

—Era sangre —insistió Lillie.

—Crees que Oona todavía está allí —dijo Nell.

—Tú lo comprendes todo —dijo Lillie.

—Me ocuparé de eso —dijo Nell—. Conozco a gente que se encarga de solucionar esa clase de cosas.

—Eres una buena persona —dijo Lillie, y Nell se dio cuenta de que la mujer se rendía, de que cedía el bastón de mando. En adelante ya no sería la que lo comprendía todo, la que se hacía cargo de todo. En adelante tendría que ser Nell quien lo hiciese, por Lillie.

Nell llamó a su amigo del *feng shui*, y éste le habló de una experta en purificaciones. Eso sí, tendría que abonar unos honorarios, preferiblemente en metálico, añadió.

—Muy bien —asintió Nell—. No le digas nada de Oona ni de muertes. Quiero juego limpio.

¿Seguía Oona en la casa? ¿Estaba entorpeciendo la venta por venganza? Nell no lo creía. No podía imaginar que Oona hiciera algo tan banal. Sin embargo, las dos habían incurrido en banalidades equivalentes. La primera mujer y la segunda mujer: se parecían como dos fotocopias.

Tig llevó a Nell a la casa, pero no entró, se quedó en el coche. No quería tener nada que ver con aquello. Nell abrió la puerta con su llave y franqueó el paso a la experta, que se llamaba Susan. Susan no parecía una mujer espiritual; por el contrario, tenía una constitución atlética y una actitud práctica, de ir al grano. Cogió el sobre con sus honorarios y lo guardó en el bolso.

—Empezaremos por el piso de arriba —anunció.

Recorrió la casa habitación por habitación, incluidos el sótano y la galería. En cada lugar permanecía un rato inmóvil, con la cabeza ladeada. Finalmente, fue a la cocina.

—Ahora mismo no hay nadie en la casa —dijo—, pero ahí existe un canal por el que entran y salen las entidades. —Señaló el rincón de la galería donde habían encontrado el cuerpo de Oona.

—¿Un canal? —repitió Nell.

—Como una especie de túnel. Una conexión —explicó Susan, paciente—. Vienen a nuestro mundo y luego salen de él, por ahí.

—En ese lugar murió alguien —indicó Nell.

—En ese caso, han venido aquí a propósito, porque deseaban una transición rápida —dijo Susan.

Nell pensó en ello.

—Las entidades ¿son buenas o malas? —preguntó.

—Pueden ser las dos cosas —respondió Susan—. Las hay de todas clases.

—Si alguien ha tenido en su casa entidades malas, ¿qué puede hacer?

—Rodearlas de luz —contestó Susan.

Nell no preguntó cómo se conseguía semejante cosa.

—¿Cree que a las entidades les importará si cerramos el canal o lo trasladamos a otro lugar? —quiso saber. Aquello se parecía bastante al juego infantil del amigo imaginario. Con tal que funcione, pensó.

—Se lo preguntaré —dijo Susan. Permaneció inmóvil por un instante, a la escucha—. Dicen que está bien, pero que desplazemos el canal al jardín. No quieren que lo llevemos demasiado lejos. Les gusta el vecindario.

—De acuerdo —aceptó Nell. Hasta las entidades tenían preferencias en cuestión de vivienda, al parecer—. ¿Qué más hemos de hacer?

Lo que hicieron a continuación fue iniciar una especie de danza en círculo, al tiempo que agitaban unos cascabeles que Susan llevaba en el bolso.

—Ya está —anunció al fin—. El canal está cerrado. Pero para asegurarnos... —Sacó unas bolas hechas con hojas de salvia trituradas y las colocó en los cajones de la cocina—. Esto debería bastar para mantenerlas alejadas por un tiempo —añadió.

—Muchas gracias —dijo Nell.

—Ahora todo ha vuelto a ser normal —informó Nell.

—Has sido muy amable —dijo Lillie.

Pero no todo había vuelto a la normalidad. A Lillie seguía dándole miedo la casa. Allí había algo que no era Oona. Algo más antiguo, más oscuro, más terrible. Algo que había sido sacudido, que había despertado y emergido a la superficie. La sangre.

Más tarde, Nell contaría a la gente que debieron de ser los primeros síntomas del Alzheimer, o de lo que fuera que se llevó a Lillie poco tiempo después fuera del mundo tal como ella lo había conocido. Se fue a un lugar mejor, un lugar desprovisto de pasado, o de ciertas fases del pasado. En aquel lugar seguían con vida algunas personas que ella había conocido mucho

tiempo atrás, incluido su marido. La esperaba para llevarla a casa, dijo ella. No le gustaba que estuviese sola fuera, prefería que se quedase en la sala de estar, con las familiares piezas decorativas de porcelana, sobre todo después de oscurecer.

Los hijos, ya adultos, de Lillie hicieron algunos arreglos. Contrataron a una cuidadora para que su madre pudiera quedarse en su propia casa. Sería más cómodo para ella, pensaron. Lillie empezó a pintar a la acuarela, algo que nunca había hecho. Los cuadros eran vivos y alegres, muy luminosos, y en su mayor parte representaciones de flores. Cuando Nell iba a verla, le dedicaba una sonrisa de felicidad y decía:

—He hecho unas galletas especialmente para ti.

Pero no había hecho nada.

La casa de Oona se la han vendido a dos gays —dos artistas amigos de Nell y, según resultó, también antiguos clientes de Lillie— que se enamoraron de la luz que entraba desde el jardín en el piso de arriba. Han instalado allí su estudio. Han derribado varios tabiques y levantado otros, colocado una claraboya y cambiado toda la decoración. También han asignado un lugar poco habitual para su gato: una litera empotrada en la pared que se desliza fuera cuando la activa mediante un sensor. El gato se comporta de una manera extraña en el rincón de la galería donde encontraron a Oona, le cuentan a Nell: se sienta y mira fijamente hacia el jardín, como si viera alguna cosa.

—Está observando las entidades —explica Nell, que ha ido a tomar el té y admirar las innovaciones—. Las desplazamos al jardín. Ahí es donde querían tener su canal.

—¿Cómo? —se sorprenden los gays—. ¿Las cantidades? ¡No me digas que el gato está ahí quieto haciendo sumas y multiplicaciones! —Y los dos se echan a reír.

—No; las entidades —puntualiza Nell.

Entonces les cuenta la historia de Oona, de Tig y de ella misma, y de Susan la psíquica —les encanta la parte en que Nell baila en círculo al ritmo de los cascabeles—, y también la historia de Lillie. La modifica un poco, desde luego. Así resulta más divertida que como realmente ocurrió. Y todos los personajes son más simpáticos de como son en realidad. Excepto Lillie; con ella no hay necesidad de retoques.

A los gays les gusta la historia: es extravagante, y todo lo extravagante les encanta. También es una historia sobre ellos, puesto que es una historia sobre

su casa. Tener una historia detrás da carácter a una vivienda.

—¡Tenemos entidades! —exclaman—. ¿Quién sabe? Si alguna vez vendemos la casa, lo haremos constar en el anuncio. Estudio con encanto. Litera de gato empotrada y accionable. Entidades.

Pero ¿qué otra cosa podía haber hecho yo con todo este asunto?, piensa Nell en el camino de regreso a su casa. Toda aquella ansiedad y rabia, las dudosas buenas intenciones, las vidas enredadas, la sangre. Puedo contarlo o bien sepultarlo. A fin de cuentas, todos nos convertimos en historias. O bien en entidades. Tal vez las dos cosas sean lo mismo.

El fiasco de Labrador

Es octubre, pero ¿qué octubre? Uno de esos octubres con sus rápidas transiciones de luz, sus disminuendos, sus hojas caídas rojas y anaranjadas. Mi padre está sentado en su sillón, junto al fuego. Se ha puesto el batín a cuadros blancos y negros y las viejas zapatillas de piel, y ha colocado los pies sobre un cojín. Por consiguiente, debe de ser de noche.

Mi madre le está leyendo. Se ajusta una y otra vez las gafas y se encorva sobre el libro; o parece que se encorva. En realidad, es sólo la forma que tiene ahora.

Mi padre sonrío, de manera que ha de estar disfrutando de la lectura. Su sonrisa es más acentuada en el lado izquierdo que en el derecho: hace seis años sufrió una embolia, de la que todos pretendemos que se ha recuperado; y en buena medida, así es.

—¿Por dónde vais? —pregunto mientras me quito el abrigo. Ya conozco la historia, la he oído antes.

—Acaban de ponerse en camino —dice mi madre.

—Se equivocaron con las provisiones —apunta mi padre.

Eso le gusta: él nunca se habría equivocado con las provisiones. De hecho, para empezar jamás habría emprendido aquel viaje insensato, o (aunque en tiempos fue más temerario, más impetuoso, más seguro de su capacidad para afrontar el destino y superar los peligros) así lo cree ahora.

—Condenados locos —añade sin dejar de sonreír.

Pero ¿qué provisiones habían de llevar, sino las equivocadas? Azúcar blanco, harina, arroz; eso era lo que llevabas entonces. Guisantes secos, manzanas en conserva, galletas, tocino, jamón cocido. Cosas pesadas. Entonces no había productos congelados ni sopas de sobre; ni prendas de nailon, ni sacos de dormir que caben plegados en un bolsillo, ni lonas impermeables ultraligeras. Su tienda de campaña era de tela embreada. Las

mantas eran de lana. Llevaban el equipaje en mochilas de lona que se cerraban con correas de cuero e iban provistas de bandas de tela que se ajustaban a la frente para aliviar el peso en las espaldas. Esas bandas debían de oler a brea. Además de todo ello, llevaban dos rifles, dos pistolas, munición para mil doscientos disparos, una cámara y un sextante; y también los utensilios de cocina y la ropa. Tenían que transportar todo eso sobre los hombros en cada etapa, o bien cargarlo en la canoa con que remontaban el río, de unos seis metros de largo y con una estructura de madera recubierta de tela.

Sin embargo, nada de ello amedrentó a los aventureros, por lo menos al principio. Eran dos, dos jóvenes estadounidenses; habían hecho antes excursiones y acampado al raso, pero en latitudes más templadas, y al atardecer se sentaban ante las alegres llamas de la fogata en que una trucha recién pescada se freía en la sartén mientras el sol se ponía por el oeste y ellos fumaban sus pipas fragantes. Ambos eran capaces de redactar uno o dos párrafos al estilo de Kipling sobre la llamada de las tierras vírgenes y el reto de lo desconocido. Eso sucedía en 1903, cuando todavía estaba de moda la exploración como una prueba concluyente de virilidad, y cuando la propia virilidad aún estaba de moda y se creía naturalmente asociada a la palabra «limpia». Virilidad, limpieza y selvaticidad, un terreno en el que podías sentirte libre. Con un arma de fuego y una caña de pescar, por supuesto, para vivir de la naturaleza.

El líder de la expedición, que se llamaba Hubbard, trabajaba para una revista especializada en la vida al aire libre. Su idea era penetrar con su amigo y primo Wallace en los confines no cartografiados de la península de Labrador y escribir una serie de artículos sobre sus aventuras, para así hacerse un nombre. (Fueron sus palabras exactas: «Me haré un nombre»). En concreto, querían remontar el río Nascaupée, cuya fuente se hallaba, según afirmaban algunos, en el lago Michikamau, una sábana interior de agua rebosante de peces, según ciertos relatos. A continuación se proponían llegar hasta el río George, donde los indios se reunían todos los veranos para la caza del caribú, y desde allí encaminarse a alguna factoría de la bahía de Hudson, para regresar de nuevo a la costa. Mientras estuvieran entre los indios, Hubbard proyectaba realizar algún pequeño trabajo de antropología *amateur*, que también publicaría, con fotografías: un cazador de pelo sucio sosteniendo un rifle anticuado, con un pie apoyado en la pieza cobrada; una cabeza de caribú cortada, con sus enormes astas; mujeres con collares de cuentas y ojos brillantes mordiendo las pieles, o cosiéndolas, o lo que fuera que hiciesen. Se

titularía *La última tribu salvaje*. O algo por el estilo. Eran temas que despertaban un gran interés. También describiría sus menús.

(Esos indios, empero, venían del norte. Ninguno de ellos había seguido la ruta del río desde el oeste o desde el sur).

En historias semejantes siempre hay —o se supone que siempre ha de haber— un viejo indio que se presenta a los hombres blancos cuando éstos están a punto de partir. Viene a advertirles, porque él está lleno de buena voluntad y ellos son ignorantes.

—No ir allí —les dice—. Es lugar que nosotros siempre evitar.

En los cuentos, los indios tienen una forma de hablar ceremoniosa.

—¿Por qué? —preguntan los hombres blancos.

—Allí habitar los malos espíritus —responde el indio anciano.

Los hombres blancos se miran, sonríen, le dan las gracias, y no hacen caso de su consejo. Supersticiones de nativos, piensan. De modo que se dirigen al lugar contra el que se les previno, y, después de muchas penurias, mueren. El viejo indio sacude la cabeza al enterarse. Insensatos hombres blancos, pero ¿cómo advertirles? Carecen de respeto.

No hay ningún indio anciano en esta historia —por una razón u otra, quedó fuera del libro—, de modo que mi padre asume su papel.

—No tendrían que haber ido allí —dice—. Los indios nunca siguen ese camino.

Sin embargo, no menciona a los «malos espíritus».

—No hay comida —añade. Para los indios debía de ser lo mismo, porque ¿de dónde viene la comida sino de los espíritus? Allí no la hay, es un hecho; quizá porque algún espíritu maligno se la llevó.

Hubbard y Wallace intentaron contratar a varios indios para que los acompañaran al menos en las primeras etapas del viaje y los ayudaran con la carga. Ninguno aceptó; todos dijeron estar «muy ocupados». Lo cierto es que sabían demasiado. Lo que sabían era que resultaba imposible llevar hasta allí toda la comida que necesitarían. Y si no podías llevarla, tendrías que matarla. Pero hete aquí que casi nunca había nada que matar. Así pues, «demasiado ocupados» significaba «demasiado ocupados para morir». Y también «demasiado corteses para señalar lo que es obvio».

Los dos exploradores hicieron bien una cosa: contrataron un guía. Se llamaba George y era, por lo menos en parte, un indio cree; lo que entonces llamaban «de raza» cree. Era de James Bay, un lugar demasiado alejado de Labrador para que supiera toda la cruda verdad acerca de lo que les esperaba. George viajó al sur y se reunió con las personas que lo habían contratado en

Nueva York, donde nunca había estado. De hecho, nunca había estado en Estados Unidos, ni en una ciudad. Mantuvo la calma, observó cuanto lo rodeaba y dio buena prueba de sus recursos al figurarse lo que era un coche de punto y cómo alquilar uno. Su capacidad para razonar acerca de las cosas le sería de gran utilidad más tarde.

—Ese George era un gran tipo —dice mi padre. George es su personaje favorito de esta historia.

En alguna parte de la casa hay una fotografía de mi padre; entre la última página y la tapa de un álbum de fotos, tal vez con otras fotos que aún no han sido colocadas en el álbum. En la imagen parece treinta años más joven, en una u otra excursión en canoa: si no escribes esos datos al dorso de las fotografías, los olvidas. Es evidente que está atravesando un tramo entre dos corrientes de agua. No se ha afeitado, se ha atado a la cabeza un pañuelo debido a los moscones y mosquitos, y carga a la espalda con una enorme mochila, sujeta, además, por una ancha banda de tela que le cruza la frente. Tiene el cabello oscuro, la piel reluciente y curtida, y nadie lo llamaría limpio. Su aspecto resulta ligeramente maligno; como si fuera un pirata, o bien uno de esos guías de los bosques del norte, capaces de desaparecer en mitad de la noche con tu mejor rifle justo antes de que se presenten los lobos. Pero también tiene el aspecto de alguien que sabe lo que está haciendo.

—Ese George sabía lo que estaba haciendo —dice ahora mi padre.

Después de salir de Nueva York, claro está; mientras estuvo allí, George no sirvió para gran cosa, porque no sabía dónde ir a comprar. Fue en Nueva York donde los dos hombres reunieron todas las provisiones necesarias, a excepción de una red vertical para pescar, porque pensaron que en el norte encontrarían una. También omitieron comprar mocasines de recambio. Ése fue tal vez su error más grave.

Después emprendieron la marcha, primero en tren, luego en barco y finalmente en otro barco más pequeño. Los detalles resultan aburridos. El tiempo era malo, la comida pésima, ninguno de los transportes llegó con puntualidad. Pasaron muchas horas e incluso días vagando por los muelles y preguntándose cuándo aparecería su equipaje.

—Basta por esta noche —dice mi madre.

—Me parece que se ha dormido —observo.

—Antes nunca se dormía. Al menos con esta historia. Suele estar muy atareado confeccionando su lista.

—¿Su lista?

—La lista de lo que él habría llevado.

Mientras mi padre duerme, sigo hojeando el libro. Los tres hombres han pisado por fin tierra firme en la desolada orilla nororiental de Labrador y han salido de su última base avanzada. Empieza el viaje en serio. Están a mediados de julio, pero el corto verano acaba muy pronto y todavía les quedan unos ochocientos kilómetros por recorrer.

Su objetivo es cruzar navegando el largo y estrecho Grand Lake, en cuyo extremo occidental, así se lo han contado, desagua el río Nascaupee. El único mapa que han visto, rudimentariamente trazado por un explorador blanco cincuenta años atrás, muestra el Grand Lake y un único río que desemboca en él. Un río, es todo lo que han mencionado los indios: el río que va a alguna parte. ¿Por qué hablar de los otros, si nadie pregunta por ellos? Hay muchas plantas que no tienen nombre porque ni pueden comerlas ni utilizarlas de otra manera.

Pero lo cierto es que hay cuatro ríos más.

Esa primera mañana se sienten eufóricos, o así lo recuerda Wallace. Tienen grandes esperanzas, la aventura los llama. El cielo es de un azul intenso, el aire fresco, el sol brilla, las copas de los árboles parecen dirigirles guiños. Ellos carecen de experiencia suficiente para precaverse de los guiños de las copas de los árboles. Para almorzar comen tortas de avena con caramelo, y una sensación de bienestar les invade. Saben que van hacia el peligro, pero saben también que son inmortales. En el norte suelen darse esos estados de ánimo. Toman fotografías con su cámara: de la canoa, de los equipajes, el uno del otro: bigotudos, sudados, con vendas para protegerse las piernas, y en la cabeza algo que recuerda un sombrero hongo; reclinados descuidadamente sobre los canaletes de la canoa. Patéticos, pero sólo cuando conoces el final. Como si estuvieran derrochando el tiempo que les queda de vida.

Hay otra fotografía de mi padre, quizá del mismo viaje de la foto de la travesía por tierra; por lo menos, lleva el mismo pañuelo en la cabeza. En esta ocasión sonrío a la cámara, mientras simula afeitarse con su hacha. La imagen sugiere dos exageraciones jactanciosas: que el hacha está afilada como una navaja de afeitar, y que su barba es tan dura que sólo puede cortarla un hacha. Son bravuconadas, bromas de excursión en canoa. Aunque desde luego, en secreto, hubo una época en la que él creyó ambas cosas.

El segundo día los tres hombres pasan delante de la boca del Nascaupee, oculta detrás de una isla que parece seguir la línea de la orilla. Continúan

hasta el fondo del lago y empiezan a remontar el río que encuentran allí. Han elegido el camino equivocado.

Paso más de una semana sin regresar a Labrador. Lo hago un sábado por la noche. Arde un gran fuego y mi padre está sentado frente a él, esperando a ver qué ocurre a continuación. Mi madre ha preparado bizcochos de régimen y té descafeinado. Yo apporto unos pastelitos.

—¿Cómo va todo? —pregunto.

—Estupendamente —responde mi madre—. Pero no hace suficiente ejercicio.

En lo que a ella concierne, «todo» significa mi padre.

—Deberías obligarlo a pasear —digo.

—¿Obligarlo?

—Bueno, sugerírselo.

—No ve razón para pasear sólo por pasear —dice—, sin ir a ningún sitio en particular.

—Puedes mandarlo a hacer recados —propongo, y ni siquiera se molesta en contestar.

—Pone como excusa que le duelen los pies —dice.

Pienso en la larga hilera de botas y zapatos casi nuevos que hay en el armario; una hilera que últimamente no ha dejado de crecer. Sigue comprando botas y zapatos. Debe de pensar que, si consigue encontrar el par adecuado, lo que sea que le causa ese dolor de pies desaparecerá.

Llevo las tazas de té, distribuyo los platos.

—¿Cómo siguen Hubbard y Wallace? —pregunto—. ¿Habéis llegado a la parte en que se comen la lechuga?

—Un recurso insuficiente —comenta mi padre—. Se equivocaron de río, pero aun cuando hubiesen encontrado el río correcto, ya era demasiado tarde para empezar la travesía.

Hubbard, Wallace y George remontan dificultosamente la corriente. A mediodía, el calor es opresivo. Las moscas los atormentan; las hay pequeñas como alfileres y otras gigantes, del tamaño de un pulgar. El río apenas es navegable (en los tramos donde las aguas son muy someras tienen que cargar con la canoa), y el bosque es espeso y enmarañado, sin senderos. Frente a ellos se extiende el río; a sus espaldas, el bosque se cierra como un laberinto.

Las orillas son cada vez más abruptas; las pendientes de las colinas, más escarpadas. El paisaje es desolador: píceas retorcidas, abedules, álamos, troncos achaparrados, quemados aquí y allá, derribados de modo que entorpecen el avance.

¿Cuánto tiempo pasa hasta que caen en la cuenta de que se han equivocado de río? No demasiado. Esconden una parte de sus reservas de comida para no cargar con ella; abandonan otra parte. Consiguen cazar un caribú, se lo comen y tiran las pezuñas y la cabeza. Les duelen los pies; sus mocasines están destrozados.

Por fin, Hubbard trepa a una colina más alta y desde la cima ve el lago Michikamau; pero el río cuyo curso han seguido no conduce hasta él. El lago está demasiado lejos: es improbable que consigan atravesar el bosque cargando con la canoa. Han de retroceder.

Por las noches ya no hablan de descubrimientos y exploraciones. Discuten lo que van a comer. Lo que van a comer al día siguiente y lo que comerán cuando regresen. Imaginan menús, sueñan con festines, con grandes comilonas. George consigue matar o atrapar alguna pieza, un pato aquí, una grulla allá. Un arrendajo. Pescan sesenta truchas, laboriosamente, una a una, utilizando un anzuelo y un sedal, porque no tienen red. Las truchas son limpias y frescas como el agua helada, pero no superan los quince centímetros de longitud. Nada resulta ni de lejos suficiente. Las penurias del viaje consumen más energía de la que consiguen aportar a su organismo; se van disolviendo poco a poco, enflaquecen.

Mientras, las noches se hacen cada vez más largas y oscuras. En las orillas del río empieza a formarse hielo. Cargar la canoa cuando vadean las aguas someras, heladas como cuchillos, los deja temblorosos y jadeantes. Caen los primeros copos de nieve.

—Es una tierra áspera —dice mi padre—. No hay alces, ni osos siquiera. La ausencia de osos siempre es mala señal.

Ha estado allí, o cerca de allí; es la misma clase de terreno. Habla con admiración y nostalgia, y en cierto modo con tristeza.

—Por supuesto, ahora puedes sobrevolar aquello, y hasta cubrir el trayecto en un par de horas. —Agita una mano con desdén: tanto peor para los aviones.

—¿Qué hay de la lechuza? —pregunto.

—¿Qué lechuza? —dice mi padre.

—La que se comieron —aclaro—. Me parece que fue cuando la canoa volcó y consiguieron salvar las cerillas metiéndoselas en las orejas.

—Creo que éstos fueron otros —dice mi padre—. Los que intentaron lo mismo años después. No recuerdo que esos tipos se comieran una lechuza.

—Si se hubieran comido una, ¿qué clase de lechuza habría sido? —pregunto.

—La cornuda o boreal, con suerte. Tiene más carne. Pero también pudo ser una especie más pequeña. —Emite una serie de chillidos agudos e irreales, como los ladridos lejanos de un perro, y a continuación sonrío. Conoce por la voz todos los pájaros de la región; todavía los distingue.

—Duerme demasiado por las tardes —dice mi madre.

—Quizás es que está cansado —digo.

—No debería estar tan cansado. Cansado, y nervioso además. Está perdiendo el apetito.

—Puede que necesite un *hobby* —aventuro—. Algo que lo distraiga.

—Antes tenía un montón de *hobbies* —dice mi madre.

Me pregunto qué habrá sido de ellos. Las herramientas y los materiales siguen ahí: el cepillo y el nivel de carpintero, las plumas a las que atar moscas para cebo, la máquina para ampliar páginas impresas, las puntas para fabricar flechas. Esos restos fragmentarios me parecen artefactos como los que salen a la luz en las excavaciones arqueológicas, y que luego son analizados y clasificados, y con los que se deduce la clase de vida de aquella época primitiva.

—Solía decir que quería escribir sus memorias —añade mi madre—. Una especie de informe o de relación. Hablar de todos los lugares en que ha estado. Empezó varias veces, pero ha perdido todo el interés. No ve muy bien.

—Podría utilizar una grabadora —apunto.

—Socorro —dice mi madre—. ¡Basta de trastos en esta casa!

El viento aúlla y luego se calma, la nieve cae y después deja de caer. Los tres hombres han pasado a un río diferente, confiando en que sea el bueno, pero no lo es. Una noche, George tiene un sueño: Dios se le aparece, resplandeciente y afable, y de manera amistosa pero firme dice: «No puedo proporcionaros más truchas de éstas, pero si descendéis por el río llegaréis al Grand Lake sin problemas. No abandonéis el río, y yo os pondré a salvo».

George cuenta su sueño a los otros dos. No le hacen caso. Abandonan la canoa y prosiguen a pie, con la esperanza de encontrar su anterior senda. Al

cabo de un tiempo demasiado largo llegan al valle del primer río que remontaron, y escarban en sus anteriores lugares de acampada en busca de cualquier alimento que desecharan entonces. Ya no cuentan la distancia por kilómetros, sino por días; cuántos días hace que partieron, y cuántos les quedan aún para regresar. Pero eso dependerá del tiempo y de sus propias fuerzas: de lo rápido que sean capaces de marchar. Encuentran un grumo de harina mohosa, un pedazo de tocino, algunos huesos, pezuñas de caribú, que ponen a hervir. Una lata con restos de mostaza seca: la añaden a la sopa y la encuentran estimulante.

Cuando llega la tercera semana de octubre, las cosas están así:

Hubbard se encuentra demasiado débil para continuar. Lo dejan atrás, envuelto en mantas, dentro de la tienda, con una fogata encendida. Los otros dos siguen avanzando; tienen la esperanza de salir de allí y de enviar luego a alguien para socorrerlo. Él les ha dado el resto de los guisantes secos.

Nieva. Para comer se prepara un té fuerte y caldo hecho de huesos y un pedazo de cuero hervido, arrancado del único mocasín que le queda; está realmente delicioso, escribe en su diario. Se ha quedado sin calzado. Confía ciegamente en que los otros dos regresen a tiempo para salvarlo, o así lo anota. Sin embargo, empieza un mensaje de despedida para su mujer. Escribe que le quedan unos guantes de piel, y que piensa hervirlos y comérselos al día siguiente.

Después se duerme, y luego muere.

Al cabo de unos días, algo más al sur, también Wallace tiene que rendirse. George y él se separan: Wallace se propone volver atrás con los últimos residuos de comida que han conseguido localizar, unos puñados de harina enmohecida. Regresará junto a Hubbard y los dos juntos esperarán a que acudan a rescatarlos. Pero lo sorprende una tormenta y pierde sus pertrechos; encuentra un refugio provisional bajo unas ramas caídas, y allí espera a que deje de nevar. Se encuentra extremadamente débil y no siente hambre, lo que ya sabe que es mala señal. Cada movimiento que hace es lento y deliberado, y al mismo tiempo irreal, como si su cuerpo fuera una realidad separada y él mismo lo observase desde fuera. A la pálida luz del día o al resplandor rojizo del fuego —porque todavía tiene fuego—, sus propios dedos le parecen algo milagroso. Tanta claridad y detalle; sigue el dibujo de la manta de lana como si estuviera trazando un mapa.

Se le ha aparecido su difunta esposa y le ha dado varios consejos prácticos para dormir mejor: si dispone una capa más gruesa de ramas bien ordenadas debajo del saco, le ha dicho, estará más cómodo. A veces sólo la oye; otras, puede verla. Lleva un vestido veraniego azul, y el largo cabello recogido con horquillas en un brillante moño. Parece estar a gusto allí; las ramas del refugio improvisado son visibles a través de su cuerpo. A Wallace eso ya no le sorprende.

Aún más lejos, George sigue caminando. Sabe más o menos hacia dónde se dirige; encontrará ayuda y volverá por los otros. Pero aún no ha salido, sigue dentro. La nieve lo rodea, el cielo, de un gris plomizo, lo cubre; en un momento dado, encuentra sus propias huellas y se da cuenta de que ha estado caminando en círculo. También él está flaco y débil, pero ha conseguido cazar un puercoespín. Se detiene a pensar sobre el asunto: puede desandar el camino y compartir el puercoespín con sus compañeros; o puede comérselo él solo y seguir caminando. Sabe que si vuelve atrás es poco probable que ninguno de los tres salga con vida de allí; en cambio, si continúa habrá una posibilidad, al menos para él. Sigue adelante, royendo los huesos.

—Ese George tomó la decisión correcta —dice mi padre.

Una semana más tarde, mi padre sufre otra embolia, mientras está sentado a la mesa, comiendo. En esta ocasión pierde parcialmente la visión en ambos ojos, la memoria inmediata y el sentido de la orientación. En un minuto ha quedado perdido; tantea por la sala como si nunca hubiera estado allí. Los médicos dicen que esta vez hay muy pocas probabilidades de recuperación.

Pasa el tiempo. Al otro lado de la ventana han florecido las lilas, y él puede verlas, al menos en parte. A pesar de eso, cree que estamos en octubre. Pero su instinto subsiste. Sentado en su sillón, intenta distinguir las cosas. Un cojín del sofá se parece mucho a otro, a no ser que hayas puesto el pie encima. Observa el brillo del sol en el entarimado y la conclusión más cercana a la realidad a la que llega es que se trata de un río. En situaciones extremas has de aguzar el ingenio.

—Estoy aquí —le digo, y beso su mejilla reseca. Por lo menos no se ha quedado calvo. Tiene el cabello de un blanco plateado, como el plumaje de una garceta.

Me mira con el rabillo izquierdo de los ojos, la única parte que aún le funciona.

—Pareces haber envejecido mucho de pronto —dice.

Hasta donde sabemos, ha perdido los recuerdos de los cuatro o cinco últimos años, y también los de varios periodos anteriores. Se siente decepcionado conmigo: no por nada que yo haya hecho, sino por lo que he dejado de hacer. He dejado de mantenerme joven. Si lo hubiera conseguido, habría podido salvarlo; porque en ese caso tal vez él también continuara siendo el de antes.

Busco algo para divertirlo. He intentado registrar cantos de pájaros, pero no le gusta: le traen a la memoria algo que una vez supo y que ahora no consigue recordar. Las lecturas no sirven de nada, ni siquiera las cortas, porque cuando pasas a la segunda página ya se ha olvidado del principio. ¿Dónde estamos, si se nos priva de nuestras tramas?

La música es mejor; cae gota a gota, momento a momento.

Mi madre no sabe qué hacer, de modo que pasa el tiempo ordenando una y otra vez tazas y platos, documentos, los cajones del escritorio. En este momento está fuera, arrancando hierbajos del jardín con un frenesí huraño. Zarzas y pellas de tierra vuelan por el aire: ¡por lo menos una cosa quedará hecha! Sopla el viento; tiene el pelo revuelto, erizado como si fuesen plumas.

Le he dicho que no puedo quedarme mucho rato.

—¿No puedes? Pero podemos tomarnos un té, puedo encender el fuego...

—Hoy no —digo con firmeza.

Él alcanza a verla, más o menos, ahí fuera, y quiere que vuelva a entrar. No le gusta que esté al otro lado del cristal. Si deja que desaparezca de su campo visual, ¿quién sabe adonde se marchará? Podría desaparecer para siempre.

Le aprieto la mano buena.

—Entrará pronto —digo. Pero pronto podría ser dentro de un año.

—Quiero ir a casa —dice. Sé que es inútil explicarle que está en su casa, porque él desea algo más. Desea ser como era antes.

—¿Dónde estamos ahora? —pregunto.

Me dirige una mirada astuta: ¿acaso intento enredarlo?

—En el bosque —responde—. Tenemos que salir de aquí.

—Aquí estamos estupendamente —digo.

Él parece reflexionar por un momento.

—No hay mucho que comer.

—Hay provisiones de sobra —apunto, y eso lo tranquiliza.

—Pero no disponemos de suficiente leña.

Es algo que le preocupa; lo repite todos los días. Tiene los pies fríos, dice.

—Podemos conseguir más leña —comento—. La cortaremos.

Él no está tan seguro.

—Nunca pensé que podría ocurrir algo así —dice. No se refiere a la emboba, porque ignora que la ha tenido, sino a sentirse perdido.

—Sabemos lo que hay que hacer —digo—. De una forma u otra, saldremos adelante.

—Saldremos adelante —repite, pero hay un temblor de duda en su voz. No se fía de mí, y con razón.

Los chicos del laboratorio

Los chicos del laboratorio no eran chicos. Eran hombres jóvenes, aunque no muy jóvenes: a un par de ellos empezaba a clarearles el pelo en las sienes. Debían de andar por los veintitantos. Si hablabas con alguno por separado, nunca lo llamarías chico. Pero en grupo eran los chicos. Los Chicos, con mayúscula, siempre de pie en el muelle, algunos de ellos descamisados. Se los veía bronceados: la luz del sol estaba más filtrada entonces, la capa de ozono era más espesa, pero de todos modos se los veía bronceados.

Eran musculosos, y sonreían, con esa clase de sonrisa que ya no se ve en la cara de los varones. Caras como las tuyas proceden de los tiempos de la guerra, cuando los hombres fumaban en pipa y llevaban bigote. Creo que los chicos tenían pipas —me parece recordar una o dos—, y uno de ellos lucía bigote. Puedes comprobarlo en la fotografía.

Yo los encontraba muy atractivos. O no: era demasiado joven para sentirme atraída. Pero me parecían..., bueno, mágicos. Eran un punto de destino deseado, el objeto de una búsqueda. Ir a verlos era —en perspectiva, por lo menos— una posibilidad radiante.

Los chicos llegaban al laboratorio todas las primaveras, por la época en que aparecían las nuevas hojas, las moscas y los mosquitos. Venían de muchos lugares; cada año eran distintos. Trabajaban con mi padre. No estaba segura de en qué consistía su trabajo, pero tenía que ser excitante, porque el mismo laboratorio lo era, al igual que cualquier sitio al que no podíamos ir a menudo.

Llegábamos allí en un pesado bote de remos desde la aldea de apenas cinco casas que había a unos ochocientos metros de distancia —era nuestra madre quien remaba, sabía hacerlo muy bien—, o en lugar de ello seguíamos un sendero sinuoso que salvaba árboles caídos y rodeaba tocones y rocas y cruzaba tramos encharcados en los que había algunos tablones resbaladizos

sobre el suelo musgoso; se respiraba el olor de los hongos, de la madera húmeda y las hojas caídas. Era una caminata demasiado larga para nosotros, que teníamos las piernas cortas, de modo que la mayor parte de las veces íbamos en el bote de remos.

El laboratorio estaba construido con troncos y parecía enorme, aunque en las dos fotografías que han sobrevivido se asemeja a una cabaña. Tenía un porche con una especie de marquesina y una barandilla. Dentro había cosas que no se nos permitía tocar: botellas que contenían un líquido peligroso en el que flotaban gusanos blancos, con sus seis delgadas patitas frontales unidas como las manos al rezar, y tapones de corcho que olían a veneno y eran venenosos, y bandejas con insectos disecados clavados con agujas largas y delgadas, cada una con una bonita bolita negra por cabeza. Todo aquello estaba tan prohibido que hacía que sintiésemos vértigo.

En el laboratorio podíamos escondernos en la casa de hielo, un lugar sombrío y misterioso que era siempre mayor por dentro que por fuera, y donde reinaba el silencio y había montones de serrín para mantener fríos los bloques de hielo. A veces había una lata de leche condensada con la parte superior perforada y un papel encerado tapando los agujeros; otras, un bloque de mantequilla cuidadosamente envuelto, o una punta de tocino; o uno o dos pescados, por lo general lucios o truchas de lago, ya limpios y dispuestos en una bandeja de esmalte desportillada.

¿Qué hacíamos allí dentro? En realidad no había nada que hacer. Simulábamos haber desaparecido, que nadie sabía dónde estábamos, lo cual, por sí solo, ya resultaba extrañamente estimulante. Luego salíamos, emergíamos del silencio, de regreso al aroma de la pinocha y al ruido de las olas rompiendo en la orilla, y a la voz de nuestra madre que nos llamaba porque era hora de volver al bote y remar de nuevo en dirección a casa.

Los chicos del laboratorio cogían los pescados de la casa de hielo y los freían para la cena. Eran ellos quienes cocinaban —otra de sus extrañas características—, porque allí no había mujeres. Dormían en tiendas, grandes tiendas de lona, dos o tres en cada una; tenían colchones hinchables, y pesados sacos de dormir rellenos de capoc. Eran muy bromistas, o eso me gusta creer. Hay una foto en la que simulan estar dormidos, con los pies descalzos asomando por el extremo de la tienda. Los chicos de los pies se llamaban Cam y Ray. Son los únicos que tienen nombre.

¿Quién tomó esas fotografías? Y ¿por qué? ¿Mi padre? O, lo que sería más interesante, ¿mi madre? La imagino riendo mientras las hacía; supongo que bromeaban, que se divertían un poco. Tal vez hubo un poco de flirteo inocente, de la clase que todo el mundo sabía que no tendría consecuencias. Fue mi madre quien pegó a los chicos en su álbum de fotos y escribió debajo: «Los chicos». «Los chicos en el laboratorio». «Cam y Ray, “durmiendo”».

Mi madre está acostada en la cama en que permanece desde hace un año. En ciertos aspectos, se trata de un acto de voluntad. Perdió progresivamente la vista y después ya no pudo caminar sola, porque se caía, de modo que necesitaba tener alguien a su lado, alguno de sus amigos, todos mayores que ella; pero incluso cuando salían cogidos del brazo, ella tropezaba, perdía el equilibrio y entonces los dos corrían el riesgo de caerse o acababan en el suelo. Consiguió un par de ojos a la funerala y se rompió una costilla: cayó sobre la mesita de noche colocada junto a su cama y debió de estar muchas horas en el suelo, intentando dolorosamente trepar a la cama y cayendo de nuevo, como un escarabajo metido en un bote de cristal, hasta que la encontró la mujer que habíamos contratado —a pesar de las protestas de mamá— para que le hiciese compañía durante el día.

Entonces comenzó a tener miedo a caminar, aunque nunca lo dijo, y después ese mismo miedo la enfureció. Finalmente decidió rebelarse. Rebelarse contra todo aquello: la ceguera, la falta de movilidad, las caídas, las heridas, el miedo. Se negó a tener nada que ver con aquellas fuentes de desgracias y se retiró bajo las sábanas. Fue su manera de cambiar de tema.

Últimamente ya no podía caminar por mucho que lo intentara: sus músculos se habían debilitado demasiado. Pero su corazón siempre había sido fuerte y continuaba funcionando. Pronto iba a cumplir noventa y dos años.

Me siento a su derecha, que es el lado de su oído bueno: del otro oído es sorda como una tapia. La audición por su oído bueno y el sentido del tacto son sus dos últimos contactos con el mundo exterior. Durante un tiempo creímos que aún podía oler; le llevábamos ramos de flores —sólo muy olorosas, como rosas o fresias— y se los acercábamos a la nariz.

—¡Aquí tienes! —le dijimos un día—. ¿Verdad que huelen bien?

No contestó. A lo largo de su vida ha dicho menos mentiras que la mayoría de la gente, muchas menos: podría decirse que nunca ha mentado. En ocasiones, cuando podía haber recurrido a una mentira, prefería callar. Otra

madre, de una clase diferente, habría dicho: «Sí, huelen muy bien, muchas gracias». Pero ella no lo dijo.

—No hueles nada, ¿verdad? —pregunté por fin.

—No —respondió.

Está acurrucada de lado con los ojos cerrados, pero no duerme. Tiene la manta verde subida hasta la barbilla. Sus dedos asoman por encima del borde; son dedos apergaminados, casi puro hueso, cerrados en un puño diminuto. Es necesario abrirle las manos y aplicarles masaje, y no resulta nada fácil, porque aprieta mucho los dedos. Es como si aferrara una cuerda invisible. Es la cuerda de un barco, la que cuelga de un acantilado, algo a lo que tiene una necesidad absoluta de agarrarse para no caer por la borda, para no precipitarse al vacío.

Tiene el oído bueno contra la almohada, cerrado a la realidad exterior. Le hago girar la cabeza con suavidad, para que pueda oírme.

—Soy yo —digo.

Hablarle al oído es como hablar desde el extremo de un largo túnel estrecho que conduce, a través de la oscuridad, a un lugar que no consigo imaginar. ¿Qué hace ella allí todo el día? Todo el día y toda la noche. ¿En qué piensa? ¿Está aburrida, está triste, qué sucede en realidad? Su oído es el único nexo con todo un mundo de actividad subterránea; es como una seta, una pálida y pequeña señal que brota del suelo para revelar que una amplia red de hilos interconectados sigue viva y floreciente allá abajo.

—¿Sabes quién soy? —le pregunto al oído. Tiene, en efecto, la forma de una seta.

—Sí —contesta, y sé que es cierto; como he dicho, nunca miente.

En ocasiones como ésta, mi función es contarle historias. Las que más le gusta oír se refieren a sí misma, cuando era mucho más joven. Entonces sonrío; en ocasiones, hasta añade alguna cosa. Ya no tiene capacidad para inventar un argumento, pero sabe lo que sucede, o lo que sucedió una vez, y puede formular una o dos frases. Me veo limitada porque sólo puedo relatarle las historias que ella me contó en alguna ocasión, y no son muchas. Prefiere las historias emocionantes, o las que la muestran como una mujer que sigue su propio camino a pesar de las dificultades, o las historias divertidas, sencillamente.

—¿Recuerdas a los chicos del laboratorio? —pregunto.

—Sí —responde. Eso significa que realmente los recuerda.

—Se llamaban Cam y Ray. Vivían en una tienda de campaña. Hay una foto en la que asoman los pies por la entrada de la tienda. ¿Te acuerdas de

ellos? ¿Te acuerdas de ese verano?

Contesta que sí.

Me resulta difícil describir cómo era mi madre en aquella época. No: me resulta difícil describir su rostro. Su rostro ha tenido tantas versiones posteriores, depositadas como sedimentos sobre él, que no consigo recuperar aquel rostro anterior. Incluso sus fotografías no concuerdan con nada que yo recuerde. Sin embargo, recuerdo su esencia: su voz, su olor, la sensación que experimentaba al abrazarla, los ruidos tranquilizadores que venían de la cocina cuando ella trajinaba allí, incluso el sonido de su voz cuando cantaba, porque solía cantar. En tiempos lo hizo en el coro de la iglesia; tenía una buena voz.

Recuerdo algunas de sus canciones, o parte de ellas:

*Sopla, sopla, dulce viento del oeste,
que vienes de aquí o de allá,
y vas allá o aquí,
sopla de nuevo hacia mí
mientras duermen mis pequeños,
mis tesoros...*

Yo solía pensar que cantaba porque se sentía feliz, pero en realidad creo que lo hacía para que nos durmiéramos. A veces no quería irme a dormir, pero simulaba hacerlo. Entonces me encaramaba sin hacer ruido a la almohada y atisbaba por un orificio de la pared. Me gustaba observar a mis padres sin que lo supieran. «Voy a echarles un vistazo», decía mi madre refiriéndose a unos huevos que había puesto a cocer o a un bizcocho que estaba en el horno, o incluso a nosotros, sus hijos. El simple hecho de ser observados, por lo tanto, producía un efecto protector, y por esa razón yo observaba a mis padres. Para que estuvieran seguros.

Mi hermano mayor era incansable; bullía de proyectos, quería levantarse y hacer algo, siempre tenía cosas que serrar o martillar. Necesitaba beberse un vaso de agua, y luego quería saber qué hora era y cuánto tardaría en amanecer. Mi madre le cantaba sus canciones con cierta impaciencia, esperanzada en disponer para sí de una pequeña porción de la velada. Si lo

conseguía, se sentaba junto a la lámpara de queroseno y jugaba a las cartas con mi padre.

Algunas tardes, él no estaba en casa. Todavía trabajaba en el laboratorio y volvía al anochecer, o había emprendido uno de aquellos viajes que a veces duraban semanas. Entonces ella se quedaba sola. Pasaba los atardeceres leyendo, mientras fuera chillaban las lechuzas y las gaviotas alborotaban. O escribía cartas a sus padres y hermanas, describiendo el tiempo que hacía y los acontecimientos de la semana, sin decir nada de sus propios sentimientos. Lo sé porque yo misma recibí cartas de ella cuando crecí y fui a vivir a otros lugares.

O bien anotaba algo en su diario. ¿Por qué se molestaba en escribir aquellos diarios? Su hermana y ella hicieron una hoguera con sus diarios la noche anterior al día de su doble boda, y fue algo que repitió en varias ocasiones a lo largo de su vida. ¿Por qué alinear tantas palabras sólo para destruirlas? Tal vez llevaba sus diarios hasta la Navidad con el objeto de mencionar los principales acontecimientos del año en sus felicitaciones. Y después, por Año Nuevo, borraba el año viejo y empezaba a partir de cero. También quemaba las cartas.

Nunca le pregunté por qué lo hacía. La única explicación que llegó a dar fue: «Menos desorden», lo que constituía parte de la verdad —le gustaba vaciar cajones, como ella decía—, pero no toda.

Recuerdo el aspecto de su nuca mientras escribía, recortada contra la suave luz de la lámpara; el cabello, la curva de los hombros. Pero no su rostro.

En cambio, de sus piernas conservo una imagen nítida, con aquellos pantalones grises de franela, pero sólo a determinada hora del día: a media tarde, con el sol bajo en el cielo y los rayos amarillos de luz filtrándose entre los árboles y rielando en el agua. A esa hora paseábamos por la ladera de la colina que dominaba el lago, hasta un lugar en el que había un objeto inusual: un pequeño mojón de cemento pintado de rojo. Sólo marcaba la linde de una parcela, pero en aquella época parecía cargado de poderes sobrenaturales, como un altar.

Allí esperábamos a que mi padre regresase del laboratorio. Nos sentábamos en una roca caldeada por el sol, en un sitio donde crecía el musgo, quebradizo cuando el tiempo era seco y húmedo después de la lluvia —por eso teníamos que estar muy quietas—, y me reclinaba sobre las piernas de franela gris de mi madre. Sus botas de cuero, también. Creo que recuerdo los detalles de esas botas —sus dobleces, sus cintas— mejor de lo que

recuerdo su rostro, porque las botas no cambian. Un día desaparecieron — seguramente las tiró—, pero hasta ese momento siguieron iguales a como eran.

Ese ritual —el paseo por la ladera de la colina, el sobrenatural mojón rojo, la espera, el recostarme, el quedarme muy quieta— era, sin duda, lo que provocaba la aparición de mi padre, recortado contra el sol, haciéndose más grande a medida que el bote se aproximaba al muelle.

En una ocasión, dos de los chicos del laboratorio acompañaron a mi padre a casa y cenaron con nosotros. Lo más seguro es que el plato principal fuese pescado. Las únicas opciones eran cerdo en conserva, *corned beef*, beicon, o, si había suerte, una especie de pastel hecho con huevos y queso. Nos encontrábamos en guerra y la carne estaba racionada, pero el pescado era fácil de conseguir. Mi madre —cuando todavía era capaz de hacer esas cosas— solía decir que si esperaban visitas le bastaba coger la caña de pescar, ir al muelle y cobrar un par de piezas. Era todo lo que necesitaba. En media hora obtenía lucios suficientes para la cena.

—Luego les daba un golpe en la cabeza —contaba a sus amigos posteriores, sus amigos de la ciudad—, y ¡listo! Después tirábamos las tripas al lago, para que los osos no las oliesen.

Bravuconeaba, pero sólo un poco: los amigos pensaban que se había vuelto loca por instalarse en aquel lugar, en medio de ninguna parte, con dos niños pequeños. Sin embargo no decían «loca», sino «valiente». Ella se reía; «¡Oh, valiente!», decía, sugiriendo que no había necesitado hacer acopio de valor porque no había tenido miedo.

Tal vez fueran Cam y Ray los que vinieron esa noche a cenar y comieron pescado. Yo, desde luego, así lo espero. Los dos son personajes de una novela, de una novela que nunca he leído. No guardo ningún recuerdo real de ellos, pero cuando tenía doce o trece años me enamoré de sus fotografías. Cam y Ray eran mucho mejores que las estrellas de cine porque eran más reales, o al menos lo eran sus fotos. Por entonces yo no tenía palabras para decir «más sexys», pero lo eran también. Parecían tan llenos de vida, tan audaces y divertidos.

Ahora están en la planta superior de mi casa. Me hice cargo de ellos, junto al resto del álbum de fotos, cuando mi madre se quedó completamente ciega.

Todas las fotos son en blanco y negro, aunque las más antiguas tienen un tono sepia; abarcan desde 1909, cuando nació mi madre, hasta 1955, cuando

al parecer abandonó por completo su colección. Pero en esos años fue muy meticulosa. A pesar de sus periódicas quemaduras de cartas y destrucciones de diarios, a pesar de la manera en que borraba sus huellas, sin duda deseaba guardar un testimonio de alguna clase, un testamento de su paso de puntillas por su época. O unas pocas pistas, esparcidas aquí y allá a lo largo del camino, para quienquiera que se dedicase a seguirla, intentando encontrarla.

Debajo de cada foto aparece la aplicada caligrafía de mi madre, con tinta negra sobre la página gris. Nombres, lugares, fechas. En la primera página están mis abuelos, posando, orgullosos y endomingados, junto a su primer coche, un Ford, delante de su casa pintada de blanco de Nova Scotia. Después vienen varias tías abuelas, con vestidos estampados y expuestas a un sol que dibuja sombras profundas bajo sus ojos, subraya las arrugas y sugiere leves bigotes debajo de la nariz. Mi madre debuta como bebé cubierto de cintas, y luego se transforma en una niña de cabello rizado con un vestidito de cuello adornado con un gran lazo, y, sucesivamente, en un marimacho con pantalones y peto. Para entonces ya han aparecido hermanas y hermanos, que van creciendo a su vez. Mi abuelo aparece con uniforme de médico militar.

—¿Tuviste la gripe en 1919? —le pregunto al oído.

—Sí —responde tras una pausa.

—¿La tuvo tu madre? ¿Y tus hermanas? ¿Tus hermanos? ¿Tu padre?

Al parecer, todos se contagiaron.

—¿Quién os cuidó?

Otra pausa.

—Mi padre.

—Tuvo que hacerlo muy bien —digo, porque ninguno de ellos murió, al menos entonces.

Un intervalo, mientras piensa.

—Supongo que sí.

Quería mucho a su padre, pero aun así se enfrentó a él. Era un hombre terco, solía decir. Tenía una voluntad de hierro. En una ocasión me dijo que se parecían demasiado.

Ahora mi madre es una adolescente en la playa, que bromea en medio de un grupo de muchachas. Llevan bañadores de calzones largos y camisetas a rayas, y se cogen por los hombros. «Dulces dieciséis años», se titula el grupo de bañistas. Mi madre está en el centro. Los nombres figuran debajo: «Jessie, Helene, “yo”, Katie, Dorothy». Después hay otra similar, esta vez en invierno.

Las chicas llevan bufandas y abrigos, y mi madre orejeras: «Joyce, “yo”, Kae, luchando con la tormenta». En esos primeros años de su colección de fotos, siempre se refiere a sí misma como «yo», entre comillas, como si citase la opinión de alguien acerca de que ella es quien es.

Otra instantánea: en esta ocasión aparece junto a un caballo, nariz contra nariz, sujetando la brida. Debajo se lee: «*Dick* y “yo”». Ahora las historias de caballos le gustan mucho, se las cuento una y otra vez. Los caballos se llamaban *Dick* y *Nell*. *Nell* se asustaba con facilidad y no paraba de tascar el freno. Una vez salió al galope, mi madre resbaló de la silla y podría haberse matado, en cuyo caso yo nunca habría nacido. Pero eso no ocurrió porque se agarró a *Nell* como a un clavo ardiendo, según solía decir.

—¿Te acuerdas de *Dick*?

—Sí.

—¿Te acuerdas de *Nell*?

—¿*Nell*?

—Salió al galope de pronto. Te agarraste a ella como a un clavo ardiendo, ¿recuerdas?

Sonríe. Allí, al fondo del largo túnel oscuro que la separa de nosotros, está reviviendo otra vez aquel galope salvaje por el prado, cruzando huertos de manzanos en flor, aferrando las riendas y el pomo de la silla para salvar la vida, con el corazón latiéndole a mil por hora, aterrorizada. ¿Es todavía capaz, tendida en la cama, de oler los manzanos en flor? ¿Puede sentir el viento en la cara mientras cruza el campo a galope tendido?

—Nunca dejes abierta la puerta de la cuadra —le enseñó su padre—. Si el caballo se espanta intentará regresar allí, y al entrar podrías golpearte la cabeza con el dintel.

Y ya ves, le hizo caso, no dejó abierta la puerta y *Nell* se detuvo bruscamente delante de la cuadra, temblando, sudorosa, con espumarajos en la boca y los ojos en blanco. Mi madre se yergue en la silla, suelta las riendas, desmonta. Las dos se han tranquilizado. Un final feliz.

A mi madre le encantan los finales felices. Cuando ella era más joven — más que yo ahora —, despachaba a toda prisa cualquier historia que no tuviese un final así. Yo intento no repetir ninguna historia triste. Pero hay algunas que no tienen final, o tienen un final que no me han contado, y cuando tropiezo con ellas en el archivo de historias invisible que llevo a cuestas y que saco a relucir durante mis visitas, mi curiosidad se impone e intento sonsacarle a mi madre lo que ocurrió. Pero ella resiste. No me lo cuenta.

Muchas personas a las que quiere —personas de su edad— han muerto. La mayoría de ellas, de hecho. Apenas queda alguna con vida. Quiere enterarse de cada muerte tan pronto como ocurre, pero después ya no vuelve a mencionar a esas personas. Las ha puesto a salvo en algún lugar de su mente, de la forma que ella prefiere. Las ha devuelto a la franja de tiempo a que pertenecen.

Aquí está de nuevo con ropa de invierno, sombrero *cloche* y abrigo con cuello de piel alzado, el estilo *flapper*: «“Yo” comiendo un donut». Debe de haberla tomado alguna amiga durante su época de estudiante. Se mereció esos años, trabajó por ellos, se los ganó. La Depresión reinaba en toda su dureza, de modo que no debió de resultarle fácil. Eligió un colegio universitario muy alejado de su casa, para que su padre no pudiera vigilarla ni reprimirla, pero en cualquier caso él la consideraba demasiado frívola para ingresar en una institución de enseñanza superior. Luego, ella empezó a añorar cada vez más su hogar. Lo que no le impidió dedicarse al patinaje de velocidad.

Hay una laguna de varios años, y ahora aparece casándose. El grupo de la boda posa en el porche de la entrada de la gran casa blanca, decorado con guirnaldas confeccionadas por la más joven de las tres hermanas, la que se pasó llorando toda la ceremonia. La segunda hermana forma parte de la boda, porque se casó al mismo tiempo. Mi padre, con el pelo muy corto en la nuca y las sienes, y los pies separados, parece pensativo, como haciendo acopio de fuerzas. Tías y tíos, padres, hermanas y hermanos, todos apiñados para un retrato de grupo. Su aspecto es solemne. Estamos en 1935.

A partir de ese momento, en los pies de las fotografías mi madre deja de ser «yo» y se identifica a sí misma con sus iniciales, sus nuevas iniciales, o bien escribe su nombre completo.

Ahora viene su vida de casada. Faltan algunos acontecimientos clave. La luna de miel consistió en un viaje en canoa, una habilidad náutica que mi madre no había experimentado hasta entonces, pero que muy pronto dominó; sin embargo, no hay fotografías. Pronto mi hermano se materializa como un bulto de ropa, y luego aparecen los tres en un bosque. Viven en una tienda de campaña mientras mi padre les construye una cabaña en sus horas libres, cuando no está en el laboratorio. Mi madre prepara una fogata para cocinar y lava la ropa en el lago, y en su tiempo libre practica el tiro con arco —aquí aparece disparando—, o da de comer en su mano a unos arrendajos grises, o

provoca un gran manchón blanco en la película al tirarse de cabeza a las frías aguas del lago.

Para cuando yo nací, la cabaña ya estaba construida, con tableros y listones de madera, y tenía tres dormitorios, uno para mis padres, uno pequeño para mi hermano y para mí —dormíamos en unas literas estrechas—, y otro para los invitados. La mayor parte de las imágenes que tengo archivadas en mi cabeza son del suelo, que es donde debí de pasar la mayor parte del tiempo; en él o cerca de él. Conservo también un archivo de audio: el viento entre las píceas, el sonido lejano de una lancha motora que se acerca. Junto a la puerta de entrada había una tapa metálica: mi madre la golpeaba con un espetón para anunciar que la comida estaba lista. Puedo oír ese sonido siempre que quiero.

La cabaña ya ha desaparecido. Se derrumbó; alguien construyó una casa mucho más bonita en su lugar.

Sin embargo, aquí está mi madre, de pie en el exterior, dando de comer a un arrendajo gris. Ahora está muy lejos del mundo de los caballos, los Ford y las tías con vestidos estampados de flores. A la cabaña sólo se llega mediante un ferrocarril local de vía estrecha o por la recientemente inaugurada carretera de grava de un solo carril, y después en bote o a pie siguiendo el sendero. El bosque, retorcido, vasto e infestado de osos, la rodea por todas partes. En el lago —frío y peligroso— se concentran las gaviotas. A veces se oye aullar a los lobos, y cuando ocurre los perros de la pequeña aldea vecina gimen y ladran.

El laboratorio aún existe. Fue construido antes que la cabaña. Lo primero es lo primero.

Cam y Ray debieron de ser especiales, porque hay bastantes fotografías de ellos. Aparecen en el muelle del laboratorio, y en su tienda, y sentados en los escalones de troncos. En otra fotografía van en bicicleta. Debieron de traerse las bicicletas en el tren, pero ¿por qué hicieron una cosa así? En el bosque no había ningún lugar al que poder ir en bicicleta.

Tal vez pedalearan hasta la aldea por la nueva carretera de grava. Debió de representar toda una hazaña. O quizás hicieran alguna excursión en grupo por lugares más o menos llanos, porque las bicicletas iban cargadas con sacos, bultos, alforjas de lona que colgaban a los lados, cargadas con enseres de cocina ennegrecidos de hollín. Ellos sostienen las pesadas bicicletas y sonríen con esas sonrisas de tiempos de guerra. Van con el torso desnudo, con lo que

dejan al descubierto su bronceado y sus músculos. ¡Qué aspecto tan saludable tienen!

—Cam murió —dijo mi madre en una ocasión, mirando las fotos conmigo, cuando aún podía ver—. Muy joven.

Rompió su regla de no contar finales tristes, de modo que esa muerte debió de significar mucho para ella.

—¿De qué murió? —pregunté.

—Tuvo no sé qué enfermedad.

Nunca ha sido muy precisa al hablar de enfermedades; para ella, nombrarlas equivale a invocarlas.

—¿Y Ray?

—Algo le ocurrió —contestó mi madre.

—¿Estuvo en la guerra?

—No estoy segura —repuso luego de una pausa. No pude resistirme.

—¿Lo mataron?

Si murió prematuramente, me parece un desenlace adecuado. Me gustaba pensar en él como un héroe.

Ella, sin embargo, calló. No estaba dispuesta a contarlo. Un chico muerto era suficiente por aquel día.

La última vez que mi madre abrió su álbum de fotos —la última vez que pudo verlo— fue a los ochenta y nueve años. Mi padre había muerto cinco años antes. Ella sabía que se estaba quedando ciega; creo que quiso echar una última ojeada a todo: a sí misma, a él, a aquellos años que debían de parecerle tan lejanos, tan despreocupados, tan repletos de luz.

Tuvo que inclinarse hasta casi tocar la página: no sólo era su vista la que se nublaba, también las fotografías. Perdían contraste, se hacían borrosas. Pasó de prisa por sus primeros años, sonrió para sí entre las muchachas en bañador, luego sonrió de manera distinta ante la fotografía de su boda. Hizo una pausa delante de la fotografía de grupo de los chicos del laboratorio, apiñados en el muelle.

—Aquí están los chicos —dijo. Volvió la página: mi padre la miraba, alzando un sedal con una trucha de lago prendida en él—. No me importaba pescarlas —añadió—, pero me negaba a limpiarlas. Ése fue el acuerdo a que llegamos: siempre era él quien limpiaba el pescado.

Tenían esa clase de acuerdos: quién se encargaba de qué. Yo crecí convencida de que se trataba de leyes naturales. Para mí constituyó una

novedad que fuese ella quien planteaba algunos de esos acuerdos.

Luego mencionó algo que nunca me había contado.

—Un verano vino un indio al laboratorio.

—¿Un indio? ¿Quieres decir uno de los indios del lago?

Había indios por allí; colocaban trampas para cazar, pescaban y de vez en cuando los veías en sus canoas. Durante la guerra no abundaba la gasolina precisamente. Ahora los indios disponen de lanchas motoras.

—No —respondió mi madre—. Un indio de la India.

Era muy propio de mi padre haber contratado a un auxiliar tan extraño. Debí de considerar que no existiría ninguna dificultad eventual para ese indio, puesto que él mismo no tenía ninguna. Cualquiera que entendiese de escarabajos era su amigo. Pero ¿y si el indio era uno de esos hindúes vegetariano? ¿Y si era musulmán? Allá en los bosques siempre comíamos beicon. Ahumado podía durar mucho tiempo, y además servía para freír: huevos cuando los había, *corned beef* y pescado. Después, con la grasa podías lustrarte las botas. ¿Qué habría hecho un musulmán con el beicon?

—¿Era simpático? —pregunté—. Me refiero al indio.

No había fotografías de él, de eso estaba segura.

—Supongo que sí —respondió mi madre—. Se trajo sus zapatillas blancas de tenis, y una raqueta.

—¿Por qué lo hizo? —quise saber.

—No lo sé —contestó mi madre.

Pero yo sí lo sabía. Aquel joven procedente de la India debió de pensar que iba al «campo», a lo que en otro tiempo y lugar se definía de ese modo. Tendría en mente una casa de campo inglesa, un sitio en el que cazar, cabalgar y tomar el té en el césped, pasear por los prados y de vez en cuando jugar al tenis.

Tenía que haber hecho una carrera universitaria para formar parte del equipo de chicos del laboratorio, de modo que debía de proceder de una familia india acomodada y bien relacionada, con muchos criados. La familia debió de considerarlo un excéntrico al ver que se dedicaba al estudio de los insectos, pero muchos ingleses de excelente familia —como Darwin— lo habían hecho en el pasado.

Sin embargo, no lo hicieron en un lugar desolado como aquél. ¿Cómo se habría sentido el joven indio tan lejos de su hogar, desplazado a un nuevo continente, y una vez allí, a los límites del mundo conocido?

—¿En qué año fue? —pregunté—. ¿Fue durante la guerra? ¿Yo había nacido?

Mi madre no consiguió recordarlo.

Hacia la misma época —cuando todavía caminaba, aunque había empezado a caerse—, me contó otra cosa de la que nunca me había hablado. Tenía un sueño recurrente, explicó; soñaba lo mismo una y otra vez. Aquello la asustaba y la entristecía, aunque no lo dijo.

En el sueño se encontraba sola en los bosques, caminando junto a un río pequeño. No estaba perdida exactamente, pero no tenía a nadie cerca, a ninguna de las personas que habrían debido estar allí. No estaba nuestro padre, ni mi hermano ni yo; ninguno de sus propios hermanos o hermanas, ni sus amigos o parientes. No sabía dónde se habían ido. Reinaba un silencio profundo: ni pájaros ni ruido de agua. Encima de ella, nada, excepto el cielo azul vacío. Llegaba junto a un montón de troncos arrastrados por el río que bloqueaba el camino. Tenía que trepar por los troncos resbaladizos, alzándose a pulso, uno por uno, arriba, hacia el aire.

—¿Y luego qué? —pregunté.

—Eso es todo —dijo—. Después me despierto. Pero vuelvo a tener el mismo sueño, una y otra noche.

Una pregunta obvia es qué significado podía tener aquel sueño. Solía planteármelo. Pero hay otra pregunta en la que sólo ahora he reparado, y es la siguiente: ¿por qué me lo contó?

Otra cosa extraña. Dentro de un sobre con varias fotos sueltas del lago, del bote y el laboratorio —las descartadas para figurar en el álbum—, encontré unas páginas de uno de sus diarios. Así pues, no quemé todas las páginas, sino que salvó unas pocas. Las seleccionó, las arrancó y las preservó de la destrucción. ¿Por qué ésas? Las estudié con toda atención, pero no logré dar con la razón. No describían acontecimientos sensoriales ni contenían apuntes significativos. ¿Era un mensaje que dejaba para que yo lo encontrase? ¿Un simple descuido? ¿Por qué salvar una página en la que sólo se leía: «¡¡¡Un día perfectamente hermoso!!!»?

Han pasado cuatro años, y mi madre es mucho más vieja.

—Vivimos mucho tiempo —dijo una vez, refiriéndose a las mujeres de su familia. Y añadió—: Después de cumplir los noventa, cada año que pasa te echas diez encima.

Se veía a sí misma cada vez más débil y apergaminada, hablaba con un hilo de voz, y eso fue lo que le ocurrió. Pero aún sonrío. Y oye por el oído bueno.

Le vuelvo la cabeza sobre la almohada para hablarle.

—Soy yo —digo.

Sonríe. Es casi su única forma de hablar.

—¿Te acuerdas de *Dick* y *Nell*? —empiezo. Mencionarle aquellos caballos por lo general funciona.

No hay respuesta. Su sonrisa se desvanece. Tendré que recurrir a otra historia.

—¿Te acuerdas del indio?

—¿Qué indio? —dice tras una pausa.

—El indio que un año apareció por el laboratorio. Cuando vivías en el norte, ¿recuerdas? Venía de la India. Traía una raqueta de tenis. Me hablaste de él.

—¿Eso hice?

No hay esperanza para el indio. No resucitará. Hoy al menos. Intento otra cosa.

—¿Te acuerdas de Cam y de Ray? Tienes varias fotografías de ellos en tu álbum de fotos. Tenían bicicletas. ¿Los recuerdas?

—No —responde tras otra larga pausa. Nunca miente.

—Dormían en una tienda de campaña —digo—, con los pies fuera. Tú hiciste esa fotografía. Cam murió joven, de alguna dolencia.

Vuelve la cabeza en la almohada, sobre el oído bueno. Cierra los ojos. Así acaba la conversación. Ha regresado a su interior, ha vuelto atrás, a un tiempo legendario. ¿Qué hace? ¿Dónde está? ¿Galopa a caballo entre los árboles, lucha contra la tormenta? ¿Es de nuevo ella misma?

Ahora me toca a mí imaginar lo que ocurrió con los chicos. También con el joven que vino de la India. Lo imagino apeándose del trencito, cargado con una enorme maleta de cuero, con la raqueta de tenis bajo el brazo, sujeta por un tensor. ¿Qué podía haber dentro de aquella maleta? Bonitas camisas de seda. Finas chaquetas de casimir. Elegantes zapatos informales.

Camina por la carretera de grava hacia el muelle de la aldea. Luego, espera. El desánimo lo envuelve como una red, y se acentúa a cada kilómetro de viaje a través de bosques y más bosques, mientras cruzaba ciénagas donde las píceas muertas hundían sus troncos en el agua negra, desnudas de follaje

como si hubieran ardido; y atravesaba claros en los que se alzan grandes rocas de granito; y bordeaba lagos tan azules y vacíos como ventanas cerradas; y luego más bosques, y más ciénagas y lagos... Siente la presión del espacio vacío que se abre ante sus ojos; de los árboles y árboles y árboles, de las rocas y rocas y rocas, del agua insondable. Corre el peligro de evaporarse.

Lo atacan nubes de moscas y mosquitos. Quiere volver sobre sus pasos y correr hacia el tren de regreso, y gritarle que pare, que lo salve, que lo devuelva a su hogar, o por lo menos a una ciudad; pero no puede hacer eso.

Del laboratorio —cuya ubicación él todavía desconoce— ha parado una lancha motora. En realidad se trata de una tosca barca de madera hecha a mano. Ha visto barcas parecidas, pero nunca en territorios habitados por ricos. La barca rechina al aproximarse por la lisa agua, que reluce a la luz del sol poniente. En la barca hay un hombre, sin duda un campesino: fornido, tocado con un sombrero de fieltro descolorido, vestido con un viejo chaquetón caqui y —ahora lo ve— esbozando una amplia pero astuta sonrisa de campesino. Es el criado que han enviado para que lo ayude con la maleta. Tal vez la casa de campo con el césped y la pista de tenis esté oculta entre los árboles, al otro lado de esa colina, o de la siguiente, más o menos parecida a la anterior.

El hombre de la barca es mi padre. Ha estado cortando leña, y después —una vez soltadas las amarras del bote, que tiene una pequeña vía de agua— ha tenido una breve pero feroz lucha para encender el motor tirando de un cordel grasiento. Lleva barba de dos días, las manos manchadas de savia y gasolina, que también han salpicado sus ropas. Apaga el motor, se arrima al muelle, amarra el bote con un solo gesto y se dirige sonriente hacia el indio, con la mano tendida.

El indio queda paralizado: sufre una crisis de buenos modales. Sin duda no cabe que estreche la mano a ese trabajador manual que ahora le da la bienvenida y carga la maleta hasta la barca cochambrosa, y que coge de cualquier manera su raqueta de tenis, y que lo invita a cenar y le promete que habrá pescado. ¿Pescado? ¿Qué quiere decir con eso? Mi padre le asegura que los chicos le harán un hueco en la tienda. ¿Una tienda? ¿Qué clase de tienda? ¿Quiénes son los chicos? ¿Qué es lo que está sucediendo?

A veces pienso en ese indio y en su ordalía nórdica. Debió de volverse pronto a la India. Seguro que en cuanto consiguió liberarse decentemente de su compromiso salió por piernas hacia su casa. Tendría una o dos historias que contar, sobre las moscas y la cabaña-laboratorio de troncos, y los dos jóvenes bárbaros cuyos pies asomaban fuera de la tienda de campaña.

El papel de los jóvenes bárbaros se lo otorgo a Cam y Ray porque quiero que su participación sea mayor: mayor en la historia como yo la conozco, y mayor que la participación que probablemente tuvieron en realidad. Les asigno la tarea de bromear a costa del indio desarraigado pero bien educado, tal vez dándole palmadas en la espalda, diciéndole que va a ser estupendo, que todo irá a pedir de boca. Lo llevan a pescar, le dan cebo de mosca, le cuentan algunas historias sobre osos. Quizá le acondicionan un lugar para dormir dentro del mismo laboratorio, para que no se ponga tan nervioso: el primer grito de una gaviota en la noche puede ser estremecedor. Le enseñan sus pipas; luego hacen lo mismo con sus bicicletas y, para que él no se sienta un idiota con su raqueta de tenis bajo el brazo, insisten en su propia estupidez por haber ido al bosque en unos vehículos tan inútiles.

Todo eso les dará más protagonismo. Quiero que destaquen por encima de los extras. Quiero que hablen, quiero que brillen.

Ahí están ahora, en acción. Los dos bajan la colina hasta el muelle del laboratorio; saludan al indio, le estrechan la mano y le ayudan a apearse de la barca. El sol ya está bajo, las nubes tienen un tono entre rosa y anaranjado hacia el oeste: mañana hará buen tiempo, dice mi padre mientras saca la maleta de cuero de la barca, salta después al muelle y escruta el cielo, aunque es posible que haya algo de viento.

Cam se hace cargo de la maleta; Ray enciende su pipa. Alguien hace un chiste. ¿Sobre qué? No alcanzo a oírlo. A continuación los tres —Cam, Ray y el indio elegante— caminan por el muelle. Mi padre los sigue, cargado —por alguna razón— con una bombona roja de gas. El rojo brillante destaca contra el verde oscuro del bosque.

El indio mira por encima del hombro: sólo él se ha dado cuenta de que los observo. Pero no sabe que soy yo: como es nervioso y está en un lugar extraño, cree que se trata del bosque o el lago. Luego todos llegan a lo alto de la colina, donde está el laboratorio, y se pierden entre los árboles.

Agradecimientos

Muchas gracias a todos los que me han ayudado en este libro, incluidos los primeros lectores de algunos relatos, Jess Atwood Gibson y Graeme Gibson; a mis agentes, Phoebe Larmore, Vivianne Schuster y Diana Mac-Kay; a mis editores, Nan Talese, de Doubleday (EE.UU.); Liz Calder, de Bloomsbury (Gran Bretaña), y Ellen Seligman, de McClelland & Stewart (Canadá). También a Heather Sangster, la incansable correctora de pruebas; a Lucia Cino y Laura Stenberg, de O. W. Toad; a Penny Kavanaugh; a Sarah Cooper y Michael Bradley; a Coleen Quinn, a John Notarianni y Scott Silke, a Gene Goldberg y a Joel Rubinovich y Sheldon Shoib; a Alice Lima y, de nuevo, a Eileen Alien y Melinda Dabaay.

Quiero asimismo expresar mi agradecimiento a Ruth, Harold y Lenore; a Matthew y Graeme el Joven; a Max, Bonnie y Finn; a Xandra Bingley y a Paulette Jiles, que es una susurradora de caballos pero no por ello menos personaje de este libro.

Algunas de las historias han aparecido en las siguientes revistas:

«Malas noticias»: *The Guardian*, 2005; *Playboy*, 2006.

«El arte de guisar y servir»: *Toronto Life*, 2005; *New Statesman*, 2005.

«Las entidades»: *Toronto Life*, 2006.

«El fiasco de Labrador» apareció primero, con una redacción un poco diferente, como un Bloomsbury Quid, en 1996. La historia auténtica que se cuenta puede encontrarse en su versión original en *The Lure of the Labrador Wild* (La atracción de los bosques de Labrador), de Dillon Wallace, publicado

en 1905 por Fleming H. Revell Company y reimpresso por Breakwater Books, Terranova, en 1977.

«Los chicos del laboratorio»: *Zoetrope: All-Story*, 2006.

El título original del libro, *Desorden moral*, era el título de la novela que Graeme Gibson estaba escribiendo en 1996 cuando decidió dejar de escribir novelas. Lo he utilizado aquí con su amable autorización.



MARGARET ELEANOR ATWOOD (Ottawa, 18 de noviembre de 1939) es una prolífica poeta, novelista, crítica literaria, profesora y activista política canadiense. Es miembro del organismo de derechos humanos Amnistía Internacional y una de las personas que presiden Bird Life International, en defensa de las aves. En la actualidad divide su tiempo entre Toronto y Pelee Island, en Ontario.

Es la segunda de los tres hijos de Carl Edmund Atwood, zoólogo, y Margaret Dorothy William, nutricionista. Debido a la investigación que llevaba a cabo su padre sobre entomología forestal, Atwood pasó gran parte de su infancia entre el norte de Quebec, Ottawa y Toronto. Pronto se convirtió en una ávida lectora de todo tipo de literatura, desde novelas de misterio, hasta cuentos de los hermanos Grimm, historias sobre Canadá y cómics. Fue al instituto en Leaside, Toronto.

Atwood empezó a escribir a los 16 años. En 1957 inició sus estudios universitarios en la Victoria University de Toronto. Tuvo como profesores a Jay Macpherson y Northrop Frye, que encaminaron su poesía inicial (Double Persephone) hacia el tema de los mitos y los arquetipos. Se graduó en 1961 como licenciada en filología inglesa, con estudios también de francés y filosofía. En 1968, se casó con Jim Polk, de quien se divorció en 1973. Luego, contrajo matrimonio con el novelista Graeme Gibson, con quien se mudó a

Ontario, al norte de Toronto. En 1976 tuvieron a su hija Eleanor Jess Atwood Gibson. Volvió a Toronto en 1980.

Notas

[1] Juego de palabras intraducible entre las palabras *last*, «último», y *lost*, «perdido». (*N. del T.*) <<